

MARIEL RUGGIERI

Tres 
ONLINE

#DespacitoMorboBarcelona



Vol. 1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a la cual se puede contactar a través de Facebook, Twitter e Instagram: www.facebook.com/marielruggieri @marielruggieri

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer

Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri

Montevideo, Uruguay

Septiembre 2017

Todos los derechos reservados

Mariel Ruggieri

TRES ONLINE

#DespacitoMorboBarcelona

Vol. 1

ÍNDICE

[Mis socias](#)

[Mis musas](#)

[#JusticiaDivinaAmargado](#)

[#JayrLíosGordos](#)

[#FulltimeVeinticuatroSiete](#)

[#BuscandoClarasInstrucciones](#)

[#MesiEstáHarta](#)

[#TresPutísimosDías](#)

[#MonoFaldaProblemas](#)

[#SinNingúnApuro](#)

[#DespacitoBocaHermosa](#)

[#ÉlDeseaVerte](#)

[#CosillasDeChicas](#)

[#ComoUnVeneno](#)

[#UnaCitaDoble](#)

[#ArmandoElPlan](#)

[#UnLindoGatito](#)

[#BuscandoAJacinto](#)

[#CelosCenaCaliente](#)

[#AbreLasPiernas](#)

[#SeñorSantiagoTres](#)

[#NoQuieroPerderte](#)

[#LágrimasMentirasAdiós](#)

[#DecisionesConfesionesPlanes](#)

[#TodaSuVerdad](#)

[#RumboATánger](#)

[#AcusadaAcosadaEnamorada](#)

[#NoEstáSolo](#)

[#MirarDesearHacer](#)

[#EntregaPasiónLocura](#)

[#ConociendoAFatmagul](#)

[#UnEstallidoInesperado](#)

[#VivianEnPeligro](#)

[#LaIncreíbleVerdad](#)

[#ElImpulsoDelator](#)

[#JayrSacrificioAmor](#)

[#EstásBienArmado](#)

[#YoTeCuidaré](#)

[#TableroDeAjedrez](#)

[#CómoDueleQuerer](#)

[#EntreDosFuegos](#)

[#AhoraTocaEsperar](#)

[#LosTresOnline](#)

[#TengoBuenasNoticias](#)

Mis socias

Me he tomado la libertad de dedicar un espacio a agradecer a algunas de mis lectoras. Estas chicas son especiales para mí, porque además de haber hecho el esfuerzo de comprar, han contribuido a que mis historias se difundan, comentando la novela y participando de las iniciativas de promoción.

Para ellas entonces, va todo mi cariño:

Marisa Fernández, Vicky Fraga, Angélica Sasías, Noelia Binka, Verónica Dutto, Analía Romano, Marcelina Moyano, Magda Santaella, Annie Pagan, Patty Carrasco, Anna Donner, Claudia González, Cecilia Pérez, Laura Madruga, Paula Audino, Alicia Lozano, Anahis Pérez, Natalia Robledo, Laura Vangioni, Ivette Santiago, Carola Canzonetta, Montse Cisneros, Mariola Martínez, María Toledo, Amparo Rodríguez, Sol Camacho, Daniela Barboza, Alejandra Oviedo, Mar Fernández, Ruth Shlafrok, Gaby Subosky, Silvana Sauer, Eva López, Elena MeRo, María Heavey, Dayhana Pons, Clarissa Vendrell, Vane Avilés, Lucilia Parracho, Andy Franco, Lorena Giménez, María Jesús Cortés, Alicia Valle, Su Moralito, Melina Rivera, Noelia Cáceres, Inmaculada Muñoz, Iratxe Ortiz, Patricia Cordani, Mónica Aisen, Cecilia Barreiro, Alejandra Paz, Fabiana Tejera, Johanna Ferreira, Iratxe Ortiz, Magdalena González, Cristy Cobos, Norma Estrella y Jovita Ochoa.

No puedo dejar de nombrar a quienes desde sus blogs, páginas y grupos de Facebook, Twitter e Instagram, han colaborado activa y desinteresadamente con la promoción de la novela. Entre ellos destaco a:

Divinas Lectoras, La Magia de los Libros, Viviendo entre letras, La Caja de los Libros, Lectoras de Córdoba, Las historias de Miss Mile, el Blog de Kassfinol, Recomendamos Libros y Novelas, Lectoras Marplatenses, Los libros, mi paraíso literario, Textualmente Activas, Adictos a la lectura Córdoba.

Mil gracias por las reseñas, por los sorteos, por los arts.

Estarán en mi corazón por siempre.

Mis musas

Este otro espacio lo dedico a mis musas, las personas en las cuales me he inspirado para componer los personajes de esta historia.

Gracias Miguel Ángel Silvestre, porque con el solo hecho de existir, haces magia.

Y un agradecimiento especial a Verónica González (cantante, Uruguay) y a Jerome Prun (modelo y empresario, Francia) por haber prestado sus rostros para darles vida a Clara y a Jayr.



La vida me ha llevado a muchos sitios y he tenido la fortuna de conocer personas interesantes, talentosas, generosas, y soñadoras.

Si eres de esas personas ten cuidado, porque puedes terminar siendo protagonista de alguna de mis novelas[☺]

¡Hasta pronto!

Mariel

#JusticiaDivinaAmargado

Jayr
Estáis?

Vivian
No sé si está Clara, pero yo sí estoy. Hola, Jayr.

Jayr
Hola, Vivian! Guapa, tengo algo que contaros... Clara se caerá de culo cuando lo sepa.

Clara
Me reporto, chicos. Aquí me tienen... Qué es eso que me va a impresionar tanto como para caerme de culo?

Jayr
Ahora cuando os lo cuente, juzgaréis por vosotras mismas si no es para morirse. Estoy en el hospital, y acaba de ingresar a Urgencias un tío con una fractura en la pierna... Adivinad quién es.

Clara
No tengo ni la más puta idea. Deja de hacerte el intrigante y habla de una vez.

Jayr
Vivian, has visto como me trata? Tengo personas agonizando en la guardia y me hago un momento para decirle que...

Vivian
Qué? Vamos, manito. Dilo ya.

Jayr
Vale, vale. Clara, el idiota que tengo que pasar a Rayos en unos momentos, es tu jefe.

Clara

:O No me lo puedo creer... Es en serio, Jayr? El Amargado está ahí? Qué diablos le pasó?

Jayr

Te he dicho que te ibas a impresionar. Guapas, ahí tenéis la prueba de que Dios existe, y que es bueno y justo. Lo han arrollado, y aquí lo tengo con una pierna fracturada y aullando de dolor.

Vivian

Qué padre. Bueno, está mal que lo celebremos, pero es que el Amargado se lo merece por lo mal que hace pasar a Clara. Yo misma lo hubiese atropellado si hubiese tenido coche...

Jayr

Eso pensé. No se sabe si pasará a cirugía para que le pongan una placa metálica o le pondrán un yeso y ya.

Clara

Estará fuera de combate por mucho tiempo, Jayr?

Jayr

No lo sé, Clara, no soy médico sino un simple enfermero que ahora debe continuar con su noble tarea. Os aseguro que la pasará mal en Rayos. Menudo gilipollas...

Vivian

Hazlo sufrir pero que no sospeche que lo haces adrede.

Clara

Voltea la camilla y que se rompa las dos piernas.

Jayr

Seréis perversas? Os dejo, que está aquí la policía para tomarle declaración al que lo ha arrollado. Iré a escuchar cómo fue y luego os contaré.

Clara

Por fin una buena noticia, Vivian. Tiene razón Jayr, Dios existe y es bueno y justo. O no?

Vivian

Tengo mis dudas, manita. Pero por lo que te hace sufrir, creo que se merece eso y más.

Clara

Ya lo creo. Has conseguido algo? Noticias de México?

Vivian

No a ambas cosas. No he logrado conseguir empleo, y sigo sin hablarle a Pedro.

Clara...

Los hombres son todos unos patanes, Viv.

Vivian

Incluso tu novio el loquero?

Clara

Dejémoslo por ahí.

Vivian

Bueno. Ahora toca esperar noticias de Jayr, la policía, el Amargado y los Rayos[♻]

Clara

Hasta luego!

La noticia de que mi jefe estará fuera de combate un tiempo, me ha alegrado el domingo. Sé que tendré que redoblar esfuerzos en la oficina, pero valdrá la pena con tal de no tener que aguantarlo.

Soy consciente de que no está bien, pero imaginarlo sufriendo me produce un placer tan intenso que me hace sonreír.

Es que Mateo Santiago es el patán por excelencia. El hijo de puta más grande del mundo. Bueno, digamos que es el hijo de puta más grande de España porque en México está el marido de Vivian que puede incluso hacerle sombra. ¡Pobre mi amiga! Y pobre de mí también, por sufrir el mismo *karma* de estar rodeada de esta clase de individuos. ¿Será que esta pesada mochila se torne más ligera, ahora que tengo con quién compartirla?

Vivian y yo nos conocimos en Facebook en el momento indicado: cuando la desesperanza amenazaba con enroscarse en nuestras almas como una serpiente voraz.

Teníamos tres cosas en común; sufríamos resaca literaria de la novela de Grey, éramos extranjeras en la misma ciudad, y estábamos bastante decepcionadas de los hombres de la vida real.

Nuestra amistad germinó como una flor. Coincidencias, confidencias y más. Una afinidad tan inmensa, que el contacto virtual se tornó insuficiente y fue así que dimos el siguiente paso.

Nos encontramos en la Boquería un cálido domingo de julio y nos reconocimos aún a varios metros de distancia. Sonreímos al mismo tiempo... Mi mirada se reflejó en la suya y experimentamos la misma conexión que a través de las redes. Sí, me reconocí en Vivian y ella hizo lo propio en mí.

Éramos iguales. Dos almas gemelas en medio del gentío, los colores, los olores... Nosotras olíamos a nostalgia pero de la peor, la que era como una añoranza de lo desconocido, y también a frustración, solo que a mí se me notaba mucho y Vivian lo ocultaba tras su increíble sonrisa. Podía fingir con todos, pero no conmigo. Conmigo por fin pudo ser ella misma.

No me malentiendan; no se trata de lo que están pensando, y si alguna vez quisiera jugar ese juego no sería con Vivian. Es una hermosa mujer, pero lo nuestro tiene que ver más con la hermandad que con la cama.

Desde aquel domingo jamás nos separamos. Por WhatsApp, por Messenger, por Instagram. Algún sábado de juerga y también uno que otro domingo de resaca. Paseos del brazo por las ramblas de Barcelona, riéndonos de todo, perdiéndonos en nuestros mundos de fantasía, donde personajes de novelas románticas nos hacían suspirar. Claro que nuestro Grey fue mutando al ritmo en que la realidad nos golpeaba.

Al principio era millonario, guapo y caliente. Luego bajamos las expectativas y obviamos lo de millonario; nos conformamos con imaginarlo guapo y caliente. Y últimamente fantaseamos solo con lo de “caliente” pero más pensando en nuestros pies helados que en el sexo. ¡Febrero se está presentando duro en la capital catalana! Pero ni en el verano ni ahora, mi amistad con Vivian se ha enfriado un ápice.

En este camino recorrido hubo muchas risas, y también varias lágrimas. Ella fue testigo de mis dudas y mis miedos, de mi incapacidad para tomar decisiones, del pánico a equivocarme y de mi compulsión a no hacerme valer, y dejarme llevar por los avatares de la vida.

Y yo fui para ella ese hombro dónde recostarse y llorar penas, penas asociadas a una decisión que le cambiará la vida, y también una fábrica de

consejos que parecía de verdad valorar.

Al terminar el verano, con la llegada de Jayr también llegó a nosotras la cuota de locura que tanto necesitábamos. Vino a través de las redes, pero no fue Grey quien lo trajo, sino un aviso que puso Vivian buscando un enfermero que le pusiera inyecciones a su tía.

Con su cautivante sonrisa y esos abdominales de infarto, Jeremías Antonio Yanes Romero (que es su nombre real y de ahí la sigla que usa como apodo) se incorporó a nuestras vidas y nos llenó de alegría. Tan guapo que hasta duele mirarlo, y tan gracioso que cuando él está presente, la tristeza se va con la cola entre las patas.

Así fue como el dúo se transformó en trío. Y desde ese momento, ya no pude ni respirar sin ellos.

Vivian me provocaba admiración y Jayr mucha ternura. Una era la sensatez y el valor, y el otro un adorable cúmulo de mini problemas. Mientras Viv estaba reelaborando su pasado y tratando de encauzar su vida, Jayr la vivía intensamente, sin hacerse preguntas, con un desenfado rayano en la locura.

Dos extremos, y en el medio yo. ¿Cómo era yo? ¿Cómo soy? Tan distinta y a la vez tan parecida... Vivian y Jayr me nutren y me complementan. Interpretan mis sentimientos a la perfección y se meten en mi cabeza de una forma tan invasiva que asusta. Tenemos mucho en común y también muchas diferencias.

Pero por algo nuestros caminos se cruzaron, y no dejo de dar gracias por ello.

Da un poco de risa tener que darle los créditos a Grey, el de las Cincuenta Sombras, mas debo admitir que el “amo” nos unió a Vivian y a mí, primero en la frustración y luego en la aceptación de que solo era un personaje de un libro. Y luego nos hermanó en la certeza de que el hombre perfecto no existe, y que de hacerlo, habría demasiadas perras para ese hueso. Terminamos concluyendo que lo mejor de la experiencia Grey, sería la amistad que nos mantendría unidas. Y que la resignación se alternaría con la esperanza durante el resto de nuestras vidas.

Somos afortunadas pues nos tenemos una a la otra, y también lo tenemos a Jayr, el de la cautivante sonrisa y los abdominales de infarto.

Lástima que esos abdominales están hechos para las manos de otra persona... Otro hombre, para ser exactos. Una pena para nosotras, más no para él que rompiendo corazones se la pasa “pipa”, como le dicen aquí.

“Pipa” es uno de esos modismos que logrado incorporar de forma natural. Los otros me cuestan un poco. Lo intento, de verdad lo intento. Hago el esfuerzo de hablar como lo hacen aquí, pero no lo debo hacer del todo bien

porque a los pocos minutos surge la pregunta: “¿argentina?”. Sí, argentina. De la cabeza a los pies aunque solo me delate un poco el acento.

Quien me observe de lejos, nunca pensaría que no soy de acá. Y si por esas cosas se diera cuenta, no adivinaría de dónde soy en verdad. Es que tengo el perfil bajo; por fuera soy contenida, discreta, e intento pasar desapercibida, pero dentro de mí vive una argentina escandalosa con ganas de gritar.

Soy de las que dicen “gilipollas” pero piensan “boludo”. De las que se emocionan cuando cantan el himno en los partidos de fútbol, y se come las uñas para no gritar “Vamo’ arriba, Argentina la puta que los parió”, como una energúmena. De las que son capaces de matar por una cucharada de buen dulce de leche.

Pero existen otras cosas que me alejan por completo de la idiosincrasia de mi país. Odio la carne, y odio el mate. ¡En serio! Cosa más asquerosa que andar poniendo la boca donde antes la puso otro, no se me puede ocurrir. El intercambio de saliva no es lo que me priva en ningún aspecto, la verdad.

Sin embargo, soy argentina en muchos otros detalles, pero trato de disimularlo para que no me perjudique. Acá, como en muchos otros sitios, existe una cierta cuota de xenofobia especialmente acentuada en lo que se refiere a nosotros, los argentinos. El cliché del porteño arrogante tiene un toque de verdad que nos ha hecho mucho daño, y a veces pagamos justos por pecadores porque no todos somos así. Yo ni siquiera soy de Buenos Aires, sino de Mendoza... Igual para la gente de acá, es lo mismo. Soy argentina, o sea que nací en un país que está al sur de América, bien cerca de Brasil, un sitio donde bailan tango en las calles, dicen “che” cada dos palabras, y pronuncian “shuvia” en lugar de “lluvia”.

Yo no, claro. Ni bailo tango, ni uso muletillas o modismos de mi país a no ser que se me escapen, y eso solo pasa cuando estoy muy enojada. Intento hablar como la gente de acá por una razón práctica: es mejor para mi trabajo. Redactar en correcto castellano de España es más fácil si hablas como ellos.

Y además me di cuenta de que lo prefieren así. Intento mimetizarme, como un camaleón. Claro que hacerlo trae una cuota de sufrimiento... ¿Cómo decir “coger” sin ruborizarse aunque sea un poco? Vamos, que al principio no se puede. ¿Y “pija”? ¿Es que no había otra forma de llamarle a una persona estirada?

Por suerte hay una que me hace reír más que nada porque tengo pocas ocasiones de usarla: “polla”. ¡Por favor! “Es la esposa del pollo” diría Bárbara, una increíble mujer que no es argentina sino uruguaya, y antes de mudarse a Casares vivió un tiempo en Barcelona donde tuve el gusto de conocerla. Uruguayos y argentinos somos casi lo mismo... El Río de la Plata fue nuestra

cuna y fuimos moldeados del mismo barro, el que arrastran sus orillas, el que no dejamos de extrañar... Y somos también hijos de la madre patria, lo que nos hermana más aún.

Mi amiga Vivian, no tiene esos problemas de orden lingüístico; tiene otros. Ella viene de México, de la capital, pero al haber estudiado la carrera de locutora radial, ha tenido que aprender a usar un cómodo neutro en su forma de hablar.

Los camareros discuten entre ellos intentando descubrir de dónde es su acento... Normalmente, y creo que su aire de estrella de cine lo propicia, concluyen que es de Miami cosa que ella no se molesta en afirmar o negar, manteniendo la incógnita con su encantadora sonrisa de Mona Lisa.

No sé cómo hace para mantener la cordura y el buen humor con todo lo que le ha pasado, con todo lo que le está pasando... No tiene empleo y se le está acabando el dinero, pero de una cosa está segura: no volverá a casa, no regresará a México. Quiere dejar atrás a su marido infiel y a sus dos desconsiderados hijos. Quiere empezar de nuevo, pero no encuentra cómo...

Le he aconsejado medio en broma que explote su cuerpo. Es que es espectacular... Una versión un poco más estilizada, de Jennifer López. Su piel es tan perfecta como sus dientes, y tiene un culo de infarto. Pómulos altos, una larga cabellera castaña y una cintura que no acusa el paso del tiempo, hacen de mi amiga un espectáculo digno de verse.

“No sirvo para puta” confesó. “Solo he estado con Pedro y de verdad quisiera cerrar las piernas para siempre”. Pero me guiñó el ojo al decirlo, y luego sonrió.

Y así anda por la vida, con sus ceñidos vaqueros y a cara lavada, pero no deja de llamar la atención a donde quiera que vaya. Es voluptuosa y llamativa aun sin proponérselo y quien la ve jamás adivinaría que tiene cuarenta y dos, y que ha pasado la mitad de su vida dedicada a un hombre que no la valora y a sus gemelos varones, que ahora que están en la universidad ni siquiera se molestan en llamarla.

Supongo que los extraña, pero no lo demuestra. Está decidida a cambiar el rumbo y creo que lo logrará de una forma u otra pues así de perseverante es.

Vino a Barcelona hace más de un año, para cuidar a una tía agonizante por un cáncer de hígado. La pobre señora acaba de morir, así que Vivian al menos tiene un techo, algo de comida en la nevera, y los servicios básicos no le han sido cortados... todavía. Como suele decir ella “el día de hoy está cubierto”, y mi admiración crece al escucharla.

No le ha dicho a su familia de la muerte de la tía, ni de su intención de no regresar. “Ya lo haré cuando tenga resuelto también el día de mañana” es su

excusa, pero yo creo que en el fondo teme que la chantajeen emocionalmente como lo han hecho siempre, y la obliguen a desistir.

Mientras tanto, y luego de derramar un montón de lágrimas por su pobreza y por su drástica decisión, disfruta del presente y sigue en su búsqueda con la cabeza en alto y una sonrisa en los labios. La admiro, de verdad la admiro.

Vivian es un cúmulo de virtudes. Es paciente, perseverante y optimista. Es guapa y un encanto de mujer, por eso no entiendo cómo no la contratan en ningún sitio. Ya ni busca empleo de locutora, profesión que solo ejerció durante un par de años en su país, sino de cualquier cosa. O le falta preparación o está sobre calificada. Muy joven para ser vieja y muy vieja para ser joven. Demasiado atractiva, o poco sofisticada. Por lo que sea, no la contratan.

Como ven, mi amiga tiene muchas cosas de qué preocuparse, pero a los ojos de los demás no se nota en absoluto. Solo Jayr y yo sabemos cuántas lágrimas se ocultan tras sus decisiones.

En cambio yo... Tengo empleo que me gusta. Y también familia, aunque prestada. Un hombre que dice quererme. Tengo todo eso y sin embargo estoy siempre preocupada. Y a mí sí que se me nota.

¿De qué me preocupo? Pues de todo. Por ejemplo, de mis tupperes. Vivo con una mujer que es como una madre para mí, y con su hijo que es el hermano que no tuve. Adoro a ambos, pero María es demasiado buena. Buena persona, buena cocinera... ¡Y le encanta que se lo reconozcan! Por eso es que se trae las sobras de “El Argentino”, el restaurante donde es jefe de comanda, y las comparte con todo el edificio, haciendo que mis tupperes desaparezcan.

¡Nunca los devuelven, nunca! Sí, sé lo que están pensando: tengo como una obsesión con los tupperes, y déjenme decirles que esa no es la única.

Soy una persona ordenada, que le vamos a hacer. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar, ese es mi lema y lo que me hace ser tan eficiente. Cierta psicólogo que conozco muy de cerca y del cual ahora no voy a hablar, dice que intento mantener prolijo el exterior para compensar el caos que reina en mi interior, pero yo no lo creo así.

Simplemente me gusta el orden, aunque reconozco que me excedo. Como cuando tuve que viajar con mi jefe, el Amargado a una convención en Canarias... Si hay algo que no puedo soportar es que le devuelvan la bandeja al sobrecargo, con todo fuera de lugar.

El Amargado tenía una montaña de papeles, bolsitas, vasos, desperdicios varios. Yo dispuse prolijamente mis desechos de manera de reducirlos lo máximo posible, e intenté que él se diera cuenta de lo que había que hacer.

Pero no... Y lo peor de todo es que no me permitió que yo se lo hiciera. Me agarró la muñeca y me apartó de su bandeja con la más gélida de sus

miradas.

“Señorita, usted sabe de sobra que mi espacio personal no lo invade nadie sin mi permiso”. Yo mire de reojo la desordenada bandeja que pedía a gritos que alguien organizara ese caos.

“Señor Santiago, lo único que deseo es alivianarle el trabajo a la aeromoza” insistí intentando guardar la compostura.

“Su trabajo es alivianar el mío, no el del personal del avión. No vuelva a coger mis cosas sin permiso. ¿Me ha entendido?”.

Asentí, qué podía hacer. Pero hasta que no recogieron el servicio, no pude relajarme y disfrutar del vuelo.

Bueno, digamos que ni del vuelo ni de nada. La palabra “disfrutar” no está en mi vocabulario y mucho menos teniendo un jefe como Mateo Santiago. Dos apóstoles en su nombre y apellido, pero él es Satanás. ¡Cómo odio a ese hombre! Me hace la vida imposible, así que espero que Jayr, a quien el destino dejó a cargo de mi venganza, aproveche la situación y lo haga sufrir un poco. Se lo merece, por déspota, mala persona, mal jefe, mal hijo, mal todo.

Una verdadera porquería es el Amargado, pero no pienso dedicarle ni una sola letra más el día de hoy. Y el último pensamiento que le regalo antes de ponerme preparar la ropa y accesorios que usaré toda la semana, es más bien un deseo: que ese imbécil la esté pasando realmente mal.

#JayrLíosGordos

Jayr

Estáis ahí? Tengo novedades del Amargado.

Clara

Aquí estoy, muñeco. Dime que está sufriendo por favor.

Jayr

Alégrate pues lo está. Lo tendrán que intervenir... Una placa de titanio, pues no ha sido una fractura limpia.

Vivian

Bien merecido se lo tiene. Quién sabe si no iba borracho por la calle, con lo que le gusta beber a ese...

Jayr

Pues no lo creo. Me ha tocado ponerle la vía y no olía a alcohol sino a veneno. Joder, con el gilipollas, ¡qué mal carácter tiene!. No lo he visto aún, pero dicen que el que lo ha arrollado sí parecía ebrio, y ahora lo traerán para extraerle sangre y confirmarlo.

Clara

Así que estará fuera de combate un tiempo... Caramba, no había pensado en eso. Quién se hará cargo de Cara Mía?

Vivian

Pues tú, manita. Tienes todas las condiciones para tomar la dirección de la revista.

Jayr

Es tu oportunidad, #ClaraInesMesiConUnaSolaEse. Yo creo que tú puedes con eso y más, tía.

Clara

No lo sé. Apenas puedo con lo que me toca...

Vivian

Tendrás más trabajo pero lo harás más tranquila sin ese *güey* gritando a tus espaldas. Si necesitas una asistente, aquí me tienes.

Clara

Ay, Viv. No sabes cuántas veces te he recomendado, y cómo me gustaría trabajar contigo. Ojalá se dé. Jayr, mira si puedes hacerlo sufrir un poco más... Tú serás el *karma* del Amargado, lo tienes claro?

Jayr

Eres sádica... Pero sí, lo llevo claro. No hace más que decir tacos mientras no deja de mirar las radiografías como si no se lo pudiese creer. Recién ha dicho “joder” siete veces seguidas y mientras le colgaba el suero, le he echado más sal a la herida diciendo “nunca he visto una fractura tan pero tan mala”. Me ha dicho de todo menos que era guapo.

Vivian

Menos mal que sabes de sobra que lo eres. Verdad, Clara?

Clara

Un potro. Qué desperdicio, carajo.

Jayr

Gracias por las flores, señoritas, pero debo ir a tomar la muestra del conductor que ha arrollado al Amargado. Nos escribimos luego...

Clara

Bueno, Viv. Yo también dejo por acá, que tengo que bañar a Jacinto.

Vivian

Y yo... Nada. No tengo nada qué hacer, para variar, así que miraré un poco de tele. Se deja asear de buena gana el monito?

Clara

Pues no. Pero ya sabes cómo soy con el asunto de la limpieza. Nunca quise tener un perro o un gato, y ahora tengo que atender a un mono capuchino a cuerpo de rey. Entre el Amargado y Jacinto me van a enloquecer.

Vivian

El que te va a enloquecer es el psicólogo con el que sales, Clara. Y lo del monito... Recuerda que Alejandro bien lo vale. Hasta ahora.

Clara

Es verdad, lo vale. Hasta luego, Viv.

Evito pensar en “el psicólogo con el que salgo” y me concentro en Alejandro.

Claro que Alejandro lo vale... Y eso es decir poco. Quiero a ese chico como si fuese mi hermano y de hecho así lo presento a todo el mundo. Y a María, su madre, la presento como la mía, porque no la tengo y de verdad la necesito.

Mi madre no está muerta pero para mí es como si lo estuviese. Ella es la culpable de la desgracia de todos nosotros. De mi padre, que murió poco después de su abandono. Los médicos dijeron que fue un infarto; yo digo que se le rompió el corazón.

Pero no es la única víctima del mal bicho de mi madre.

Solange Hidalgo se cargó dos familias sin despeinarse siquiera. Se fugó con el socio de mi padre en la imprenta, el cual abandonó a su mujer y a su hijo discapacitado dejándolos en la ruina.

Y fue así que luego de la muerte de mi padre, María, Alejandro y yo quedamos a la deriva. Los tres unidos en la desgracia en la cual nos sumieron quienes más amábamos.

Me hice cargo de ambos, por supuesto. La vida ya era difícil de por sí, y con un chico con parálisis cerebral casi inmovilizado, lo era más aún.

Nos vinimos a España hace diez años y al principio no la pasamos bien...

En Madrid hice de todo. Camarera, guía turística, vendedora en Zara, chica de los recados en un periódico. En ese entonces, eso fue lo más cerca que pude estar de mi profesión, de lo que estudié durante años, de mi verdadera vocación: el periodismo.

Y en ese periódico y por pura casualidad, hace cuatro años conocí a Tomás Santiago, el dueño de la editorial en la que trabajo en la actualidad. Tuve suerte, la verdad.

Don Tomás estaba allí por negocios, y yo tuve la torpeza de darle un pisotón en el ascensor. Cuando le pedí disculpas me preguntó si era de Argentina. Le contesté que sí y el suspiro fue instantáneo “De la tierra del inigualable Messi” me dijo.

Yo sonreí forzosamente. El inigualable Messi me hace dar muchas

explicaciones innecesarias desde hace tiempo, así que casi por costumbre lo aclaré: “Así es. Soy de su tierra y hasta me apellido casi como él: soy Mesi, pero con una sola ese”.

Eso bastó para que Tomás Santiago se interesara en mí. ¡Es un fanático del Barca! Y el fan número uno de Lio Messi. Por primera vez en mi vida, el apellidarme de forma similar a la “pulga” me fue beneficioso, y lo dejé creer en su hipótesis de que seguro éramos parientes y a alguno de los dos nos anotaron mal. Está empeñado en sostener esa teoría, así que... ¿qué puedo hacer yo, más que seguirle la corriente?

Digamos que empecé con el pie derecho, pero todo lo que fui logrando fue a pulso, y fruto de mi empeño. Me encanta lo que hago: supervisar la edición de Cara Mía, la revista de modas de la Editorial Santiago.

Disfruto mucho de mi trabajo; prácticamente le dedico mi vida.

Pero no todo es color de rosa. El estar subordinada al odioso hijo de don Tomás, Mateo Santiago, es una especie de pesada cruz difícil de llevar.

Al principio fui su asistente, y si fuese por él aun estaría levantando colillas del suelo porque ni se molesta en apagarlas en el cenicero. El muy cerdo las pisa. Sí, así como lo leen.

Su despacho es una porquería minimalista con un suelo de cemento lustrado que hace que parezca una cueva. Él lo pidió así, pero estoy segura de que se arrepintió, y por eso se empeña sin éxito en estropearlo.

Ya no soy la recoge colillas del Amargado, sino que me encargo de todo lo relacionado a Cara Mía, pero aún sigo recogiéndolas porque esto es más fuerte que yo. No soporto la suciedad ni las cosas fuera de lugar, ya les dije, y las colillas en el suelo reúnen ambos requisitos para hacerme la vida difícil.

Pero no es lo único... Mateo Santiago tiene literalmente un carácter de mierda.

Es cruel, es déspota, es maleducado. Al único que no maltrata es a su padre, pero en su mirada asesina he podido adivinar que ganas no le faltan.

Pero como no puede, Tere, su actual asistente y yo, somos sus “*punchingball*”. ¡Cómo lo aborrezco, por Dios! Es odioso, repugnante y malvado.

No le encuentro ninguna cualidad que no sea el ser eficiente en su trabajo, pero como persona es un verdadero cretino. La pobre Tere se hace cruces cuando le tiene que mandar sendos regalos a sus dos novias. Sí, tiene dos. Dos putas que se creen suertudas porque este hijo de su madre se ha dignado a mirarlas.

Y lo peor es que le exige a su asistente que redacte lo que ponen las tarjetas. En eso la ayudo yo, por supuesto. A las dos le escribimos lo mismo ¡si

no se conocen ni lo harán!

Al principio intenté moderarme, pero luego me puse creativa.

“Esta noche te follaré en el coche, y luego querrás que mi dinero en ti derroche. Pues sí, guapa. Tú pide por esa linda boquita que sabe a mi polla, y lo tendrás. Con amor, Mateo” fue una. Y otra memorable fue: “Hoy te quiero abierta y con el pistilo asomando, igual que estas orquídeas. Eres mi florecita consentida. Mateo”.

Creo que ambas saben que él no escribe eso, pero no se atreven a decirlo por miedo a que no les siga enviando regalos. Nuestro plan de que el Amargado reciba un par de bofetadas se ve sistemáticamente frustrado y ya ni siquiera intentamos arreglarles citas a la misma hora y en el mismo sitio, porque tenemos indicios de que esas zorras no acusarían recibo de la infidelidad, con tal de no perder a su principal fuente de ingresos.

Y yo lo que no quiero perder es mi empleo, así que para reforzar mi paciencia necesité ayuda externa y empecé terapia. De esa forma conocí a Joaquín, mi otrora psicólogo y actual novio. O ligue. O... No sé ni lo que es. Compañía tal vez... Y a veces no del todo agradable.

Ni Vivian ni Jayr lo toleran. En especial Jayr... Dice que es un tonto de culo, un soberbio, un borde. Con todo eso quiere decir que no se lo banca y sus razones tienen, la verdad.

Joaquín no es malo, pero es un pelín arrogante. Su discurso pseudointelectual a veces aburre, y está continuamente interpretando todo lo que dices o haces. Es un poco homofóbico y un poco superficial, pero desde que estoy con él he logrado mantener a raya mis rituales y tonterías. Y actualmente sin gastar un centavo. Además, es guapo y muy limpio, requisitos imprescindibles para mí a la hora de tener sexo.

Sí, Joaquín hace mi vida un poco más fácil, aunque mis amigos lo odien. Y estoy dispuesta a hacer la vista gorda a sus... desplantes, porque yo sé lo que es un maltrato real y palpable. Sé lo que es tener encima a un auténtico y despreciable ogro que no hace otra cosa que gritar, fumar y maldecir.

Claro que ahora y por un tiempo estará fuera de combate. Tendré el doble de trabajo, pero me las podré arreglar. Lo importante es que no tendré que soportarlo... Trabajar dieciséis horas al día valdrá mi tranquilidad.

Dejo de pensar en el Amargado, y me concentro en el mono que a veces es un pequeño tirano, pero de los tiernos.

—Ven, Jacinto.

El animal me mira con recelo y corre a las piernas de Alejandro, que desde que Jacinto llegó a nuestras vidas no hace más que sonreír. Y no solo eso, también ha hecho grandes progresos en pos de su independencia. Un simple

mono lo ha hecho salir de su ostracismo habitual y ahora hasta parece otro.

Jacinto ha hecho la diferencia, no hay duda. Es su compañero cuando está solo, y también su asistente pues lo estamos entrenando para que le alcance cosas y le facilite la vida. Bendito mono capuchino y bendita doña Elena, la vecina que nos lo obsequió.

Su esposo trabaja en Aduanas y Jacinto fue un decomiso, pues está prohibido el tráfico de estos animalitos aquí en España. El pobre languidecía en su jaula y a don Enrique se le ocurrió que sería buena compañía para Alejandro.

Elena leyó sobre las bondades de los monos capuchinos con los discapacitados y no dudó en convencer a su marido de que simulara una “fuga”. Así que aquí está el prófugo entre nosotros y ojalá jamás nos deje, porque si Alejandro es feliz, quienes lo amamos también lo somos.

Cuidamos a ese mono como si fuese la joya más preciada y lo cierto es que no cuesta nada hacerlo porque Jacinto es un encanto. Es travieso, bueno y cariñoso. Aceptó de buen grado los pañales, así que sus deposiciones no representan un peligro para mi salud mental. Tampoco lo hace su pelaje, porque de verdad no lo anda dejando por ahí. Pero aunque lo hiciera, sabemos que prescindir de él no es una opción pues Alejandro no podría vivir sin Jacinto.

Lo mantenemos oculto para evitar malos momentos, así que solo lo sacamos al balcón para que tome aire, y lo bañamos en casa.

Y eso me dispongo a hacer cuando el móvil vibra.

Me quito los guantes y deslizo la pantalla para desbloquear.

Y lo primero que leo me altera de tal forma que por poco no se me cae el teléfono en la tina:

Jayr

Tías, estoy en problemas gordos. Tenéis que ayudarme, por favor.

(Ese fue el primer mensaje hace cinco minutos. Se ve que Vivian tampoco lo vio, porque no está su respuesta).

Jayr

Dónde estáis cuando os necesito? Que la he liado parda, joder!

Clara

Qué te pasa?

(Nada. Pasan los segundos y no responde)

Vivian
Jayr estás bien?

Clara
Vivian, lo has oído. Algo ha pasado y estoy segura de que tiene que ver con el Amargado. Le habrá volteado la camilla y lo habrá matado? Ay, Dios. Es mi culpa.

Vivian
Tranquila, Clara. Aguardemos.

(Pasan tres minutos antes de que nos responda. La tensión es tan grande que ni siquiera hablamos entre nosotras.)

Jayr
La he cagado. De veras la he cagado.

Clara
Qué hiciste, por Dios?

Jayr
He perdido la cabeza cuando lo he visto. Os juro que no sé qué me ha pasado. Era el tío más guapo que he conocido jamás. Se parece a Jud Law, el actor. Me he vuelto tonto al verlo, he hecho una locura y el Amargado se ha enterado.

Vivian
La que no se entera soy yo. Y supongo que Clara tampoco.

Jayr
Tengo que marcharme, pues el gilipollas este no para de chillar. Os resumo: mi Jud Law que en realidad se llama Ian Farrell, estaba un pelín achispado y yo lo he visto claro: iría a la cárcel por haber arrollado al Amargado. Yo no podía permitir tal injusticia así que cuando he ido a extraerle la muestra, he seguido un impulso y les he entregado la mía.

Clara
La tuya? Qué quieres decir?

Jayr

Mi sangre, Clara. Y por supuesto que ha dado alcohol negativo y lo han dejado marchar. Pero el Amargado no es ningún tonto y ha sumado dos más dos. Me ha visto entrar con el guaperas al laboratorio, y me ha acusado de cambiar la muestra aposta. Ahora amenaza con pedir que revisen hasta el ADN de esa extracción. Qué puedo hacer? Me despedirán!

Clara

Mira, Jayr, tienes que tranquilizarte. Yo no puedo ir porque sabes que me odia, y si descubre que somos amigos la tendrás peor.

Vivian

Yo iré. Tú espera allí, Jayr. No te muevas que en menos de una hora estaré contigo.

Jayr

Vale, aquí te espero. Gracias! Tengo que marcharme ahora pues mi supervisor me está llamando. Y a los gritos... Ay de mí.

Clara

Vivian, no sé qué vas a hacer, pero no dejes que lo despidan. No podría pagar ni el alquiler. Esos trabajitos como modelo no dan para nada... Por qué habrá hecho una cosa así?

Vivian

Porque así es él, Clara. Impulsivo y loco. Pero creo que esta vez se ha excedido. Me marcho a ver qué puedo hacer.

Clara

Haz lo que sea, pero sálvalo por favor.

Lo que sea... ¿Qué puede ser eso, por Dios? ¿Persuadir al Amargado para que no tome represalias? ¡Imposible! Pero tal vez pueda convencer a las autoridades del hospital de que Jayr cometió un error involuntario.

Sí, esa debería ser la estrategia y rápidamente le escribo a mi amiga la única idea que se me ocurre para sacar a nuestro amigo del lío en que ese loco se ha metido.

¡Ojalá funcione!

#FulltimeVeinticuatroSiete

Vivian me clava el visto, pero no responde y eso me inquieta un tanto. Se ve que mi idea no le termina de cuajar.

¡Cabecita hueca nuestro querido Jayr! Presiento que la tónica de nuestra amistad será quitarle las papas del fuego cada vez que meta la pata.

Tiene un largo historial de amores a primera vista, algunos correspondidos y otros no, pero la mayor locura que ha hecho no ha pasado de que lo pillaran haciendo una mamada doble en el baño de una disco.

Jamás puso en juego su trabajo por una atracción del momento... Tal vez el tipo sea hetero, y el tonto haya puesto en juego su empleo por nada.

Ay, benditos veinticuatro años. Benditos y locos. Espero que Vivian logre que...

Suena el teléfono. ¡Es el puto Amargado! Otra vez tengo que hacer malabarismos para que no se caiga en la tina. Jacinto aprovecha y se escapa del baño dando gozosos grititos mientras yo contesto con mano temblorosa... Esto pinta mal, muy mal. Este infeliz me manda órdenes por mail o sms, pero nunca me llama. Y menos en domingo.

—Diga —respondo con un hilo de voz.

—Señorita, estoy en el Hospital. Necesito que use la llave que le di cuando era mi asistente y jamás me devolvió. Vaya a mi casa y coja ropa, pues me van a intervenir en un par de horas.

Joder. Joder, joder, joder... No sé qué decir.

—¿Está sorda? Le he dicho que...

—Lo he escuchado, señor Santiago.

—Pues proceda de inmediato. He llamado a la tonta de Teresa Rial que también tiene mis llaves, y no me ha cogido. Tal vez tenga mal el número.

“No lo tiene mal, es que seguro fue más inteligente que yo y no atendió” me digo, y tengo ganas de darme una patada en el culo yo misma. No tengo más remedio que obedecerle.

—Bueno, señor. Me pongo en marcha. En una hora estaré allí.

—¿Ah, sí? No me diga...

Este hombre me confunde. ¿No quería que fuese?

—Sí, como usted me ha pedido...

—¿Y cómo mierdas sabe dónde estoy, joder? Será tonta...

Me he dejado pillar. Tiene razón: soy tonta, pero no debería permitir que

él me lo diga...

—Disculpe, es que di por sentado que estaba en el Clinic, como es el mejor...

Una pausa, y luego responde.

—Sí, aquí estoy. Dese prisa, señorita.

Escucho como me corta y me retuerzo las manos, nerviosa.

Odio que me cambien las rutinas. Cuando eso pasa, pierdo mi eje y me vuelvo torpe.

El domingo es día de andar de pantuflas, bañar al mono y preparar los cinco *outfits* para la semana, no de ir a lo del Amargado y buscarle ropa para llevarle al hospital.

No sé cómo, pero logro tomar el metro sin mayores complicaciones. Mientras viajo reviso WhatsApp, a ver si hay algún mensaje en nuestro grupo, que lleva por nombre “TRES ONLINE”. Se lo inventó Jayr, que también dijo, o mejor dicho amenazó, con que algún día publicaría nuestras conversaciones con ese título, o se haría millonario chantajeándonos. Se olvidó de que él es el que sale peor parado en todas ellas.

Sonrío al recordar sus inconfesables secretitos, mientras escribo.

Clara

Chicos, novedades? Porque yo sí las tengo. El Amargado me ha llamado para que fuera a buscarle ropa a su piso y se la llevara al hospital. Estoy en camino ahora, así que por favor háganse los tontos cuando me vean llegar. Que no sospeche que nos conocemos.

Espero un rato pero nada. Ni Vivian ni Jayr responden, así que guardo mi teléfono y me concentro en lo que me ordenó hacer. *Ir al piso, coger ropa, ir al hospital...* Un momento ¡no me ha dicho qué ropa necesita! Por un instante se me cruza por la cabeza llamarlo pero luego lo descarto. Cabrearlo más de lo habitual no es para nada conveniente, así que tomo su bolso de gimnasio y empiezo a meterle cosas.

Odio tocar sus calzoncillos. Se ven limpios pero solo de pensar que han estado en contacto con sus bolas me repugna. Camisetas, medias... Dos pijamas. Si le hace falta algo que se lo pida a sus novias, o a su padre. Pensándolo bien... ¿por qué carajo no lo habrá llamado a él? No pensará ocultárselo durante toda su recuperación, digo yo... En fin, ese asunto no es de mi incumbencia.

Cuando lo tengo todo listo, me tomo un taxi para ir al hospital y en el camino mensajeo a los chicos, que al parecer no han visto aún el anterior.

Clara

Hey, desaparecidos. Den alguna señal de vida, que me están asustando. Hablando de asustarse... No han visto mi mensaje anterior así que si tampoco ven este, mi presencia en el Clinic será una sorpresa. Ojalá puedan disimularlo; que el Amargado no se dé cuenta de que me conocen, vale? No queremos que piense que esto es una venganza o algo así, aunque si lo fuese bien merecido lo tendría.

Intento parecer despreocupada pero lo cierto es que me muero de miedo. Si el Amargado descubre que soy amiga de Jayr, no solo su empleo correrá riesgos, sino también el mío.

Ya en la puerta del hospital intento llamar a Vivian, pero no me atiende. Cuando quiero hacer lo mismo con Jayr, me suena el móvil.

El Amargado.

Contesto y aferro con fuerza el teléfono para que no se me caiga. Es que la mano me tiembla de una forma...

—Se puede saber por qué coño está usted haciendo llamados en la puerta del hospital? No le he pedido algo yo?

Instintivamente levanto la vista hacia el edificio, pero no logro distinguirlo. El muy jodido seguro me está mirando por una de las innumerables ventanas.

Qué ganas de hacerle una peineta... Mi dedo mayor ya no se puede contener. Lo hago, pero dentro del bolsillo de mi chaqueta para que no me vea.

—Ya subo, señor Santiago.

Con paso rápido me dirijo a la recepcionista.

—Necesito ver al señor Mateo Santiago.

—¿Es usted familiar?

—No. Trabajo con él y vengo a traerle unas cosas, pero si quiere se las dejo a usted...

La mujer me mira con espanto. Se ve que ya ha tenido el “gusto” de conocerlo.

—Ni siquiera lo piense. ¿Cómo es su nombre?

—Clara.

—¿Clara qué?

Y ahí es que llega el turno de mi discurso obligado. Cómo me gustaría poder decir mi apellido así, sin más, como todo el mundo.

—Mesi —respondo. Como era de esperarse, a la recepcionista se le ilumina el rostro, así que me apresuro a aclarar: —No, no soy pariente. Mi apellido va con una sola “ese”.

—Pero usted es...

—Sí, soy argentina.

—Quizá entonces lo...

—No, no lo conozco. Jamás lo he visto más que por la tele.

Parece decepcionada. Hace una mueca y luego me dice:

—Lo han pasado al cuarto piso, habitación cuatrocientos once.

Subo con prisa y ya cuando voy por el pasillo escucho gritos y un gran estruendo.

La puerta de la habitación está entreabierta así que entro sin llamar y allí me los encuentro.

Está el Amargado sentado junto a la ventana, en una silla de ruedas, con el rostro congestionado por la furia. En el piso hay un montón de cosas tiradas.

Contra la pared veo a Jayr que parece a un pollito mojado, y junto a él está Vivian tomándolo de la mano. Su rostro permanece inmutable.

Cuando notan mi presencia, todos se vuelven a mirarme. A mis amigos se le salen los ojos de las órbitas pero yo desvío la mirada y me dirijo a mi jefe.

—Señor Santiago, aquí está la ropa que me ha pedido...

—¡Déjela sobre la cama y llame al director del hospital y a la policía de inmediato!

Trago saliva mientras dejo el bolso.

Una enfermera entra y al ver tanta tensión hace una cómica mueca y se va tan rápido como vino.

—Señor Santiago, por favor tranquilícese —le pido intentando ganar tiempo a ver si a alguno de los tres se nos ocurre algo.

—¿Que me tranquilice? ¿Sabe que ha hecho ese delincuente que usted ve ahí? ¡Ha cambiado la muestra de sangre del hijo de puta que me ha arrollado! ¡Estaba como una cuba y le ha dado negativa la prueba! Olía tanto a alcohol que hasta me he mareado yo. Y luego los he visto en el laboratorio sonriendo... ¡Son amigos! Pediré una pericia para que a nadie le queden dudas de que esa muestra no es de quien dice ser —afirma, contundente. Y luego se dirige al pobre de Jayr que tiene un aire culpable imposible de disimular—. Haré que te despidan y demandaré al hospital.

El pobre baja la vista y Vivian da un paso al frente e intenta conciliar.

—Señor, le pido que reconsidere su decisión. Mi amigo hace varias horas que está de guardia y seguramente confundió las muestras...

El Amargado abre los ojos como platos y la fulmina con la mirada:

—Su amigo también era amigo del que me arrolló. Eso no fue una confusión, fue un arreglo. ¿O cree que no he notado como le sonreía? Y cómo le palmeó el hombro cuando se marchó... En ese momento entendí que eran dos

tramposos. No solo lo haré echar sino que irá a prisión por estafador.

—¡No, por favor! —grito sin poder contenerme.

El Amargado dirige su fría mirada hacia mí.

—Vaya... ¿Y ese súbito interés, señorita Mesi? No me diga que también usted forma parte de este complot.

Me retuerzo las manos, nerviosa, mientras las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas. Mis amigos me miran llenos de compasión, y veo que nuestra conexión invisible no se le escapa al Amargado.

—Señor Santiago...

—No me diga nada. Es evidente que se os conocéis... ¿Es esto una maniobra para arruinarme la vida? ¿Quiere que muera del disgusto para quedarse con mi puesto?

—¡No! —interviene Jayr mientras corre a abrazarme. Está claro que ese gesto nos termina de delatar, pero le correspondo agradeciendo su abrazo. De veras lo necesitaba.

—Bueno, bueno... Cuánto amor hay por aquí —se burla el Amargado con una sonrisa cargada de ironía—. ¿Sabéis qué? Siento que tengo la tensión por las nubes por vuestra culpa, y estoy a punto de entrar al quirófano. Que sepáis que si me da algo seréis los únicos culpables y lo dejaré asentado. Llamad a...

—Señor Santiago, fue un error. Un lamentable error —intento argumentar, pero él no me escucha.

—¡Fue un jodido complot! Pero vamos, para que veáis lo comprensivo que soy os daré opciones. Vosotros elegís. Uno de los dos se quedará sin empleo e irá a cuidarme a mi casa en mi convalecencia. Yo prefiero que sea el chaval y no usted, señorita Mesi, porque ya sabemos lo torpe que puede ser. Además no soporto esa manía suya de organizarlo todo.... Pero teniendo en cuenta de que este es un delincuente, temo que...

—Señor Santiago, se lo ruego. Ninguno de los dos podemos perder nuestro empleo... Es más, que usted me destine a cuidarlo en su convalecencia, iría en contra de sus intereses pues se acumularía el trabajo en la oficina... Dos bajas serían demasiado para la revista.

—Pues está claro que tiene que ser él —dice el Amargado satisfecho—. No crea que me agrada ponerme sus manos, pero no me habéis dejado alternativa. Llame al director del hospital que quiero dejar asentado lo sucedido, señorita Mesi.

No me muevo. Y parece que ya no es necesario que lo haga porque Vivian da un paso al frente y dice con voz firme:

—Yo lo haré.

Todos nos volvemos a mirarla. Se la ve serena, y parece más compuesta que ninguno. Tiene la actitud de los que no tienen miedo, pues no tienen nada que perder.

Se acucilla junto al Amargado y recoge la bandeja con implementos de control que él seguramente tiró al suelo mientras yo iba llegando.

No le quitamos los ojos de encima, mientras Vivian recoge los restos del termómetro con meticulosa precisión.

—¿Usted hará qué? —pregunta el hijo de puta de Mateo Santiago, alzando las cejas con ironía.

Pero su belicoso tono de voz no logra amedrentar a nuestra amiga.

—Yo lo cuidaré. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana estaré a su disposición. Lo haré solo por casa y comida mientras dure su recuperación. No le cobraré un centavo, pero usted tendrá que dejar en paz a mis amigos.

El Amargado parece confundido.

—¿Por qué haría algo así?—pregunta, y no queda claro si se refiere a él mismo o a Vivian. Pero ella interpreta a la perfección lo que quiere decirle.

—Yo porque los quiero. Usted porque lo necesita. No puede prescindir de Clara en la revista, y no puede confiar en Jayr. Además, yo le ofrezco disponibilidad total *full time*.

Lo vemos fruncir el ceño.

—¿Disponibilidad... total?

—Así es.

Él sonríe con ironía y la recorre con la mirada. Es tan lasciva su expresión que me da asco, y apreto la mano de Jayr con fuerza para contener mis ganas de abofetearlo. Sé exactamente en lo que está pensando... Ya he visto esa mirada en otras ocasiones, por suerte nunca dirigida a mí.

Mientras tanto Vivian sigue acucillada recogiendo los cristales con calma.

—¿Está dispuesta a cubrir *todas* mis necesidades básicas? —le pregunta Santiago, y cada vez es más que evidente a qué se refiere. Pero ella no cae en la trampa. Le sobra experiencia y sensatez para responder.

—Todas, siempre y cuando sean legales, y no afecten la moral y las buenas costumbres.

Touchè. Bien por mi amiga.

Si se siente decepcionado, el Amargado no lo demuestra. Observa fijamente a Vivian mientras ella endereza la espalda, se pone de pie y deja los restos del termómetro en la bandeja.

Y luego lo mira.

Vaya, qué momento. Parecen dos contrincantes a punto de pelear. O dos

amantes a punto de...

—Vale.

Solo eso dice el Amargado, y luego le tiende la mano.

Ella la observa por unos segundos y sonríe. Hay un dejo de triunfo en la sonrisa de mi amiga, pero yo creo que es porque no ha tomado conciencia de lo que le espera.

Y cuando se la estrecha, el Amargado la retira con rapidez, y lanza un grito.

—¡Joder! ¿Qu e me ha hecho?

En su palma, una minúscula gota de sangre comienza a asomar.

Vivian vuelve la suya, y le muestra que a ella le pasa igual.

—Lo siento. Me había quedado un cristal pegado.

Lo dice de una forma tan especial... No s e cómo explicarlo, pero estoy segura de que a ninguno nos quedan dudas de que lo ha hecho a propósito.

Cierro los ojos y espero el estallido, pero nada.

Cuando los abro, veo a mi amiga tomar una gasa de la bandeja y tend rsela al Amargado.

—Todas sus necesidades, señor Santiago, siempre que sean lícitas. *Full time* —le recuerda.

Al hijo de puta le brillan los ojos de una forma... Su mirada se desliza por el cuerpo de Vivian con pasmosa lentitud. Por Dios, siento asco de mí misma porque lo veo hasta guapo.

Esto es más que un acuerdo; es un reto, un desafío. Y al Amargado estas cosas le encantan, yo lo sé bien.

Jayr y yo nos miramos, aterrados, pero Vivian no lo parece.

De todas formas todos sabemos que esto no hace más que comenzar.

#BuscandoClarasInstrucciones

Me miro al espejo y el reflejo me devuelve esta especie de caricatura de mí. Estoy hecha un espanto. Tengo bajo los ojos bolsas más grandes que las de Primark.

Me apresuro a ponerme corrector, y un poco de base. Delineo mis párpados superiores con cuidado, tal como lo he visto hacer en esos tutoriales de Youtube. La boca rojo rabioso, para hacer contraste con mi piel clara y mi pelo oscuro, y también con las ojeras.

Me peino con los dedos... Está tan largo que pronto me rozará la cintura. Tendré que hacerme una coleta para no parecer la joven despreocupada que aparento, y en verdad no soy.

Jacinto me mira, sentado sobre el lavarropas. Cuando nuestras miradas se encuentran, sonrío. Sí, no estoy loca. Este simio es muy simpático.

Como María ya se ha ido al restaurante y Alejandro a la escuela especial, me doy el lujo de hablar con él.

—¿Qué miras? ¿Tengo monos en la cara? —le digo riendo, y él se saca un piojo del oído y se lo come. Qué asco por favor...

Salgo del baño y me planto frente al vestidor. Esto de no haber podido preparar mis *outifits* de la semana con anticipación, me altera bastante. Me cuesta mucho decidirme pero al final voy a lo seguro, pantalones negros, camisa blanca, chaqueta roja. Unos pendientes plateados completan mi atuendo. Me los hizo Alejandro en su clase de manualidades y por eso les tengo un especial aprecio.

Lista para afrontar mi primer día sin el Amargado.

No tengo muy claro qué debo hacer, la verdad. Lo único que sé es que Vivian me hará llegar las indicaciones de mi jefe, y me las tendré que arreglar.

Al menos eso es lo que definió Mateo Santiago ni bien salió del quirófano.

Cuando recuerdo los eventos de ayer, el desánimo se apodera de mí. Es que fue un día de locos... Primero, todo el escandaleta que casi nos cuesta el empleo a Jayr y a mí. Después, la increíble salida de Vivian que nos salvó el pellejo. Y de inmediato, la larga espera mientras lo intervenían quirúrgicamente.

Nos quedamos los tres. Nosotras afuera y Jayr en la sala de operaciones. Estuve tentada de llamar al padre del Amargado, pero Vivian no me lo permitió. “Te hubiese ordenado que le avisaras si así lo hubiese querido” me señaló, y lo

cierto es que tenía razón.

Así que esperamos. Nos quedamos incluso después de que el cirujano nos dijo que todo había salido bien.

Me acerqué a la cama para despedirme, y me llevé la sorpresa de mi vida: el Amargado sonreía. Tenía cara de borrachín y sonreía.

No lo reconocí. Es decir, ya lo había visto sonreír pero siempre con sarcasmo. Se veía inofensivo, con ese aire somnoliento y esa sexy sonrisa.

—Señor Santiago. ¿Cómo se siente? —pregunté por cortesía, pero lo único que quería era saber si había algo urgente que tratar en la oficina al día siguiente.

—Clarita queriiiiidaaaa...

Joder. Miré a mis amigos, sorprendida.

Vivian se encogió de hombros, pero Jayr me aclaró en un susurro:

—Es por la anestesia.

Tragué saliva y me atreví a preguntarle.

—Señor ¿hay algo urgente que atender en la oficina? Sé que no se siente bien, pero...

—Se equivoca, guapaaaa... Jamás me he sentido mejor.

Vaya con la anestesia. Y por un segundo se me cruzó por la mente darle las mismas drogas pero a diario. No... Debe ser ilegal.

—Si quiere vuelvo más tarde y tomo nota de sus instrucciones...

—Clarita... Todo es muy sencillo y lo hará de maravillas. Además de las *cosillas de mujeres*, tendrá que encargarse de la publicidad y las finanzas. Eso es todo...

Las “cosillas de mujeres” eran los contenidos de la revista. Nada más y nada menos de eso suelo ocuparme: de la edición de Cara Mía. Mientras yo superviso los artículos, él se encarga de la publicidad, de las reuniones con los anunciantes, de los números... Y ahora tendré que hacerlo sola. Qué Dios me ampare.

—Señor Santiago, voy a necesitar instrucciones concretas para hacerme cargo de...

—Las tendrá, guapa, las tendrá... Lo primero que tiene que hacer es mantener alejado a su amigo de mí y de mi *muchacho*... —me dijo sonriendo.

—¿Su... muchacho? —pregunté confundida.

—Así es... Usted sabe... El que tengo aquí abajo....

A mis espaldas escuché la risa ahogada de Jayr. Me volví y él me explicó en un susurro:

—Quise acomodarle la sonda al salir del quirófano, pero no me lo permitió.

Puse los ojos en blanco y me incliné sobre el Amargado, que ya no lo parecía en absoluto.

—Señor Santiago...

—No confío en él... Está confabulado con el que quiso asesinarme con su coche... Es un complot para neutralizarme... No deja de mirarme... ¿Qué te pasa, tío? ¿Tengo monos en la cara?

Jayir puso los ojos en blanco y suspiró. Estaba claro que el hombre deliraba así que fui directo al grano.

—Señor, yo necesito instrucciones así que mañana por la mañana me pasaré por aquí antes de ir a la oficina.

Él me miró con un ojo abierto y el otro cerrado. Se veía muy raro así.

—No será necesario, querida... Ya se las haré llegar por alguien... — murmuró entre bostezos. Parecía que se iba dormir de un momento a otro.

—¿Por quién me las hará llegar, señor Santiago?

—La...señrta...fmmñ...tnmñ...

—¿Qué ha dicho?

—La ...señorita... *Full Time*...

—¿Cómo?

—La señorita...*Full Time*... se las hará... llegar... Ahora márchese que la espera...una larga... larga... larga... jornada.

La señorita “Full Time”. ¡Vivian!

Cuando me di la vuelta y mis ojos se encontraron con los de mi amiga, intenté transmitirle toda mi solidaridad y empatía, pero pronto me di cuenta de que no lo necesitaba.

Vivian se veía tranquila y muy segura de sí.

—Vete a tu casa, Clara —me dijo con una sonrisa. —Soy la señorita “Full Time” y me encargaré de todo.

—De todo...—repitió el Amargado, y fue lo último que dijo antes de volver a dormirse.

No he hablado con Vivian desde entonces, pues no se ha asomado por el grupo ni ha respondido a mis llamados.

No estoy preocupada, pero me siento un poco culpable por haber contribuido a meterla en este lío. Porque yo tendré una montaña de trabajo, pero a ella le irá peor porque tendrá que lidiar con el Amargado. Y sin anestesia...

Jacinto me ofrece un piojo y yo sacudo la cabeza.

—No en esta ocasión... —declino suspirando. Y luego tomo mi abrigo y agrego: —Deséanos suerte, monito. La vamos a necesitar...

#MesiEstáHarta

Jayr
Cómo estáis, amigas de América?

Clara
No tan bien como tú. A menos yo no lo estoy y supongo que tampoco Vivian.

Jayr
Clarita no seas dramática. Gracias a mí, Vivian ahorrará dinero mientras viva con el Amargado y tú no tendrás que soportar sus gritos. No han ido tan mal las cosas...

Clara
Vivian, manifiéstate y dile a este niño que la mochila que nos dejó se la regalamos con moño y todo. Jayr, eres un cretino.

Jayr
Amigas, yo os quiero. Y de verdad os agradezco por haberme salvado el pellejo pero no puedo evitar estar feliz por algo que acaba de suceder. No os alegráis cuando soy feliz? Porque yo sí lo hago cuando vosotras lo sois.

Clara
Nunca somos felices Vivian y yo, engendro del mal. Y es culpa tuya esta vez... Pero debo reconocer que a veces nos das una que otra alegría. Cuenta lo que te acaba de suceder.

Jayr
Quería esperar a Vivian...

Clara
Está claro que el Amargado la debe tener saltando. Pobre Viv...

Jayr
Oye, que es muy guapo eh? Tú nos habías enseñado fotografías que no lo

favorecían pero lo es. Y hablando de guapos... Ahí va la noticia: a qué no sabes quién me acaba de aceptar en Facebook?

Clara

No estoy para adivinanzas. El trabajo se acumula y yo no sé cómo resolver asuntos urgentes, sin instrucciones del Amargado. Así que dilo de una vez, joder.

Jayr

Las groserías sí que se te pegan rápido, tía. Pero como no me aguanto te lo digo: Ian Farrell.

Clara

Quién?

Jayr

Mi Jude Law. El hombre por el cual me he inmolado...

Clara

Jayr... No te ilusiones, vale? Y te lo digo porque sé que lo harás. Ni siquiera sabes si le van los chicos...

Jayr

Le van las chicas, Clara. Está casado con una tal Estefanía Azcón, pero, sabes? Tengo esperanza. Algo me dice que no está todo perdido...

Mi querido Jayr es todo lo que yo no soy. Es atrevido, optimista, despreocupado. No sabe el significado de la palabra culpa. Es hermoso y lo sabe. Disfruta de su sexualidad con una libertad digna de admiración y también de envidia. Es un poco loco y algo temerario, es verdad, pero eso es parte de ese encanto que hace que Vivian y yo le perdonemos todo.

Incluso el haberle endilgado el fardo que a mí me ha quitado, pero no saldremos indemnes de esto, claro que no. Vivian por tener que lidiar con el Amargado y yo...

Han venido a cobrar dos proveedores, y he tenido que cancelar una reunión con unos clientes que quieren retirar su publicidad de la revista. Además, la chica de los horóscopos ha renunciado y si bien conozco otra no tengo la libertad de contratar a nadie.

Tere está hecha un manojo de nervios, y acude a mí al borde de las

lágrimas ante cada escollo que se presenta.

A media mañana ya no soporto más. Ni Vivian ni el Amargado responden mis mensajes, así que no tengo otra opción que llamar a don Tomás, el jefe máximo. No quería molestarlo en sus vacaciones, pero esto ya está tomando carácter de emergencia.

Por suerte él sí contesta, y al parecer ya lo sabe todo.

—Qué contratiempo, ¿verdad? Cuando me he enterado esta mañana lo primero en que pensé ha sido en que somos afortunados al tenerte. Tú podrás con todo, hija mía.

—Don Tomás, eso no es así. No estoy preparada para asumir ciertas responsabilidades que estaban a cargo de su hijo. Y él no me envía instrucciones... Tiene la agenda completa y todos recurren a mí en busca de indicaciones, pero yo no sé qué... —intento explicar, pero él me interrumpe.

—Mesi, Mesi, Mesi... Respira, mujer. Mira, yo tengo que dejarte ahora pero no temas que recibirás ayuda, ¿vale? Mientras tanto echa mano a ese apellido de campeones que Dios te ha dado y patear... Patea ese balón.

Mierda. Lo que voy a patear es la cabeza de Mateo Santiago.

Y cómo si me hubiese escuchado el pensamiento, recibo su tan esperado llamado.

Está claro que ya no tiene una pizca de anestesia en su cuerpo, por cómo me habla. Ha vuelto el Amargado, pero de alguna forma esta vez es bienvenido como sea.

Lo primero que hace, igual que su padre, es interrumpir mi aluvión de quejas.

—Señorita, mientras usted no hacía otra cosa que desesperarse, yo, desde mi lecho de dolor, resolvía. A los proveedores ya los ha contactado el contador; él tiene firma registrada y será quien autorizará los cheques. He hablado con el representante de Chemical Cosmetics, y mantendrán todo como estaba. Y sobre esa chica, la bruja... Pues consiga otra y que sea buena porque esta no lo es: ha puesto que Sagitario iba a terminar la semana con buen pie, y mire lo que me ha pasado...

Vaya, eso es un adelanto. Tengo poder de decisión en algo que va más allá de decidir qué “cosillas de mujeres” irán en la próxima edición. Eso me tranquiliza por un lado, pero por otro... Más responsabilidad, misma paga. Más trabajo, misma paga. Pero ya lo hablaremos luego, ahora toca lo importante: saber de Vivian.

—Tiene razón, señor Santiago. No era muy buena la astróloga, pero ya tengo otra en vista —le anuncio—. Ahora, si no le molesta, me gustaría hablar con mi amiga Vivian.

—Sí que me molesta pues le recuerdo que su amiga se ha comprometido a atenderme *veinticuatro*siete, así que no tiene tiempo para conversaciones banales —me dice el hijo de puta como si nada.

¿Conversaciones banales? ¿*Veinticuatro*siete? ¿Se habrá creído que Vivian será su esclava? Incomunicada y explotada por nada. Claro que ella fue quien se puso la soga al cuello con eso de “full time” y “todas sus necesidades” pero esto es demasiado.

—Solo quiero saber que está bien —replico intentando disimular cuánto le temo.

—Ella está perfectamente. El de la pierna mala por culpa del amigo de su amigo, soy yo —me responde, agrio como nunca—. No obstante, y para que no siga molestando con “el tilín tilín” que ya me resuena dentro de la cabeza, le voy a dar la oportunidad de hablar con ella por dos minutos nada más, y luego le pediré que apague el móvil.

No puedo creerlo... ¡hasta el “el tilín, tilín” le molesta! Qué déspota malnacido. Cretino. Bastardo. Hijo de...

—Hola Clara...

—¿Viv? ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Pero por qué no respondes los mensajes?

—Sabes que estoy ocupada.

—Vivian, no tienes que hacerlo. Es decir, sé que te has sacrificado por Jayr y por mí, pero la esclavitud ya ha sido abolida...

—Tranquila. Ahorita no puedo seguir hablándote, pero en cuanto pueda te llamaré —me dice con una pasmosa calma que a mí me pone los nervios de punta. Nunca sé lo que realmente siente porque su tono siempre es neutro.

—Mira, que no se te ocurra cortar —le digo bastante enojada—. Estamos preocupados por ti... Eso de “full time” y “todas sus necesidades” no iba en serio, ¿verdad? Es decir, lo ayudarás en su recuperación, pero no controlará tu vida, ¿no?

—Luego te llamo. De verdad tengo que irme —me dice con la clara intención de evadirme.

Y de pronto se me hace la luz. ¡Sí! ¡Se ha transformado en Anastasia Steele versión México!

—¿No estarás jugando a ser la sumisa del Amargado, Vivian?

Casi que me la imagino sonriendo, haciendo gala de esa magnífica dentadura que Dios le dio.

—La respuesta es “no”.

—Viv...

—No hay contrato en este caso... —me dice en voz baja.

—¡Solo espero que sí haya límites infranqueables! —le digo al borde del colapso, pues me asusta el derrotero que ha tomado la situación. Es decir, si fuese la sumisa de cualquier otro le diría que lo disfrutara, pero estando en manos del Amargado realmente tengo miedo. Ese hombre sí que es sádico.

—Por supuesto —es su lacónica respuesta, y luego corta.

Pero no me tranquiliza para nada. Al contrario, más histérica me pone esa actitud tan replegada de Vivian, sobre todo porque me siento culpable... ¡Ay! ¿Por qué no puedo ser como Jayr, despreocupada y sin conciencia? Porque no tengo veinticuatro, sino treinta y cuatro años, por eso. Y porque la vida ha golpeado con fuerza a los que quiero, y me nace de adentro el intentar protegerlos.

Sacudo la cabeza, tengo que dejar de pensar y ponerme a actuar.

De alguna manera logro organizarme y para el fin de la jornada ya tengo a Lucero, la nueva astróloga. ¡Punto para Clara! ¡Golazo! La he contratado por lo mismo que ganaba la otra, y me ha prometido un especial cada mes del signo lunar correspondiente.

En la próxima edición iré el mío.

—Eres dócil, tranquila. Un buen libro, un café y un gato te hacen la mujer más feliz. Eres soñadora e intuitiva pero también muy práctica y organizada. Siempre vas en son de paz, pues odias discutir. Claro que tu símbolo es un pez que va hacia una dirección y otro que va en sentido contrario... —me explica por teléfono cuando le digo que soy Piscis.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que dentro de ti hay conflicto y que bajo tu sencilla fachada hay una complejidad asombrosa.

Vaya, qué manera de definirme. Salvo por lo del gato... En mi caso el gato es un encantador y asqueroso animal que come sus propios piojos.

Pero sí, hay conflicto. Más que nada conmigo misma, y con el caos de mi mente que según el psicólogo con el que me acuesto, intento contrarrestar con la ilusión del orden externo extremo.

Entender cómo funciona mi cerebro puede estar a mi alcance, más lo que tiene que ver con el cuerpo o con el corazón, no tanto. Por ahora me basta con haber salido airosa de las pruebas del día, haber comprobado que mi amiga sigue aún con vida, y que Jayr aun no se ha metido en problemas.

Pero presiento que esta aparente calma poco durará.

#TresPutísimosDías

Tres días de locos. Tres putísimos días en que no he parado en la oficina, y está a punto de darme algo. Un telele como dicen por acá o algo peor.

Boluda, cien veces boluda. ¿Cómo me dejo explotar de esta forma?

La tónica de estos tres días ha sido recibir un llamado a primera hora de la mañana en que el Amargado me daba órdenes y luego dos minutos para hablar con Vivian. Sus instrucciones no siempre eran precisas, y Vivian era muy poco locuaz por lo que al cortar me encontraba siempre con miles de preguntas sin responder.

Por otro lado, Jayr, que es quien trabaja en el hospital y puede tener vigilado a ese dúo, lo ha hecho a medias. Primero porque era traspasar la puerta de la habitación, y el Amargado le lanzaba algo por la cabeza. Hasta el “Cincuenta Sombras de Grey” que Vivian leía terminó estrellado contra la pared cuando el Amargado se lo lanzó. No obstante me aseguró que Viv parecía serena como nunca, y que él mismo se había encargado de hacerle llegar lo que ella necesitaba, que no era mucho: un poco de ropa, artículos de aseo personal, un par de libros. Bueno, tres. La trilogía de Grey completa, lo que me hace pensar en cosas que me ponen los pelos de punta. Tomo nota mental de enviarle otro tipo de lecturas...

Pero Jayr no parece inquieto porque tiene otra cosa de qué ocuparse: su adorado Ian Farrell. “Ha sido amor a primera vista” insiste el muy descarado. Yo lo que creo es que ha sido calentura a primera vista, y que la locura que cometió por él pudo haberle costado muy caro.

Ayer vi su foto en Facebook... Es guapo. Jude Law mejorado y más joven. Debe andar en los treinta y poco, y tiene un aire de señorito inglés que dan ganas de ofrecerle un té nada más verlo. Facciones perfectas, ojos azules. Alto y elegante... Le he espiado el perfil a conciencia y se nota que el tipo tiene pasta. Bueno, que tiene dinero quise decir. Hay muchas fotos en un precioso yate llamado “Estefanía del Mar”. Se lo ve distendido con amigos en algunas, y en otras bastante tenso con una mujer: Estefanía Azcón. La información de su perfil indica que está casado con esa pelirroja despampanante. Clickeo sobre su nombre e investigo a la esposa... Vaya, Gucci, Prada, LV. Cada foto parece ser una publicidad de bolsos caros. Sigo investigando... Bueno, espiando más bien, como una viejita “visillera” como dicen algunos. En las que está con Ian, ella parece dichosa y él algo ausente... Bueno, ya se sabe que los ricos también

lloran, pero es infinitamente mejor llorar en el yate llamado “Estefanía del Mar” que en el puto baño de la revista, como estoy haciendo yo en este momento.

¿Por qué lloro? Porque me siento desbordada. No hay orden externo que pueda contrarrestar el caos interno. Y no lo hay porque el trabajo se acumula, pero sobre todo porque me cuesta horrores tomar decisiones, y los problemas se van acumulando uno tras otro.

Hoy por ejemplo, había una sesión de fotos y me ha fallado el que monta la escenografía y una de las modelos. Ni el fotógrafo ni la modelo que se hizo presente han querido improvisar así que aquí estoy, sentada en el wáter pensando en cómo solucionar esto, porque la edición está a punto de cerrar y de verdad necesitamos ilustrar ese artículo que habla sobre la nueva tendencia de usar faldas de todo tipo esta temporada.

El “tilín” de mi teléfono me indica que se ha activado nuestro grupo TRES ONLINE. Como lo esperaba es Jayr, ya que Vivian apenas aparece y cuando lo hace pone un pulgar para arriba o un corazoncito, dice que está bien y poco más.

Jayr:
Estáis ahí?

Clara
Supongo que solo yo, como siempre.

Jayr
Vivian, repórtate, mujer. Deja de follarte al Amargado y da señales de vida.

Clara
Es imposible que eso suceda, y no porque él no lo quiera sino porque nuestra amiga es muy selectiva y JAMÁS cedería ni a las presiones ni a los caprichos de ese imbécil.

Jayr
Un imbécil muy atractivo, Clara. Y hablando de hombres atractivos... He tenido un chat con Ian que me ha dejado flipando. Ahora te lo copio a ver qué piensas.

Clara
Vale, pero no tengo mucho tiempo y sí varios problemas que resolver.

Jayr

Te llevará solo un minuto leer, capulla. Ahí va.

Y así sin más, me transcribe el chat con algunas observaciones entre paréntesis, que seguro agregó después.

Ian: No sabes cuánto te agradezco la mano que me has dado.

(Le daría más que la mano, se lo daría todo)

Yo: No tienes por qué. Sabes? No suelo hacer este tipo de cosas...

Ian: Y por qué conmigo?

Yo: No lo sé. He sentido una especie de conexión... Tal vez en otra vida fuimos amigos, te la jodí de alguna forma y ahora en esta reencarnación era mi deber recompensarte. (Me inventé esa tontería porque no quiero asustarlo y que huya)

Ian: jaja. Bueno, como sea, tu impulso me salvó de la cárcel pues es la segunda vez que protagonizo un accidente, solo que la anterior me he cargado un poste y no un gilipollas.

Yo: Lo merecía. A ese tío lo conozco de otro sitio y es de lo peor.

Ian: Pues sí. Me ha parecido de una mala leche... Será por eso que no siento culpa con respecto a él, pero sí con respecto a ti. Has tenido problemas por esto? Lo ha descubierto alguien?

Yo: Que va. No te preocupes por eso.

Ian: No puedo evitarlo. Sabes que fue muy peligroso, además de altruista...

Yo: Fue un impulso y no me arrepiento.

(Aquí se quedó en silencio un par de minutos y yo creí que lo había perdido, pero no)

Ian: Me gustaría compensarte de alguna forma. Qué tal si cenamos juntos? (Casi me meo encima al leerlo)

Yo: Me encantaría.

Ian: Vale. ¿Qué te parece mañana en Drolma?

Yo: El del hotel Majestic? Pues me parece bien. (Se lo dije sin demostrar que por dentro estaba saltando de alegría, y no por el lugar sino porque lo volvería a ver)

Ian: Bueno, nos encontramos allí a un cuarto para las nueve?

Yo: Allí estaré.

Ian: Perfecto. Ahora te dejo...Ah, me olvidaba. Puedes traer a alguien, tú verás quién. Yo estaré con mi mujer, así que tú lleva a tu novia, ligue o lo que

sea, vale?

(Y ahí mis castillos en el aire se hicieron mierda. Fin de la conversación)

Jayr

Qué opinas?

Clara

Que es hetero por donde lo mires y que no debes ni ir, ni ilusionarte con él.

Jayr

Crees que ha mirado mi perfil y no se ha dado cuenta que soy gay? O que ni siquiera lo ha mirado?

Clara

Creo que lo ha mirado. Pero no sé si lo ha notado, pues no lo has puesto como información, no? Estás con varios chicos en las fotos, pero no en plan romántico. Y también estás con muchas chicas... En fin, si lo ha notado esto lo tienes que interpretar como lo que es: una frenada a toda regla.

Jayr

Te odio, Clara. Te lo he dicho, no?

Clara

Mira, *pelotudo*. Tengo un sinfín de problemas hoy, así que...

Jayr

Qué clase de problemas?

Clara

Me ha fallado una de las modelos y el escenógrafo. No sé cómo armar un set decente y me parece muy cutre hacer una producción con el tema "faldas" con una sola modelo. El asunto es que tiene que ser hoy, así que ahora toca hacer llamadas para encontrar sustitutos... Si no hago, estaré en el horno.

Jayr

No te preocupes. En menos de una hora estaré allí con la modelo. Tú ocúpate de tener listo el Croma, vale? Adiós.

La conversación con Jayr me deja con más preguntas que respuestas pero

cuando quiero evacuarlas, ya no está en línea.

Me pongo a trabajar como una posesa, y pierdo la noción del tiempo. Cuando levanto la cabeza, lo tengo frente a mí, junto a otro chico con pinta de nerd.

—¿Y la modelo?

Mi amigo sonrío.

—Yo seré “la” modelo. Y él es Felipe, experto en informática que te hará la escenografía que tú desees. Confía en mí, Clara. Saldrás airosa de esta...

Y me entregué. Me puse en sus manos y la producción salió infinitamente mejor que la planeada.

Cuando veo el resultado final, ya con el fondo incorporado, pego un grito tan fuerte que todos se congregan en torno a mi ordenador.

Jayr se ve como un verdadero Highlander, en plena Escocia.

Y más macho que nunca, carajo. Qué sexys les quedan las faldas a los hombres... El tema fue entre bucólico y urbano, porque también había fotos con fondos de ciudad. Y en todas ambos modelos se lucían. Ella súper femenina y lánguida, y él híper masculino y sensual con esas faldas que dejaban al descubierto sus musculosas piernas. En ninguna fotografía lleva el torso cubierto, así que sus perfectos pectorales y abdominales marcados, serán el delirio de todas nuestras lectoras.

Los auspiciantes aprueban la producción al instante. Y luego yo elijo la portada de la próxima edición... En ella se verá a Jayr con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas. Una falda a cuadros con una abertura lateral enseña un poco de su ropa interior... de cuero negro. Y detrás, como a la distancia, una cama con dosel en medio de una pradera.

Dios, qué maravilla. La mejor tapa en años y se la debo a mi amigo.

Por eso cuando luego de cerrar la edición lo llamo para volver a agradecerle, me encuentro con un pedido al cual no puedo negarme: quiere que lo acompañe a cenar con Ian y su mujer.

Bueno, no me hará nada mal una salida a un restaurante de lujo, sobre todo si no pago yo. Además muero de ganas por conocer al tal Ian y a su esposa tan... “pija”. Ay, qué feo ha sonado. Es que no me acostumbro.

Lo de la sesión de fotos salió maravilloso gracias a la ayuda de Jayr y su amigo el informático, pero en esta revista, y aunque me cueste reconocerlo hace falta un jefe. Alguien que se encargue del aspecto comercial para que yo pueda dedicarme a lo editorial.

Alguien que me supervise, que tome decisiones. Mal que me pese, el Amargado es una pieza importante de esta máquina. O tal vez sea el aceite que hace que sus engranajes funcionen.

En este momento todo está trabado, nada fluye bien... Y ni bien termino de pensarlo, llega la salvación. Dios ha escuchado mis ruegos y me envía al mismísimo Tomás Santiago, que camina sonriente hacia mí, y me pide que lo acompañe a su oficina.

¡Ni siquiera sabía que había regresado al país!

Ni bien me instalo me ofrece algo para tomar, pero declino. No necesito beber, sino que me resuelvan el problema de no poder convertirme en pulpo. Busco manos, pero también un cerebro que vele por los intereses de la empresa.

Y parece que Don Tomás está a por la labor, como dicen acá.

—Lo has hecho muy bien hija mía. Has hecho honor a tu célebre apellido y a toda tu estirpe, y estoy segura de que Lionel Messi estaría orgulloso de ti.

Dale con Messi. No hay peor ciego que el que no quiere ver, así que no me molesto en aclarar que yo no tengo nada que ver con “el pulga”.

—Gracias don Tomás, pero yo...

—Tú eres la mejor delantera de esta editorial, pero me doy cuenta de que hace falta alguien que dirija esta partida.

—Eso mismo. Y ahora que usted está aquí, podrá encargarse de...

—De nada, Mesi. Yo ya debería estar retirado y solo me mantengo aquí por la revista deportiva, que ya sabes es mi pasión. Si no fuese por SportMan, ya estaría en las islas Maldivas. Pero pondré al frente de Cara Mía a alguien más, pues está visto que Mateo tardará casi un mes en regresar.

Eso es muy extraño. Que el Amargado tarde en regresar es muy raro, ya que me lo hacía aquí a lo sumo en dos semanas. ¿Habrá sido tan grave?

Así que ni don Tomás ni su hijo el gilipollas. ¿Entonces quién?

—¿Quién será es “alguien más” don Tomás? ¿Es alguien de afuera o ya es miembro del staff?

—Bueno, no es del staff pero tampoco diría que es de fuera. Se trata de Marcos.

Marcos... Marcos... ¿Quién carajo es Marcos?

—¿Cuál Marcos?

Don Tomás sonrío.

—Mi hijo, Mesi. ¿Acaso no sabías que tengo dos?

Vaya, no. No lo sabía... Un momento: sí lo sabía, solo que no lo recordaba. ¿Ese tal Marcos no es el que de vez en cuando ilustra artículos de otra de las revistas de la editorial? Hablo de Global Travel, la que se dedica a los viajes y es dirigida por Pilar Peña, ahijada de don Tomás y una verdadera arpía. Por suerte esa publicación funciona en el piso once, así que un día de mala suerte lo peor que podría pasar sería cruzármela en el ascensor, o en la imprenta.

Pero lo del otro hijo de Don Tomás me toma por sorpresa, y él lo nota.

—Veo que no lo sabías.

—No. Digo sí, sí lo sabía, pero no lo recordaba. Y ahora que lo pienso ¿no es el que está en algún sitio de África fotografiando elefantes?

La carcajada de Don Tomás me sobresalta, pero sonrío y espero su respuesta.

—Ay, Mesi qué ocurrente eres. Sí que es verdad que Marcos es fotógrafo, pero la naturaleza es uno de sus múltiples intereses. De hecho también escribe, y acaba de terminar de cubrir el levantamiento en Congo...

Así que elefantes y terroristas insurgentes. Y ahora vendrá a dirigir una revista de “cosillas de mujeres”. Uhm... Mala tos le siento al gato.

—Ehhh... qué bien. ¿Cuándo llega?

—Ya está aquí, pero vendrá mañana. Marcos es un buen chico pero no es del tipo “de oficina” como ya te imaginarás, así que tal vez no lo veas muy entusiasmado. Te confieso que lo hace porque se lo he rogado, pues él nunca ha querido tener nada que ver con los negocios de la familia. A lo sumo ha colaborado con las revistas, pero hasta ahora en forma “freelance”, y no tiene mucha de idea de...

—Cosillas de mujeres —lo interrumpo sin poder contenerme. Pero parece que he dado con la frase justa, porque don Tomas exclama:

—¡Exacto! No sabe nada de eso, pero tiene un título en Administración, y un sentido de la estética impecable por su profesión de fotógrafo. Y para tu tranquilidad, también tiene mejor carácter que Mateo. Marcos necesitará de tu ayuda, tú la de él y la empresa necesitará de ambos. Sé que estaréis a la altura de las circunstancias. ¿Alguna pregunta, Mesi?

Me lo quedo mirando. No se me ocurre ninguna, así que niego y me dispongo a marcharme, pero don Tomás no me lo permite.

—Aguarda, guapa.

Se acerca a mí y me pone la mano en el hombro.

—Tengo que advertirte que si bien Marcos no es tan gruñón como Mateo, tampoco es sencillo de llevar. Ambos han pasado por momentos muy duros, y eso los ha hecho hombres muy difíciles y descreídos. Así que te pido paciencia, y que establezcáis una relación de colaboración por el bien de todos...

Asiento con la cabeza.

—Don Tomás, si con el Amar...señor Mateo he sobrevivido, el señor Marcos será pan comido —le digo guiñándole el ojo con picardía al tiempo que me retiro de la oficina.

Por favor... Nada puede ser peor que Mateo Santiago, y en este momento mi pobre amiga Vivian es quien lo está padeciendo.

¿Qué puede salir mal? O es más de lo mismo, o es mejor. Nunca nada

será peor que el Amargado.

#MonoFaldaProblemas

¿Qué puede salir mal? Muchas cosas.

La primera: cuando le envió la portada de la edición que sale mañana, el Amargado pone el grito en el cielo.

—¡No voy a permitir que salga ese delincuente en la portada de mi revista! —me grita al teléfono.

Intento tranquilizarlo, pero es en vano.

—Señor Santiago, hemos tenido una serie de contratiempos, y...

—¡Me importa una mierda, señorita! Esa tapa no va, así que busque otra y no me interesa si tiene que pasarse toda la noche en...

Ah, no. Eso sí que no. En un tono poco amigable, me animo a replicarle:

—¿Pero es por Jayr? Porque si es así permítame decirle que es muy poco profesional de su parte.

—¿Cómo dice? ¿Cómo se atreve a...? Aguarde. No se le ocurra cortarme —me advierte, y luego escucho que grita: —¡Hey! Miss México, tráeme la píldora para la presión porque tu amiguita va a acabar conmigo...

No puedo creerlo. ¿Miss México? Y no sonó para nada elogioso, sino más bien despectivo. La trata de tú, pero tampoco suena amistoso. No me gusta nada.

—Señorita, a lo nuestro. Piense en otra cosa y deje de cuestionar mi criterio. Ese niñato no puede ser portada de ninguna revista. Y mucho menos de una revista de “cosillas de mujeres”. ¡Siempre hemos puesto una chica en tapa!

—Señor... Jayr es un chico atractivo. Los chicos atractivos son “cosillas de mujeres”.

—¡Pero no con faldas!

—Si se ve muy viril y guapo...

—Pues fólleselo pero no lo quiero en mi revista. ¿Lo ha entendido?

Me deja completamente muda con esto último. Será grosero...

—¿Ha comprendido, señorita Mesi? Nada de hombres y menos con falda, ni en la portada ni en el interior.

—¡Pero no podemos generar otro contenido en tan poco tiempo!

—Oh sí. Claro que podréis porque si no, a la calle.

No le creo. Estoy segura de que no me va a despedir porque hoy me necesita más que nunca, pero puede tomar represalias con alguien del staff, o lo que es peor con Jayr. ¡O con Vivian!

Quiere amedrentarme pero no lo va a lograr.

—Discúlpeme, pero lo hablaré con su hermano a ver si es más razonable.

Un helado silencio al otro lado de la línea fue todo lo que obtuve como respuesta. Caramba, ¿habré metido la pata? ¿Sabrá el Amargado que su hermano viene a hacerle la suplencia?

—Yo no tengo hermano —me dice con frialdad, pero la furia en su voz ha desaparecido.

Definitivamente he metido la pata, pero ya no hay nada que hacerle.

—Será como usted diga, señor Santiago —Y luego corto la llamada. Ni siquiera he querido pedirle que me pase con Vivian o que la deje atender su móvil, porque eso de “yo no tengo hermano” me ha dejado desconcertada.

En fin, con desconcierto o sin él, lo de “será como usted diga” ni iba en serio. Si hay algo de lo que estoy segura es que esa portada con Jayr de brazos cruzados, piernas separadas y falda, venderá mucho.

Así que tomo una decisión, de la que espero no arrepentirme.

Levanto el teléfono y llamo al taller.

—Se imprime —les anuncio. Y luego me hago la señal de la cruz.

“Por favor, Diosito. Que todo salga bien...”

Me marcho a casa con más dudas que certezas, pero cuando al llegar me recibe la sonrisa de Alejandro lo olvido todo.

—Hola corazón.

Amo a este chico. Tanto, que pasó de ser mi responsabilidad a ser mi debilidad.

Aunque es consciente de sus limitaciones, siempre está feliz, siempre está sonriendo.

Bueno, solo dos veces lo vi llorar y una fue cuando el hijo de puta de su padre, se fue de casa con la hija de puta de mi madre, la mujer de su mejor amigo. La otra, cuando murió mi papá.

¡Qué desvalidos nos sentimos en ese entonces! Pero entre el dolor surgió la certeza de que nosotros tres, María, Ale y yo, éramos y seríamos siempre una familia.

Mi familia.

Me arrodillo a los pies de su silla de ruedas y le acaricio la mano.

—¿Cómo estás, pibito?

—Bien-n. Jacinto se portó mal-l-.

—¡Qué feo! ¿Qué ha hecho este simio del infierno?

Alejandro se tapa la boca y ríe, así que es su madre quien me cuenta.

—Abrió la ventana, Clarita. Y si no fuese porque el vecino me avisó tal vez hubiese pasado una desgracia...

Mi rostro cambia de expresión, de la alegría a la preocupación en dos segundos.

—¿Abrió la ventana? ¿Cómo?

—Qué se yo. Estaba intentando descolgarse por el balcón.

—Mery, creo que hay que ponerle una correa cuando no estamos.

—¿Y si se ahorca? Mirá si se engancha con algo y...

—No me digas más. Pero es muy peligroso que salga, y no solo porque puede caerse sino porque nadie debería saber que está acá.

—Lo sé, Clarita, lo sé. ¿Tenés planes para esta noche? Porque traje kilos de paella del restaurante —me dice, y yo observo con pavor como empieza a sacar mis tupperes del armario.

—Mery...

—Tranquila que los numeraré, y anotaré a quien le doy tus tupperes.

—Por favor... Y no puedo quedarme porque voy a cenar con Jayr. Iremos al restaurante del Majestic.

—Vaya... ¿Es que le ha tocado la lotería a tu amigo?

Sonrío y me meto en el baño. La verdad es que soy bastante descuidada con mi aspecto. No me sobra el tiempo para arreglarme pero esta noche me voy a esmerar pues no quiero quedar como una cucaracha al lado de la impresionante Estefanía Azcón.

Estaré entre tres personas que podrían ser portada de revista. De hecho una lo es, porque acabo de tomar una decisión en la que estoy arriesgando demasiado el cuello, pero desecho esa preocupación de mi cabeza porque esta noche quiero disfrutar.

Mientras se me seca el esmalte de las uñas de los pies (sí, ya sé que nadie me los verá, pero cuando digo que me voy a esmerar lo cumplo a rajatabla) le devuelvo la llamada a Joaquín mi psicólogo/novio.

—Hola... Sí, perdona. Es que estaba a tope en la revista. ¿A cenar? ¿Hoy? Pues mira, lo siento pero ya he hecho planes con Jayr. Que no, Joaquín. Porque no... ¿No estarás celoso de Jayr, verdad? Ah, menos mal... Bueno, no te pongas así. ¿Sabes qué? Tienes razón. Tal vez debamos replantearnos lo nuestro... ¡Es que estado ocupada!... Mira, eso lo serás tú. ¿Qué? Deja de psicoanalizarme, que ya no eres mi... No me digas...

Habla, habla y habla. Está bastante enojado porque hace mucho que no me ve ni contesto sus llamados, y me hace un reproche tras otro. Luego intenta justificar mi indiferencia con un incomprensible e innecesario diagnóstico. Me dice que tengo miedo al compromiso por culpa de mi madre, y que tengo que ordenar mi caos interior para que el síntoma... Ay, ya me harté.

¿Qué puede salir mal?, me preguntaba más temprano. Pues esto. Que te

arruinen lo que pinta ser una noche distinta con una sarta de tonterías que en todo caso debería esperar a decirme en la cara. A tomar por culo, loquero. Puede que me arrepienta mañana, pero hoy necesito un poco de paz.

—Joaquín, eras un tío majo, pero ahora... ¡Me parecés un boludo, carajo! ¡No me hinches más las pelotas! Hacete dar por un burro, y no me jodas más.

Y corto. La argentina que llevo dentro no sabe de culpas, o no las recuerda, y cuando hace su aparición estelar no deja títere con cabeza. Lo destruye todo... Igual que cuando encontré a mi madre con el padre de Alejandro en la cama, y empezó la pesadilla. ¿Por qué tuve que ser yo? No se puede sufrir lo que se ignora, y justo tuve que ser yo la que descubriera la verdad. Lo destruí todo. La habitación quedó devastada y yo también.

Vino la policía, estuve en un hospital en observación. Un ataque de nervios me dio, pero eso no fue nada... Lo que vino después fue lo peor. Sin embargo, no me volví a desmoronar sino que por el contrario, me hice más fuerte y lo que intenté fue contener. A papá, a María, y a mi querido Ale.

No sé por qué estoy pensando en eso esta noche, cuando tenía decidido brillar.

Me olvido del pasado, del loquero, del Amargado... Me olvido de que mañana tendré nuevo jefe, y de que contravine una orden. Me olvido de todo menos de Vivian, que hoy es mi principal preocupación.

Me pongo un vestido negro ceñido, y botines. Una chaqueta entallada en la cintura, color ciruela, y un sobre a tono. Me maquillo con esmero y hago lo que nunca, me suelto el pelo.

Mi larga cabellera negra cae sobre mi espalda y sobre mis hombros. Tengo que reconocer que me veo irreconocible, valga la redundancia. Esta no soy yo... ¿o sí?

Mis ojos perfectamente maquillados brillan, pero no consigo olvidarme de Vivian. Y justo en ese momento, me llega un mail de ella.

Me siento en el wáter y veo que también es para Jayr.

De: Vivian Alvarado <vivianalvaradofernandez@gmail.com>

Para: Jayr <jayrmodel@hotmail.com>; <mesiconunasolaese@gmail.com>

Asunto: Contarles todo

Queridos... Sé que he estado algo ausente, pero no quiero que se preocupen por mí porque estoy bien. En este momento el señor Santiago descansa y yo aprovecho a escribirles.

Estamos ya en su casa. Antes de venir, pasamos por la mía y recogí algunas cosas porque sé que al menos por un mes no podré volver.

Si me preguntan por qué me comprometí a lo que me comprometí, no tengo respuesta. Al igual que le pasó a Jayr, tuve un impulso. Últimamente estoy siguiendo mis impulsos, y no lo que los demás desean o creen que es mejor para mí, y eso me hace sentir bien.

Desde ese punto de vista, fue muy acertada mi salida.

Pero una cosa es decirlo y otra es hacerlo. No es fácil, se los aseguro. Este hombre es insufrible y no sabes cómo te entiendo, Clarita. No solo es descortés y prepotente, sino que maltrata. No físicamente, pero sí psicológicamente. Pero eso es algo a lo que estoy acostumbrada, y podré sobrellevarlo... creo.

Es muy exigente y siempre está necesitando algo. Que le acomode las almohadas, que le haga un té, ¡hasta he tenido que leerle! Lo hice, y por primera vez dijo algo que se puede interpretar como agradable. Me dijo: “Miss México, tienes muy linda voz”. Me quedé de una pieza, pero él rompió el encanto del momento, por supuesto. “Cierra la boca y continúa, mujer”.

Ay, Clara. Tú mejor que nadie sabes de qué hablo, aunque contigo se muestra distante e irrespetuoso. Conmigo sigue siendo irrespetuoso, pero parece que cree que no es necesario tomar distancia. Yo diría que soy como una mascota para él. Lo que no sé es por qué no deja que me aleje ni unos metros... Siempre quiere saber qué estoy haciendo. ¡Me ha ido a golpear la puerta del baño con su bastón!

Incluso pretendía que durmiera sentada en una silla, al lado de su cama, igual que en el hospital. Cuando intenté protestar me dijo que si lo prefería así, podía meterme dentro, y enfatizó sus palabras levantando las sábanas. Finalmente pareció captar mi indignación, la cual no logré disimular, así que ahora estoy en un punto intermedio: ni en su cama, ni en su silla: duermo en el suelo, en un colchón inflable. Sí, dentro de su habitación.

Sé que están pensando que es demasiado y yo también lo pienso, pero voy a cumplir con lo que me comprometí. Atenderé todas sus necesidades básicas las veinticuatro horas, siete días a la semana mientras dure su convalecencia. El médico había hablado de un par de semanas, pero él insiste que estará en casa al menos un mes. Dice que le vendrán bien unas vacaciones, y que su padre se encargará de todo...

Parece que disfruta de haber obtenido una esclava a cambio de un plato de comida, nada más. Yo soy “sus vacaciones”, y no me lo estoy inventando, él me lo ha dicho.

“Siempre quise que me atendieran como Dios manda, y tú lo harás. Serás mis vacaciones, Miss México”. ¡Oh! ¿Se puede ser más desagradable? Pero estoy decidida a no demostrarle emoción alguna. Voy a permanecer indiferente y atenderé todos sus pedidos como si fuese un robot.

Tengo que pensar que este sacrificio me mantendrá un mes más aquí en Barcelona, porque no tendré que tocar los pocos fondos que me quedan. Y si le agrada mi trabajo, tal vez pueda recomendarme... Si, ya lo sé. No debo esperar nada de él...

Amigos, les reitero que no se preocupen: estoy bien. Salgan y diviértanse. Clara, no te vuelvas loca con el trabajo, y tú Jayr, no te vuelvas loco con tu Jud Law. Mesura, tranquilidad... Ese es el camino.

*Los quiere,
Vivian.*

Ay, Vivian. Ojalá fuese tan sencillo no preocuparse y tomar las cosas con tranquilidad.

No tengo tiempo para responderle así que le envió una lluvia de corazones y me marchó al Majestic, dónde quedé en encontrarme con Jayr y sus nuevos amigos.

Solo espero que al menos a él, las cosas le salgan como espera.

#SinNingúnApuro

Cuando voy en el metro, recibo un mensaje directo de Jayr. Es raro... Siempre escribe en el grupo.

Jayr

Estoy llegando al Majestic. Y estoy preocupado por Vivian. Ese mail no me ha gustado nada.

Clara

Estoy en el metro a cuatro estaciones. Y que tú te preocupes me da miedo... Quiere decir que no son ideas mías y que Viv no está bien. Tenemos que sacarla de allí...

Jayr

Vamos, maniática. Lo que hay que hacer es hablar con ella. Te prometo que si la veo en peligro, yo mismo le romperé la cara al Amargado y la sacaré de allí. Vale?

Clara

Tú crees que la está pasando mal?

Jayr

Pues... Si la está pasando bien es que es masoquista.

Clara

También lo pensé. Cabe la posibilidad de que... Bueno, de que esté disfrutando de todo esto. Ya sabes, con lo de Grey...

Jayr

Joder. Qué locas estáis... Qué es? La sangre americana? Mira que aquí hay auténticas chaladas pero vosotras...

Clara

Ah, vamos. Ha hablado el cuerdo del grupo. El que arriesga el pellejo por un desconocido...

Jayr

Guapa, cuando lo veas en persona lo entenderás.

Y es cierto. Cuando lo veo, lo entiendo. El tal Ian es como para perder la cabeza... Las fotos de Facebook no le hacen justicia. Es perfecto.

Bueno, Jayr también lo es. Ambos rubios y de ojos claros... De solo imaginarlos en una situación de cama me vienen los calores. Pero me enfrió de golpe cuando entra en escena la despampanante Estefanía Azcón.

Es como una publicidad con piernas, y qué piernas. Gucci, Kors, Chanel. Una pelirroja tan guapa que me hace sentir pequeña y fea. Y encima pobre. ¿Qué hago yo entre estos tres? No me quiero echar tierra encima, pero no soy nada del otro mundo. No estoy mal, y hoy estoy mejor que nunca, pero a estos no le llego ni a los talones. A su lado no dejo de ser una morena atractiva, pero mi sencillez grita al mundo que mi sofisticación no ha venido conmigo.

Durante la cena hablo poco y los observo. Jayr me ha presentado como lo que soy, una amiga, así que no debo fingir, y eso es un alivio.

Estefanía es increíblemente locuaz. Habla de su casa, de sus perritos raza sharpei llamados Yaco y Moro, de su coche último modelo, de su yate... También menciona sus recientes cirugías y las que planea realizarse en breve. Y sin que nadie le pregunte, cuenta que es hija de un magnate de la industria automovilística que pone coches de carrera en las principales pistas del mundo, y menciona como al pasar que Ian será algún día, uno de los pilotos.

Él habla poco y sonrío mucho. Creo que se siente un poco opacado por su mujer, y que está acostumbrado a eso y la deja hacer. La mira con una mezcla de vergüenza y piedad.

Y Jayr solo tiene ojos para él. Lo sé porque lo tengo frente a mí, junto a Estefanía, y puedo captar que la dirección de su mirada está permanentemente orientada al hombre que tengo a mi izquierda.

Por debajo de la mesa intento darle un puntapié para que deje de mirarlo, con tan “mala pata” que le atino a la pelirroja.

—¡Ay!

—Lo siento. Es que se me ha dormido el pie...

La mirada de Jayr es asesina y yo me encojo de hombros.

—A Clara le pasan esas cosas... Pies que se duermen, tienen pesadillas y despiertan de golpe.

Todos ríen menos yo, que escondo la cara en mi copa pero sigo observando.

No hay gestos de cariño entre Estefanía e Ian, pero está claro que él es

heterosexual de la cabeza a los pies. Siento pena por mi amigo, porque me doy cuenta de que cada minuto que pasa está más enamorado. Pero es tan jodidamente optimista que ignora las señales y lo mira esperanzado.

Estoy segura de que la pareja no sospecha que Jayr es gay. Es que si no lo dice, nadie podría adivinarlo. No es amanerado ni se viste de forma estrafalaria. Mira lo que le parece bonito, pero con disimulo. Bueno, casi siempre lo hace, pero esta noche es evidente que yo me he dejado la sofisticación y él el disimulo, en otro sitio.

Creo que en un momento, Ian siente su mirada y parece inquietarse. Lo veo revolverse en su silla, y tarda unos segundos antes de volver a levantar la vista. Cuando lo hace, no hay rastros de incomodidad en su rostro. Se repone fácilmente, y la sonrisa vuelve a él.

Una copa, otra y otra. Me parece que bebe demasiado, y por un momento me pregunto si esta noche no terminará con una desgracia.

Mientras se sirve más champagne capta mi mirada de desaprobación y me dice:

—Ya he aprendido mi lección. Hoy cogeremos un coche.

Estefanía suelta una risita.

—A mi Ian le gusta correr. Tenemos chofer, pero él se empeña en conducir y hace tonterías como la de la semana pasada. A propósito, guapo. Mira, aquí tienes una pequeña atención por lo que hiciste —le dice a Jayr mientras le tiende un sobre.

Este lo abre y hace una mueca. Un cheque. Y por lo que veo tiene varios ceros.

Mi amigo vuelve a guardar el cheque en el sobre y se lo devuelve.

—No es necesario.

Pero Estefanía no lo toma.

—Claro que lo es. Nadie hace lo que tú has hecho por nada.

Jayr lo deja sobre la mesa, junto a la copa de la pelirroja.

—Tienes razón. Y yo lo he hecho por venganza. Ya está la cuenta saldada.

Ian está rojo como un tomate, pero interviene de pronto.

—Se lo he dicho, pero... Estefi, Jayr conoce al tío y quería tocarle las narices...

Ella frunce la suya y le pregunta:

—¿Por venganza? ¿Por qué? ¿Quién es ese tío?

—Es mi jefe —me sincero. —Y es un déspota maleducado que maltrata a todo el personal... Mi amigo es algo impulsivo, y creyó que el accidente fue un acto de justicia divina, y que nadie debía pagar por eso. A Jayr le pasan esas

cosas... Impulsos repentinos, venganzas rocambolescas, tonterías mayúsculas.

Ahí tienen. Ni olvido ni perdón. Fue mi pie inquieto el que replica a través de mí.

Estefanía parece satisfecha con la explicación.

—Así pues ¿no quieres el cheque?

—No —confirma Jayr.

—Bueno. Amorcito, dale las gracias.

Ian bebe un sorbo de su copa, y mira a su mujer.

—No he hecho otra cosa desde que nos conocimos, Estefi.

—Pero dáselas bien, cariño.

—¿Cómo...?

—Ponte de pie, y dale un abrazo. Es lo menos que puedes hacer, ya que te ha salvado de la cárcel.

Jayr está tan tenso que puedo percibirlo.

Y luego sucede. Ian se para y se pone junto a él, que automáticamente hace lo mismo.

El abrazo no tiene nada de sensual, pero yo estoy en llamas...Y si yo estoy así, no quiero ni pensar como estará mi amigo.

No obstante logra disimular sus sentimientos y cuando el abrazo termina, cada uno vuelve a su sitio y Estefanía vuelve a la carga. Esta vez, con preguntas.

—¿Jayr es tu nombre o es un apodo? Nunca lo había oído.

—Es un apodo —confiesa él, incómodo. No le gusta dar explicaciones con respecto a ese tema porque odia su nombre. Dice que tiene cero glamur y no lo representa.

—¿Y por qué ese apodo?

Lo veo suspirar y respondo por él.

—Son las siglas de su nombre y apellido.

—¡Qué bonito! ¿Y cómo te llamas?

—Adivina —es la peligrosa respuesta de Jayr. Y digo peligrosa porque desafiar a alguien tan locuaz y persistente puede ser mortal.

Y lo es... Estefanía pasa la siguiente media hora intentándolo.

—José... Javier... José Antonio... Juan Andrés... Jesús...

Los demás seguimos comiendo y conversando de cualquier cosa, pero esta mujer es tonta de la muerte como dicen por aquí, y sigue enganchada con la adivinanza.

—Jorge... Jorge Álvaro... o Julio Alfredo... ¿Es alguno de esos, verdad? ¿Frío, tibio o caliente?

Jayr se ve irritado, e Ian bebe una copa tras otra. Ahora entiendo por qué lo hace, y empiezo a imitarlo. Estefanía parece tener el poder de volver

alcohólica a la gente.

Llega un punto en que ya no la aguanto y me paro para ir al baño de forma tan precipitada, que se me cae la copa de agua empapando mi vestido.

Mierda, mierda, mierda. Me disculpo y me dirijo al baño rogando para que a esa loca no se le ocurra seguirme. Pero no es tan fácil mi salida luego de haber empujado el codo a discreción, así que mis pasos son más inseguros de lo que deberían. Entre el alcohol y los tacones, avanzo tambaleándome de tal forma, que al llegar a la barra tengo que apoyarme en un taburete y detenerme.

En ese momento, comienza a sonar “Despacito”, del boricua Luis Fonsi. Parece que proviene de un móvil que suena muy cerca, y nadie contesta. Dadas las circunstancias lo tomo como una señal...

“Eso... Despacito, Clara, que como te despatarres aquí la única salida elegante será fingir haber muerto” me digo mientras me dispongo a retomar el camino hacia el baño.

Intento dar un paso más, pero todo me da vueltas y a mí me entra la risa tonta, seguida de un inoportuno hipo. Entonces alguien que estaba de cara a la barra se vuelve, y no sé cómo, me encuentro de pronto de pie entre sus piernas.

Me tiene firmemente agarrada de los brazos por no decir bien cogida, porque cuando mi visión se aclara y lo veo, se me empiezan a representar las acepciones más prohibidas de la expresión.

Madre de Dios.

Si Ian y Jayr son los mejores representantes de la belleza anglosajona, este lo es de la latina. Me pierdo en sus ojos castaños por unos instantes, y luego recorro sus labios, su mentón cuadrado de barba crecida, la nuez de Adán que se mueve cuando traga saliva. Qué cerca estamos y cuánto más cerca me gustaría estar...

Su aliento huele a alcohol... ¿o es el mío? No lo sé ni me importa. Solo quiero quedarme aquí entre sus piernas, para luego intercambiar sitios y acogerlo entre las mías. Otra vez la palabrita... Es que este hombre sugiere pecados, actos inmorales, placeres inmensos, palabras prohibidas.

Sigo respirando de milagro. Siento que estoy viviendo este momento en cámara lenta, por eso los segundos parecen minutos y yo no atino a hacer otra cosa que mirarlo. Solo lamento la proximidad por no poder observar todo el panorama a mis anchas, pero sus hombros me dicen que es fuerte y también que es alto. No sé cuánto, pues sentado en la banqueta es imposible apreciarlo. No hay palabras entre nosotros, solo respiramos juntos mientras sus muslos oprimen mis caderas con fuerza, lo que posiblemente impide que me caiga, y no creo de que mi inseguridad tenga que ver con todo lo que bebí sino con esa mirada que parece traspasarme.

Y cuando creo que ya no se puede prolongar más esa situación, que se hace imperativo hacer algún movimiento a favor o en contra de estar atrapada entre sus piernas, él parece sentir lo mismo porque habla.

Este *potrazo* justifica su existencia por su increíble apariencia y virilidad, pero como si eso fuera poco, también habla. Sus labios se mueven y yo me pierdo en ellos, pero igual como entre sueños puedo escuchar que dice algo. Y ese algo pone en riesgo la escasa capacidad de autocontrol que me va quedando.

—Esto hay que tomarlo sin ningún apuro...—murmura.

Y casi instantáneamente, desde el móvil que suena y suena sin que nadie conteste, Luis Fonsi canta la misma frase. ¿Y qué hace mi boca que se ha desconectado de mi cerebro hace rato? Responde la mayor tontería que se le puede ocurrir.

—Des-pa-cito... —y acompaña la estúpida palabra silabeada, con un hipido.

¡Le acabo de hipar en la cara! Carajo. Y para hacerla completa, mi intento de explicar o disculparme por lo que acaba de suceder, es catastrófico.

—Ay, perdón. Eso fue hipo, no un eructo.

No, si estoy decidida a espantarlo, eso está claro. Soy la reina de las boludas, una tonta de campeonato. Ahora debe pensar que además de retrasada, soy cerda.

Seguro que lo piensa, seguro. Sin embargo sonrío, mientras sus manos pasan de mis brazos a mi cintura.

—Viniendo de esa boca cualquier cosa es bienvenida —es su increíble respuesta.

Y esa boca se abre, presa de un asombro imposible de disimular. Mi única neurona que no nada en alcohol intenta encontrar una réplica que esté a la altura, pero antes de que pueda siquiera intentarlo, se escucha la insoportable voz de Estefanía:

—¡Clara! ¿Te sientes bien, hija mía?

“No soy tu hija, tarada” es mi primer pensamiento. El segundo, el tercero, y el cuarto tienen que ver con eutanasia, mutilación o asesinato. Si fuese posible desconectarla, o cortarle la lengua... Si fuese legal apuñalarla des-pa-cito...

Su presencia lo arruina todo, por supuesto. Los muslos que me tenían prisionera me liberan, y un segundo después a Jayr se le ocurre oficiar de caballero andante.

—¿Estás bien? —me pregunta tomándome de la mano.

Yo lo miro pero no atino a decir nada. Me nace golpearlo, pero no tiene sentido. Estefanía Azcón ya estropeó el momento así que yo cierro los ojos y me

dejo llevar. Jayr me abraza y luego enmarca mi rostro con sus manos y busca mi mirada.

—Clara-Inés-Mesi-¿estás-bien? —repite des-pa-cito, como si dudara de mi capacidad de comprensión.

Asiento pues no me salen las palabras adecuadas. Es que tengo atragantadas dos. Dos palabras que eran las que debieron seguir a lo de “viniendo de esa boca cualquier cosa es bienvenida”. Dos palabras que podrían haber marcado el inicio de una noche épica y que ahora ya no podré pronunciar. Dos palabras que debieron salir en medio de un suspiro: “Entonces bésame”.

Y parece que no solo las pienso, sino que lo “esa boca” hace es sacarlas al exterior. ¿Lo he dicho en voz alta? No me lo puedo creer... Pero sí lo hice, a juzgar por la cara de espanto de Jayr, y la pregunta que me hace:

—¿Por qué haría algo así?

En ese momento se disipa la bruma que envolvía mi mente, y vuelvo la cabeza para comprobar si “él” ha escuchado lo que acabo de decir. Dos segundos antes hubiese sido oportuno y lógico, pero haberlo exteriorizado entre los brazos de Jayr, lo hace increíblemente estúpido.

Pero no. Lo poco de dignidad que me quedaba está a salvo, pues “él” ya no está. Y de pronto me agarra un desasosiego inmenso, que me impulsa a desasirme de las manos de mi amigo y volverme para buscar al dueño de mis suspiros, mis hipidos, y los besos que no le di.

Es inútil; ya no está. A través de los cristales, lo observo cruzar la calle y alejarse, mientras mis castillos en el aire se desmoronan.

“No era para mí. Eso está más claro que mi nombre” me digo. Y luego le hago un gesto con la mano a Jayr, Estefanía e Ian, que también creyó que sería oportuno venir al rescate y me observa con extrañeza.

Que lo interpreten como quieran, ya no me importa. En mi cabeza significa “no me rompan las pelotas” pero seguro lo toman como “vayan tranquilos que estoy bien”, y me meto en el baño con paso tambaleante.

Salgo minutos después, y me encuentro con Estefanía ante el espejo, retocándose el maquillaje.

—¿De veras estás bien, guapísima? —me pregunta preocupada—. Ese tío te estaba molestando, ¿cierto? Cuando he querido increparlo ya no estaba, así que ni siquiera he podido verle la cara.

“¿Molestando? Molestar es lo que haces tú, adoradora del colágeno, devota del bótox. Ya quisiera yo que me siguiera molestando...” pienso, pero le sonrío a través del espejo y luego volvemos juntas a la mesa.

Con la cabeza despejada y la vejiga vacía, busco redimensionar lo que acaba de suceder, pero por más que intento quitarle color, me sigue pareciendo el

encuentro más sensual de mi vida. Lástima que no se dio lo que se podía haber dado...

Me queda el consuelo de que no lo estropeé yo por borracha y cerda, sino que lo hizo este monumento a la pelotudez de cabello rojo.

Estefanía es tan pesada, que ni bien terminamos el postre, Jayr anuncia que tenemos que marcharnos, pues otra amiga nos espera.

La pelirroja hace morritos, pide la cuenta y paga. Cuando llegamos a la puerta nos pregunta si nos molesta que nos acompañen. Veo como Ian pone los ojos en blanco...

—Es que Vivian no nos espera en un sitio mono para beber algo, sino en casa para que la ayudemos a bañar a su esposo inválido. No creo que...

Mi salida improvisada basta para que ella nos plantifique sendos besos en las mejillas y tome a su marido del brazo.

Jayr y yo los miramos alejarse. Fue tan repentina su partida, que no pudimos despedirnos de Ian. Pero unos pasos más allá él se vuelve y sonrío de una forma... Parece que saliera el sol y eso que es medianoche. Yo lo sentí así, por lo que me imagino que para Jayr fue como una especie de aurora boreal.

A mi amigo no se le quita la sonrisa boba en todo el viaje y yo, para qué negarlo, estoy igual. Esta noche dormiré en su casa, en la habitación de su hermana con la que comparte piso, y que este invierno está de intercambio en Alemania.

Hablamos poco en el metro, pero tengo la completa certeza de que aun sabiendo que es heterosexual, Jayr intentará conquistar a Ian.

Yo no tendré la misma oportunidad con mi hallazgo de hoy pues no sé ni cómo contactarlo, y me consuelo pensando que aunque pudiese, haría el ridículo intentando atraerlo porque no es el tipo de hombre que se fije en una mujer como yo.

Pero me permito fantasearlo hasta que el cansancio me vence, y cuando eso pasa, el desconocido de la barra se aparece en mis sueños para decirme que yo soy el imán y él es el metal, y que pronto nos volveremos a ver.

#DespacitoBocaHermosa

Mientras desayunamos observo oscuras ojeras en el perfecto rostro de Jayr.

—Es que no he pegado ojo, tía —me dice suspirando.

—¿Es por Vivian? ¿Sigues preocupado?

—Que va. Con lo que me has dicho de lo de Grey... Solo espero que lo esté disfrutando.

—Bueno, es una suposición mía... No sé por qué, pero me recuerda a una geisha, siempre obediente, siempre diligente, siempre una sonrisa.

—Clara, dejemos que Vivian gestione su vida ¿vale? —farfulla de mal humor.

—Vale. Pero aún no me has dicho por qué no has dormido.

No responde de inmediato. Se para y vacía su taza en el fregadero, y desde allí me lo dice:

—Estoy enamorado de Ian.

Me paro, me acerco a él y le masajeo la espalda con cariño.

—Pero si apenas lo conoces...

—Lo sé. Pero también sé lo que siento.

—Jayr... Tú sabes que esta relación es...

—¿Imposible?

—Improbable.

—¿Crees que ama a Estefanía?

—Sinceramente, no me lo pareció. Creo que ella es la que tiene la pasta y lleva el timón de la relación. A él lo veo como entregado...

—Entonces es posible.

—¿Qué cosa?

—Lo nuestro.

Uf, ¿cómo le hago entender lo que para mí es obvio? Ian es heterosexual, no me cabe duda de ello. Puede que lo de Estefanía sea una farsa, pero a ese tipo le gustan las chicas.

—Es improbable y lo sabes. No creo que le vayan los chicos...

—Ni yo —declara convencido—. Pero hubo una conexión entre nosotros...

—Jayr.

—Clara, ¿recuerdas a Christian? Vivian y tú me aseguraron que podrían

conquistarlo. ¿Y con quien se fue el tío esa noche?

Tiene razón. Apostamos y ganó Jayr. De todas formas ninguna se hubiese atrevido a concretar. Además ya partimos con desventaja, pues ese Christian era un machote de ensueño, en busca de algo distinto... Vamos, que era *bicurioso* y eso le dio las de ganar a nuestro amigo.

—Creo que Ian no es bi, Jayr. Es hetero y no está en sus planes probar — le digo suavemente, intentando elegir las palabras justas para no hacerle daño.

Él permanece unos momentos en silencio, y luego murmura “ya veremos” y se encierra en su habitación.

Mientras voy en el metro a la revista, intento contactar a Vivian. No contesta el móvil, no responde los WhatsApp... Tengo que verla, tengo que comprobar con mis propios ojos que está bien y que quiere seguir adelante con la ingrata tarea de asistir al Amargado durante veinticuatro horas, siete días a la semana.

“Todas sus necesidades”... “Full time”... “Miss México”... Frases que no me puedo sacar de la cabeza, y que me dan muy mala espina. ¿Se estará aprovechando de mi amiga ese hijo de puta? Y ella ¿qué tipo de cosas puede llegar a hacer por no regresar a su país?

Su marido es una porquería llamada Pedro Mendoza. Un rico empresario de la capital mexicana, que no hacía más que faltarle el respeto de mil formas posibles. Le era infiel con cuanta empleada de la compañía se le puso delante, no le permitía trabajar, la celaba en extremo, la humillaba.

Vivian tocó fondo cuando hace seis meses llamó a su casa y contestó el ama de llaves. Eso no hubiese tenido mayor relevancia si de fondo no hubiese escuchado la voz de su marido diciendo “hola, muñeca, ya está papi en casa”.

Eso fue devastador... Mientras ella estaba en Barcelona asistiendo a su tía agonizante, él le ponía los cuernos bajo su propio techo. Y lo peor de todo fue que cuando le reclamó presa de la indignación, el infeliz le dijo que alguien tenía que hacer las veces de esposa cuando la suya andaba “paseando” por Europa.

En ese momento Vivian tomó la decisión de no regresar. No amaba a Pedro, eso lo sabía desde hacía mucho. Sus hijos ya estaban en la universidad. Nadie la echaría en falta, pues no le quedaba familia... Pero no estaba lista para enfrentar la situación, así que cuando su tía falleció no se lo dijo a nadie, y ya hace dos meses que finge seguir asistiéndola.

Cada semana el patán la llama y la conmina a regresar. Cada semana ella le dice que ni bien la tía pase a mejor vida lo hará.

¿Cómo manejará ese asunto con el Amargado escuchando la conversación? Ya me lo imagino “Miss México, te he dicho que tenías solo dos minutos. ¿Con quién demonios hablas? ¡Full time, es full time, coño! ¡Ven y

ocúpate de mis necesidades básicas!”

Entre dos fuegos está mi pobre Vivian, y le resultará complicado convencer a Pedro de que esa es la voz de su difunta tía. Además, no creo en la firmeza de su propósito de no regresar. La he visto contemplar una foto de sus gemelos con los ojos llenos de lágrimas...

Los adora. Me doy cuenta por cómo habla de ellos.

“Aarón es loco... Un hippie desaliñado y alegre. Elías en cambio es tan formal, tan serio. Son adorables mis hijos. ¡Cómo los echo de menos!”

Me consta que lo hace. Y no quisiera estar en sus zapatos justo ahora... Si es una pesadilla aguantar al Amargado en la oficina durante ocho horas, no quiero ni pensar lo que será soportarlo todo el día,... y toda la noche.

Me preocupa mucho Vivian, y también me preocupa Jayr con esa extraña obsesión por alguien que apenas conoce.

Pero hay algo que más que preocuparme me tiene estresada, agobiada, y hasta diría que deprimida: mi trabajo. La revista. Las responsabilidades de la revista.

El Amargado y yo éramos un buen equipo a pesar de todo; él me ordenaba qué hacer, y yo lo hacía. Y lo peor de todo, es que no me trago eso de que su pierna le impida cumplir con su trabajo. ¿Por qué mierda no está gritándome al teléfono todo el día? No, no me cierra.

Y todo me lleva nuevamente a Vivian. ¿Qué demonios pasa en esa casa? ¿Por qué mi amiga se muestra ausente? ¿Por qué Mateo Santiago ya no es como una mosca en mi oreja?

No sé que está sucediendo pero antes de que termine el día de hoy, voy a averiguar qué carajo está pasando allí.

Paso por la tienda a comprar un Activia porque estoy algo estreñida, y ni bien entro veo a Jayr. Es decir, veo a Cara Mía con Jayr en la portada. Ah, qué bonita ha quedado. Había visto las pruebas, pero siempre tiene un mayor encanto cuando la veo con los ojos del público.

Y cuando recuerdo lo que me puede costar esta rebeldía, me replanteo lo de ir a desentrañar el misterio del Amargado y Vivian.

Quiero conservar mi empleo, pero más quiero conservar mi cabeza.

Me hago la señal de la cruz y me encomiendo a Dios. Que se haga su voluntad.

Cuando llego a la oficina noto todo revolucionado. Corrillos por aquí, grupitos por allá. Todos me miran y murmuran. Carajo... ¿Estaré ya despedida? ¿El Amargado ha dado la temida orden? La espada de Damocles pende sobre mi cabeza, lo sé. Pero mientras nadie me diga algo, yo haré de cuenta que sigo en carrera.

Así que los ignoro y me dirijo al estudio, pues de recepción me informan que ya llegó Dolores Sintesta, la top model del momento, que accedió a realizar una producción con nosotros para la próxima edición. Sé que es pronto pero tenía que ser cuando ella pudiera, así que nos adaptamos.

Cuando llego a Maquillaje veo que hay problemas. Elisa la maquilladora, ordena su material de trabajo con cara de fastidio. Dolores está llorando, mientras Tere la consuela. Ni bien entro, la pobre me mira como pidiendo auxilio y yo no sé qué hacer.

Con el mayor de los cuidados, coloco una mano en la cabeza más rubia y más hueca de España, y le pregunto:

—¿Qué tienes, guapa? ¿Por qué lloras?

Dolores se sorbe los mocos y me mira.

—¿Conoces a Lucero?

A Lucero. La nueva bruja de la revista. Claro que la conozco, pero no entiendo por qué lo pregunta.

—¿La conoces? —insiste Dolores mientras hace ese gestito ridículo de abanicarse los ojos.

—Ajá.

—Bueno... Ella... me ha dicho... Me ha dicho que... Soy Piscis ¿sabes? Y me ha dicho que tengo... que tener cuidado con... las caídas... ¡Y ahora no me atrevo ni a pararme!

A la mierda. Voy a matar a Lucero. Primero porque yo también soy de Piscis, y ayer estuve a punto de caerme. Suerte que estaba el chico de mis sueños y pudo evitarlo. Y segundo porque... ¿qué voy a hacer con una modelo de ojos enrojecidos por el llanto, y cuya nariz parece una zanahoria por el mismo motivo?

Tere me observa con pena, e intenta arreglarlo pero lo empeora.

—Dolores, Lucero no se refería a esas caídas... Hablaba de la caída del cabello.

Sin duda fue lo peor que pudo decir, porque el llanto de la chica aumenta.

—¿Del cabello? ¿Se me caerá el cabello? —pregunta espantada mientras acaricia los sedosos mechones que descansan sobre su abultada delantera.

Mi mirada es asesina, no hay duda, porque Tere pone pies en polvorosa. A través del espejo veo que Elisa hace grandes esfuerzos para no soltar una carcajada. Me centro en apagar el incendio como puedo... Esta chica es tonta de campeonato, así que me pondré en cuclillas y jugaré en sus ligas.

—No, cariño. Porque tú harás lo que yo te indicaré y tu cabello permanecerá intacto.

Dolores toma mis manos, me suplica que le diga qué hacer, y promete

seguir mi consejo al pie de la letra.

Entonces dejo de ser una especie de maestra de párvulos, y la malvada que llevo dentro hace su aparición estelar.

—Vale. Tú sabes que yo vengo de América ¿verdad? Pues allí para que no se nos caiga el pelo, echamos mano al remedio de los indios...

—¿Y cuál es ese? Dímelo por favor.

—Es muy simple. Ajo y agua...—y no creo necesario aclarar que me refiero a “a joderse y a aguantarse”. Que lo interprete como quiera, o como pueda.

Tal como lo esperaba la chica no capta la ironía, y me pregunta con la mirada cargada de esperanza:

—Oye, el ajo... ¿me lo tengo que aplicar en el cabello o debo tragarlo?

Esto es demasiado. Estoy tentada, y al igual que Elisa hago grandes esfuerzos para evitar reírme.

—Ehh... Tienes que comerlo. Y bien masticado... Una cabeza entera cada noche, seguida de un vaso de agua —improvisado, mientras pido disculpas mentalmente, al pobre que le toque besarla y dormir con ella.

—Gracias, Chica de la Revista. Eres muy maja ¿sabes? Y eso que eres de América... Tranquila, que casi que no se te nota.

La puta madre que me parió. Se rifa un tortazo y esta mina se compró todos los números. Estoy tan molesta que además de la malvada, me sale la argentina desquiciada que llevo dentro. Si algún remordimiento tenía por lo que acabo de decirle, se me esfuma de golpe. ¡Llevo diez años en España, y es la primera vez que me siento insultada por algo así! Lo peor de todo es que esta ni se ha enterado, y me mira como si de su boquita de fresa hubiese salido el mayor de los halagos.

En fin, voy a tomarlo como de quien viene y se lo dejaré pasar. Me enderezo y me arreglo el vestido, mientras llamo a la maquilladora.

—¡Elisa! Dolores está lista. Ven y haz tu trabajo...

—Lista es un decir... —murmura la mujer, pero Dolores no se da por aludida.

Tiene razón. Esta chica de lista nada... En fin, mi tarea aquí ya está cumplida así que me dispongo a marcharme.

Cuando levanto la vista, a través del espejo creo ver algo... O mejor dicho a alguien. No, no puede ser. Fue un segundo, como una sombra. Había un hombre en la puerta de la sala de maquillaje, estoy segura. Tal vez presencié todo el numerito del remedio de los indios... Pero lo peor de todo, es que eso no es lo que más me preocupa. Por un instante me pareció ver al tipo de la barra del restaurante. El que me aprisionó entre sus piernas, y hubiese aceptado cualquier

cosa de mi boca. El que me quitó el aliento, la decencia, la cordura.

El imán. El maldito imán que aun sin haber bebido, me tiene obsesionada al punto de imaginarlo en el lugar menos esperado.

Sacudo la cabeza, y espanto esa alucinación. No puedo darme el lujo de soñar despierta en el trabajo, así que me despido de Dolores y luego de arreglar detalles con el fotógrafo, regreso a mi escritorio.

Lo primero que hago es marcar por enésima vez el número de Vivian. Nada, no lo atiende. Intento contactarla por WhatsApp porque tal vez no pueda hablar, pero sí escribir, pero es inútil. Ni siquiera aparece conectada.

Entonces apelo al último recurso: llamo al Amargado. Sé que me expongo a su ira si es que ya ha visto la portada de Cara Mía, pero decido arriesgarme. Este sí contesta, y a la primera llamada.

—¿Qué quiere?

No es ni amigable ni cortés, pero tampoco me ha amenazado de muerte. Parece que aún no la vio, y yo respiro aliviada.

—Señor Santiago, quería saber cómo sigue usted...

—No mienta, señorita. Mi estado de salud no le interesa. Es más, estoy convencido de que estará dichosa por no tenerme encima dándole órdenes — replica.

—Señor, le aseguro que acá lo necesitamos y mucho —le aclaro y ni yo me lo puedo creer, pero es la pura verdad.

—No se preocupe que ya mi padre ha determinado enviarle refuerzos — me dice, y creo adivinar cierto encono en su voz—. Ahora diga ¿qué es lo que quiere?

Decido sincerarme.

—Necesito hablar con mi amiga, por favor. No responde mis llamados, y...

—Señorita, ¿usted sabe que su amiga está a mi servicio “full time”?

—Sí, señor Santiago. Sé que está para cuidarlo y...

—Cubrir mis necesidades básicas.

—Así es.

—Siempre que sean legales y no estén reñidas con la moral—agrega él innecesariamente.

—Sí, lo llevo claro, pero de todas formas necesitaría hablarle. Dos minutos, por favor.

Por un momento no dice nada, pero luego me grita en el oído:

—¡Miss México! Ven y habla dos minutos con tu amiga.

Y un segundo después, tengo por fin a Vivian al teléfono.

—¿Clara? ¿Todo bien?

—No, Viv. Nada bien... Estamos preocupados por ti.

—Ya les he explicado todo en detalle...

—Pero no nos convence. No queremos que te maltrate ese hombre, Vivian. Déjalo, que nosotros asumiremos las consecuencias —le ruego, esperanzada.

—No.

—¿No?

—Se me terminaron los dos minutos, manita. Te quiero, Clara, y también a Jayr. Dejen de preocuparse por mí. Ahorita debo cortar, pues tengo que ir a por la edición Cara Mía de hoy, que se han olvidado de enviarla de la oficina.

Y corta nomás, dejándome con los nervios de punta. No sé si son esos nervios puntiagudos o fue el Activia, pero lo cierto es que casi me voy por el caño. Una diarrea atroz me agarra de golpe, y por un buen rato me siento morir.

Todo indica que por una cosa u otra tengo los minutos contados, así que media hora después, cuando Tere me avisa que don Tomás quiere verme, yo ya sé el motivo.

Adiós, Clara. Te van a echar, no hay duda. El Amargado debe haber visto la portada, debe haber hablado ya con su padre. Esta imperdonable falta traerá consecuencias, así que voy despacio, con una resignación que no sé de donde me sale.

Ya me veo buscando empleo en cualquier otro rubro que no sea este, porque estoy segura de que Mateo Santiago se encargará de que nadie me contrate. Tal vez debería ir al Camp Nou y ver si mi falso primo Lionel me puede ayudar. De “alcanzapelotas” también me sirve... Cualquier cosa que me permita sobrevivir.

Fue tan bello mientras duró, carajo. ¿Por qué no tengo suerte? Jayr sigue un impulso y conoce al amor de su vida, Vivian sigue un impulso y ahí está, tal vez viviendo la fantasía de Grey en el mejor de los casos, y en el peor al menos ahorra dinero. Pero yo no. Sigo mi impulso y me despiden. Qué mala suerte la mía.

Entro a la oficina de don Tomás sin llamar. A esta altura no son necesarias las formalidades, creo yo, así que abandono mi actitud de mártir, me acerco a su escritorio y sin siquiera saludarlo le digo:

—Lo siento. Sé que no debí hacerlo, pero seguí un impulso. Claro que ustedes no tienen por qué soportar insubordinaciones de ningún tipo, así que entenderé que no...

Lo veo fruncir el ceño y me detengo.

—Mesi, creo que has tomado demasiada cafeína esta mañana. De hecho estoy seguro que no pasarías ningún control anti dopaje pero te ruego que hagas

el esfuerzo de calmarte, pues tu “impulso”, o lo que yo llamo “corazonada” ha hecho que en las primeras seis horas se haya agotado la edición de Cara Mía — me dice sonriendo —. Eso es algo inédito en esta publicación, por lo que me permito felicitarte.

Pestañeo confusa, y apoyo la punta de mis dedos sobre el escritorio.

—¿No me va a despedir? —pregunto con un hilo de voz.

—Claro que no —me responde.

—Pero su hijo no quería...

—Me lo ha dicho hace un instante. Sí que es verdad que no sonaba feliz, pero la maravillosa enfermera que lo asiste ha logrado lo que nadie: detener su arrebato. Esa chica lo tiene completamente dominado...

¿Qué? ¿Qué Vivian ha logrado detener qué? ¿Qué quiere decir con que lo tiene “completamente dominado”? Un momento, aquí hay algo que no cuadra. Si antes me sentía confundida, ahora me siento peor. Estoy convencida de que hay gato encerrado en todo este asunto, y lo de la portada y su aparente éxito pasa a un segundo plano para mí. Es más, dadas las circunstancias hasta me cuesta creerlo.

Me pongo nerviosa, y me entra a picar todo. Me rasco el dorso de una mano con energía mientras un gran desasosiego se apodera de mí.

—Don Tomás: esto es una broma, ¿no? ¿Es una cámara oculta? Dígame la verdad, por favor, que la enfermera de su hijo es mi amiga, y no creo que la esté pasando bien siendo la *fulltime-veinticuatsiete-necesidadesbásicas* de alguien tan odioso como su hijo, y ahora usted me dice que ella lo tiene absolutamente dominado cuando yo sé que es al revés y... —me doy cuenta que lo que sale de mi boca es una sarta de incoherencias pero por alguna razón siento la necesidad de vomitarlas aquí.

—Guapa, tienes que tranquilizarte porque no se entiende lo que quieres expre...

Más no puedo detenerme.

—Usted no sabe cómo es el señor Mateo, porque no tiene que soportarlo. Es malvado, machista, déspota, y ahora Vivian ha caído en sus garras, y la está manipulando al igual que a usted, don Tomás, haciéndole creer que es ella quien lo tiene dominado cuando de sobra yo sé que es al revés, si hasta la denigra con eso de “miss México” y mi amiga no se merece que la maltrate otro cabrón que ya con su marido fue suficiente... —le digo de un tirón casi sin respirar.

—A ver, Mesi, respira; habla más lento que no te comprendo —me pide don Tomás contrariado.

Y cuando yo inspiro profundo intentando serenarme, a mis espaldas escucho una voz.

—Viniendo de esa boca cualquier cosa es bienvenida. Pero es mejor despa-cito... ¿No lo cree así... Clara?

Cierro los ojos, me paralizó. No solo lo reconozco por el tono, sino lo que me dice deja en absoluta evidencia que detrás de mí está él. ¿Pero cómo? ¿Cómo diablos me encontró? Ay, Dios... Esto es demasiado. Quiero darme vuelta, pero no puedo. Me siento mareada, acalorada, confusa. No atino ni a decir ni a hacer nada.

De pronto todo empieza a girar en torno a mí, y siento que las piernas no me sostienen. Carajo... Lucero... Piscis... caída... imán... metal... Despa-cito, como en cámara lenta, me voy desmoronando. Y antes de que pueda siquiera avisar lo mal que me siento, veo el suelo demasiado cerca y luego todo es oscuridad y silencio.

#ÉlDeseaVerte

Esa noche nos comunicamos por Hangout de Google. Los tres *online*, luego de varios días...

Pensaba que Vivian faltaría a la cita, pero asombrosamente aparece desde el baño del piso del Amargado. Es genial encontrarnos de nuevo. Convenimos en ir contando lo que nos sucedió en los últimos días, que casualmente para los tres fue lo suficientemente *heavy* como para convocar esta teleconferencia.

Empieza Vivian, votada por unanimidad (con los votos de Jayr y míos, claro está, porque ella no quería).

“—Es que no tengo mucho qué decir. Ya les he contado todo por mail...”

Como veo que la mano viene “negadora” decido ser franca. Franca al estilo “argento”.

“—Mira, Vivian, o largas lo que te estás guardando o en diez minutos nos vamos con Jayr hasta ahí y te sacamos a la fuerza de la casa del boludo ese”.

Observo que Jayr asiente, obediente, y nuestra amiga hace una mueca y pone los ojos en blanco.

“—Clarita, mira que eres persistente. Y no sé de dónde sacas la idea de que estoy escondiendo algo”.

Sonrío irónica y se lo digo.

“—Don Tomás Santiago en persona me dijo que tienes dominado a su hijo”.

La transmisión no es buena, pero aun así veo como las mejillas de Vivian toman color. Abre y cierra la boca, y luego se la tapa como para no seguir delatándose.

“—¿Y bien?” —interviene Jayr acercándose a la webcam.

Entonces ella hace lo mismo y habla en voz baja, como si el micro estuviese junto al ojo de la cámara.

“—No es cierto lo que dice su padre, pero tengo que confesar que hemos llegado a una especie de entendimiento”.

“—¿Qué clase de entendimiento?” —pregunto al instante.

—No puedo hablar de ello. Es estrictamente confidencial, así que si me disculpan...”

“—¿Has firmado un contrato estilo Grey?”—interroga Jayr a boca de jarro, y Vivian se sonroja aún más.

“—No exactamente, pero me he comprometido a no revelar ciertas

cosas”.

Bueno, tengo que reconocer que es buena cortándonos las alas.

“—¿No dirás nada, entonces?”

“—No por ahora. Pero quédense tranquilos que estoy bien. Muy bien...”

Unos golpes a su espalda parece que desmintieran sus palabras.

“—En unos minutos estaré con usted. Aguarde en la habitación por favor” —dice ella en voz alta, con su habitual tono sereno—. “Ahora te toca a ti, Clara”.

“—No, me toca a mí” —dice Jayr, impaciente—. “Tías, es que no me aguanto...”

“—Bien, Jayr, te toca a ti”—concedo—. “Pero antes déjame decirte, querida Vivian, que esto no quedará así. Te perdono la vida porque te veo bien. Demasiado rozagante, diría yo, pero como he podido comprobar que estás a salvo, me tranquilizo por el momento. Ahora cuéntanos, rubito. ¿No te aguantas qué cosa?”

Su sonrisa es deslumbrante.

“—Hoy me ha llamado Ian”.

“—¿En serio?”

“—¿De veras, manito?”

“—Pues sí. A lo primero me ha pedido disculpas por la actitud de Estefanía. Me ha dicho que no puede con ella, que la quiere pero que a veces no la aguanta”.

“—Ni él ni nadie. No me extraña para nada porque me ha caído pésimo esa mujer”.

“—Lo ha notado, Clara, y me ha pedido que te pida disculpas a ti también. Le he preguntado si la actitud de su mujer es lo que lo hace beber de más y me ha dicho que sí. Que tú lo entenderías, porque también te ha pasado...”

“—Es cierto. Lo entiendo perfectamente... Es beber o morir estando ella presente”.

“—¿Tan jodida es esa hija de la chingada?”

“—Insoportable, Viv” —le aseguro—. “Pero Jayr, no puedo obviar el hecho de que te ha dicho que la quiere, así que por favor no te hagas ilusiones”.

“—¿Te pagan para que me arruines la vida, *Clara Mesi con una sola ese*? Voy a dejar correr tu malintencionado comentario, para pasar a contaros lo principal: me ha invitado a salir. Él y yo, solos. ¿Qué os parece?”

Vivian aplaude, y yo no puedo evitar sonreír.

“—Que tendrás una nueva oportunidad para constatar que es heterosexual hasta la médula”.

“—Que te zurzan”.

“—*Andá* a cagar”.

“—Ven, mira y huele”.

“—Basta, *güey*. No quiero más disputas ¿de acuerdo?” —interviene Vivian fastidiada. Y luego le sonrío a Jayr—. “Cielo. Cielito lindo. *La de una sola ese* tiene razón, que eso no te haga ilusionar en vano... Me vale madres lo mal que pueda estar su matrimonio, si no le gustan los chicos, no te corresponderá y lo sabes”.

Jayr suspira y asiente.

“—Lo tendré en cuenta, guapa. Pero que esta no me toque las narices porque luego del numerito que ha montado en el restaurante... Casi se mea encima, entre las piernas de un tío buenorro que le ha evitado una caída por ebria”.

“—Cállate, tonto. Que cuando me toque, mi historia los hará alucinar”.

“—Te toca” —dicen al unísono.

Entonces yo me acomodo en mi silla y pongo cara de intrigante.

“—Jayr tiene razón. Ayer casi me hago pis entre los brazos y las piernas de un hombre que impidió que terminara en el suelo debido a los tacones (que no estaba ebria, gilipollas). Todo parecía ir camino a un momento más íntimo, pero la aparición de alguien que no quiero decir quién es pero que lo estoy mirando y su nombre es Jeremías Antonio, lo jodió todo”.

“—Anda ya... Ahora fue culpa mía. Pensaba que te estaba molestando, joder”.

“—Pues no. Era todo lo contrario... Pero Dios es bueno y justo así que me ha dado otra oportunidad”.

“—¿De veras, Clarita?” —pregunta Vivian asombrada.

“—Sí. Hoy lo he vuelto a ver... O mejor dicho, lo he vuelto a oír...”

“—¿Habéis hablado por teléfono?”

“—No, Jayr. No exactamente... Me lo he encontrado en la oficina. Es decir, estaba en el despacho de don Tomás en el momento en que me desmayé”.

“—¿Qué dices?”

“—¿Cómo? ¿Cómo que te desmayaste, manita?”

“—No ha sido nada, no se preocupen ¿vale? Es que el desayuno de Jayr fue un café aguado...”

“—Anda, que otra vez tengo yo la culpa”.

“—Que no... Pero antes de entrar a la oficina me he pasado por Mercadona y he comprado un par de Activia, que además de alimentar me harían... ya saben... que voy algo constipada...”

“—Mira que eres cerda de la muerte” —dice Jayr riendo.

“—Cállate, tonto. Como les decía, me tomé dos potes de Activia y creo que fue demasiado porque entonces me ha dado algo de diarrea... Bien, la cuestión es que estaba algo debilucha, y cuando entré al despacho de don Tomás iba bastante nerviosa pues temía que me despidiera...”

“—¿Por lo de la portada?” —pregunta Vivian, preocupada—. “Pues sí. Eso quería el señor Santiago...”

“—Lo imagino, pero no lo ha logrado porque la edición se ha agotado”.

“—¡Toma ya!” —exclama Jayr riendo.

“—Eres un éxito como chico de portada, pero no te vuelvas vanidoso”.

“—No lo haré. Vuelve a lo de tu diarrea, cerda”.

“—En fin, estaba yo en pleno éxtasis por la noticia cuando escucho a mis espaldas una voz... ¡Era él!”

“—¡Vaya afortunada!” —dice Vivian y me lanza un beso.

“—¿Qué te ha dicho? Cuenta, cuenta” —pide Jayr ansioso.

“—Algo referente a mi boca, y luego de eso me desmayé”.

“—¡Joder!”

“—Cuando me desperté estaba en la sala de descanso y me abanicaba Tere, la asistente del Amargado. Había más gente allí, estaban los de Urgencias Móviles...”

“—Aguarda, aguarda... ¿Nos estás diciendo que no lo has visto? ¿Qué solo lo has oído pero no lo has visto? —pregunta Jayr, incrédulo”.

“—Sí”.

“—Pero tía, tú sí que alucinas. Y luego dices que yo me hago ilusiones con Ian...”

“—Espérate, Jayr. Clara ¿estás segura de que era él?”—pregunta Vivian confundida.

“—Totalmente”.

“—¿Y luego de que te recuperaste no lo viste?”

“—No, porque don Tomás ordenó que me fuera a casa. Me puso un coche de la compañía para que me trajera, y aquí estoy”.

“—Esta se ha fumado algo, Vivian” —dice Jayr, irritado.

“—¡Les juro que es cierto! ¡Era él!”

Pero es evidente que no me creen. Jayr mueve la cabeza y Vivian me mira con una mezcla de piedad y pena.

“—Lo importante es que te sientas bien... ¿Has comido?”

Estoy a punto de responder cuando Vivian desaparece del monitor. Se corta la comunicación con ella y solo quedamos Jayr y yo.

“—¿Y eso qué ha sido, joder? ¿Los extraterrestres la han abducido?” —pregunta él, asombrado.

“—Mientras no sea E.A. quien se la haya “chupado”...

“—Vamos, ya la has oído. Ese asunto está controlado”

“—Sí, ¿pero quién controla a quién?”

Y con esa pregunta nos vamos a la cama Jayr y yo. Él a la suya, yo a la mía... Pero seguro que ambos preferimos estar en otras camas. Yo al menos, me acuesto pensando en el hombre de la barra que ahora es el hombre de la oficina. Pero por más que pienso, no imagino cómo fue a parar ahí.

Mi corazón me dice que fue a buscarme, pero mi mente está segura de que se trata de una casualidad, que estaba allí por negocios. ¡Es todo tan extraño!

No me puedo dormir, así que me levanto a ver si Alejandro está cómodo.

La parálisis cerebral que padece, hace que experimente contracturas debido a la postura al descansar.

Duerme como un bebé, pero no veo a Jacinto en su cama, como siempre... Tengo un mal presentimiento y acierto. Allí está, en la sala, intentado abrir la ventana.

—¡La puta madre, mono de mierda!

Cuando me ve, sonrío avergonzado. Sí, el hijo de puta muestra sus dientitos desparejos como pidiendo disculpas.

Lo reprendo con severidad.

—¡Malo! Eso no se hace, Jacinto. ¡Muy pero muy malo!

Esta noche dormiré encerrado en su jaula. No me gusta hacerlo, pero ya no confío en él. ¿Por qué querría abrir la ventana? No, eso no es la pregunta correcta sino ¿Quién le ha enseñado a hacerlo? Porque estos animalitos aprenden rápido, pero esto no lo ha aprendido de nosotros, ni se le ha podido ocurrir a él por su cuenta. Esa ventana no la abrimos nunca... Siempre está cerrada, pues es la que queda justo frente a las de los vecinos, y no queremos que nadie sepa que tenemos al simio del demonio en casa. Los únicos que están al tanto son los que nos cedieron al animal, pero nadie más debe enterarse porque podrían confiscárnoslo y podríamos vernos en una situación bastante comprometida todos.

No me gusta encerrarlo, pero no me queda más remedio. Lo haré y mañana pensaré en cómo solucionar esto de forma definitiva.

Tengo que recurrir a mi viejo amigo Alplazolam esta noche, parece. Entre el mono escapista y el monísimo hombre de mis sueños, no conseguiré pegar un ojo sin él.

Por suerte la pastillita de la felicidad hace el efecto deseado y duermo como un bebé, de los que duermen bien, no de los otros. Me levanto descansada, fresca y vital. Lo de la diarrea me ha venido bien, pues ahora siento mi vientre más plano que nunca.

Nunca fui robusta, y tampoco esquelética. Me alimento bien así que podríamos decir que soy una flaca con curvas. Mi cuerpo en general me agrada, pues es armónico y funciona bien. Lo que no me gusta de mí es mi estatura... Mido un metro con sesenta y tres centímetros, nada más. Tengo los gemelos atrofiados de tanto usar tacones, carajo.

Pero bueno, es la herencia maldita de la señora Hidalgo, la mujer que me dio la vida y luego me la arruinó. No quiero hablar de ella; ni siquiera quiero pensar en ella así que apuro mi café y me planto frente al espejo.

Me veo bien con este atuendo casual de jeans, botines y chaqueta algo ochentosa. Como está lloviendo me atrevo a ponerme un sombrero, y completo mi atuendo con un pañuelo en el cuello. Parezco joven y despreocupada, pero lo cierto es que solo soy lo primero. Treinta y cuatro años de preocupaciones varias constituyen mi personalidad, y me encantaría no ser tan obsesiva, tan puntual, tan pesimista, pero así soy y ya no creo que cambie.

Cuando llego a la revista, me reciben preguntando por mi estado de salud. A medida que los tranquilizo diciéndoles lo bien que me siento, me van dejando pasar.

Al llegar a mi escritorio, la única que me sigue es Lucero, la bruja.

—Ah, justamente a ti quería hablarte, brujilda. No vuelvas a pronosticar caídas para Piscis, ¿vale? Has perturbado mucho a Dolores Sintesta...

—¡Pero le he atinado! ¿O acaso no te has despatarrado en el despacho de don Santiago?

—¡Eso fue un desmayo!

—Es casi lo mismo.

—No lo es. Así que quita lo de las caídas y pon algo bueno, a ver si me pasa.

—¿Te parece que el hecho de que el hijo del jefe te haya traído en brazos no ha sido algo bueno?

Me quedo de una pieza. ¿Cómo que el hijo del jefe me ha...? ¡El hijo del jefe! El otro hijo del jefe... Ay, mi madre, qué tonta he sido. ¿Cómo he podido olvidar que vendría?

—No sabía que había sido él quien me había traído... Ni siquiera he tenido la oportunidad de conocerlo —le confieso, pensativa.

—Pues conócelo, y verás qué guapo. Está en la oficina del de la pata rota, que debe ser de Sagitario. La semana pasada los de ese signo estaban propensos a sufrir accidentes de tráfico.

Bendito horóscopo, entonces. Hablando de guapos... ¿Volveré a ver al hombre de mis sueños? Tengo que averiguar quién es y por qué estaba en el despacho de don Tomás ayer. Tendré que sonsacarle todo a Esther, su secretaria,

pero hoy no me voy de aquí sin saber su nombre y todo lo que pueda.

Y presa de una súbita inspiración llamo a la bruja.

—Lucero... Ya que siempre le atinas, ¿por qué no lo fuerzas un poco? Pon algo así como: “Piscis, esta semana el chico de tus sueños pensará que de tu boca cualquier cosa es bienvenida” a ver si se me cumple.

Ella cierra un ojo. No la veo convencida.

—Es demasiado específico —me dice negando con la cabeza.

Qué fastidio. Igual no sé que esperaba al intentar reproducir en el horóscopo de la revista, lo que él me ha dicho ya dos veces. ¿Que lo leyera y viniese a mí, tal vez? ¿Qué me lo dijera por tercera vez y tuviese la oportunidad de besarlo al fin? No caerme, no desmayarme, sino BE-SAR-LO. A estas alturas debe pensar que soy una pelotuda importante.

—Entonces pon que les dará diarrea. Y seguro no fallarás—replico, agria.

—También es muy preciso, pero lo pondré en la edición web de hoy, porque los astros indican desarreglos metabólicos para tu signo. Clara, eres buena... Deberías dedicarte a esto.

Sí, claro.

Pero de momento, tengo otras cosas que hacer. Hablar con Esther, por ejemplo, y obligarla a desembuchar todo lo que quiero saber sobre el misterioso invitado de don Tomás.

Claro que los astros, o el destino tienen otros planes, porque ni bien me pongo de pie, Tere me llama.

—Ven, Clara. El señor Marcos desea verte.

#CosillasDeChicas

A veces es una simple frase la que marca el inicio de tu nueva vida. Una frase cotidiana, que a priori no aparenta nada, puede significar el cambio que estabas esperando y necesitando, puede ser la respuesta a tus preguntas, y el resultado de las búsquedas que tu alma había emprendido casi sin esperanzas.

La mía fue “El señor Marcos desea verte”. Cinco palabras nada más, pero lo que propiciaron fue algo que incluso ahora, acostada en mi cama, miro el techo de mi habitación y en vez de buscar imperceptibles manchas de humedad como suelo hacer, veo su rostro como dibujado entre sombras y no me lo puedo creer.

Y así, mientras el sueño se me resiste, voy rememorando todo lo que sucedió hoy... El pasillo. La expectativa algo tibia. Las mil tareas pendientes que me agobiaban. Las preguntas que le haría al nuevo jefe, los problemas que me tendría que ayudar a resolver. La interrogante de si sería igual o más porquería que el otro...

Todo eso iba pensando mientras caminaba. Cuando llegué a la puerta, suspiré bien hondo y luego abrí.

Y allí estaba. ¡Era él! El que quiere cualquier cosa que pueda provenir de mi boca, incluso un sospechoso hipo. El que me sostuvo entre sus piernas, y me transportó entre sus brazos. El que no me ha visto más que tropezándome o desvaneciéndome. El que me está robando el sueño desde hace días... Él.

No sé qué cara habré puesto, pero si sé que mi boca se abrió porque él me lo hizo notar.

—Pasa, por favor, y cierra la puerta. Y también la boca, Clara.

Puerta. Boca. Puerta. Boca.

Repetía las palabras dentro de mi mente, pero no ejecutaba las órdenes, así que él se puso de pie y lo hizo por mí. Primero cerró la puerta y luego...

Ay, Jesús.

Todavía no lo creo... Estaba parado frente a mí con toda su perfecta humanidad, tan cerca que hasta podía olerlo. Oía a jabón, a hombre, a pecado y a peligro.

Yo no pude cerrar la boca: él lo hizo por mí.

No sé muy bien como pasó, solo sé que de buenas a primeras me encontré con su lengua en mi garganta. No ofrecí resistencia alguna, mi voluntad estaba anulada por completo, pero aunque estuviese en funciones tampoco lo

hubiese hecho. Y aunque lo hubiera intentado, presiento que no hubiese podido porque algo presionaba mi nuca con fuerza, de forma que me hubiera sido imposible escapar. Entendí que era su mano cuando sus dedos me agarraron el cabello y tiraron de él para que levantara la cara.

Y ahí fue que comenzó a besarme de veras, porque lo anterior fue como una especie de ataque a fuerza de lengua. Yo era como arcilla en sus brazos, pero caliente: lo dejé hacer lo que quisiera. Me besó, me acarició, mordió mis labios y luego los lamió. Succionó mi lengua, y hasta me pasó su saliva... adrede. Nunca me habían hecho algo así... Fue como si me hubiese cogido con la boca nada más, porque sus manos permanecieron lejos de mis zonas erógenas. Una me tenía firmemente atrapada por la cintura, y la otra por el cabello.

Si bien se mantuvo apartado de mis partes no podría decir lo mismo de las suyas, porque lo que presionaba contra mi vientre sin pudor alguno, sin duda lo era. Y que no era casual ese contacto sino completamente a propósito, me quedó claro cuando dio un paso al frente y arrastrándome consigo me empotró contra la puerta.

Y en ningún momento abandonó mi boca.

Allí estaba yo, a su merced y disfrutándolo. Cuando me agarró la cara con ambas manos yo me atreví a mover las mías por fin. No sabía dónde ponerlas, la verdad. Había tanto sitio para tocar... Su cuello, su espalda, su cintura... Pero claro, el demonio me poseyó y mis manos se cerraron sobre sus nalgas para acercar más el bulto a mi cuerpo.

En ese momento, ni siquiera me sentí avergonzada... Me pareció, lógico, necesario y coherente hacer algo así con alguien con quien no crucé más que una frase en toda mi vida, y la misma incluyó la palabra "eructo". No fue un buen comienzo sin duda, pero las consecuencias de mis exabruptos estaban siendo más que deseables.

Mi lengua adquirió vida propia y empezó a interactuar con la suya mientras agradecía a Dios el haberme lavado los dientes con esmero recientemente. Podríamos decir que estaban dadas todas las condiciones para que me soltara. Mi garganta también se incorporó a la fiesta porque comenzó a emitir sonidos de esos que te salen cuando comes algo muy rico. Es que me estaba devorando algo delicioso, la boca de Marcos Santiago, mi nuevo jefe.

Y ese pensamiento fue lo que la cagó.

De pronto recordé que no estaba en un restaurante, o en una disco: estaba en el despacho del Amargado, chuponeando con su hermano que a partir de ese momento sería mi superior a cargo.

No quería despertar del sueño. Intenté ignorar a mi conciencia pero la muy hija de puta estaba empeñada en arruinarme el momento. "Jefe. Amargado.

Hermano. Jefe. Amargado. Hermano” susurraba en mi oído impidiendo que me volviera a concentrar en lo mío. O en lo nuestro. En ese maravilloso intercambio de suspiros, gemidos y fluidos que hubiese querido que nunca terminara, y si terminaba que fuese para empezar el siguiente intercambio de lo mismo, pero en las partes bajas. Me resistí a escucharla al principio, pero la muy ladina murmuró: “Oficina” y ahí ya no la pude ignorar.

Solté esas maravillosas y musculosas nalgas, y presioné sobre su pecho para apartarlo, aunque en realidad lo que hubiese preferido apartar era a la putísima de mi conciencia y sus inoportunos susurros.

Por unos momentos nos miramos jadeantes. El rostro de él reflejaba asombro, y el mío vaya a saber qué. Intenté componerme y volverme digna si eso era posible después de ese tórrido momento. Me acomodé la ropa, me pasé la mano por el cabello y luego sonreí de forma bastante profesional, o al menos así me lo pareció.

—Buenos días, señor Santiago. Un placer conocerlo —le dije tendiéndole la mano.

Y el señor Santiago hizo tres cosas. Primero frunció el ceño. Luego se pasó el dorso de la mano por la boca lo que me dejó en llamas. Tercero miró la que yo le tendía como si fuese un pedazo de caca.

La retiré avergonzada, mientras él pasaba por delante de mí y volvía a ocupar su lugar detrás de su escritorio.

—¿Así que fingiremos que aquí no pasa nada? —me preguntó a boca de jarro.

—Creo que es lo mejor, dadas las circunstancias —fue mi respuesta.

—¿Y cuáles son las circunstancias?

—Que usted es mi actual jefe, por supuesto.

—Bien, está usted despedida señorita Mesi. Pase por Personal y busque su liquidación, pero antes hágame el favor de coordinar una cita con Clara, la que suele derretirse despacito entre mis brazos —me dijo acariciándose el labio inferior con el pulgar.

Entendí que bromeaba con lo del despido, así que solo me concentré en la última frase. Mi ropa interior continuaba su proceso de desintegración a causa de la intensa humedad entre mis piernas. Me encantó esa faceta juguetona... Este señor Santiago no se parecía en nada al otro, gracias a Dios. Decidí continuar en esa línea, a ver hasta dónde nos llevaría... La verdad es que esperaba que nos llevara directo a su cama y no me importaría quedarme sin trabajo por tener la oportunidad de acostarme con él. Listo: el zorrón ha confesado. No había más nada que pensar, así que empecé a jugar. Pero no entre sus brazos, que cuando estoy ahí llevo todas las de perder... ¿o son las de

ganar?

—Usted no quiere despedirme, señor Santiago. Y la verdad es que yo no quiero marcharme pues me gusta mucho mi trabajo. Espero que podamos trabajar en armonía usted y yo, y que...

—Basta de tonterías.

Vaya, no me esperaba algo así. Su tono de voz me recordó demasiado al de su dulce hermanito, y eso me puso en guardia.

—¿Disculpe?

—Siéntate, Clara —me ordenó, y sonó igual que el otro señor Santiago. A esa altura ya estaba en pie de guerra más que en guardia, pero tomé asiento con cautela, mientras no dejaba de sostenerle la mirada. Las ganas del juego verbal desaparecieron por completo, pero las otras ganas permanecieron intactas.

Dios, qué guapo era. Si al amorcete de Jayr se parecía al Jud Law este era como el doble de Miguel Ángel Silvestre, el de Velvet. Solo que un poco más alto tal vez, porque según pude comprobar debía andar en el metro noventa, pero bueno, a mí todos me parecen altos. Y su look era diferente, y no solo por la época. Este “Alberto Márquez” tenía un estilo informal, como si no le preocupara en absoluto que es lo que se ponía encima.

“Encima me pondría yo” recuerdo que pensé mientras no dejaba de mirarlo. Había alejado su silla del escritorio por lo que noté que llevaba jeans apretados, que se adherían a esos muslos que yo sabía que eran más que fuertes. Una camiseta gris sin dibujos, completaba su atuendo. No se veía como un “jefe”. Al menos no se veía como su hermano, que será una mierda de persona pero siempre viste impecable y formal. Tampoco se veía como el hombre que me tuvo cautiva entre sus piernas, en el restaurante del Majestic. Según recuerdo en esa ocasión vestía americana y camisa negras.

Pero en ese momento estaba allí súper casual, como si en lugar de ser el jefe fuese un modelo listo para ser la próxima portada de Cara Mía, a poder ser sin faldas ni pantalones ni nada.

Apenas lo conocía, pero me gustaba a rabiar. ¿Sería eso amor a primera vista? “Ay, Clarita ve despacio. Des-pa-cito...” me dije.

Esa pausa en la que jugamos a mirarnos pareció aplacar los ánimos porque de pronto me preguntó en tono amable:

—¿Estás mejor?

La conversación pareció empezar a tomar un cauce “decente”.

—Sí, gracias. Le pido disculpas por lo de ayer...

—¿Fue la impresión lo que te hizo desvanecerte? —me preguntó sonriendo, y estaba claro que se burlaba de mí—. Cada vez que te encuentro estás a punto de terminar en el suelo, pero te las arreglas para caer en mis brazos.

Me puse seria y me enderecé en la silla.

—No me encontraba bien.

—¿Ninguna de las tres veces?

¿Cuáles tres veces?, me pregunté. Ah, ya. El muy jodido contaba lo de hacía unos momentos.

—Se cree irresistible, ¿verdad? —se me escapó, pero no me arrepiento—. Debe estar acostumbrado a que las mujeres se desmayen a su paso, pero lo cierto es que en el restaurante estaba un poco achispada, y ayer me encontraba indispuesta.

No solo sonrió, sino que rio abiertamente.

—¿Y hoy? ¿Ebria o enferma? —preguntó irónico.

Tragué saliva. Claro que sí me impresioné y mucho. Pero no caí entre sus brazos sino que fue él quien me atrapó. Claro que no me atreví a decírselo así que intenté cambiar el tema.

—Por favor, señor Santiago. Centrémonos en lo que nos compete...

—El señor Santiago es mi padre. Yo me llamo Marcos, y me gustaría saber que sería lo que “nos compete”. Porque sinceramente yo quisiera centrarme en ti.

JO-DER.

Por un momento me dejó sin palabras. Es decir, sin palabras que decir, porque los pensamientos se agolpaban en mi mente y eran dignos de una película porno. “Centrarse” en mí, me sugería piernas abiertas y él entre ellas.

Tragué saliva e intenté concentrarme e ignorar lo que había dicho.

—Bien, será don Marcos entonces —murmuré.

Él movió la cabeza sin dejar de sonreír.

—Por más que intentes poner distancia, sé que en el fondo eres consciente de que es inevitable un acercamiento entre nosotros, boca hermosa... —me dijo, y dentro de mi mente tiré la toalla. Me entregué, abandoné toda lucha.

Lo intenté, a ustedes les consta que hice lo posible por llevar todo a un terreno de lo más profesional, luego del traspie inicial que me llevó a sus brazos sin saber cómo. Pero es imposible... Lo de “boca hermosa” terminó de enloquecerme.

Y justo cuando estaba a punto de pararme y lanzarme a su yugular, el que puso el freno fue él.

—... pero vale, ahora hagamos como que no pasa nada y dime qué es lo que nos compete para ponernos al día. No sé si sabes que solo estaré aquí hasta que Mateo regrese pues no es lo mío el dirigir una revista de...

Parecía no encontrar las palabras justas, así que lo ayudé.

—“Cosillas de mujeres” —dije haciendo el clásico gesto de comillas con los dedos, y él alzó las cejas, sorprendido.

—¿Así le dices a los contenidos de esta publicación? Vaya, me parece que deberíamos revisarlos, al igual que al concepto que tienes sobre ellos.

Eso fue una metida de pata a toda regla. ¡Claro que yo no pensaba eso de lo que publicamos! Era el tonto de su hermano que lo creía así.

—Bueno, yo...—comencé a decir, pero luego bajé la cabeza sin saber cómo continuar porque de pronto me di cuenta de que es verdad que a veces publicamos puras estupideces.

—Mira, Clara. Se supone que estaré aquí para apagar incendios, y aunque no es lo mío el negocio editorial, no he podido evitar involucrarme un poco. He visto que la publicación está bastante bien cuidada en cuanto a la forma sobre todo, pero la versión digital está desactualizada por completo. No subí artículos de interés más que ocasionalmente, solo los horóscopos y esos tutoriales para arreglarse las uñas es lo que publicáis a diario. Me parece que el universo femenino es mucho más amplio que eso, y que es absolutamente necesario renovar el sitio web y subir contenidos con una mayor frecuencia y mejor calidad. Artículos que convoquen a un segmento de público más amplio que el actual, que parece estar enfocado en señoras que leen en el salón de belleza. Además el *feedback* a través de las redes sociales nos marcará el camino para elegir los contenidos de la edición en papel. ¿Estás de acuerdo?

Oh, my god. Lo primero que me vino a la mente fue que para no ser *lo suyo*, esto se le daba muy bien. Lo segundo, fue que tenía toda la razón. Lo tercero, que su hermano iba a matarlo. Y lo cuarto, que antes de que lo hiciera lo aprovecharía yo.

—Sí, por supuesto. No sé si al señor Mateo esto lo hará feliz, pero...

—A Mateo no hay nada que lo haga feliz —murmuró, serio. Y luego agregó: — Bueno, tal vez su amiga “Miss México” haga el milagro, pero eso es harina de otro costal.

¿Era posible que todo lo que dijera este hombre me dejara con la boca abierta? Quería hacerle mil preguntas sobre lo que acababa de mencionar, pero no me dio la chance.

—En fin, he notado que tienes demasiadas responsabilidades y que no delegas. Sé que eres sumamente organizada, y eso te servirá para lo que tengo en mente: que organices un equipo que se ocupe de lo que tú ya no harás. Y tendrás otras tareas más propias de tu formación y talento...

—¿Qué?—lo interrumpí sorprendida. ¿Cómo es que sabía tanto de mí? ¿Y qué demonios quería que hiciera y dejara de hacer?

—Clara, cierra la boca o tendré que cerrártela a mi manera —me dijo

sonriendo, pero luego se puso serio y continuó: —Eres periodista. Lo sé porque he estudiado a fondo tus antecedentes en estos días...

—¿Pero usted no llegó ayer?

—Dime de tú, que hasta me he bebido tu saliva y me ha resultado deliciosa, por cierto. Así que basta de formalidades que ya ha habido bastante intimidad entre nosotros...

Mi boca se abrió otra vez, pero no era para provocarlo, lo juro. Es que ese hombre no dejaba de asombrarme. ¡Me intimidaba mucho! Era cordial y atento, tenía ideas maravillosas, me gustaba a rabiar, pero le tenía un miedo...

—...Y sí, he desembarcado ayer en la revista. Pero desde que te conocí en el Majestic y supe que eras Clara Inés Mesi “con una sola ese”, no he hecho otra cosa que investigarte—confesó, y no se veía para nada culpable.

—¿Pero cómo supo que era yo?

—Sigues con las formalidades... Tu...amigo mencionó tu nombre y apellido, así lo supe. Fue una increíble casualidad. Te había visto en la nómina y mi padre me había hablado maravillas de ti y de tu famoso primo.

—No es mi primo...

—Yo lo sé, tú lo sabes, lo sabe Dios... Pero ni Messi ni mi padre se darán por enterados jamás, así que tú tranquila. Lo importante, Clara, es que tienes potencial para escribir artículos interesantes, incluso una columna editorial decente, pero te tienen armando rompecabezas y saltando de aquí para allá con el afán de conseguir que entren notas enlatadas y bastante tontas. Lo del chico de la falda ha sido muy creativo, y las buenas ventas nos muestran qué sucede cuando decidimos salirnos de la línea... ¿Me sigues? —me preguntó de pronto y yo asentí.

—Sí, pero tengo una duda.

—Dime.

—¿Seguro que esto no es lo tuyo? —y al verlo hacer una mueca, me vi obligada a reformularla: —¿Seguro que no es lo tuyo? Porque no lo parece.

Lo vi mover la cabeza y luego me respondió.

—Seguro. Si bien estudié periodismo, lo mío tiene que ver con dos cosas opuestas: la belleza de la naturaleza y la crueldad de la guerra. Así que lo que hago es viajar por el mundo intentando atrapar con el lente y las palabras, lo que me llama la atención, o lo que merece atención —me explicó.

—Entonces sí estás vinculado al tema editorial.

Entornó los ojos mientras parecía considerarlo.

—En cierta forma. Pero ni los negocios, ni las oficinas, ni la toma de decisiones me atraen. Nunca lo hicieron y si estoy aquí es porque mi padre me lo ha pedido. Tan pronto regrese Mateo, volveré a “lo mío”—me dijo y por un

momento creí entender que buscaba mi reacción.

Pero yo solo atiné a mirarlo, y creo que mi rostro delató mi decepción porque lo escuché decir en voz baja:

—Claro que antes de eso, sucederán muchas cosas...

Entonces se puso de pie y rodeó el escritorio hasta quedar junto a mí.

Yo levanté la cabeza, y él se inclinó.

Recuerdo haber pensado un montón de cosas en ese interminable segundo.

“Va a besarme otra vez. Sí, por favor. A la mierda la cordura... Después de todo solo estará aquí un mes y luego se marchará. ¿Qué tiene de malo? Pronto todo volverá a ser como antes, con el Amargado gritándome y dándome órdenes. Así que ¿por qué no disfrutar de este regalo de la vida? Comerme este caramelo y mejorar la revista. ¿Por qué no, Clara Inés Mesi?” me pregunté.

Pero nada de lo que imaginaba sucedió, porque tocaron a la puerta. Me pegué un susto de muerte, y me paré como impelida como un resorte.

Luego me precipité a la puerta y mientras don Tomás entraba, yo murmuraba una disculpa y me iba como si me persiguiera el demonio.

No lo volví a ver en el resto de la jornada, así que regresé a casa con la cola entre las patas pero con unos increíbles momentos para rememorar antes de dormir.

Y es lo que hago ahora... Tengo miedo, me siento feliz, no sé... Me pasa de todo.

Esta noche no voy a recurrir a mi amigo Alplazolam. Esta noche mi terapia no será dormir, sino hacer lo que mejor le hace a mi corazón: contárselo a mis amigos.

Así que destrabo el móvil y se me cumple el deseo... Los tres *online* por WhatsApp.

Y durante la siguiente hora descargo con ellos todo lo que siento.

#ComoUnVeneno

Vivian

O sea que al final no te ha quedado claro qué quiere que hagas y qué que dejes de hacer ¿cierto?

Clara

Exacto. No me llamó más, y cuando haciéndome la tonta pasé frente a su oficina, comprobé que no estaba allí.

Jayr

Bueno, ya te lo diré. Pero pienso que el primer punto en la lista será que te sientes en sobre su polla.

Clara

Jayr no es necesario que seas tan explícito. Lo sabes, verdad?

Jayr

Explícito y salvaje será el sexo entre vosotros, hija. Menudo bocadito te comerás...

Vivian

Yo también creo que estás a punto de vivir un romance de película. Y si estás dispuesta a dejarlo marchar y que no te queden secuelas, adelante.

Clara

Es posible vivir algo así y que no te queden secuelas, Viv? Porque yo no lo tengo claro.

Jayr

Tal vez Vivian pueda iluminarnos pues experiencia no le falta. Claro que se niega a compartir con nosotros su secretito...

Vivian

No entraré en ese juego. Solo les diré que Mateo y Marcos Santiago no se llevan. No se hablan desde el 2004.

Clara

¿En serio? ¿Trece años sin hablarse dos hermanos?

Vivian

Fíjate que sí. He sacado cuentas... Marcos tenía veinticuatro y Mateo veintiséis cuando tuvieron una especie de pelea y todo terminó.

Jayr

Y se puede saber cómo sabes tanto?

Vivian

No sé tanto, pero me gustaría. Al menos quisiera saber por qué rompieron la relación. Tiene que haber sido algo bastante gordo... Por lo que sé hubo una mujer en medio.

Clara

El Amargado te contó eso, Vivian? No me lo puedo creer.

Vivian

No, fue la asistenta. Bueno, la mujer que viene a limpiar dos veces a la semana. Ella fue quien me lo dijo, no Mateo.

Jayr

Ahora le llamas por su nombre? Ya no es el Amargado?

Vivian

Van a cuestionarme todo? No diré palabra. Y ahora debo marcharme a mis labores.

Clara

Pero si son las once de la noche!

Jayr

Full time, 24/7, todas sus necesidades... Recuerdas, Clarita?

Clara

Se ha enfadado. Ya no está en línea.

Jayr

Pero yo sí estoy. Guapa, el tío ese es muy tentador pero mira bien si quieres tener una aventura ¿vale? Este no es como el loquero, con el que llevabais una relación tibia, sin emociones. Este te puede hacer mucho daño, Clara. Un daño proporcional a los sentimientos que te provoque, entiendes?

Clara

Sí. Gracias por preocuparte por mí, Jayr, pero como decía mi abuela “consejos doy, consejos vendo, pero para mí no los tengo”.

Jayr

Jo, menuda antigüedad. Si lo dices por lo de Ian, lo llevo claro... Y elijo correr el riesgo de que me rompan el corazón aún sin haberlo tocado. Debo volver a la guardia. Qué descanses, Clara.

Jayr debe luchar para conquistar lo casi inconquistable. Yo debo luchar por lo contrario... No debo permitir que Marcos Santiago logre que me enamore de él.

Sé que puedo tener libre acceso a su cuerpo. Puedo vivir un romance intenso, pero tengo que tener presente que será corto, muy corto. Y luego tendré que lidiar con la nostalgia y el recuerdo.

¿Podré hacerlo? No lo sé. Mierda... ¡no lo sé!

Despierto temprano y no logro volver a dormirme. No puedo dejar de pensar en Marcos... Cuando me suena el móvil me precipito a contestar, pero no es quien deseaba. Es Joaquín.

—¿Te he despertado?

—No. Sí... Bueno, no.

—¿Sí o no?

—Debería estar durmiendo un rato más, pero no puedo.

—¿No puedes hacerlo porque te preocupa lo nuestro, Clara?

Ay, por favor. Ni siquiera sé que fue “lo nuestro”. Algo tan insignificante que ni siquiera sé si quiero ponerle un nombre.

—Joaquín, eso ya acabó. Y no fue ahora...

—Para mí no ha acabado.

—Vamos, que la cosa no terminó de cuajar.

—No sé qué quieres decir con eso. Creo que tu incapacidad para elaborar tus duelos...

Bla, bla, bla, bla. ¿Cómo es que pude soportar esto en algún momento? ¿Cómo es que me acosté con él? ¿Cómo lo dejé presentarme como su novia?

Debí estar loca.

Jacinto entra a mi habitación y se sienta sobre mi pecho a observarme. Caramba, qué mal huele...

—Mira, debo cambiar al mono así que...

—¿Qué dices?

Incoherencias, eso seguro. Joaquín no tiene idea de la existencia de Jacinto así que intento arreglar mi metida de pata como puedo.

—Que debo ir a la tienda, a cambiar un mono de trabajo que no me va.

—¿Y para qué podrías querer tú un mono de trabajo?

—¿Es que no puede una intentar redecorar su piso? Joder...

—Clara, que no me olvido que me has llamado de todo en la última conversación que tuvimos. Pero estoy dispuesto a perdonarte, así que ¿por qué no cenamos juntos esta noche? Podemos proyectar nuestros pensamientos y sentimientos, para poder analizar los...

No lo aguanto. De verdad mi paciencia se ha terminado y el simio huele como una cloaca, así que alejo el teléfono de mi oreja mientras digo:

—Hola... Joaquín... Hola, hola... Joder, que se ha ido la señal... Hola... Maldito Vodafone...

Y luego corto y apago. No le daré la oportunidad de importunarme otra vez.

Me olvido de Joaquín ni bien me pongo en marcha. Le cambio el pañal a Jacinto, le doy de comer, despido a Ale y María que se van a la escuela y el restaurante.

Cuando me quedo sola me dedico a mí. Hoy quiero poner especial empeño en verme linda. O guapa. ¿Lo estaré logrando? El espejo me devuelve a una mujer que derrocha seguridad en sí misma.

Cola de caballo en lo alto de la cabeza, falda lápiz gris y blusa celeste claro. Zapatos clásicos, negros, de tacones aguja. Me maquillo con cuidado, me abrigo bien, y a la calle.

El corazón se me acelera a medida que me voy acercando a la oficina. Cruzo Avenida Diagonal donde no debo y casi me lleva puesta un taxi, pero no me importa. Soy como un toro a punto de embestir y en mi horizonte mental solo está "él". Mi nuevo jefe. El hombre que deseé desde el momento en que lo vi. El que cree que es hermosa mi boca y quiere cosas de ella, cosas como los besos que me arrancó ayer, como los gemidos, como los suspiros... Y yo estoy dispuesta a darle lo que me pida, lo que desee. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí tan entregada? A ver... Nunca. Jamás me he sentido así en toda mi vida.

He tenido novios, sí. Me han gustado varios chicos, y los dedos de una mano me sobran para contar los que han conseguido de mí más que un beso.

Pero ninguno tuvo la intensidad de los que Marcos Santiago me dio.

Ese contacto tuvo más intimidad que cualquier relación sexual que pude mantener en el pasado. Y pensar que yo creía que el sexo era bastante entretenido... “Entretenido” no es la palabra que definiría lo que puedo experimentar con ese hombre. Es más, no estoy segura de que haya alguna que pueda abarcar el abanico de sensaciones que con unos besos despertó en mí.

Y como una adicta, entro a la oficina en busca de mi dosis. Quiero más de Marcos Santiago, quiero todo lo que pueda tener, y lo asombroso es que algo obtengo. Cuando se abren las puertas del ascensor me encuentro cara a cara con él.

Con él y otras tres personas que al parecer vienen saliendo. Murmuro los buenos días y me aparto para dejarlos pasar... Sale uno, otro y otro. Pero alguien se queda...

—¿Subes? —me pregunta con esa encantadora sonrisa que estoy comenzando a adorar.

Doy un paso al frente y las puertas se cierran a mis espaldas. Se ve divino con su traje oscuro y hasta corbata lleva.

En ese instante es que mis fantasías comienzan a tejerse... Soy Anastasia Steele y Grey mandará a la mierda el papeleo antes de besarme. No, mejor aún, meterá la mano bajo mi falda y hurgará en mi sexo anhelante y húmedo. O tal vez pase a una escena jamás escrita, y me empotre contra el espejo hasta romperlo.

No sé qué cara estoy poniendo, pero él está tentado. Esa risa...

Pero mis fantasías se tejen en vano porque se cruza de brazos mientras me dice:

—No sucederá.

Oh, qué vergüenza. No solo me adivina el pensamiento sino que me rechaza. Tengo ganas de golpearlo y luego de llorar en su hombro como una nena a la que le han negado un dulce.

Mas mi esperanza resurge cuando lo veo señalar al techo. Giro la cabeza y veo la cámara... ¡La cámara! ¿Es por eso entonces? No me rechaza, me está cuidando. O mejor dicho nos está cuidando.

No me atrevo ni a mirarlo pero siento sus ojos clavados en mí. Y luego lo escucho murmurar:

—En mi oficina. Ahora.

Se abren las puertas, y yo salgo del ascensor con paso vacilante. Voy saludando con una discreta inclinación de cabeza a todos quienes me cruzo, pero nadie me corresponde pues todos lo miran y le dan los buenos días a él. Horda de alcahuetes... Qué manera de hacerle la pelota, como dicen aquí.

Malhumorada me dirijo a mi escritorio para dejar mis cosas y revisar mi correo, pero no logro ni sentarme porque Marcos toma mi codo y dice en voz baja:

—Ahora, Clara.

Trago saliva, y ahora soy yo la que camino tras él. Pasamos por delante de Tere que parece que se derrite de solo mirarlo.

—Buenos días, señor Santiago.

—Buenos días, guapa. Te he pedido que me dijeras Marcos ¿recuerdas?

Vaya, también me lo ha pedido a mí, y eso me hace sentir miserable y nada especial.

—Sí, disculpe usted. ¿Quiere un café?

—No. Ni café, ni llamadas, ni ningún tipo de interrupciones ¿de acuerdo?

Ella asiente y me mira con los ojos como platos. Yo finjo estar muy interesada en una planta que tiene sobre el escritorio hasta que Marcos abre la puerta.

—Ven —es todo lo que dice.

Y así, de esa forma tan simple es que se desata la locura.

No hay nada que me prevenga de lo que empieza a suceder. Marcos enmarca mi rostro con ambas manos y comienza a besarme como si no hubiese pensado en otra cosa desde ayer.

Siento su lengua en mis labios y luego deslizándose sobre la mía. Una extraña laxitud se apodera de mí y tengo que aferrarme a sus hombros con ambas manos para no caer.

—Lo sientes ¿verdad? —murmura sobre mi boca—. Desde que te conocí no dejo de pensar en ti. Eres como un veneno, Clara...

O como una adicción, igual que él lo es para mí. Dios santo... ¿es posible tanta conexión en tan poco tiempo? Ni siquiera lo conozco, pero es cierto. Lo siento. En lo más profundo de mis entrañas, en mi boca, en la punta de mis pezones que se erigen contra el sujetador, en el temblor de mis manos, de mis piernas, de mi sexo que tiene hambre de él y solo de él.

Y todo se pone peor cuando su barba crecida comienza a arañarme el cuello.

—Esto... es... tan...—me detengo pues no sé si decir “inapropiado” “precipitado” o “delicioso”.

—Es todo lo que piensas y puede ser más también —murmura en mi oído—. Pero no en este momento ni en este lugar. ¿Cenamos esta noche?

Un suspiro entrecortado es todo lo que puedo emitir como respuesta. Ronroneo como un gatito porque me encanta lo que me hace y lo que me propone.

—¿Después de la oficina o más tarde?

Sonríe muy cerca de mi rostro y yo me lo quiero comer.

—Ni bien terminemos aquí. No podría esperar más...

Me muerdo el labio al mejor estilo Anastasia Steele, pero él no muerde el anzuelo y se aleja.

—Ahora, boca hermosa, siéntate que debemos trabajar.

Y eso hacemos. Parece increíble pero por un buen rato nos concentramos con entusiasmo en la tarea. Cada tanto las miradas se tornan candentes y en ese instante es que él se pone de pie y camina por el despacho con las manos en los bolsillos, mientras sigue hablando y yo tomando nota.

Se vienen cambios en la revista, y no solo en mi vida personal. Me gustan esos cambios...

—Así que contratarás a un *Community Manager*...

—Una muy prestigiosa C.M. que conozco desde hace tiempo y me parece la persona idónea para la renovación que estamos necesitando. Está citada para esta tarde.

—Y también otro asistente.

—Sí, para ti. Ha llegado la hora de empezar a delegar, ya te lo he dicho. El diseñador web que tenemos es un desastre, necesitamos otro. Necesitamos una mujer para esa tarea ¿vale? Ahora hablemos de los contenidos. La columna editorial de la primera página estará en tus manos y además de un resumen de la edición, tocarás un tema de actualidad, algo que se relacione con...

Tomo nota y lo miro a hurtadillas. ¿No es lo suyo todo esto? Claro que lo es. Me resulta más atractivo aún cuando se deja envolver por el entusiasmo.

La mañana pasa más rápido de lo que hubiese deseado, y comienzan las reuniones. Yo me iba a retirar, pero me quiere presente en todas, hasta en las de los anunciantes nuevos, que resultan ser exitosas. Tere se encarga de agendarme candidatos para asistirme, y para hacerlo rápido yo tomo a alguien de imprenta que siempre me pareció bastante lúcido y sensato.

Me encantaría tomar a Vivian, y esta sería la oportunidad ideal, pero ese maldito compromiso que asumió con el Amargado me impide cualquier movimiento.

—¿Por qué frunces el ceño? —me pregunta Marcos una vez que sale Leo, mi nuevo asistente.

—Por... —no sé qué decir y ni falta que hace porque de pronto se abre la puerta del despacho y entra un torbellino de cabello rubio y boca roja al mejor estilo Marilyn Monroe. Toda curvas y sensualidad es esta mujer que sin mediar palabra plantifica sendos besos en las mejillas de Marcos.

—Tan guapo como siempre —le dice con una sonrisa sensual.

—Y tú igual de... despampanante. Adela, te presento a Clara, la editora en jefe de Cara Mía.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? Me han dado una promoción y no me he enterado, y sobre todo no tengo claro el alcance de mi nuevo puesto. No sé cómo pero pasé a ser “la chica que se encarga de la revista” a ser la editora en jefe de Cara Mía.

¿Será que se lo debo a mi boca o a mis otras capacidades?

Pero ni tiempo a asimilarlo tengo porque entra Tere al despacho, y con cara de asustada anuncia:

—¡El señor Santiago viene hacia aquí!

Yo tardeo un par de segundos en reaccionar... No se trata de don Tomás ¡viene el Amargado! El hermano malo, el Caín de la historia está a punto de enfrentarse al hombre de mis sueños, con el cual hace trece años que no habla.

Un momento desagradable se avecina, y yo me preparo mentalmente para presenciarlo.

#UnaCitaDoble

Marcos se ve tenso, pero no tanto como el Amargado.

Apoyado en el bastón, mira a su hermano con furia apenas contenida. Como involuntarias espectadoras estamos la rubia, y yo... Un momento. Acaba de entrar alguien más... ¡Vivian!

No lo puedo creer. Ahí está mi amiga, muy digna, con sus jeans de infarto y una chaqueta blanca. Se ve radiante, bella... Me muestra una media sonrisa y a mí me gustaría abrazarla, pero me doy cuenta que este no es el momento.

Vaya si no lo es. El Amargado lo deja en claro de inmediato:

—¿Qué coño intentas hacer con mi revista?

Después de trece años sin hablarse, lo primero que se le ocurre decirle a su hermano incluye una palabrota. Eso es un evidente indicador que la cosa viene de culo.

Marcos se muestra inmutable, y luego de una pausa nos invita a marcharnos.

—Señoras, os ruego que nos dejéis solos por favor.

La rubia no se lo hace decir dos veces. Besa la mejilla de Marcos al tiempo que le dice:

—Te llamaré para reagendar.

—Vale. Gracias por venir.

—De nada —dice ella con un mohín mientras sale sin siquiera mirarnos ni a mi amiga ni a mí. Al Amargado sí que le hace una repasada la muy zorra.

Marcos da un paso al frente, y luego nos mira a nosotras.

—Si sois tan amables...—murmura con un gesto que nos indica la puerta.

No me quiero ir, y no por “cotilla” como dicen aquí. Sé que este asunto se va a poner peor y me gustaría darle apoyo moral a Marcos. Su hermano es un ser despreciable y el hecho de estar imposibilitado físicamente no le va a impedir que saque a relucir lo peor de sí.

La mirada de Marcos no admite réplica alguna, al menos de mi parte así que me dispongo a salir, pero me doy cuenta de que mi amiga no hace lo mismo.

—Ella se queda —dice el Amargado con una firmeza tal que me asusta.

Mierda. Vacilo esperando que Marcos me habilite a hacer lo mismo pero no lo hace, así que salgo del despacho echando chispas. ¿Cómo es que Vivian

puede ser testigo de lo que sucederá en esa habitación y yo no?

La presencia de don Tomás impide que pegue mi oreja a la puerta para escuchar. Sin duda le advirtieron del encuentro entre los titanes, y viene con intenciones de conciliar.

Pero no entra. Se limita a sentarse en el sofá de recepción y luego me indica:

—Mesi, a tus labores. En este partido tú no juegas, hija.

Me marcho con la cola entre las patas pero segundos después de sentarme en mi silla comienzan los gritos. Desde donde estoy apenas puedo distinguir las palabras ni quien es el que grita más.

Toda la oficina está en silencio pero aún así es difícil pillar algo. Frases sueltas, nada más, pero que dicen mucho.

“¡Tú me has destrozado la vida!”

“¡Fue el destino, no yo! Y en todo caso tú lo propiciaste...”

Silencio, o al menos los gritos se apagan. Pero luego reaparecen con más fuerza:

“¡Es mi revista, joder!”

Otra vez silencio.

“¡Cuando regrese ya veréis! ¡Os despediré a todos!”

“¡Lo que gustes! ¡Mientras tanto será lo que yo diga!”

Y luego de eso un tremendo portazo.

Me quedo sentada en mi silla más dura que rizo de estatua. O como decían en mi infancia “como popó de perro de azotea”.

Segundos después, el Amargado pasa frente a mí como una exhalación. Que casi no renguea, vamos. Y detrás de él viene Vivian con su calma habitual.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto en un susurro.

—Te escribo ahorita —susurra, y luego se marcha.

Sí... Ya conozco sus “ahorita”. Eso en México puede significar dentro de diez minutos como dentro de diez horas.

Marcos no sale de su despacho ni para comer. Cumple con su agenda pero no me ha pedido que me haga presente, lo cual me hace sentir algo tristona. Deseo estar junto a él, observarlo, intentar descifrar qué es lo que pasa por su cabeza y por su corazón.

Porque esta discusión con su hermano no lo habrá dejado indiferente, estoy segura.

Me intriga lo que ha sucedido, y también el motivo por el cual el Amargado no hizo que Vivian saliera conmigo.

Por suerte no tarda en enviarme un mail. Ni bien lo veo en mi bandeja, corto la llamada que estaba haciendo y me dedico a leerlo.

De: Vivian Alvarado <vivianalvaradofernandez@gmail.com>

Para: Clara Mesi <mesiconunasolaese@gmail.com>

Asunto: Respuestas

Querida Clara:

Imagino que estarás más que intrigada por lo sucedido dentro del despacho de los hermanos Santiago, pero también querrás saber por qué Mateo me ha pedido que no me marchara. Y aunque no lo creas, me es más fácil responder lo primero que lo segundo, así que allá voy.

Primero empezaron a discutir por ciertos cambios que Marcos quiere hacer en la revista. Se ha enterado por su secretaria, a quien le sonsacó cada detalle a fuerza de amenazas. Pero luego la conversación tomó ribetes más personales...

La rivalidad entre ellos dos parece que está motivada por una mujer, manita. Alguien que era más significativa para Mateo que para Marcos, me parece. Y lo peor de todo es que esa chica está muerta, Clara. Falleció en el 2004, en los atentados de Atocha ¿recuerdas? Bien, Mateo acusa a Marcos de su muerte, creo.

Mira que todo esto se basa en mi interpretación de la escena, nada más. Son mis conclusiones por lo que dijeron mientras discutían. Frases como “Ella no se hubiese muerto el 11 M si no fuese por ti. Por tu culpa estaba en Atocha...” y la réplica inmediata de Marcos: “Se marchó porque tú la presionaste... Solo estábamos hablando y pensaste lo peor”.

Se acusaron mutuamente unos momentos y luego Mateo volvió a ponerse en pie de guerra con el asunto de Cara Mía. Básicamente no está de acuerdo con los cambios que ha dispuesto Marcos pero yo creo que es porque se trata de él, no por los cambios en sí.

Desde que hemos regresado, permanece hermético y yo he decidido no presionarlo hoy.

Así que, “Cara Mía”, paciencia. El agua no ha llegado al río entre los apóstoles, pero tengo que preguntarte: ¿Marcos y tú han llegado a algo? Porque la forma en que te miraba... No miró a la rubia ni cuando se marchaba y eso que esa chica tiene muy buen “ir”. Solo tenía ojos para ti.

Pero amiga, ten cuidado. Dale alegría a tu cuerpo, Macarena, pero también protege a tu corazón ¿sale?

Espero que pronto podamos hablar tú, Jayr y yo, aunque sea por WhatsApp o Hangout. Los tres online, como antes ¿recuerdas? ¡Qué complicadas se han vuelto nuestras vidas de pronto! Pero ¿sabes qué? lo prefiero así. Es mejor esto

*que lo de antes, e infinitamente mejor que lo de México.
Ojalá todo sea para bien.*

*Un beso,
Vivian*

El mail de Vivian lejos de aclararme nada, me dejó llena de preguntas. La primera tenía que ver con el asunto de esa mujer, la que murió en el atentado de Atocha. Me quedó la sensación de que Marcos intentó algo con la ¿novia? de Mateo. Y que en una disputa ella tomó la decisión de marcharse con tanta mala suerte que le pasó lo que le pasó. Es extraño... Me imagino más al Amargado como un traidor, pero si es así como parece hasta le encuentro motivos a su agrio carácter y al odio hacia su hermano.

Tal vez no sea así... Quizá Mateo lo tergiversó todo, lo que también me lleva a preguntarme si lo de los cambios en la revista serán una especie de lección o de venganza. O si yo misma no lo seré... Vamos, Clarita. Te estás dando demasiada importancia... El Amargado ni te registra, pero es evidente que con Vivian pasa todo lo contrario. Una frase me quedó rebotando en la cabeza... “Yo he decidido no presionarlo hoy” escribió Vivian y por más que lo intento no puedo imaginarme a alguien metiéndole presión a ese hombre. Y mucho menos a alguien tan serena y dulce como mi amiga. Pero algo hay ahí...

Una notificación me saca de mis cavilaciones. Vaya, no es una, son varias... Hace rato que Jayr y Vivian están convocándome por WhatsApp y yo ni me había enterado, tan enfrascada que estaba en el mail y mis pensamientos.

Aparezco justo cuando Jayr atosiga a Vivian a preguntas del estilo “¿Y por qué tu sí podías quedarte y no Clarita?” y cómo sé que no está lista para responder eso todavía, la saco del apuro.

Clara

Porque es su #FullTimeVeinticuatroSiete, no te acuerdas?

Jayr

Hola desaparecida. Bueno, eso tiene sentido en el universo del Amargado. Tú qué dices?

Clara

Luego les cuento. Listo para tu cita esta noche?

Jayr

Más que listo. Tengo unos nervios...

Vivian

Todo saldrá bien. Tú tranquilo... Lo que ha de ser, será. Y qué planes tienes tú, Clara?

Clara

Los mejores. Voy a cenar con Marcos Santiago <3

Jayr

Toma ya! Qué rápido vas, nena.

Clara

Él me lleva a su ritmo. Tú estás nervioso, Jayr, pero yo tengo miedo.

Jayr

Mira, mi felicidad no depende de mí. En cambio la tuya...

Vivian

A qué le llaman felicidad ustedes dos? A conquistar y dejarse conquistar? No, *güey*. Esos son buenos momentos nomás...

Clara

Y no es eso la felicidad, Viv? Buenos momentos, destellos de color en una vida gris. Algo que haga latir tu corazón, que te haga pensar en que los sueños se cumplen aunque luego tengas que despertar.

Jayr

Yo creo que la felicidad es un estado de ánimo. Un buen subidón...

Vivian

La vida nos mostrará las distintas caras de la felicidad y a veces lo hará haciéndonos sufrir. He pasado mis peores momentos cuando no pasaba nada malo, cuando todo parecía estar como siempre, y yo me sentía tan sola... Y luego, cuando llega el caos y la incertidumbre, me he sentido más viva que nunca. Pero bueno, que nos hemos puesto muy filosóficos, amigos. Debo irme...

Clara

Gracias por tus palabras, #FullTimeVeinticuatroSiete. Y tú, #SeñorSubidón ten en cuenta mi consejo.

Jayr

¿Y cuál sería, #MesiConUnaSolaEse?

Clara

Pásalo bien, pórtate mal, niégalo todo.

Y cuando salgo de la línea pienso que ese consejo bien me vale. Haré eso esta noche, me portaré mal, muy mal, para pasarla bien, muy bien.

Como si el dueño de mis propósitos escuchara mis pensamientos, recibo por mail la orden de ir a su despacho.

Al igual que esta mañana, basta una sola palabra para que obedezca: “Ven”.

Como ya es su costumbre me asalta a fuerza de besos ni bien entro. Esperaba encontrarlo algo perturbado por el encuentro con su hermano, pero de eso nada. Este hombre está alterado pero de otra manera, de la forma que me gusta, que disfruto, que deseo.

Ya no tiene que inmovilizar mi rostro con sus manos; es obvio que no pienso resistirme. Más que eso, mis ganas me hacen sentir poderosa y con iniciativa, algo inédito en mí. Me dejo besar, pero también beso y acaricio esa espalda ancha y dura que se tensa más con mi contacto.

Marcos se retrae y me observa desde su imponente altura. Tengo que alzar la cara para mirarlo a los ojos... Santo Dios... ¡esa sonrisa!

—Boca hermosa, me encanta cuando te sueltas —me dice, y yo me deshago en sus brazos.

—Y a mí me encanta cuando me agarras —le replico.

—¿Te gustaría que te cogiera... fuerte?

Ahhhnoooo... Esto es demasiado. ¿Se refiere a lo que yo pienso o es solo un juego de palabras con lo de agarrar y soltar?

Me ha dejado muda y disfruta de ello. Tiene el dominio, tiene el control.

Me tiene y lo sabe. Tal vez por eso es que sin dejar de mirarme baja la mano y la introduce bajo mi falda lentamente...

Me muero. En serio me muero. Hago un repaso mental de lo que llevo debajo y suspiro aliviada. Hoy no me puse una práctica braga de algodón, sino una de encaje y seda que en una crisis de despilfarro me compré en Victoria's Secret. Mientras sus dedos escalan mis muslos, intento recordar si me he cambiado el protector diario pero... no consigo... concentrarme... con esa... mano... allí.

Ha llegado adónde él quería y yo deseaba. Me he preocupado en vano, ya

que ni siquiera aprecia la calidad de mi ropa interior. La aparta en un hábil movimiento y desliza un dedo a lo largo de mi sexo, de abajo hacia arriba.

De verdad agonizo... Mis piernas se separan ligeramente y él me recuesta en la pared e introduce la otra mano. ¿Qué me hace por Dios?

Gimo sin poder controlarme cuando desliza mi ropa interior en medio de mi sexo y tira de ella. Mueve la suave seda sobre mi clítoris ya salido de más. Ay, qué vergüenza... Ay, qué placer. Las estrellas giran en torno a mí, y el descontrol me va ganando.

—Así, así... —se escapa de mis labios y los castigo mordiéndolos.

—Eso... Dime cómo te gusta, Clara... Dime cómo lo quieres.

—De tu... mano... lo quiero...

—¿Y de mi boca? ¿Quieres correrte en mi boca?

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Sé lo que me está preguntando pero no atino a responder nada. Y de pronto eso no es necesario porque unos golpes en la puerta hacen que mi falda descienda súbitamente y Marcos se aleje de mí.

—Señor Marcos, ¿está Clara aquí? —pregunta Tere cuando él abre, mientras mira encima de su hombro, buscándome. Sabe de sobra que estoy, y ese aire de inocencia no se lo cree nadie.

—Está ocupada.

—Pero es su novio que la espera. Han quedado para cenar y ya ha llegado...

¿Qué? ¿Qué dice esta loca? ¿Joaquín ha venido a buscarme?

Marcos se vuelve despacio y me traspasa con la mirada. Yo me acomodo el pelo, nerviosa, mientras lo veo mover la cabeza, disgustado. Esa forma de mirarme me perturba tanto que cuando paso frente a él trastabillo y casi me voy al suelo.

Más no hace nada por ayudarme. Cuando me vuelvo hacia él, con la mirada más dura que sé poner, el muy cerdo lame el pulgar que hurgó en mi sexo hace instantes, con una sensualidad tal que me deja en llamas. Ardo, literalmente ardo.

Pero eso no es todo. Cuando voy saliendo, escucho tras de mí lo que termina de desquiciarme.

—¿Una cita doble, boca hermosa? Esto se pone bueno. Sí que se pone bueno...

#ArmandoElPlan

Clara

Hey, están ahí? Jayr sé que estás con Ian pero... Los necesito, amigos.

Vivian

Qué sucede, Clarita?

Clara

Viv, qué suerte que estás. Mira, tengo un problema grande.

Vivian

Tú dime en qué te puedo ayudar.

Clara

Consejo. Necesito consejo...

Vivian

Dónde estás? No ibas a cenar con Marcos?

Clara

Precisamente. Estoy cenando con Marcos, pero se ha sumado alguien más... Joaquín.

Vivian

Cómo dices? Te has encontrado a tu novio allí?

Clara

No. Ha venido a recogerme a la oficina y eso que no habíamos quedado en nada porque ya no es mi novio. Esta mañana se lo he dejado bien claro.

Vivian

Y cómo es que han terminado los tres allí?

Clara

Marcos se ha empeñado... Los nervios que he pasado, Viv. Se ha

plantado frente a Joaquín y le ha dicho que visto que yo tenía agendada una cena de negocios con él, seríamos tres esta noche.

Vivian

Y tú has aceptado así sin más?

Clara

No podía hacer otra cosa, Viv. Joaquín ya estaba allí y no parecía querer marcharse. Marcos mucho menos... Pero ahora se lanzan dardos venenosos uno al otro y no sé qué hacer. Estaría muy mal que me marchara y los dejara solos?

Jayr

Joder, ya me habéis arruinado el momento con tanto tilín tilín. He dejado a Ian en la mesa y he venido a ver qué sucede. Clara, solo tengo algo que decirte: no te marcharás porque no renunciarás a todas las fantasías que has tejido en torno a Marcos y a esta cena. Y lo sé porque estoy en la misma situación que tú.

Vivian

Hola, güey. Pues sí, me has quitado las palabras de la boca. El que está de más allí es Joaquín. No me has dicho que han terminado?

Clara

Así es, chicos. Esta mañana le he dicho que no va más, pero igual se presentó en la oficina para cenar juntos. La situación se está poniendo difícil... Ahora mismo pueden estar matándose!

Vivian

Tranquila... Tú podrás con eso. Respira profundo y trata de deshacerte del loquero.

Jayr

Eso mismo. Y cuando te quedas a solas con tu jefe, te lo follas. Ahora permite que tus amigos que te quieren tanto, intenten hacer lo mismo con quienes les roban el sueño.

Vivian se abstiene de responder, y Jayr lo ha dicho ya todo, así que me retoco el maquillaje y salgo del baño como quien va al cadalso a esperar su ejecución. No sé cómo deshacerme de Joaquín, ¡es tan persistente! Y justo cuando estoy a punto de abandonar el pasillo una mano me lo impide.

No me agarra de un brazo sino de la cintura y desde atrás. No puedo verlo pero no tengo dudas de quién se trata. Yo conozco ese toque, ese aroma, esa energía especial que emana de él. Pega su cuerpo al mío y en mi cabeza resuena “Despacito”... *Tú eres el imán y yo soy el metal, me voy acercando y voy armando el plan, solo con pensarlo se acelera el pulso...* Se acelera más que el pulso en este caso, porque me pongo a mil solo por sentir su aliento detrás de mi oreja. ¿Tomarlo sin ningún apuro, como dice la canción? ¡Imposible! Es que no se él, pero a mí me entra una urgencia tremenda de estrechar el contacto.

Siento que “respira mi cuello despacito” y luego murmura en mi oído sus deseos.

—Te quiero en mi cama esta noche, boca hermosa. No me importa qué papel juega en tu vida ese tío, pero me doy cuenta de que no es relevante así que deshazte de él. No más sorpresas como esta... Te quiero solo para mí.

Y luego me suelta y se mete en el baño.

Vuelvo a la mesa tambaleante y acalorada. La mirada de Joaquín se concentra en un sitio: mis pechos y cuando bajo la cabeza me doy cuenta el motivo: pezones delatores.

—¿Tienes frío? —me pregunta con extrañeza. —Porque te veo bastante acalorada...

Ni me molesto en responderle. Trago saliva y luego le hago una seña al camarero.

—¿Podría traerme más vino, por favor?

El hombre asiente y luego mira a Joaquín.

—¿El caballero también desea otra copa?

Pero antes de que “el caballero” pueda responder, lo hago yo por él.

—No. El caballero ya se marcha.

Joaquín frunce el ceño y ni bien se va el camarero me increpa:

—¿Pero qué dices? He venido a arreglar las cosas y me pones a tu jefe por delante. Claro que no me marcharé hasta que él lo haga. Tus recursos evitativos me la sudan, Clara.

Mis recursos evitativos... Bueno, tendré que ser drástica. ¡Cómo me irrita por favor! Soy como una olla a presión a punto de explotar.

—Parece que no entiendes que no quiero hablar contigo. Te he dicho esta mañana que todo ha acabado, que más bien ni siquiera ha comenzado, y tú te empeñas en seguir con esto... ¿Crees que cambiará algo? ¿Piensas que necesito una sesión de terapia de modificación del comportamiento?

—Oye, no te pases... Esto no puede terminar sin una conversación de adultos, pero tú te empeñas en esa absurda negación, y proyectas en mí toda la ira que acumulas porque las cosas no te salen como quisieras...

—¡Basta de analizarme! —le grito fastidiada en extremo. Y si no fuera porque el camarero trae el vino, y Marcos se sienta en su silla, creo que hasta lo abofetearía.

—¿Interrumpo? —pregunta el muy descarado con cara de inocente.

Joaquín lo fulmina con la mirada y luego recoge su servilleta y la dobla con cuidadosa parsimonia. Odio cuando hace eso. Ese tipo de cosas son más propias de mí que de él.

Además lo hace mal y cuando la coloca junto a su plato no puedo dejar de mirarla.

Creo que sabe qué cosas me alteran y está jugando conmigo y mis debilidades... Me revuelvo incómoda y Marcos lo nota. No sabe qué pasa pero se da cuenta de que la situación es cuando menos tirante.

Tomo un sorbo de vino y luego me froto las sienes. ¿Cómo hago para zafar de esto? Tengo que deshacerme de Joaquín a como dé lugar. Pienso y pienso pero no se me ocurre nada.

Entonces parece que Marcos pierde la paciencia y decide actuar. Lo que no esperaba es que su acción se dirigiese a mí.

—Clara, suficiente alcohol por hoy que no hemos terminado. Ahora, cuando el licenciado Fuentes se marche, comenzaremos a planificar lo que le pediremos a la *Community Manager* mañana. Lo de posicionar la marca Cara Mía en las redes está bien, pero debemos ir más allá...

Mierda. No sé si ha sido la mejor salida, la verdad, porque ahora el que se revuelve en la silla es Joaquín.

—Mire, señor Santiago, yo no me pienso marchar. Esta era una cena personal y usted la ha convertido en una reunión de trabajo.

—Era lo que la señorita Mesi y yo teníamos agendado. ¿Usted tenía planeado algo distinto? Porque si es así, ella lo ha olvidado. O por lo menos ha olvidado reagendar con alguno de los dos.

—A Clara se le olvidan muchas cosas últimamente. Sobre todo a quien ha estado junto a ella en los momentos difíciles, cuando los síntomas no la dejaban vivir. Pero claro, tal vez su nuevo jefe no sepa de sus manías...

Yo me siento morir, pero Marcos ni se despeina cuando le responde:

—Si habla como su pareja, me parece una falta de respeto. Si habla como un profesional, creo que se trata de falta de ética. Como jefe no necesito saber nada de las peculiaridades de mis empleados. Es más, si las mismas juegan a favor de la empresa, me limito a agradecerlas y no las cuestiono.

Touché.

Joaquín se pone rojo como un tomate. Es evidente que se avergüenza del exabrupto y no sabe cómo resolver la situación.

Marcos lleva todas las de ganar con esa salida, pero a mí esta pelea de gallos me está poniendo enferma. Mi cabeza gira hacia uno y hacia otro como si de un partido de tenis se tratara. Me duele el cuello, y estoy muy tensa. Ponerse nerviosa es lo peor que puede pasarle a alguien con “manías” como las mías, y para contrarrestar esos nervios me pongo a hacer precisamente eso: ceder a esa manía de ordenar lo que me rodea. Empiezo por la servilleta de Joaquín, la que doblo como se debe. Luego acomodo mis cubiertos de forma que queden perpendiculares a mí, como las seis y media de un reloj, y para rematarla giro la copa de Marcos de forma tal que el tallado quede frente a él.

Siento que las miradas de ambos se clavan en mí, pero yo sigo empeñada en acomodarlo todo.

—No creo que esos tontos rituales jueguen a favor de su empresa — contraataca Joaquín irónico.

La respuesta de Marcos es inmediata.

—Si no juegan a favor, tampoco en contra. Son otras las peculiaridades de la señorita las que estoy ponderando.

Y Joaquín entra como un caballo, como solemos decir en mi país.

—¿Cuáles?

—Si usted no las conoce, nada tiene que hacer aquí.

Silencio total. No vuela ni una mosca... La tensión es alta, y no sé cómo pero me atrevo a mirarlos de nuevo. Ellos no lo hacen, porque no dejan de observarse entre sí.

Finalmente Joaquín se para de golpe y toma su cartera, pero Marcos lo detiene con un gesto.

—No es necesario. Invito yo.

Tal como lo esperaba, mi tacaño ex nada aprovecha la ocasión y guarda sus intenciones de mostrarse caballeroso junto con sus billetes.

—Clara, esto no debería terminar así. Le pediré a mi secretaria que te agende para una sesión. No te veo bien, cariño. Esos síntomas...

Y ahí es que reacciono. Levanto la cabeza y lo miro desafiante.

—Esos síntomas solo aparecen cuando tú estás cerca. Eres perjudicial para el estado de salud de cualquiera...

—No decías lo mismo cuando hicimos el amor en mi diván—replica mordiendo cada palabra—.Creo recordar que incluso mejoraste después de eso...

Siento las mejillas arder pero no me amedrento.

—En todo caso he mejorado *a pesar* de eso. No le des más vueltas al asunto, Joaquín... No ha funcionado y es hora de decir adiós.

No dice nada, solo me mira. Y luego se pone la chaqueta y se marcha.

Inspiro profundo y acomodo el salero y el pimentero. Los giro una y otra vez hasta que una mano se posa sobre la mía.

—Tranquila...

Trago saliva, y luego deposito ambos puños crispados sobre mi regazo.

—Mis... *manías* no interferirán en mi trabajo —musito algo avergonzada.

Marcos estira el brazo y eleva mi barbilla hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Tus... *peculiaridades* también me enamoran —murmura.

Después de eso, ya no puedo pensar. Me desconozco cuando yo misma llamo al camarero y le pido la cuenta.

Y justo antes de salir, desbarato con rapidez todo lo que acabo de ordenar.

#UnLindoGatito

El toque de su mano sobre la mía, bien vale el mal momento vivido con Joaquín. Si era necesario para sacarlo definitivamente del panorama, bienvenido sea entonces. Mi nerviosismo cambia de forma; ahora se trata de esa exquisita ansiedad anticipatoria, de esa inquietud que se apodera de una cuando sabe que va a suceder lo que tanto deseaba.

No sé como hago para caminar con la calma que él le imprime a sus pasos, pues a cada rato debo apaciguar mis ímpetus de agarrarlo de la mano y salir corriendo. ¿Adónde? A un sitio donde podamos estar solos y hacernos de todo. Así de simple.

Tal vez en otro momento me salga la romántica de adentro, y pretenda más que un revolcón, pero ahora lo que quiero es eso: la experiencia sexual más increíble de toda mi vida. No sé por qué, pero estoy segura de que la voy a tener con Marcos Santiago, un hombre que apenas conozco, pero desde el primer instante ambos tuvimos claro que existía una gran atracción.

El hecho que sea el hermano de mi jefe, y actualmente mi superior inmediato, y que solo estará aquí durante un mes, es lo que me frena y a la vez me da alas. Es morboso, es prohibido y puede hacerme mucho daño pero aún así quiero probarlo.

Con las manos en los bolsillos él me mira y sonrío. ¡Qué distinto es al Amargado! Ese no sonrío nunca, siempre tiene cara de andar oliendo caca. ¡No sé por qué pienso en él ahora! No debe haber algo más deserotizante que ese infeliz, aunque cuando me acuerdo de Vivian y la extraña relación que parece mantener con él, me entra la duda. ¿Seré yo, o...? ¡No importa! ¡Basta de evadirme! Porque si algo me dejó lo mío con Joaquín, es cierto conocimiento de las trampas al solitario que me hago.

Cuando me entra el desasosiego, o me pongo a arreglar lo que tengo más cerca, o encadeno mis pensamientos de la forma más desorganizada. Caos interno, orden afuera. Como hace un rato, pero creí que lo había superado...

Parece que no, y eso es porque Marcos se ve demasiado seguro, demasiado calmado. ¿Es que son tan obvias mis señales de que lo que quiero es atarme a su cama? No es de señoritas, carajo. Bueno ¿y quién quiere serlo? Lo que opine de mí luego de lo que hagamos, no tiene que importarme. Pronto estará fuera de mi vida, y ni siquiera se lleva con su hermano, como para contarle que se cogió a su felpudo.

Dios santo... ¿qué me pasa? ¿Por qué intento sabotear este momento? Porque está claro que mi mente se empeña en desmerecerlo, en minimizar lo que este hombre me provoca, y lo que puede ocurrir entre nosotros.

Y de pronto me doy cuenta... “Tus peculiaridades me enamoran”, eso es. Cuatro palabras que me gustaron demasiado, y lo que estoy haciendo es contrarrestar su efecto banalizándolo todo.

Qué infantil lo mío. Tal vez deba buscarme otro psicólogo que no tenga diván, pero eso lo haré luego de que Marcos desaparezca de mi vida. Él será mi mejor terapia, claro que sí...

—Tu primera sonrisa de la noche... ¿Puedo saber a qué se debe? —me pregunta, deteniéndose en la acera.

Yo doy un paso atrás y lo enfrento.

—Prefiero omitir el motivo. ¿Adónde vamos ahora?

—Te he dicho hace poco lo que quería, pero no he obtenido respuesta. ¿Me la darás ahora?—me dice tomándome de la mano.

“Te quiero en mi cama esta noche...” ¿De verdad necesita mi consentimiento verbal? Porque toda mi actitud está gritando un “sí” enorme.

—He hecho todo lo que me has indicado. Me deshice de Joaquín, y aquí estoy... Creo que ahí tienes tu respuesta —le digo sosteniéndole la mirada.

Se lleva mi mano a la boca y me muerde el pulgar.

—Es que no me lo puedo creer —admite con cara de niño pillo, y yo me lo quiero comer. Pero de pronto, algo me amarga el momento: el darme cuenta de lo sencillo que le ha resultado obtener lo que quería. No me puedo contener, y se lo pregunto.

—¿Qué no puedes creer? ¿Lo fácil que soy?

El frunce el ceño y se pasa mi mano por el rostro con los ojos cerrados.

Estoy a punto de correrme al mirarlo...

—No lo veo así —murmura abriéndolos de golpe y taladrándome con ellos. —Más bien estoy maravillado de volver a sentirme tan conectado a una mujer. Hace años que no me sucedía, Clara.

Vaya... No me esperaba una confesión así. Y mucho menos que siguiera en la línea romántica más que caliente, pero me está gustando. Me está gustando demasiado...

Tengo que pararlo. Prefiero su veta animal que me recuerda que esto tiene un final, y no este cúmulo de emociones que su mirada me transmite.

—En mi país le decimos “calentura” y se soluciona con un buen polvo —le digo, y mi voz me suena ajena y extraña.

Marcos me suelta la mano y aprieta los labios. Oh, Dios... Cómo me está gustando todo esto.

—¿Tienes miedo, boca hermosa? En otra ocasión te diría que no tienes de qué temer, pero lo cierto es que sí tienes. Puede suceder lo que estás pensando, puedes enamorarte, puedes sufrir. Pero también puedes disfrutarlo mucho.

—¿Y tú? —le pregunto sin rodeos. —¿Tú saldrás indemne de todo esto? Simula pensarlo y luego me regala una de sus incendiarias sonrisas.

—¿Cómo le dicen en tu país a algo que no se puede parar? ¿Como le llaman al que sigue adelante aun sabiendo que dolerá? ¿Qué hacen en Argentina cuando la respuesta a sus plegarias está al alcance de la mano? Mueres de miedo y yo también, pero antes que quedarme con la duda elijo la más abrumadora de las certezas...

Por un momento el silencio nos envuelve. Y luego la primera que abre la boca soy yo, y es para devorarlo.

Le echo los brazos al cuello y me lo como a besos. Nunca pensé que podía tener tanta iniciativa; me estoy redescubriendo con él.

—Le dicen... tirarse al agua... Jugársela... Le dicen “inevitable” igual que aquí... —murmuro sobre sus labios—. Voy a jugar con fuego, aunque me pueda quemar...

—Agua, fuego... Eres un peligro hasta cuando hablas. Eres todo extremos y me encanta —dice mirándome a los ojos—. Juguemos este juego, boca hermosa. Tú pones las reglas...

—No, las has puesto tú —replico sin rastros de resentimiento en mi voz. Es así y lo acepto sin restricciones—. Este juego durará un mes. Creo que estaremos a la altura...

Y luego se terminan las palabras. Me atrapa con las dos manos y me recuesta contra un muro sin demasiada gentileza. Su costado salvaje domina ahora y yo me someto encantada a la fuerza de su instinto, que lo impulsa a mordirme el cuello con más fuerza de la que debería.

Está excitado, puedo notarlo, y yo también quiero más... Es que no me aguanto, carajo.

—Para ese taxi —le ruego desesperada, y dos segundos después subimos a él.

Y mientras Marcos le da la dirección al conductor, me suena el móvil. Es el tono de María, así que ni lo pienso: contesto sin demora.

Mierda... Lloro. Está llorando.

—¿Qué te pasa, Mery?

—Jacinto... ¡Se escapó, Clarita! ¡Se fue! Alejandro está como loco... No sé qué hacer.

—¿Cómo que se escapó? ¡La ventana! Ay, María. Tenemos que

encontrarlo —le digo al borde del ataque de nervios, porque escucho los gritos de mi querido Ale—. Dile a Alejandro que no se preocupe, que lo buscaré y lo traeré de vuelta.

—¿Lo oyes? No para de llorar y no sé cómo hacer para calmarlo.

—No debe alterarse así. Llama al médico del noveno a ver si puede darle algo, por favor. Yo ya estoy yendo... Buscaré a Jacinto. No voy a parar hasta que...

—Gracias, querida. ¡No sé qué haríamos sin ti!

Con lágrimas en los ojos, miro a Marcos y le digo:

—¿Me llevarías a mi casa?

—Por supuesto. Dile al conductor las señas.

Lo hago y luego busco en mi bolso unos pañuelos desechables.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, preocupado.

No sé si decirle. Cuando menos personas sepan de Jacinto, mejor. Y más ahora, que debo buscarlo. Comprometería a los vecinos que nos ayudaron de forma tan desinteresada. No, nadie debe saber que se trata de algo tan ilegal como un mono capuchino en plena Barcelona.

—Mi... hermano. Es discapacitado motriz, y tiene un gato... Ese animal es su vida, y se ha escapado. Ahora está en plena crisis de nervios el pobre... Tengo que volver para buscar a... Jacinto, y llevárselo para que se calme —le explico sin mirarlo, para que no me pille en la mentira.

—Lo siento, Clara. No te preocupes; te ayudaré a buscarlo. Hallaremos a ese gato...

—¡No! —exclamo nerviosa.

—Claro que sí. Lo encontraremos, ya verás.

—No, Marcos. Yo lo buscaré, y tú...

—Lo buscaré contigo.

Es tan terminante en su afirmación que yo no me atrevo a replicarle. Ay, Dios... ¡cómo se ha malogrado la noche! De estar a punto de ir a la cama, a la búsqueda de un mono... un gato... un mono.

Maldito simio del demonio. Finalmente logró abrir la puta ventana. No sé como hizo, pero logró arruinarnos la noche, y hacer sufrir a Alejandro.

No podré perdonárselo. Cuando lo encuentre lo voy a descuartizar, y luego lo arreglaré para dárselo a mi hermano sano y salvo.

Y media hora después, Marcos y yo comenzamos a recorrer el vecindario llamando a Jacinto.

Me siento culpable cuando lo escucho decir:

—¡Jacinto! Vamos, minino, aparece de una vez...

Ay, qué vergüenza. Tengo sentimientos encontrados con respecto al

animal. Por un lado quiero encontrarlo para que Ale no sufra más, pero por otro no quiero, para que él continúe junto a mí creyendo que buscamos un gato.

“Cuando aparezca, si es que aparece, le explicaré todo y él entenderá” me digo para tranquilizarme.

Pero por más que damos vueltas y lo llamamos, el “minino” no aparece.

Un vecino pasea a su perro y Marcos se acerca y le pregunta:

—Disculpe ¿no ha visto por aquí un gato?

—Pues sí, acabo de ver uno. ¿Cómo es el que buscáis?

—¿Cómo es, Clara? —me pregunta Marcos, y yo no sé para dónde mirar.

—Es... color café. Con la carita blanca... Es pequeño —murmuro al tiempo que acaricio al perro labrador para ocultar el temblor de mis manos.

—El que acabo de ver era amarillo y gordo, como el de la tele, el que come lasaña...

Marcos mueve la cabeza.

—No... Ese no es. Gracias, seguiremos buscando...

Qué cínica soy. ¿Cómo puedo permitir que siga creyendo que buscamos un gato, y no un animal traído de contrabando? Es que si se lo digo pensará somos una banda de sudamericanos delincuentes, y me terminará odiando.

—¡Jacinto! Misimisimisi... Vamos, gatito, aparece...

No puedo más. Ya no soporto sentirme tan mentirosa.

—Marcos, deja. Hace mucho frío... Mañana seguiré preguntando a ver si alguien lo ha visto.

—No, Clara. Tu hermano está sufriendo... Encontraremos a ese gato traidor como sea —afirma, y luego sigue llamando a Jacinto.

—No es necesario, que te quedes. Siento que la noche se haya arruinado por este contratiempo...

—¿Quieres que me marche? ¿Te quedarás sola en las calles buscando a ese animal? Porque no me creo eso de que seguirás mañana. Además, tu hermano...

—No es mi hermano, en realidad —le confieso, para alivianar mi mochila de embustes.

—¿No?

—Es como si lo fuera —le aclaro, y de inmediato me arrepiento de habérselo dicho. Ahora tendré que seguir con lo demás... Intento evitarlo, por supuesto:—Es una larga historia... Algún día tal vez te cuente...

—Dímelo ahora. Tenemos tiempo.

Tiempo. Es justo lo que no tenemos, y por eso tendríamos que estar enredados entre sábanas calientes, y no muertos de frío buscando al gato... mono... gato.

Brevemente le explico lo que me une a María y a su hijo.

Él escucha en silencio mientras me mira asombrado.

—Vaya. No imaginaba que habías pasado por algo así... ¿Cómo es tu relación con ellos ahora?

—¿Con la mujer que me engendró y el traidor que se la llevó? No existe relación —le digo, ofuscada. Es que cada vez que recuerdo lo que hicieron me hierve la sangre, sobre todo por Alejandro. El infeliz de su padre nunca más se preocupó por él...

Solange sí intentó contactarme, pero no quise saber de ella. Para mí esa mujer ha muerto... Tendría que haber sido ella y no mi padre, que era más bueno que el pan.

Se me cae una lágrima, y Marcos la recoge con el dedo.

—No sufras, Clara. No lo merecen...

Me sorbo los mocos.

—Lo sé.

—Esa boca debería ser todo sonrisas —murmura mientras me pasa el pulgar por el labio inferior—. O besos...

Y yo me olvido del gato/simio, y hasta del pobre Alejandro.

Quiero besos. Entreabro mis labios y me acerco a los suyos para que note que me urgen. Marcos muerde el anzuelo, y también me muerde la boca. Me besa con desesperación, con ansia, con deseo. El mundo comienza a girar y de pronto estamos solos, él y yo.

Sus manos me agarran de atrás. Acarician mis nalgas y yo siento que me prendo fuego.

Su lengua me recorre el cuello. Siento sus dientes mordisqueando, y el calor de su saliva.

—Te follaría aquí mismo —me dice—. En plena calle. Te empotraría contra ese muro con tantas ganas...

—Por favor...

—Pero tenemos que buscar al gato.

Cierto. Y menos mal que uno de nosotros mantiene la cordura, porque si no...

Me suelta, pero no del todo. Caminamos de la mano, y el desgraciado incidente que tiene tan mal a Alejandro, no consigue sacarme de mi eje ni que empiece con los rituales que me dan tranquilidad. Nada de comportamientos extraños hoy. Bueno, eso es un decir...

—Misimisimisi... Venga, gatito. Aparece de una vez.

Me sabe tan mal engañarlo. Yo no puedo fingir que es un gato, así que me pongo a silbar.

—Fiufiu... ¡Jacinto! —llamo mortificada, mientras trato de escupir lo menos posible. Es que soy malísima “chiflando”.

Marcos ríe al escucharme.

—¿Estás silbando? ¿De esa forma llamáis a los gatos en Argentina? ¡Joder! Así no va a venir.

—Mira que “misimisimisi” no suena muy felino que digamos...

Él ríe a carcajadas.

—Qué mona eres —me dice, y yo cierro los ojos. ¡Mona! Justo tiene que decir esa palabrita para que los colores se me suban a la cara. Disimulo, y sigo llamando al mo... al gato.

—¡Jacinto!

Pasamos las siguientes dos horas buscando al simio del demonio sin éxito. Soy consciente de que tenemos que encontrarlo por Alejandro y porque es un potencial problema, pero el incidente no consigue amargarme la noche.

Porque está él conmigo.

Y entonces, todo brilla.

#BuscandoAJacinto

Cuando pasamos por enésima vez por el portal de mi edificio, una conocida voz me llama:

—¡Clarita! ¿Nada, todavía?

Levanto la cabeza y veo a María en el balcón de nuestro piso, en la segunda planta.

—No... ¿Cómo está Ale? —pregunto intentando no gritar.

—Duerme —y tal como lo esperaba, pregunta curiosa al ver a Marcos—. ¿El señor es...?

El “señor” no necesita que lo presenten, porque hace un saludo con la mano al tiempo que responde:

—Marcos Santiago, señora. Mucho gusto.

—El gusto es mío—le corresponde María, cerrándose la bata. Sí, así de intimidante puede ser el “señor”.

—Por casualidad ¿no tendrá usted una lata de sardinas? Tal vez Jacinto venga a nosotros por el olor...

Ay, no. Jacinto no vendrá. Lo que veo venir es un problema gordo, cuando María diga lo que seguro dirá.

Y lo dice, por supuesto.

—No lo creo. Esa clase de monos no come esas cosas...

Marcos me mira, asombrado.

—¿Qué ha dicho?

Improvisado, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Que esa clase de “minino” no come sardinas —susurro para que ella no escuche.

—¿No ha dicho “mono”?

Me quiero matar.

—Tal vez... En Argentina a veces... acertamos las... palabras...Y además es un gatito muy... “mono”—murmuro mirando el suelo.

Marcos levanta la cabeza, le sonrío a María y la saluda.

—Entre, por favor —le pide—. Hace frío...

—Gracias. No tardes en subir, Clarita. Seguiremos mañana con la búsqueda, que no quiero que te resfríes —me dice, y luego se mete.

Bueno, creo que lo peor ha pasado y he logrado salir con elegancia el intríngulis. O no...

—¿Qué clase de gato es? No sé nada de mininos, y eso que soy un gato madrileño —comenta Marcos sonriendo. Por suerte o por desgracia, este hombre no se da por vencido con facilidad.

—La clase de gatos criados a ración balanceada —murmuro escuetamente, y luego cambio de tema como puedo: —¿Así que eres de Madrid?

—De tercera generación, pero ya no vivo allí desde hace tiempo —me dice, y yo creo percibir una cierta inflexión en su voz que me impresiona.

—¿Mucho tiempo? —pregunto, y no es por distraerlo del asunto del simio, sino porque en verdad me interesa saberlo todo de él.

—Desde el 2004 —responde, y que no quiere seguir hablando está más que claro cuando toma mi mano, y me dice: —Ven, sigamos buscando...

Su ánimo es más sombrío que el de hace un rato, y a mí no me quedan ganas de seguir viéndolo buscar en vano a un inexistente gato.

No me reconozco... Una mentira tras otra.

—Espera... El...gato se ha escapado por la ventana trasera. Tal vez esté en el piso de algún vecino. Voy a hacer una llamada, a ver... —le digo buscando mi móvil.

—¿Pero cómo ha podido salir? ¿Tenéis las ventanas abiertas con este frío?

Yo no le contesto. No sé qué decirle, pero seguro no puede ser la verdad: que el “gato” abre ventanas. Me alejo un par de metros mientras finjo llamar a un vecino, y mantengo una falsa conversación telefónica.

—Disculpe, doña Elena, por la hora, pero sabe que el gato se ha escapado...No sé si lo habrán visto por allí... Vale, vale. Qué bueno... No sé cómo no se me ocurrió antes llamar. Hace como dos horas que lo buscamos... Muchas gracias, doña Elena... Mañana entonces. Qué descanse.

Que Dios me perdone, pero no puedo seguir con esto. Ya lo buscaré yo mañana, porque por más que me guste tener a Marcos conmigo, no es justo hacerlo a costa de una mentira.

—¿Ha aparecido?

—Parece que sí. Ya iré a por él mañana... Perdona por haberte arrastrado a esta búsqueda infructuosa. Tenía que haber preguntado antes...

Él sonrío y me toma ambas manos.

—Contigo hasta esto fue un buen momento.

Y luego tira de mí y me besa, pero con ternura, con mimo.

No me pide que me vaya con él; ha escuchado que María me espera.

Creo que no me merezco que este hombre me preste atención, y mucho menos que me desee. Soy una mala mujer, una mentirosa.

Y mientras lo veo alejarse calle abajo, siento que mi corazón va tras él.

Así que además de mala y mentirosa, soy tonta. Tengo la tontería esa que te hace suspirar, te saca de tu eje y hace que todo lo que era figura pase a ser fondo cuando él está cerca.

Lo primero que hago cuando entro es pasar a ver a Ale. Duerme... Pobrecito mío. Si no encuentro a Jacinto a primera hora, cuando despierte no tendrá consuelo.

Mi teléfono hace tilín y yo lo saco ilusionada... No es Marcos. De hecho no sé ni si tiene mi número aunque si lo quisiera no le sería difícil conseguirlo. Es Jayr, por WhatsApp.

Miro la hora... Es casi medianoche y si está escribiendo no creo que su cita haya ido como deseaba. Bueno, al menos no soy la única.

Jayr

Toc, toc... Hay alguien ahí? Alguien que esté disponible porque no está follando como si se acabara el mundo, sino comiendo chocolate y suspirando.

Clara

Esa podría ser yo. Qué tal tú?

Jayr

No, tú primero.

Clara

Es que no hay mucho qué decir.

Jayr

Joder, Clara. Siempre empiezas así y luego te sales con novedades increíbles.

Clara

Vale. A ver... Marcos en su casa, yo en la mía.

Jayr

Eso ya lo sé. Si no fuese así no estaríamos hablando, tonta.

Clara

Es que todo se estropeó porque se escapó Jacinto.

Jayr

Jacinto? El capuchino?

Clara

Sí. Abrió la ventana y salió. Me llamó María llorando porque Ale estaba desesperado, así que tuve que volver. Marcos me acompañó a buscarlo pero no lo encontramos. Mañana tendré que seguir...

Jayr

Joder, eso es grave. Si alguien lo encuentra antes que tú no podrás reclamarlo porque te pondrían una multa o tal vez irías a la cárcel. Le has confesado a Marcos que tienes un animal ilegal en tu piso?

Clara

No me he atrevido. Le he dicho que es un gato... No sabes lo mal que la he pasado viéndolo llamar al jodido mono "misimisimisi".

Jayr

Me parece que he visto un lindo gatito[☺] Me has hecho reír, Clara, y lo necesitaba. Seguro que mañana encuentras a tu mascota de contrabando.

Clara

Ojalá. Y a ti que te pasa? Supongo que lo tuyo tampoco ha resultado como esperabas.

Jayr

Algo así. Sin embargo no ha sido una noche perdida. Hablamos mucho, sabes? Me ha contado que a veces no soporta a Estefanía pero tiene claro que le debe todo. Tiene un complejo de inferioridad que dan ganas de quitárselo a golpes o a besos...

Clara

Justo lo contrario que tú, que tienes una autoestima por los cielos. Y la verdad es que tienes con qué darte aires, nene. Pero cuenta, cuenta...

Jayr

Pues eso, que cuanto más habla más me gusta. Quisiera levantarle los ánimos, la autoestima y la polla, pero no creo que se me dé la oportunidad.

Clara

No voy a decir que te lo he dicho pero te lo he dicho.

Jayr

Pero sabes por qué creo que no? Porque le tiene miedo a su mujer. Le tiene miedo al futuro. Le tiene miedo a todo... No se atreve a salirse de la línea, a vivir como le salga de los cojones. Pero tiene potencial. Dentro de él hay un tío intrépido en busca de aventuras... Le gusta correr coches de carrera y su suegro tiene una escudería pero rara vez le dan la oportunidad de hacerlo. Actualmente es el adorno de Estefanía Azcón y eso lo hace sentir fatal.

Clara

Imagino cómo se siente pues sé lo que es ser tan estructurado.

Jayr

Sí, pero hasta tú a veces cruzas los límites y te lo pasas pipa. Creo que él tarde o temprano lo hará y yo estaré allí, esperando.

Clara

Oye, que hay una gran diferencia entre lanzarse a lo desconocido y cambiar su orientación sexual, Jayr.

Jayr

De qué lado estás tú? No, es broma. Pero me hace daño que no confíes en mis virtudes. Crees que no puedo interesarle a Ian como ser humano más allá de mi sexo? Pues te equivocas. Estoy seguro de que se siente atraído, solo que aún no lo sabe.

Clara

Y cómo sigue esta historia? Han quedado para otro día?

Jayr

Me ha invitado a su casa. Tendré que aguantar a la Estefanía pero algún sacrificio habrá que hacer, no? En dos días volveré a ver a mi chico.

Clara

Tu chico? Sí que vas rápido.

Jayr

Mira quien lo dice.

Clara

Es que tengo poco tiempo y mucha prisa... Dime, has sabido algo de Vivian?

Jayr

Que no está en línea desde hace horas.

Es verdad. La última vez que se conectó fue hoy a las nueve.

Me preocupa mi amiga... ¡Es tan vulnerable en estos momentos! Va a hacer un cambio en su vida de 180 grados. Dejará al hijo de puta de su marido, pero también a sus hijos, su ciudad, sus raíces. Empezar una nueva vida a los cuarenta y dos y sola, no debe ser fácil. Yo lo sé bien pues también tuve que quemar mis naves... Y eso que tenía veinticuatro y la contención de María y Alejandro.

Sobreviví sin embargo, y Vivian también lo hará pues sus amigos no la dejaremos sola. Espero que esta especie de tropiezo con el Amargado no haga que desista de sus planes, porque con ese hijo de puta cualquier sitio parece hostil... ¿O no? No sé qué pensar sobre lo que sucede entre ellos. Por un lado él se muestra burlón y autoritario, como cuando la llama "Miss México". Por otro parece dependiente y hasta intuyo que ha llegado a estimarla... Eso no es raro pues Vivian es excepcional, pero luego está todo ese misterio que ella no quiere revelar.

Allí hay gato encerrado... Ay, carajo. Ojalá estuviese encerrado el "gato" y no vagando por ahí. Solo espero que no le haya pasado nada serio y que podamos encontrarlo mañana sin hacer mucho ruido.

La tendremos complicada pues no es una búsqueda tradicional de esas en que uno pega la foto del animal perdido en los postes y en los árboles. ¿Cómo mierda hallaremos a ese mono?

Tendré que hacer lo que no quería: hablar con don Enrique y decirle que Jacinto escapó. ¡El pobre arriesgó su trabajo para entregárnoslo, y nosotros no lo cuidamos bien! Qué mal me siento, y qué avergonzada.

Me quito el maquillaje con una toallita y me miro al espejo. Me veo distinta y no sé por qué... Ah, sí. Mis ojos brillan.

Marcos... Él ha hecho el milagro y seguro me pasaré la noche soñando con esa sonrisa llena de encanto y esos besos que son más ricos que el dulce de leche.

¡Cómo me gusta ese hombre, por Dios! Tiene magia en la mirada.

El haberlo conocido fue un regalo inesperado... Y de pronto se me

ocurre que todo lo que me está pasando, y lo que estamos viviendo Jayr, Vivian y yo tiene que ver con el Amargado.

Todo se enlaza, se encadena.

El accidente que conectó a Jayr con Ian. No sé cómo resultará eso, pero mi amigo parece muy seguro de adónde lo llevarán sus pasos. Ese accidente hizo algo más: estableció un nexo entre Vivian y el Amargado. Sea lo que sea que está pasando allí a ella no parece disgustarle, y creo que a él menos. Y por último: la pierna rota que sacó al Amargado de la revista, hizo que llegara a mi vida ese hombre de ensueño que me tiene trastornada.

Si todo resulta como deseamos se lo deberemos a Mateo Santiago. Y si no lo hace, la culpa la tendrá él.

Pero ojalá todo resulte bien, Diosito. No soy demasiado devota, pero esta noche rezo por que encontremos a Jacinto y que Alejandro no tenga un solo motivo más para sentirse desdichado. Rezo por Jayr, para que no se ilusione en vano. Rezo por Vivian, para que esta experiencia sea el punto de partida del cambio de vida que necesita, y no una carga más que soportar.

Y finalmente rezo por Marcos y por mí. Con los ojos cerrados le pido a Dios que me ayude a sobrellevar ese sentimiento inmenso que ha empezado a gestarse desde que lo vi. Le ruego que dé frutos, que dé flores. Que nos llene de felicidad y nos deje buenos recuerdos.

Porque si hay algo que tengo claro es que no durará.

#CelosCenaCaliente

¡Dios santo! ¡Qué mañana! Me levanté a las seis para salir a buscar al mono de mierda, y tuve la desgracia o la suerte de cruzarme en la entrada con don Enrique, el que nos cedió el engendro poniendo en juego su empleo.

—Qué raro verte tan temprano en pie, guapa. ¿Ha pasado algo?

Suspiré.

—Ay, don Enrique. Tengo que contarle...

Y le conté. El pobre hombre comenzó a transpirar, y eso que la temperatura estaba casi a cero, pero no se enfadó ni nada. Es más, avisó que llegaría tarde a su oficina, y se dispuso a ayudarme.

Su esposa, doña Elena, también se sumó a la búsqueda. El que no quiso participar fue su hijo, un adolescente con más granos que luces, al que todo le resulta indiferente.

Rastreamos todos los parques, y todos los árboles de la zona. Molestamos a los vecinos, preguntando si habían visto o escuchado algo raro.

—¿Algo como qué? —preguntaban invariablemente.

—Un simio, o una ardilla. Me pareció verlo en un árbol anoche y quería saber si vosotros también lo habéis visto —les explicaba don Enrique sin comprometerse.

Pero no. Nadie sabía nada de Jacinto y además nos quedaban mirando con extrañeza.

—¿Qué haremos? —preguntó doña Elena. Su marido se encogió de hombros.

—Bueno, yo digo de esperar con la boca bien cerrada y los oídos bien abiertos a ver si alguien comenta algo—propuse yo, y ambos estuvieron de acuerdo.

Cuando Alejandro despertó le dijimos que habían encontrado a Jacinto, pero que lo tenían en cuarentena para ver si había cogido alguna enfermedad, y que pronto nos lo entregarían.

No nos creyó, por supuesto. Y además se negó a ir a la escuela especial por lo que tuvimos que pedirle a doña Elena que lo cuidara. La generosa mujer accedió, como siempre, pero tanto María como yo nos fuimos a nuestros respectivos trabajos con el corazón en la boca. ¿Qué pasaría si esa actitud de Alejandro persistiera?

Mientras iba en el metro recibí un WhatsApp de número desconocido.

Cuando lo abrí casi me muero... Era Marcos. ¿Aceptar o rechazar? Aceptar, mil veces aceptar. Ni me molesté en agendarlo y me di cuenta que sonreía como una boba, pero no me importó que me vieran así.

Marcos

Buenos días, boca hermosa. ¿Has ido a buscar al gato?

(Ay, carajo. Bien por lo de “boca hermosa”, mal por lo de ir a buscar al “gato”).

Clara

Hola! Sí. Gracias por preguntar.

Marcos

Dónde estás?

Clara

Voy en camino, en unos minutos estaré en la oficina.

Marcos

Crees que me daría un ataque de ansiedad si te tardas?

(¿Qué querría decir con eso? me pregunté, asombrada.)

Clara

No! Por supuesto que no.

Marcos

Ah! Porque sí me lo dará. Ven pronto, por favor.

Y luego salió de la línea. Casi me dio un ataque de ansiedad a mí al leerlo, así que subí por la escalera mecánica a todo trapo y atropellando gente, y ahora voy corriendo como si me fuese la vida en llegar a él.

Llego a la oficina con un sofoco que ni les digo, y ni bien dejo el bolso aparece.

—A mi despacho, Clara —me ordena, pero su sonrisa es deslumbrante.

Me gusta tanto pero tanto... Me despierta miles de cosas, incluso el ponerme a jugar con su paciencia.

—Buenos días, señor Santiago. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

Y él me acepta el desafío. Se cruza de brazos y se recuesta en la pared.

—No tan bien como usted.

—No crea. He tenido una mala noche... Podría haber sido buena, pero se estropeó.

Marcos se muerde el labio, y luego pone las manos en los bolsillos y da un paso al frente. Estamos de pie, y no dejamos de mirarnos. Vagamente me doy cuenta de que hay gente a nuestro alrededor, pero no me importa. Permanezco inmóvil disfrutando de la sensación de orden interno que siempre ando procurando, porque esta vez no siento la necesidad de reorganizar mi entorno. Mi paz está concentrada en él.

—Esta puede ser mejor —dice en voz baja—. Solo depende de usted y de su travieso gatito...

Mierda. Adiós tranquilidad, bienvenida morbosa inquietud.

—¿Le llevo un café, señor? ¿O alguna otra bebida?—murmuro bajando la vista y moviéndome hacia un lado.

Lo escucho reír, pero no me atrevo a enfrentarle la mirada, así que me siento en mi silla, y disimulo lo contrariada que estoy buscando el móvil en mi bolso.

Por el rabillo del ojo, veo que se inclina hacia mí. Trago saliva y sin poder evitarlo cierro mis párpados en una clara señal de estar disfrutando el momento.

Está cada vez más cerca... Me doy cuenta por su perfume y el calor que emana de su cuerpo. Me doy cuenta porque su cálido aliento acaricia mi mejilla, y hace que mi cabello se mueva contra mi rostro. Me doy cuenta porque empapo mi ropa interior y se me eriza la piel.

—Tráigame lo que quiera, pero que sea bien caliente —susurra en mi oído, y luego se incorpora y se marcha rumbo a su despacho.

Bueno, me entrego. Ya no lucho, ya no.

¿Lo que yo quiera? Pues ya sé lo que voy a llevarle. Estará caliente, húmedo y espero que delicioso. Se lo daré con gusto porque a Marcos Santiago yo le daría todo, absolutamente todo.

Camino por ese pasillo como una ofrenda ardiente. Tere no está en su escritorio, así que no tengo que disimular nada. Abro la puerta y cierro los ojos... Me vuelvo un segundo y la tranco apretando el botón. Ya estoy lista, más que lista. Soy suya, toda yo.

Pero cuando me enfrento a él, todo cambia.

¡No estamos solos! De pie a su lado, la rubia *Comunity Manager* me mira con extrañeza.

—¿Le pasa algo a tu secretaria? —pregunta dirigiéndose a Marcos, que

está sentado en su sillón, e intenta disimular su sonrisa con el índice sobre la boca.

—No es mi secretaria, Adela. Ella es Clara, la editora en jefe de la revista y me parece que te la presenté ayer... ¿no lo recuerdas?

Ella hace un gesto displicente con la mano.

—Ah, sí. Bien, prosigamos.

Marcos se pone serio y me invita a sentarme frente él con un gesto.

—¿Te sientes bien? —me pregunta, amable, y yo asiento.

Dios... Qué manera de enfriarme los ánimos tan repentina. Lo siento como un baldazo de agua fría y a duras penas puedo recuperarme lo suficiente como para prestar atención a lo que hablan.

Tomo nota de todo y cada tanto intervengo. Quiero verme profesional, pero no puedo evitar echarle miradas furtivas a Marcos, a la rubia, a los gestos de familiaridad entre ellos...

Adela lo toca con frecuencia. El hombro, el brazo. Se inclina sobre él haciendo que sus enormes tetas se apoyen en la mano que descansa sobre el escritorio. Pero él la retira de inmediato y luego estudia mi reacción.

¿Cómo disimular estos celos? ¿Cómo reencauzar esta avalancha de emociones violentas que me invaden cuando observo a esa mujer provocándolo? No puedo, sencillamente no puedo. Me dan ganas de golpearla pero me limito a colocar el lápiz paralelo a la libreta, y el pisapapeles a igual distancia pero del otro lado.

Marcos me observa y alza las cejas. Ya no soporto más...

Me pongo de pie súbitamente.

—Permiso. Debo ir al baño... —me excuso, y luego me precipito a la puerta.

Tengo mucho que hacer, lo sé, pero ahora necesito el apoyo de mis amigos así que me siento en el wáter móvil en mano.

Clara

Alguien por ahí? No quiero escribir y que luego nadie me conteste.

Vivian

Hola, Clarita. Aquí estoy, camino al médico.

Clara

Te ha pasado algo?

Vivian

Estoy acompañando a tu jefe a una revisión.

Clara

Ahora es tu jefe. Mi jefe es otro...

Vivian

Y cómo van las cosas con él? He leído lo que sucedió con Jacinto. Qué mal!

Clara

Pues sí. Eso me tiene preocupada, pero también me preocupan otras cosas... Hay una mujer, la que se encargará de las redes sociales, que anda tras él y en cada gesto me demuestra que lo quiere para ella.

Vivian

Te lo demuestra ella? Y cuáles son las señales de él?

Clara

No lo sé. Estoy confundida... Creo que será un error tener una aventura con Marcos, Viv. Es guapo, encantador... Pero a veces no sé si habla en serio o me está "vacilando" como dirías tú.

Vivian

Clara, enfócate por favor. Ese *güey* te gusta, pues adelante, manita, que la vida es corta y solo se vive una vez. Además tienes claro que es una aventura, y no tu gran amor así que basta de cuestionamientos tontos. Híncale el diente y no te hagas más preguntas.

Clara

Eso haces tú? Dime la verdad, Vivian.

Vivian

Así es. Ahora soy consciente de que esta es mi única vida y trato de vivirla como me da la gana. Mejor tarde que nunca, cierto?

Clara

Otra vez te estás saliendo por la tangente?

Vivian

No, me estoy saliendo por la puerta del taxi. Hablamos luego, sí? Y no temas, Clara. Solo sigue el camino que te marca el latido de tu corazón.

Y con esa última frase, sale de línea.

El camino que me marca el latido de mi corazón... Ese camino me lleva indefectiblemente a los brazos de Marcos Santiago. Pero mi cabeza no piensa lo mismo, y no deja de darle vueltas al asunto de la tal Adela, y ese sentido de posesión sobre él, que imprime en cada gesto.

Me irrita, me pone histérica. Hago un llamado relámpago a mi vecina, y las noticias no son buenas: Alejandro está muy deprimido y no ha querido almorzar, y no hay señales del simio.

Un dolor de cabeza comienza a martirizarme y un día que pintaba ser inolvidable, se transforma en un trago amargo que me cuesta pasar. Me tomo un analgésico, sentada en mi escritorio, mientras mi nuevo asistente me mira expectante.

¿Para qué quiero yo un asistente? Si alguien se hace cargo del negocio, yo puedo con los contenidos. Y de pronto recuerdo que Marcos me ha pedido una columna de actualidad para la próxima edición.

Bueno, parece que ha llegado la hora de delegar. No más tratos con modelos impertinentes y fotógrafos exigentes. No tocaré el tema de la gastronomía y me dedicaré a “belleza y salud” y “sociedad”. También escribiré la columna y retomaré algún que otro artículo que jamás terminé. ¿El señor Santiago quiere que sea editora en jefe? Lo seré, pero también pondré algo de mi propia cosecha.

Y así poco a poco vamos armando una agenda muy interesante Leo y yo.

Mi corazonada fue acertada; es un chico muy despierto y dispuesto. La tarde se nos pasa volando junto con mi malhumor, y cuando me doy cuenta ya casi es la hora de marcharme. Solo me he levantado de mi escritorio para ir al baño, pues hasta el almuerzo me lo han traído. Necesito salir, estirar las piernas, algo... Algo que no haga que al dejar de trabajar, empiece a pensar en Marcos.

¿A quién quiero engañar? Comienzo a guardar las cosas lentamente... No quiero irme, lo que deseo es saber cuándo Adela abandonará su despacho, y si se irán juntos.

Un momento ¿y si ya se fueron? ¿Si se marcharon la última vez que fui al baño?

Me paro como impelida por un resorte y me dirijo con paso firme al despacho de Marcos. Tere se ha marchado hace unos momentos... ¿cómo no se me ocurrió preguntarle si él continuaba aquí?

No me queda más remedio que comprobarlo por mí misma, así que

golpeo despacio.

La puerta se abre de inmediato. Parece que hubiese estado esperando detrás porque de pronto me encuentro cara a cara con el objeto de casi todos mis pensamientos.

—¿Has terminado ya? —pregunta—. ¿Podemos marcharnos?

¿Cómo? ¿Me estaba esperando? Me lee la mente, porque cuando asiento con la confusión pintada en el rostro, él me aclara:

—Te he echado el ojo un par de veces y como te he visto tan concentrada no quise interrumpir.

Puedo decir muchas cosas, pero la única estupidez que se me ocurre es:

—¿Y la *Comunity Manager*? ¿Aún la tienes sobre tu escritorio?

Marcos alza las cejas primero y sonrío después. Mierda, no quería mostrarme tan celosa.

—Se ha marchado hace horas. Quise enviártela para que ultiméis los detalles de la nueva apuesta virtual, pero tenía prisa. Ya lo haréis mañana.

Se fue hace horas... ¿y cómo yo no la vi? No me lo puedo explicar, y creo que no es necesario porque Marcos también parece tener prisa.

Se da la vuelta y va por su americana. Yo no reacciono... Es que me había hecho la idea de que todo iba mal, y va demasiado bien. No me lo puedo creer.

—¿Iremos a cenar? —pregunto como una tonta.

Él se da la vuelta y me mira. Extiende la mano y me acaricia el labio inferior por el pulgar. La pausa es interminable, pero finalmente responde:

—Sí, boca hermosa. Solo que esta noche, mi cena serás tú.

Y ante esa categórica afirmación no tengo nada que replicar.

#AbreLasPiernas

De: Clara Mesi <mesiconunasolaese@gmail.com>

Para: Jayr <jayrmodel@hotmail.com>; <vivianalvaradofernandez@gmail.com>

Asunto: No hablaremos de esto luego ¿vale?

Queridos amigos:

Les escribo un mail porque si me conecto por WhatsApp o nos ponemos los tres en línea a través de Hangout me harán preguntas comprometedoras que no sé si estoy dispuesta a responder. Pero tengo que contarles... SUCEDIÓ. Por fin pasó lo que tenía que pasar: Marcos y yo lo hicimos anoche.

No podría decir como he escuchado aquí en España que “me ha llevado al huerto” primero porque no me ha llevado a ningún sitio; fue en su propio despacho. Eso sí, luego salimos pero no al huerto, sino al bosque Sí... “El Bosc de les Fades”, al lado del museo de cera. Qué lugar, por Dios... Pasamos por allí en su coche mientras me llevaba a casa, y se me ocurrió comentar que jamás había entrado. Eso bastó para que se detuviese y se convirtiese en el lugar perfecto para darle cierre a una noche inolvidable.

Vivian, tienes que ir; es algo fuera de este mundo. Ese lugar es literalmente como un cuento de hadas, lleno de rincones increíbles con una decoración exótica repleta de árboles y vegetación selvática. Puentes, enanos, cascadas, todo bajo un cielo estrellado y con sonidos de grillos como el fondo perfecto para sentirse transportados a un sueño. Nos tomamos un refresco y unas tapas allí y luego nos marchamos. Él quería que fuésemos a su piso, pero yo estaba demasiado preocupada por Alejandro, que dicho sea de paso, hay que obligarlo a comer de lo triste que está.

Ya sé que están pensando que me voy por las ramas para no entrar en detalles de lo que pasó en su despacho y tienen razón. Es que lo que sucedido allí me resulta difícil de describir, y también difícil de olvidar.

Una conexión perfecta, desde el primer beso hasta el último. Jamás había vivido algo así, y puedo jurarles que jamás lamentaré el haber abandonado todos mis reparos, y haber seguido adelante. Y si algún día lo hago, les pido que me recuerden lo que acabo de poner ¿sí?

Y aquí estoy, en mi oficina intentado ponerme al día con todo el atraso antes de que él llegue, pero no puedo dejar de recordar sus besos, y todo lo demás. Les contaré en pocas palabras qué es “todo lo demás” porque sé que si no les digo

algo no me dejarán en paz, pervertidos, pero luego no hablaremos de esos detalles nunca más ¿vale? Contra la pared y en el suelo. Loco y caliente. Enorme y sexy.

Espero que su curiosidad haya quedado satisfecha, porque lo que es yo... Yo sí quedé MUY satisfecha.

Y no veo la hora de repetir... Pero ahora debo despedirme, pues él está por llegar y ¡quién sabe! Presiento que esto no ha hecho más que empezar.

Los quiere,

Clara

No se conformaron, por supuesto. A los pocos minutos una avalancha de notificaciones me indican que el grupo TRES ONLINE está activo, pero yo no tengo tiempo ni para clavarles el visto, pues quiero dejar todo encaminado para cuando llegue Marcos.

Claro que no es tan sencillo. A mi mente acuden flashes de lo ocurrido horas antes aquí. Flashes tan calientes como los momentos que recrean...

Luego de decirme que sería su cena, yo esperaba que saliéramos pero no. Él permaneció mirándome, pero no como si esperara una respuesta. Creo que ya sabía que estaba más que dispuesta a dejarme devorar por esa boca que en ese momento parecía titubear.

Por un instante también dudé... Temí que estuviese a punto de arrepentirse así que me quedé quietita, esperando que no fuese así, pero lo cierto es que tenía toda la pinta. Esa vacilación no auguraba nada bueno.

No tardé en darme cuenta de lo que sucedía. Más bien él me lo dijo.

—No sé si...

—Tranquilo, si lo has pensado mejor...—comencé a decir para sacarlo del apuro.

—Lo he pensado mejor y he cambiado de opinión.

—Está bien....

—Es que tengo tanta hambre, que creo que tomaré el aperitivo ahora mismo. Aquí mismo... Si tú me lo permites, por supuesto.

Y antes de que pudiese reaccionar, lanzó la americana al sofá y cerró la puerta con tranca. Madre mía. Eso de “si tú me lo permites” fue solo una formalidad, porque no esperó respuesta alguna.

No hubo más palabras; se dio vuelta y me agarró. Fue como un zarpazo... Extendió un brazo, y sin saber cómo me encontré pegada a su cuerpo, con su lengua hurgando en mi boca. No sé como lo hizo tan rápido, pero de pronto mi cabello cayó sobre mi espalda como una cascada. No fue un accidente, y lo sé porque se separó de mí y me mostró la liga que lo sujetaba.

—La necesito —murmuró al tiempo que se colocaba a mi espalda y tomaba mis manos con las suyas—. ¿Tienes problemas con esto?

Y de nuevo, sin esperar respuesta, llevó mis brazos atrás y unió mis muñecas con el coiletero.

No me esperaba algo así, pero no me disgustó para nada, así que sacudí mi cabeza negando. No sé si él se dio cuenta, pero en ese instante hubiese accedido a cualquier cosa que me propusiera.

Me sorprendió su habilidad para cumplir con su propósito en un certero movimiento que me dejó prisionera de sus deseos. Era obvio que no era la su primera vez... Pero sí era la mía. No tenía idea de lo que iba a suceder, así que me dejé llevar.

Inmovilizada voluntariamente —la liga no tenía la fortaleza como para mantenerme cautiva en serio— cerré los ojos y me concentré en respirar mientras esperaba... No tenía idea de qué seguiría. ¿De qué iría todo eso? Mi única certeza era que me gustaba. Demasiado...

Y más cuando Marcos me apartó el cabello y clavó sus dientes en la parte posterior de mi cuello.

No reconocí el sonido que salió de mí, pero de dolor no fue. Más bien se pareció a un gemido que de inmediato intenté ahogar mordiéndome el labio. Me sentí una presa con un depredador acechando y a punto de atacar, pero en lugar de sentir miedo, una gran excitación se apoderó de mí al punto de resultar difícil el mantenerme inmóvil.

Me tambaleé y de inmediato Marcos me estabilizó tomándome de los brazos. Luego se inclinó y me susurró al oído desde atrás:

—Quieta.

Tragué saliva y me concentré en obedecer. Nunca me había pasado algo así... Es decir, a mí me gusta el control. Me gusta tener todo controlado para compensar mi caos interior, pero el sentirme cómoda mientras me controlaban a mí era toda una novedad. El caos estaba presente, pero pude tolerarlo. Más que eso, lo disfrutaba.

Mi respiración se hizo pesada y ruidosa... y también la de él. Lo sentí jadear; pude percibir su aliento en la parte posterior de mi cabeza y luego sus manos se deslizaron desde mis brazos hasta mis senos de forma... impetuosa. No fue algo violento, pero apretó mis tetas de una forma por demás posesiva. Nadie jamás me había tocado así... Y el asunto me seguía gustando cada vez más.

—Ahhh... —suspiré echando la cabeza hacia atrás y recostándola en su hombro.

Sentí sus dedos pellizcando mis pezones por encima del fino vestido.

Y luego algo se aproximó a mis manos atadas... Enseguida me di cuenta de lo que era y no pude resistir la tentación de moverlas y tocarlo.

No daba crédito a lo que había allí abajo. Él presionó gimiendo en mi oído, y yo lo apreté con un descaro insólito en mí. Marcos estaba logrando despertar esa mujer con iniciativa que yo intuía pero nunca había sacado a relucir.

—Como sigas así terminaré antes de comenzar —dijo él al tiempo que se retiraba y me abordaba por delante.

Levanté la mirada y me vi reflejada en sus increíbles ojos oscuros. Me dieron unas ganas locas de acariciarle el rostro, de deslizar mis dedos por esa boca perfecta.

—Suéltame —le rogué, pero sin demasiado convencimiento.

Marcos ignoró mi pedido, pero calmó mi ansiedad con un beso profundo. Bueno, en realidad la aumentó porque de pronto me encontré ansiando más. Mi lengua invadió su boca, al igual que mis gemidos.

—No lo haré. No te permitiré tocarme por ahora...—musitó sobre mis labios.

Eso me desconcertó. ¿De qué se trataba? ¿Es que era una especie de Christian Grey?

—¿No te gusta... que te toquen? —me atreví a preguntar. Si resultaba que tenía un trauma de la niñez... Me sentí morir de solo imaginarlo sufriendo.

Pero él dejó bien despejado el punto.

—Me gustaría que tú lo hicieras. No dejes de pensar en eso desde que te vi por primera vez, pero temo por mi capacidad de autocontrol —me confesó con mi rostro entre sus manos mientras sus pulgares no dejaban de acariciarlo—. Boca hermosa, te deseo. Quisiera hacerte de todo, disfrutarte sin prisas, pero estoy.... desesperado.

Dijo “desesperado” luego de morder mi labio inferior y estirarlo con sus dientes, suavemente.

Esa palabrita me supo a gloria. Me volví loca por completo. Hubiese sido muy simple liberar mis manos, pero por alguna razón ese hombre tenía total dominio sobre mí. No podía dejar de pensar en la consumación... Necesitaba hacerlo. Quería que su desesperación se enlazara con la mía, y me cogiera como un animal allí mismo.

¡Qué manera de adivinar mis pensamientos!

No dijo más, solo se limitó a introducir sus manos bajo la amplia falda y quitarme la ropa interior en un movimiento seguro, cargado de urgencia. Y yo colaboré de buen grado, pues sin que me lo indicara levanté un pie y luego el otro para deshacerme de ella.

Una vez liberada de esa mínima barrera sentí sus manos deslizarse primero por la parte externa de mis muslos y luego por la interna. Agachado a mis pies me acariciaba sin dejar de mirar mi rostro. No pude tolerar esa mirada, así que cerré los ojos y disfruté del momento.

Sus caricias me hicieron sentir, sofocada, caliente. Y también húmeda, más que nada cuando lo escuché decir:

—Abre las piernas.

Dios santo. ¿Cómo negarse a algo que se desea tanto? Las separé despacio y en ese instante me di cuenta de que cada prenda que elegí para ese día fue pensada para que él me la quitara. El vestido que me hizo sufrir un poco por el frío, las bragas de encaje negro, las medias autosujetables a juego...

Marcos me subió la falda, y no pude resistir la tentación de mirarlo. Él ya no lo hacía... Sus ojos estaban concentrados en mi sexo, abierto y mojado frente a ellos.

Esa exposición me volvió loca. Para cuando deslizó el índice por allí yo ya estaba al borde del orgasmo. Nunca me había pasado algo así.

—¿Sabes qué quisiera? —preguntó sin apartar la mirada de mi zona más íntima.—Que te corrieras en mi boca...

Y luego lo sentí. Su lengua, su saliva, sus dedos. Sus labios, sus dientes, su aliento.

Todo junto, allí abajo. Todo el placer concentrado entre mis piernas. Mi sexo y su boca en el contacto más estrecho que se pueda imaginar.

Me tambaleé al verlo abrirme con sus pulgares hasta descubrir mi clítoris. Me lamió a conciencia y yo me descontrolé. Casi no podía guardar el equilibrio. Mis muslos se abrieron y adelanté mi pelvis de forma involuntaria para darle mejor acceso.

—Follar tu coño con mi lengua, ha sido mi fantasía más recurrente —murmuró con voz ronca. Y eso hizo. Sus pulgares se deslizaron hacia abajo, abriéndome más. Sentí como se introducía en la entrada de mi vagina, primero con la lengua y luego con los dedos.

No pude aguantar más, y cuando succionó mi clítoris con sus labios, tuve mi primer orgasmo. Fue algo escandaloso y mojado... Oh, qué vergüenza. Me froté contra su rostro, totalmente fuera de control. Él retiró los dedos y me agarró ambas nalgas con las manos para sostenerme. Si no fuese por eso, hubiese terminado en el suelo.

Pero él no lo permitió. Apenas terminé de convulsionar, se puso de pie y abrió su bragueta con vertiginosa rapidez. Todavía estaba en el paraíso del placer cuando sentí que me soltaba las manos de un tirón a mi coleta, y me levantaba en el aire.

Me recostó contra la pared... Más bien me empotró contra ella. No hubo tiempo a nada, ni siquiera a pensar en otra cosa que no fuese en encajar su deseo dentro del mío.

Me penetró sin ceremonias, de una sola estocada. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no gritar, porque fue doloroso y placentero por partes iguales. Me embistió como un animal contra la pared, mientras yo intentaba mantenerlo adentro y no salir catapultada por los aires cada vez que me elevaba. Me aferré a su cuello con fuerza y le busqué la boca.

—¿Te gusta, Clara...? ¿Lo estás disfrutando tanto como yo? — preguntó contra mis labios.

—Sí, sí, sí —respondí oprimiendo sus caderas con mis piernas. Y en ese momento volví a acabar. Era como si sus palabras tuviesen el poder de oprimir el botón de mi placer.

Otro escandaloso orgasmo. Y luego otro más antes de que él decidiera que ya había tenido bastante o que su autocontrol estaba llegando a su fin.

Me la sacó de golpe y yo me apoyé en mis piernas temblorosas, pero fue solo un instante, porque me hizo ponerme de rodillas. Levanté la cabeza justo para ver su pene. Era tan enorme como me pareció cuando lo toqué y cuando lo sentí dentro. Estaba elevado a su máxima potencia, húmedo y morado. Tenía el glande hinchado y el tronco venoso parecía esculpido en piedra. Era perfecto.

Me rozó los labios, y yo abrí la boca y lo acogí dentro. Lo envolví con mi lengua y probé mi propio sabor mezclado con el suyo. El contacto fue más breve de lo que hubiese deseado... Lo retiró un momento y me acarició el rostro y el cabello con los dedos.

—Para, para... —suplicó. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por contenerse, apretando su glande con el índice y el pulgar.

Pero yo estaba segura de lo que quería, así que tomé esa verga divina entre mis manos y la volví a meter en mi boca.

—Clara, no... Por favor...

Disfruté tanto de dominar como de ser dominada. Fueron solo unos instantes, porque apenas tocó mi garganta eyaculó.

Tragué tres veces, porque si no me ahogaba. Se tensó tanto al correrse que llegué a pensar que me ahogaría, pero no. Aguanté bien, y me lo bebí todo. Me supo delicioso... Esa fue mi primera vez.

La primera vez que tragué semen, la primera vez que la chupé sin condón, la primera vez que me la metieron sin él. Me salté todas las reglas, todas mis reglas. El orden que rige mi vida, él lo destrozó. No me importó entonces, no me importa ahora.

Mi asistente me entrega unos reportes y yo le sonrío. Estoy segura de que me he ruborizado, así que me abanico fingiendo que tengo calor.

Simulo estudiarlos con atención, pero sigo recordando...

Me sorprendió que me hiciera pararme y me besara, justo después de haber acabado allí.

—Qué bien sabe mi leche en tu boca... —me dijo—. Jamás hubiese imaginado que fuese así...

Qué caliente me puso el escucharlo, y creo que a él también porque su verga contra mi vientre se sintió tan dura como hacía instantes. Pudo haber un segundo round, pero afuera se escucharon ruidos... Era el guardia preguntando si estaba todo bien.

—Más que bien —respondió Marcos, y yo me eché a reír. Luego me miró y sonrió: —¿Vamos a por el postre?

No sabía si se refería a algo de comer o quería más sexo. Si fuese por mí, seguiría con lo segundo, pero de pronto me encontré pensando en Alejandro, en el mono extraviado, en su tristeza. Yo estaba gozando mientras en casa había un drama que involucraba la salud de mi querido hermano.

—¿Qué te sucede? —preguntó Marcos preocupado.

—Debo llamar a mi familia —le dije al tiempo que recogía mis bragas y las hacía un bollito en una mano. —Ahora vuelvo.

Minutos después, María me confirmaba que Ale seguía igual de mal, y yo le pedía a Marcos que me dejara en casa, pues mi hermano me necesitaba. No le dije por qué, y eso que me lo preguntó, pero yo intenté no volver a tocar el tema del gato/simio para no tener que mentir otra vez.

Hicimos un pequeño alto en El Bosc de les Fades, cenamos algo y luego me comió la boca en el portal de mi edificio. Nos besamos como si fuésemos dos adolescentes calientes hasta que la calentura se tornó en tortura y nos despedimos sin querer hacerlo.

—Te veo mañana, boca hermosa —me dijo. Y luego añadió en un susurro: —Hermosa y deliciosa, como tu coño.

Madre de Dios. Se me aflojaron las piernas y me metí antes de perder por completo el poco decoro que me quedaba.

Ale apenas me habló pero al menos comió unos bocados. Se durmió entre mis brazos y yo lo hice poco después, extenuada, preocupada y feliz a la vez.

Hoy amanecí optimista, y a pesar de que del mono no hubo novedades, Alejandro fue a la escuela y yo vine más tranquila a la oficina. Tranquila por verlo algo mejor, pero el solo hecho de pensar en encontrarme con Marcos y perderme en sus brazos, genera en mí una cálida inquietud. Cálida y húmeda...

Pero aun habiendo pasado el mediodía, él no llega y eso me preocupa. El móvil me suena y yo atiendo sin mirar.

—Hola, guapa.

—Ah... Hola, Jayr.

—Suenas decepcionada... ¿Esperabas a tu dios del sexo enorme y sexy?

—Te he dicho que no volveríamos a hablar del asunto...

—¿Y tú crees que no preguntaré más? Ni de coña.

—Oye, que estoy muy preocupada, digo, que estoy muy ocupada. Bueno, ambas cosas.

—¿Ha regresado el mono?

—No. Y eso forma parte de mis preocupaciones, junto a la tristeza de Alejandro, y... Y otras cosas, Jayr.

—Venga, vale. Solo quería decirte que iré esta noche a lo de Ian. Hay un fiesta en su casa y estás invitada... Parece que a Estefanía le has caído bien.

—¿No era mañana?

—Estaba invitado a cenar, pero ahora me han dicho lo de la fiesta. ¿Vendrás? A ver... Déjame adivinar... Mejor no. Prefieres follar con tu jefe hasta destrozarle la polla.

—Jayr, voy a cortar. Mira que eres grosero...

—Vivian me ha dicho lo mismo cuando la he llamado para invitarla también. Estaba en el hospital con el Amargado y no ha sido capaz de pasar a verme...

—¿En el hospital? ¿Es que le ha pasado algo al pelotudo otra vez?

—Pues no lo sé. Oye, tengo que dejarte. Hoy estoy en diálisis y tengo un recién llegado. Vosotras os perdéis una gran fiesta en una lujosa mansión, petardas... Pero claro, las enormes pollas de sus jefes son más importantes que yo.

Pongo los ojos en blanco y cuelgo.

Pero en el fondo de mí, reconozco que tiene razón. Y mientras sigo revisando los informes, no dejo de preguntarme dónde estará mi jefe... y su enorme polla.

#SeñorSantiagoTres

—¿Bueno? Clara, ¿eres tú?

—¡Vivian! Qué raro tú llamando.

—Es que... Ha sucedido algo.

Escucharla y alarmarme es todo uno. Pero no puedo demostrarlo, no puedo siquiera expresar emoción alguna porque frente a mí está la rubia tetas plásticas que ahora es la C.M. de la revista. Insistió en que tenía cita con Marcos y al no encontrarlo, vino directamente a mí y comenzó a importunarme.

No tuve más remedio que escucharla y tomar nota de sus “revolucionarias” ideas. Parece que tiene un ejército de personas trabajando en su empresa, y tal vez por eso imprime a sus palabras ese aire de superioridad que me asquea. No obstante hice el esfuerzo de mantenerme impasible, porque esto se trata de trabajo y yo soy muy profesional.

Claro que ahora necesito algo de privacidad para hablar con mi amiga así que le pido disculpas y me aparto un momento.

—¿Qué pasa?

—Estamos en el hospital. El padre de Mateo ha sufrido una descompensación...

—¿Qué? ¿Don Tomás está mal? —murmuro preocupada, con la mano sobre la boca para que nadie pueda adivinar lo que digo.

—No te preocupes, manita. Le ha subido un poco la tensión y lo ha traído Marcos. Mateo se ha enterado por la asistente, y ha querido hacerse presente. Por un momento temí que se pusieran a pelear aquí mismo esos dos, pero han permanecido en un hosco silencio... Cuando vi que no había riesgo de desborde y que el señor Santiago padre estaba fuera de peligro, me vine al baño a llamarte, ya que no te he visto en línea desde que enviaste el mail...

Vaya, es por eso que Marcos no ha venido. Bueno, al menos podía haberme avisado ¿no? Y no termino de pensarlo cuando algo me llama la atención: Adela habla por teléfono y hace “morritos”. Los mismos que pone cuando está Marcos presente...

Me acerco despacio, mientras Vivian sigue hablando.

—Quería que lo supieses, si es que Marcos no te ha llamado ya... Oye, mira que no te preguntaré nada porque sabes que no puedo corresponderte en la confidencia, pero sí tu quieres aportar detalles de ese maravilloso polvo en...

Yo no le presto atención. Finjo hacerlo, pero en verdad estoy

escuchando la conversación de Adela, mientras la indignación se va apoderando de mí.

—Venga, vale... Si es por tu padre te perdono que me hayas fallado, cariño... Sí, tú tranquilo. Gracias por avisarme y pierde cuidado que con la chica de la revista ya hemos adelantado un mogollón de cosas. Tengo material para lanzar una intensa campaña... Ya te contaré, guapo... No, ella está el teléfono ahora, pero ya le diré yo... Vale. Nos veremos mañana, entonces...

Cuelga y luego me mira con una falsa sonrisa.

—Viv... No puedo hablar ahora. Luego la seguimos... —murmuro, y también corto la comunicación.

—¿Podemos continuar, querida? Creo que debemos hacer un *mega* sorteo con los productos de nuestros principales auspiciantes. Le he ofrecido a Marcos los servicios de una “clickfarm” pero se ha mostrado en contra de esas prácticas. En fin... Se me ocurre que para el aniversario de la revista, también podríamos hacer un concurso de... —dice la rubia como si nada, pero yo dejo de escuchar.

La indignación se apodera de mí, y también dejo de pensar. Se me escapan las palabras sin filtro alguno.

—¿Era el señor Santiago quien te ha llamado? —le pregunto a boca de jarro.

Ella pestañea exageradamente.

—Ah, sí. Pobrecito Marcos... Su padre ha tenido una pequeña descompensación y por eso no vendrá hoy. Me ha pedido que te dijera que... Que colaborases conmigo en todo lo que necesitase—responde con fingida y repentina amabilidad.

Me muerdo el labio inferior hasta casi hacerme daño. No puedo creer que la haya llamado a ella y no a mí... Eso deja bien en claro el papel que juego en su vida. ¡No soy nadie!

Y lo peor es que esta rubia plástica es quien se lleva las disculpas, las explicaciones... ¡hasta se da el lujo de darme órdenes por su intermedio!

Tengo unas ganas de llorar... De pronto me doy cuenta de que lo único que me mantenía entera era lo que estaba viviendo junto a Marcos. Todas mis preocupaciones vienen a mí de golpe, y yo me siento abrumada.

El mono perdido, la tristeza de Alejandro... ¡El hecho de que esta especie de paraíso de pasión fuera a durar tan poco! Y ahora, el darme cuenta de lo poca cosa que soy para él, hace que mi compostura se vaya al carajo.

La hueca esta habla y habla, pero mi cabeza está en otro lado. Me siento triste y enojada, preocupada, confusa... Comienzo a ordenar compulsivamente los elementos que tengo sobre el escritorio. El boli paralelo a

la libreta es lo primero... Luego la taza. El asa debe quedar hacia la derecha y la cucharilla del lado opuesto. De reojo observo que uno de mis lápices tiene quebrada la punta, y que un icono en el monitor no está equidistante con los otros... Carajo, ¡ ya no me puedo concentrar!

—Oye, guapa. ¿Todo está bien? —me pregunta la oxigenada.

Levanto la mirada y trago saliva.

“No, nada está bien, pelotuda. Tengo que recuperar el tupper de mi almuerzo ahora mismo. Lo he dejado en el escurrerplatos, así que si no me doy prisa alguien se lo llevará. Mi escritorio es un completo caos y eso incluye el del ordenador. Tu voz es irritante. El mono está perdido. Alejandro no come bien. A MARCOS LE IMPORTO UN CARAJO” pienso, pero en lugar de hablar desvío la mirada y vuelvo a acomodar mis útiles.

Mi móvil suena, y aunque no aparece su nombre porque he olvidado agendarlo, sé que es Marcos, lo que me confirma que yo soy su segunda opción. O tal vez la tercera o cuarta...Primero le ha avisado a la Adela esta, y ahora, vaya a saber después de cuántos llamados más, me avisará a mí que no vendrá hoy y me indicará en detalle cuales serán mis obligaciones.

No atiendo, por supuesto. Deja de sonar luego de un rato, pero yo sigo sin relajarme. Adela revisa sus notas... Es evidente que no está nada a gusto teniendo que trabajar con el manojito de nervios en el que me he convertido.

Aparece Tere en escena, pero su presencia no ayuda.

—Clara, Marcos está al teléfono. ¿No le has cogido el móvil? Te ha estado llamando. Quiere hablarte.

Cierro los ojos un segundo, y luego me pongo de pie abruptamente. Me siento enferma. De celos, de orgullo, de tristeza.

—¿Estás bien?—me pregunta Tere, preocupada.

Y yo recupero el habla solamente para decir:

—No. Avisa al señor Santiago que no me encuentro bien y que me he tenido que marchar, por favor —le respondo, y luego agarro mi chaqueta y mi bolso, y salgo corriendo de allí.

Mientras voy en el metro, el móvil no deja de sonar. Es siempre el mismo número... No voy a contestar, eso está claro, pero en una pausa entre llamada y llamada lo agendo como “SEÑOR SANTIAGO 3”. Sí, bien impersonal. Un Santiago más, ni el mejor ni el peor, solo uno más.

Esa pequeña venganza me tranquiliza un poco. Si para él no soy importante, tampoco lo será para mí. Pongo música y practico mis ejercicios de respiración, los que el boludo de Joaquín me enseñó. El telefonito no vuelve a sonar, y para cuando llego a casa, ya estoy mejor.

Yo lo estoy, pero María no.

Ha tenido que pasar a buscar a Ale antes, a su escuela. Parece que su estado de ánimo empeora sin Jacinto... Me acurruco junto a él y le leo un cuento que siempre lo tranquiliza, pero creo que no ha sido una gran elección porque habla de un elefante que quiere volver a casa...

—Cu-an-do vol-vemos a ca-sa? —me pregunta con lágrimas en los ojos. Carajo... hace años que no lo preguntaba. ¿Cómo decirle que ya no volveremos, que nada será como antes? Su única alegría era ese mono traidor hijo de su puta madre, y ahora ya no está.

No sé qué decirle, así que lo mimo un poco y consigo que coma algo. Cuando se duerme, voy a lo de los vecinos a ver si hay novedades.

—Nada, Clarita —me dice doña Elena, triste—. Nadie ha visto nada...

—¿Nada de qué? —pregunta el bueno para nada de su hijo adolescente.

—Ya sabes... Jacinto... —le explica su madre, paciente.

—Ah, eso. ¿No será el bicho aplastado en la calle que vimos con mis amigos? Creo que ha sido el camión de la basura, por cómo ha quedado...

Se me cae el alma a los pies. Doña Elena palidece de golpe y le pregunta a su hijo:

—¿Dónde lo habéis visto, Fernando?

—Pues... En la calle de detrás del instituto, mientras íbamos al gimnasio. Pero no creo que todavía esté, porque a esta hora ya habrán pasado a limpiarlo... Creímos que era un perro.

Me siento tan desolada que no puedo ni hablar. Doña Elena mueve la cabeza y trata de consolarme.

—Tal vez no se tratase de Jacinto...

No digo nada. La saludo con un gesto y me marcho de allí.

Termino llorando, boca abajo en la cama. No estoy segura de que el simio haya muerto aplastado por un coche, pero la leve sospecha me termina de arruinar. Este ha sido un verdadero día de mierda. Ya no puede ir peor...

Me seco las lágrimas, y evalúo los daños. Tenemos que sacar adelante a Alejandro sin Jacinto. Tengo que seguir adelante sin Marcos. Hay que seguir viviendo.

Y con ese convencimiento es que llamo a Jayr y le digo que sí iré a la fiesta en la casa de Ian. Necesito embriagarme, y olvidar lo mal que me va. Necesito ver y escuchar a Estefanía, para recordarme que siempre se puede estar peor. Necesito que al menos uno de mis amigos más cercanos me abrace, y la verdad es que no tengo ganas de aparecerme en lo del Amargado para buscar el consuelo de Vivian. Pero sobre todo: necesito olvidarme de Marcos Santiago, aunque sea solo por hoy.

Es así como un par de horas después, Jayr y yo llegamos a la mansión de Estefanía Azcón como salidos de una revista de modas, y decididos a disfrutar. Yo llevo un vestido verde oscuro de mangas largas y espalda al aire. La falda es amplia y con estos tacones de infarto me veo muy elegante. Mi cabello recogido en la nuca y una estola de piel falsa completan mi atuendo... Soy el accesorio perfecto de un infartante Jayr vestido de etiqueta. Sobrio, hermoso como pocos, y sumamente sexy.

Hacemos una linda pareja, pero ni bien entramos me siento fuera de lugar en este ambiente tan lujoso. La casa es hermosa, enorme, y está llena de gente. Todos guapos, todos bien vestidos.

Jayr se ve como pez en el agua entre todos estos “pijos” como dicen aquí, pero yo me encuentro incómoda. ¡No debería haber venido siquiera!

Cuando descubre a Ian me mira con esa carita tierna de cachorrito mojado. “Anda, ve”, le digo con una sonrisa. Y ni bien va tras el hombre de sus sueños, yo deseo firmemente que se le cumplan al menos a él.

Me escondo en un rincón malhumorada y triste. La fiesta no ha mejorado para nada mi estado de ánimo así que apartada del mundo, y muy a mi pesar, Marcos aparece en mis pensamientos, en mis recuerdos. Cierro los ojos y disfruto recreando el momento increíble que vivimos ayer, cuando aún creía que yo le importaba.

¿Cómo es que pude ser tan tonta? Entiendo que el contratiempo con don Tomás le haya impedido llamarme, pero el hecho de que le avisara a Adela me descompone. Y además le ha pasado órdenes destinadas a mí. ¿Qué clase de cerdo se acuesta con una mujer y al otro día la trata como si no hubiese sucedido? Uno como Marcos Santiago. Ya decía yo que no llevaba ese apellido en vano.

Bebo una copa tras otra, medio escondida entre unos pesados cortinajes. Y de pronto, escucho que alguien grita mi nombre:

—¡Clara!

Maldita sea. Es Estefanía.

—Buenas noches. Gracias por invitarme —le digo educadamente.

—Hola, hola, queridita —me saluda plantificándome sendos besos en las mejillas.

—Es muy linda tu casa, y tu... fiesta.

—Linda eres tú. De verdad, Clara, que el verde te sienta de maravillas...

Bueno sí. Al menos es sincera en eso porque este vestido verde me queda de miedo, como dicen aquí.

Estefanía se sienta a mi lado, y llama al camarero. Me aferro a esa

copa como si me fuese la vida en ello, pues sé por experiencia que para soportar a esta mujer es necesario estar alcoholizada por completo.

Así pues, mientras ella habla y habla sin parar, yo bebo y bebo.

Apenas escucho lo que me cuenta, solo sonrío y asiento.

—... Así que me encantaría que hablaras con tu jefe y nos acompañaras —dice, y esas dos palabras hacen que mi atención vuelva a su monólogo. “Tu jefe”... ¿qué tendría que hablar con ese hijo de su madre?

—¿Cómo? Perdona, es que me he distraído...

—Te decía que nos iremos a Tánger por el fin de semana en nuestro yate. Hemos invitado a Jayr hace un momento, y ahora te extiendo la invitación también a ti —me explica sonriendo—. ¡Di que sí, di que sí!

—Yo no creo que pueda...

—Lo sé; me ha dicho Jayr que trabajas y tal vez tu jefe no te permita faltar el viernes, pero deja, que ya hablará mi padre con él.

—¿Cómo?

—Que mi padre es muy amigo de Tomás Santiago, mujer. Me acabo de enterar que trabajas para él y que el tío que Ian atropelló es su hijo mayor... Menudo gilipollas. Como sea, no creo que don Tomás diga que no a que te ausentes el vier...

—Estefanía, creo que... —no sé qué decir. Todo me da vueltas y me siento confusa y acalorada—. Creo que debo ir al baño. Ya te diré luego si...

No consigo ni terminar la oración; le entrego mi copa y me alejo de ella.

Tánger... Lo que me faltaba. ¿Cómo iba yo a ir a Tánger en un yate? Jayr debe estar loco si piensa en hacerlo. ¡Apenas conocemos a esta gente, por Dios!

Subo la escalera y desde lo alto veo a Estefanía mezclarse entre la gente, bailoteando. Por suerte parece haberse olvidado de mí y de la ridícula invitación, así que yo me tranquilizo y comienzo a recorrer la planta alta de la mansión, en busca de un baño.

No solo encuentro uno, sino también una habitación tranquila donde permanecer lejos del bullicio y de la irritante voz de Estefanía Azcón.

Me recuesto en un sofá y cierro los ojos... Mi ensoñación me lleva al único sitio donde quisiera estar: los brazos de Marcos.

Es tan vívido mi recuerdo que parece que es una alucinación. Y aquí está, frente a mí, si cierro los ojos y me dejo llevar. Su mirada me traspasa y sus besos me transportan a un sitio donde solo hay placer. No hay dolor, solo placer...

Y yo me olvido de todo y me vuelvo a entregar. Lo ansía tanto mi

cuerpo como mi corazón, y de pronto tomo conciencia esta sensación de pérdida va a ser mi compañera cuando él se marche. Esto es solo un anticipo del sufrimiento, pero por algún intrincado misterio no consigo renunciar a él. No ahora, no todavía...

Necesito más de Marcos Santiago. Aunque sea me debe una explicación, y no pienso esperar hasta mañana así que tomo mi móvil y me dispongo a llamarlo. Mierda, todo este tiempo estuvo apagado y yo ni me he enterado.

Lo enciendo y veo que me ha estado llamando desde... Toda la noche. Ay, caramba... Selecciono su nombre y marco. Suena dos veces hasta que contesta.

—¿Dónde demonios estás, Clara? —es lo primero que me dice, y no suena nada feliz.

—En un sitio maravilloso... ¿Y tú? —le digo envalentonada por todo el alcohol ingerido.

—¿Estás ebria? ¿Otra vez?

Vaya, tiene razón. Desde que nos conocimos hace solo unos días, es la segunda vez que me pilla borracha. Qué vergüenza... Pero no dejo que se me note.

—¿A ti que te importa? —le digo, hipando.

—Te has marchado descompuesta y ahora me llamas desde vete a saber dónde, y con una mona más que evidente.

¡Carajo! Que no nombre a la mona porque ahí sí que me desestabilizo.

—Por lo menos te he llamado a ti, y no a Adela —le reprocho sin poder contenerme.

—¿Qué dices?

—Que te he llamado a ti y...

—Ya he entendido. Lo que no comprendo es por qué me suena a reproche. Mi padre se ha descompensado, pero por suerte está bien. En cuanto he podido he intentado avisarte, pero tenías la línea ocupada. Y luego Adela me ha llamado... Me ha dicho que estabas allí, y le he pedido que te dijera que contestaras, que te iba a llamar enseguida...

Jo-der. Qué manera de cagarla, por Dios. ¿Por qué tengo la estúpida costumbre de hacer suposiciones y apresurarme en los juicios?

—Y eso he estado haciendo todo el día, pero no me has cogido...

“No te he cogido pero ganas no me faltan, mi amor” pienso mientras me flagelo mentalmente con un látigo de siete puntas. “Te cogería hasta destrozarte la...”

No puedo siquiera terminar el pensamiento, porque en ese momento se

abre la puerta de una forma tan repentina, que el móvil se me cae al suelo apagándose por el golpe.

—Mierda, Jayr ¡me has dado un susto de muerte! —le grito a mi amigo, pero no me animo a decirle nada más porque noto que tiene el rostro desenchajado.

Toma mi móvil del suelo y luego a mí, de la mano.

—Vámonos, Clara. Nada tenemos que hacer aquí... —murmura.

Nos marchamos sin despedirnos de nadie, y no es hasta que estamos montados en el taxi, que mi amigo me cuenta qué es lo que ha causado que saliéramos tan precipitadamente.

Respira profundo, y finalmente me confiesa:

—Ha sucedido, lo he besado. Y todo ha terminado.

#NoQuieroPerderte

Mis problemas con Marcos pasan a un segundo plano debido a la tristeza de Jayr. Se lo ve verdaderamente desolado y eso no es nada frecuente en él.

Le tomo la mano y se la acaricio. Él cierra los ojos y luego me devuelve el móvil que se había guardado en el bolsillo. De pronto me mira, y su actitud cambia.

—Bueno, ya está. He jugado y he perdido —dice, y su intento de parecer despreocupado es muy bueno, pero a mí no me engaña.

—¿Qué quiere decir que has perdido? ¿Se enfadó?—le pregunto. Ni de coña va a evadir el asunto así como así.

—No se ha enfadado, pero su reacción no ha sido la que hubiese deseado.

—Ah, Jayr... Tú sabías que había enormes posibilidades de que eso sucediera. ¿Te ha rechazado abiertamente?

Parece pensarlo un par de segundos, y luego responde.

—No... Digamos que se veía sorprendido.

—Y no es para menos... ¿Cómo ha sido?

Me dice que Ian le mostró la casa, los jardines, y le presentó a mucha gente, pero que cada vez que Estefanía se acercaba él bebía y luego hacía lo posible por alejarse de su esposa. Estaba claro que no quería tenerla cerca. Charlaron animadamente, e incluso lo invitó al mentado viaje en yate a Tánger. Y en un momento Ian se sintió algo descompuesto, y le pidió a mi amigo que lo acompañara. Terminaron en la habitación de servicio de la construcción que quedaba justo detrás de la piscina, y mi amigo me cuenta con lujo de detalles lo que allí sucedió.

>>Al parecer Ian se recostó en un diván y cerró los ojos. A su lado, en el suelo y de rodillas, Jayr no podía dejar de admirar los perfectos rasgos del hombre que lo traía loco. Entonces siguió un impulso y rozó sus labios con los suyos. La reacción fue inmediata. Ian se sentó y lo miró con el terror reflejado en el rostro.

—¿Qué haces?

Jayr quiso distender la situación, pero al parecer no lo logró.

—Podría decirte que intentaba una maniobra de resucitación, pero seguro no me lo creerías...

—No entiendo —murmuró Ian, confuso.

Entonces Jayr decidió decirle la verdad.

—No sé cómo tomarás esto, pero debo ser sincero: tú me gustas, Ian.

El pobre hombre no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Pero tú eres gay?

—Sí. ¿No lo sospechabas siquiera?

—¡No!

—Pues eso, lo soy. Espero que eso no dé por tierra con nuestra amistad.

Ian no contestó de inmediato, pero luego...

—No lo sé. Esto es muy raro...

En ese momento a Jayr se le cayó el alma a los pies. Si además de no corresponderle, que estaba preparado para eso, Ian resultaba siendo homofóbico se le iba a romper el corazón.

Fue muy cobarde mi amigo; no esperó a confirmar sus peores miedos. Simplemente se puso de pie, y salió corriendo de allí. Dio conmigo porque alguien me había visto subir, y ahora estamos aquí en el taxi, uno junto al otro, pensando...

—Tienes que entender que el enterarse lo dejó en shock, Jayr —le digo para consolarlo un poco, porque sé que aunque ahora finja que no le importa, lo hace y mucho—. Y tú sabías que era difícil que te correspondiera...Podrán seguir siendo amigos, de todas formas, porque no lo veo a Ian como del tipo discriminador.

—Ya no importa.

Iba a replicar pero le suena el móvil. Lo mira, se encoge de hombros y atiende.

—Hola.

Lo observo fruncir el ceño y luego pone el índice sobre sus labios en una clara indicación de que no hable. Y enseguida habilita el altavoz.

—Hola, Estefanía. Perdona que nos hayamos marchado sin saludar, es que Clara...

La voz nasal de la mujer interrumpe lo que seguro iba a ser una mentira.

—Tranquilo. Ian me ha dicho que habéis reñido. ¡Sois como niños! Igual déjame decirte que tú tienes toda la razón en enfadarte, Jayr. A mí también me parece que Ian no debería beber tanto... Luego le pasa lo que le pasa, pero qué te voy a decir a ti, que ya lo tienes más que sabido. En fin, te estoy llamando para decirte que perdones a este gilipollas y que por favor no canceles lo del viaje a Tánger.

Las caras de Jayr son un poema. Sorpresa, contrariedad, sorpresa, alivio, contrariedad.

—¿Él te ha pasado mi número?

—Claro, tío. Aquí lo tengo, arrepentido de haberte hecho enfadar. ¿No es cierto, cariño? Aguarda, Jayr, que pongo el altavoz... Di “hola”, Ian.

Escuchamos a Ian carraspear para aclararse, y luego su voz vacilante.

—Hola...

—Venga, dile que lo sientes —le ordena Estefanía, y él obedece sin rechistar.

—Perdona, Jayr.

Mi amigo se muerde el labio inferior, y hace una pausa antes de responder.

—Está bien. Discúlpame tú también...

Los mutuos pedidos de disculpas se interrumpen gracias a la estridente intervención de Estefanía.

—Vale, vale, amigos de nuevo. Ahora a lo que iba: el viernes contamos contigo y con Clara, Jayr. Nos vamos todos a Tánger en el yate. Partimos de Sotogrande a primera hora...

—Aguarda, Estefanía. Yo no he dicho nunca que iría... —comienza a decir mi amigo, pero esta vez es Ian quien lo interrumpe.

—Tienes que venir, por favor... Yo quisiera... arreglar las cosas. No he sido... amable contigo... Además me ha dicho Estefanía que Clara se muere por ir a Tánger.

Jayr me mira y yo le hago señas, negando. ¡Jamás he dicho eso!

—Ya hablaré con Clara luego, pero no sé si va a poder ser.

La voz de Estefanía se sigue escuchando, pero más lejana. Se ve que ha perdido el interés en la conversación, o alguien la ha distraído. Ahora es un *tête a tête* entre Jayr e Ian. Claro que este último no sabe que yo también estoy oyéndolo todo.

—Oye, Jayr... Temo que hayas malinterpretado...

—Déjalo estar.

—No... No quiero perderte... Es decir, no me gustaría perder tu amistad ¿vale?

—Ya.

—¿Puedo llamarte luego y hablamos?

—Es que iré a otro sitio ahora y no sé a qué hora estaré disponible para hablar.

—Llámame tú cuando te desocupes, por favor.

—Ya veremos. Adiós.

Mi amigo corta la llamada y me mira sonriendo.

—No te ilusiones, Jayr... —le pido adivinando por dónde viene—.Y sobre todas las cosas: no lo llames.

—Vamos a ver qué dice Vivian —replica, y de inmediato se pone a escribirle por WhatsApp.

No me quiero quedar afuera, así que me apresuro a comprobar si mi móvil ha sufrido algún daño en la caída. Parece que solo se ha apagado, pero al encenderlo descubro que tengo doce llamadas perdidas del SEÑOR SANTIAGO 3. Siento mariposas en el vientre... En el bajo vientre.

Pero no voy a ceder a la tentación de llamarlo. “Consejos doy, consejos vendo pero para mí no tengo”. ¡Sí que tengo, y no lo llamaré!

Cuando logro conectarme, veo que estamos los tres *online*, y Jayr ha puesto a Vivian al tanto de toda la situación. Le ha dicho lo del beso, lo del enfado, lo de Tánger, mis consejos... Vaya rapidez para escribir la de este chico.

Pero mi amiga no le da el aval que él necesita.

Vivian

Opino igual que Clara, no debes llamarlo.

Jayr

Eres mala también tú. No le ha dicho a Estefanía la verdad... Eso es algo, no?

Vivian

Jayr, vamos a ver. Lo único que tienes claro es que Ian valora tu amistad. Lo demás no ha cambiado nada...

Jayr

Entonces no debo ir a Tánger tampoco? Debo renunciar a un fin de semana en un yate con el hombre de mi vida?

Vivian

Pero lo están considerando? Clara lo está considerando?

Clara

Hola, Viv. No lo estoy considerando por lo de Alejandro, pero si no fuese por eso tal vez lo haría. No me vendría mal alejarme unos días de todo.

Vivian

Problemas con Marcos?

Clara

Tal vez. En todo caso no quiero hablar de eso ahora...

Vivian

Vamos, que te hará bien contarlo.

Clara

Mira quien lo dice! La reina del misterio. Cuándo contarás tú algo?

Vivian

Volvamos al asunto de Jayr. Verdad que no debería hablarle?

Clara

Qué hábil eres. Pero sí, es cierto. No debería llamarlo.

Jayr

Sois dos brujas. Cambio y corto.

Me despido de Vivian de una forma más amigable que la de Jayr, y por primera vez en la noche tengo ganas de sonreír.

—A mí no me puedes ignorar. Estoy aquí junto a ti... —le digo plantándole un beso en la mejilla.

—Quita, pesada.

Le hago cosquillas y ambos reímos como niños. ¡Qué bella es la amistad! El amor es ingrato, pero la amistad es capaz de transformar una noche para el olvido, en un mágico momento.

Estamos llegando a mi piso, así que me preparo para bajar.

—En la puerta azul, señor. Y luego continúan hacia la Plaza Catalunya...—le indico al conductor.

Y mientras tomo mi bolso, escucho la voz de Jayr.

—Clara... Creo que ese tío nos está mirando. ¿No es...?

Cuando levanto la cabeza lo veo, y mi corazón da un vuelco.

El SEÑOR SANTIAGO 3 está al otro lado de la calle y nos observa con el ceño fruncido.

—Sí... Es Marcos —murmuro asombrada.

Jayr ríe y me da un beso.

—Baja ya—me dice riendo, y luego se inclina y me abre la puerta —.

Parece que al menos uno de los dos folla esta noche...

No escucho nada más. De pronto me encuentro en la acera frente a frente, con Marcos Santiago y noto que tiene cara de pocos amigos. ¿Ah sí? Pues ya verá.

—¿Qué haces aquí?

—¿Quién era ese?

Silencio. Miradas. Tensión en aumento y calor, mucho calor a pesar del frío.

—Yo pregunté primero —le digo desafiante.

—¿No es evidente? Estoy esperándote. No debería, de hecho, y menos luego de que me cortaras la llamada, pero resulta que me preocupo por ti y quería asegurarme de que llegaras bien.

Vaya, qué sincero. Y qué guapo... Debo estar un poco ebria todavía, porque este mareo no es normal.

—Ya lo ves, estoy de maravillas. Y no te he cortado, se me ha caído el móvil.

Pero él parece no registrar mi respuesta.

—¿De dónde vienes y quién era ese tío, el del taxi?

—Eso es asunto mío, pero ya que preguntas... Vengo de una fiesta y ese tío es un amigo.

—¿Un amigo? ¿Qué clase de amigo? ¿No era el que estaba contigo en el Majestic?

Ignoro la última pregunta adrede.

—La clase de amigo guapo que te lleva a fiestas superguay.

Marcos abre la boca asombrado, y yo me felicito por la rápida y fulminante respuesta. Pero luego recuerdo que ya no tengo razones para estar enojada con él... ¿o sí? Entonces ¿por qué quiero lastimarlo? Le he creído cuando me dijo que me había llamado y que le daba ocupado. Todo lo que me ha dicho es coherente, me cierra. ¿Por qué carajo estoy peleando con él?

“No estás peleando, lo que quieres es acicatearlo, provocarlo... Te gusta verlo celoso. Es una especie de venganza por los celos que sentiste esta tarde cuando creíste que él le daba prioridad en su vida a la oxigenada. Pero no seas pelotuda, Clarita. No tenses tanto la cuerda que se puede romper” me recuerdo.

—¿Así que un amigo que te lleva a fiestas “superguay”? Mira qué bien. ¿Y sabe tu amigo el guaperas que anoche tuvimos nuestra propia fiesta contra la pared de mi despacho? ¿O esa no te pareció “superguay”? —me pregunta, entre enojado e irónico.

Y yo ya no puedo continuar contrariándolo... Me encanta verlo así de

celoso, pero cuando me recuerda lo que sucedió ayer en su despacho, me desarma totalmente.

Doy un paso al frente y me muerdo el labio.

—Es gay.

—¿Cómo?

—Mi amigo, el “guaperas”. Es gay... Y la verdad que la fiesta no estuvo tan buena. Sin dudas lo de ayer fue infinitamente mejor...

Listo. Lo digo y observo deleitada como su rostro se transforma. De la furia al asombro. Del asombro a... A esa sonrisa divina que me provoca morderla.

El movimiento me toma por sorpresa, de tan rápido que es. De pronto me encuentro acorralada entre él y su coche. Su cuerpo firme y duro se aprieta contra el mío, y su cálido aliento me acaricia el rostro.

—¿Quieres repetir, boca hermosa? —me pregunta, seductor.

Mi respuesta es intentar besarlo, pero él se aparta sin soltarme.

—¿Qué haces?

—Te dejo con las ganas, por lo que me has hecho sufrir hoy ¿Por qué no me has cogido el móvil? Te he llamado decenas de veces...

Lo sé. Él tiene razón y mi única excusa no se la puedo decir: celos.

—No he tenido un buen día. La Adela esa es insoportable... Y luego Estefanía Azcón...

—¿Estefanía Azcón? ¿La de los coches? Claro, estaba en el Majestic también... Me pareció que era ella quien te fue a “rescatar” de mis garras.

—Esa misma. Por lo que veo la conoces...

—Su familia y la mía han sido amigas desde siempre. ¿Estabas en su casa, Clara?

Asiento. Entonces es cierto... Se conocen. Pero de todas formas lo del viaje en yate a Tánger me sigue pareciendo una locura.

—Bueno, esa mujer es un verdadero dolor de cabeza. Y reconozco que Adela es una excelente *Community Manager*, pero a veces es un poco pesada...

—¿Un poco?

—Bastante.

—Pero tú le gustas... La pregunta es si ella te gusta a ti. O mejor... ¿te has liado con ella alguna vez? —me atrevo a preguntarle.

—¿Siempre eres así de directa?

—Pues... Dímelo, por favor.

—La respuesta es no. Ni me gusta, ni me he liado con Adela. ¿Satisfecha?

Sonrío...

—Digamos que mi curiosidad ha sido satisfecha.

—¿Necesitas que satisfaga alguna otra cosa, Clara?—pregunta al tiempo que me recorre las nalgas con ambas manos.

Por Dios... Estamos en plena calle, y si bien es tarde puede que alguien nos vea.

—Sí... Pero no será ni aquí ni ahora —respondo intentando controlarme.

—Vayamos a mi piso.

Ay, qué ganas. ¿Por qué no? Podría pasar toda la noche en su cama, y cumplir todas mis fantasías y también las suyas. Pero una voz interior me dice que no es bueno ponérselo tan sencillo. Lo he hecho así desde que lo conocí, pero creo que ha llegado el momento de hacer que tenga que trabajárselo más. Desde que el mundo es mundo, esto ha sido así... Me muero de ganas, para qué negarlo. Ni siquiera me desanima la idea de volver avanzada la madrugada vestida de fiesta, con el maquillaje corrido y con pocas horas de descanso por delante.

Pero debo decir que “no” en algún momento, porque Marcos Santiago está teniendo demasiado control sobre mis sentimientos, sobre mis actos, sobre mis deseos. Necesito ponerle un freno, necesito ordenarme y es por eso que le impido avanzar.

—No esta noche.

El arremete con artillería pesada, lo que me confirma que estoy en el camino correcto y debo seguir haciéndome desear.

—¿No lo deseas? —murmura sobre mis labios, tentador.

—Puede que sí, puede que no... En todo caso es tarde, señor Santiago. Y como hoy me he retirado antes, mañana tendré el doble de trabajo.

—Tendremos... Mañana trabajaremos... en estrecho contacto... —es lo último que me dice antes de comerme la boca.

Un beso, nada más. Solo uno y prometo que...

Imposible. Se suceden uno tras otro, y cada vez más intensos.

Este hombre puede ser muy convincente... Dudas y más dudas me obnubilan la mente, así que antes de cometer el error de arrepentirme, lo empujo y corro hacia mi puerta.

—Hasta mañana, señor Santiago —le digo con una sonrisa.

Y cuando compruebo que él me corresponde, subo corriendo las escaleras, y por esta noche al menos, encuentro la paz que necesito en mi propia cama.

#LágrimasMentirasAdiós

En estrecho contacto... Lo dijo y lo cumplió. Tras una breve reunión con la *plásticotonta* de Adela, Marcos me hizo llamar a su despacho y allí pasamos toda la mañana.

Trabajamos duro... entre otras cosas.

Debo confesar que tuve que “pararle el carro”, como dicen en mi tierra, en más de una ocasión. Mi jefe no entiende de lugares prohibidos, y cuando menos lo esperaba me encontraba con una mano ascendiendo por mis piernas, o una lúbrica mirada dirigida a mi escote. Y eso fue lo más sutil...

Lo explícito, incluyó frases como: “Quisiera desnudarte y que camines para mí... De frente, de espaldas...” “Podrías ir al baño y quitarte las bragas... Solo voy a mirar” “¿Tienes hambre? Sabes que puedo alimentarte...” Esto último fue lo que me hizo huir de allí y aquí estoy, saliendo de Mc Donald’s con hamburguesas para dos.

No podía quedarme y sucumbir... No con todo el personal dando vueltas por la oficina, pero la verdad es ganas no me faltaban. Sucumbir a sus pedidos, a su pasión. Entregarme por entero, permitirle lo que desee, hacerle lo que quiera.

Pero mi capacidad de resistencia descubierta ayer por la noche me empoderó un tanto, así que estoy aprendiendo a disfrutar de la placentera sensación de hacerme desear.

Cuanto más me escabullo, él más se encapricha. Cuanto más huyo, él más avanza.

Lo que no me queda claro es si gano o pierdo... Ni yo me entiendo. ¿Qué es lo que quiero? A él; a Marcos Santiago. ¿Cuánto? Mucho. En cantidad y en tiempo. Entonces... ¿por qué no disfrutarlo sin estrategias? ¿Por qué no aprovechar el momento y dejarme de histeriqueos? ¿Por qué no escribir una nota al respecto?

Y así, entre papa frita y patata frita, es que pergeño el artículo que irá en la columna editorial del próximo número de Cara Mía. “Táctica y estrategia” podría llamarse, parodiando al gran Mario Benedetti.

Mis cavilaciones se interrumpen bruscamente, cuando Marcos se inclina sobre su escritorio y me pregunta:

—¿En qué piensas, boca hermosa?

Me atraganto cada vez que me dice así.

—En trabajo —respondo mientras intento sonar sincera.

—Qué desilusión —dice con una mano sobre el pecho, fingiendo estar dolido.

—Es en lo que se debe pensar estando en un sitio como este...

—¿Pensabas en eso hace dos días, mientras te corrías en mi lengua aquí mismo?

Carajo... ¡ Joder!

Roja como la grana, intento disimular mi turbación bebiendo de mi vaso extra grande de Coca.

—Lo que haces no ayuda...—acota Marcos sonriendo, y al ver mi confusión aclara: —Chupar esa cosa. Me trae recuerdos...

Dios santo. Tiene la mente en una sola dirección, no hay duda.

—Por favor, Marcos.

—Por favor, Clara. ¿Alguna vez has oído lo de “carpe diem”? Seguro que sí. ¿Qué tal si aprovechamos el día fuera de aquí? En un hotel, en mi piso... Dónde prefieras. El asunto es que te desnudes, me desnudes, y repitamos lo que hicimos aquí la otra noche. No, mejorémoslo. Fue perfecto, pero siempre se puede mejorar...

Está resultando muy convincente. Me mira con las cejas arqueadas, como preguntando y yo me siento tentada a decirle que sí a todo.

Y estoy a punto de hacerlo, cuando me suena el móvil. Es María.

—Perdona —murmuro poniéndome de pie y alejándome —. Dime, Mery.

Se la nota alterada y yo me altero también. Me cuenta que Alejandro ha tenido una crisis en la escuela, y lo han llevado a casa sedado. De espaldas a Marcos, intento disimular lo que esa noticia me causa. Ale es mi debilidad, y el hecho de que esté sufriendo me hace olvidarlo todo, incluso el fuego que hace instantes amenazaba con consumirme.

—¿Quieres que vaya? —le pregunto, pero ella se niega. “Ni hablar” me dice. “Está dormido y así estará durante mucho tiempo. No ganás nada con venir...”. Pero el saber que está sedado no me tranquiliza. Corto la llamada, y se ve que la expresión de mi rostro es demasiado reveladora, porque Marcos me mira preocupado.

—¿Tu hermano? —pregunta.

—No está bien —le confieso, aunque omito decirle los motivos.

—¿Tienes que irte? ¿Quieres que te lleve a casa?

—No por ahora.

—Clara, si necesitas algo... Lo que sea, ¿vale? No tienes más que pedirlo.

“Un mono. Lo único que necesito es un puto mono”, pienso, pero me limito a asentir con la cabeza y suspirar.

Se da cuenta de que no está el horno para bollos, como dicen aquí, así que su jueguito de seducción se queda por ahí. No sé si alegrarme o lamentarme, lo que sí sé es que este hombre cada vez me gusta más.

Seguimos trabajando, y de tanto en tanto siento su mirada fija en mí. A veces percibo que hay deseo en ella, y otras veces solo preocupación. Como sea, me siento a gusto con él mirándome, y eso es toda una novedad pues nunca me ha agradado sentirme observada.

Me gusta que me mire, me gusta que me hable, me gusta que me toque... Todo en él me gusta. Una oleada de ternura me invade por momentos, y solo tengo ganas de sentarme en sus rodillas y pedirle que me abrace. Pero luego viene el calor, ese fuego intenso que parece devorarme.

Mi mirada se enlaza con la suya y la tensión queda flotando en el ambiente. Lo deseo tanto... Pero el embrujo se rompe cuando alguien toca la puerta.

Es Tere anunciando que en la sala de reuniones está don Tomás con uno de los accionistas. Marcos revisa su agenda y frunce el ceño.

—Sí... Aquí está. No sé cómo he podido olvidarlo...

—Vete. Seguimos luego... —le digo poniéndome de pie.

—No, quédate. Puedes trabajar desde aquí mientras me esperas... Ve pensando en la columna ¿vale?

—Ya tengo algo en mente —le digo recordando lo de la “estrategia del histeriqueo”.

—Yo también —murmura, y no estoy segura de que se refiera a la columna.

Sale con ambas manos en los bolsillos, y ni se molesta en tomar la americana.

Cuando me quedo sola, también me quedo en blanco. ¿Será posible que ni siquiera pueda trabajar sin tenerlo cerca? Decido tomarme un respiro, así que reviso mi móvil.

Vaya, tanto Jayr como Vivian están en línea, y desde hace rato conversan. Es largo el chat, así que solo leo los últimos mensajes.

Jayr

Mira, si no quieres contar no cuentes. Pero me resulta muy sospechosa tu actitud, que lo sepas.

Vivian

No sabes lo que es guardar secretos, no?

Jayr

No. Al menos no con mis amigos.

Vivian

Me lo pones difícil... Cuando esto... termine, ya podré contarles. No me presiones, *güey*.

Jayr

Vale, pero ayúdame a convencer a tu amiga de viajar a Tánger.

Clara

Ya que me han invocado... Jayr, lo de Tánger no va. Tú tienes un gran incentivo, pero yo ninguno y muchos problemas. Alejandro no está bien.

Vivian

Sigue deprimido, Clarita?

Clara

Está cada vez peor. Echa de menos al mono de mierda ese... La verdad es que no sé qué hacer.

Jayr

Ir a Marruecos para distraerte, tonta. Eso puedes hacer. Y además, te necesito... Tienes que entretener a Estefanía.

Vivian

Este quería que fuese yo si tú no ibas... Está loco.

Clara

Ha olvidado que eres #fulltimeveinticuatsiete? No puedes ausentarte así de fácil... Jayr, espero que no hayas cedido a la tentación de llamar a Ian.

Jayr

No lo he hecho, pero sabes que tengo esperanzas... Llamadme tonto pero así es.

Vivian
Tonto.

Jayr
Oye, no te pases. Coño, un mensaje de la Estefanía. Os dejo por ahora.

Clara
Tonto, y además traidor.

Vivian
Ni modo, Clarita. Cómo va lo tuyo con Marcos?

Clara
Qué puedo decirte que no te haya contado el cotilla de Jayr?

Vivian
Lo que sucedió ayer, luego de que lo encontraras en tu puerta. Eso puedes decirme. Habéis terminado... juntos?

Jayr
Chicas, os interrumpo pues es importante. Clara, tienes que escuchar este audio de Estefanía...

Mierda. Tener que escuchar la irritante voz nasal de Estefanía Azcón es algo que no se me antoja ahora mismo. Pero Jayr dice que es importante...

Bueno, lo haré pero no aquí. Me paro y me meto en el pequeño baño personal del despacho y aprovecho para hacer pis.

Una vez instalada con las bragas en los tobillos, suelto el chorro y le doy "play".

“—Jayr, hazme el favor de pasarle este mensaje a tu chica. Clara, soy Estefanía Azcón, la mujer de Ian. Mira, me dice tu novio que no quieres viajar a Tánger con nosotros el viernes. Guapi, no puedes hacernos esto ¿vale? Contamos con vosotros y no aceptaremos una negativa. Ya nos ha contado Jayr que tienes problemas porque tu hermanito está algo pachucho por lo del mono perdido, así que lo de Tánger es la respuesta a todas tus oraciones. ¡Podrás comprar uno allí! En el mercado de la medina puedes encontrar lo que quieras. Así que ya sabéis, partimos de Sotogrande el viernes por la mañana. Podéis

coger el AVE a medianoche hasta Málaga, y luego os enviamos un coche para que os recoja. Son unos cuarenta y cinco minutos hasta Sotogrande, nada más. Y luego en un *plisplas*, estaremos en Tánger donde podremos pasarlo en grande y coger un mono, una mona, lo que tú quieras ¿vale? Tengo amigos en Aduanas de ambos sitios, así que no habrá problemas ni para sacarlo ni para entrarlo. Hazlo por tu hermanito y por el pesado de Ian, que aquí lo tengo dale que dale insistiendo. Un besito, guapi”.

Jo-der.

No me alcanza con escucharlo una vez, así que me paso el papel y lo vuelvo a poner.

“Jayr, hazme el favor de pasarle este mensaje a tu chica...”

Mientras me lavo las manos pienso, tratando de encontrar un buen motivo para decirle que no a Estefanía. No lo encuentro, mierda. ¡Un mono para Alejandro! ¿Cuánto costará eso? No me importa, echaré mano a mis magros ahorros. Un momento, un momento... Es una locura siquiera pensarlo ¿o no? Dios, ¿por qué respondes a mis oraciones de esta forma? Ay, no sé qué hacer... ¡Un momento! ¿Cómo es que saben lo del mono? ¿Por qué tuvo Jayr qué contarle la verdad a esa mujer? ¿Ahora cómo haré para decir que no, sin sentirme culpable?

Con las manos ya secas, tomo mi móvil y le grabo un mensaje a mi amigo. O ex amigo.

Clara

Grabando audio...

Te voy a matar, Jayr. ¿Por qué le has contado a Estefanía lo del simio? Le he dicho a Marcos que era un gato y tú le cuentas de mi mono ilegal a una desconocida. ¿Quieres que vaya a la cárcel?

Jayr

Grabando audio...

Lo siento, cariño... Perdona. Se lo he contado anoche a Ian, no a Estefanía. Como sea, no me dirás que no es la oportunidad que estabas necesitando. Podrás compensar a Alejandro por la pérdida de Jacinto. ¿No quieres hacer feliz a tu hermano, Clara? Vayamos a Tánger por favor. Di que sí...

Clara

Grabando audio...

Tú no me engañas. Tienes otros motivos para subir a ese yate, yo lo sé

bien. Lo del mono es una forma de convencerme de que vaya contigo y sirva a tus fines. Odio que me hagas esto, Jayr. Me pones en un compromiso en el cual no quisiera estar, porque negarme sería darle la espalda a alguien a quien quiero por encima de todo. Pero por otro lado, no quiero viajar con esa mujer, y no me gusta seguir haciendo cosas indebidas.

Jayr

Grabando audio...

Claro que tengo otros motivos. Has visto que no le ha contado a ella la verdad? Eso quiere decir algo. No sé qué, pero algo es... Pero además, estoy seguro de que este viaje te solucionará el problema que tienes con Alejandro, así que por favor, piénsalo...

Suspiro. ¿Qué puedo hacer, sino pensarlo? Este Jayr me ha tendido una trampa, y también me presenta la oportunidad de hacer que Alejandro vuelva a sonreír.

Y en eso voy pensando mientras salgo del baño.

Lo que no me esperaba, era encontrarme con Marcos al otro lado de la puerta. Con los ojos y la boca abiertos a más no poder, me lo quedo mirando. Ni siquiera intento disimular mi sorpresa u ocultar este aire de culpabilidad que seguro me delata. ¿Para qué? Su mirada lo dice todo, está gritando que lo ha escuchado, que sabe que le he mentado, que soy una embustera... Trago saliva y luego paso por delante y le digo sin volver a mirarlo:

—No te escuché llegar.

Su respuesta me confirma mis peores miedos.

—Me he dado cuenta.

Mi respiración se agita y mis manos tiemblan. Ya no tiene sentido hacer como si nada hubiese pasado.

—Marcos...

—¿Qué dirás ahora? ¿Otra mentira?

—No era mi intención...

—Lo del gato vaya y pase, aunque no me hace ni pizca de gracia que me hayas mentado, y luego me hayas observado hacer el ridículo sin remordimientos... Pero lo del novio, eso sí que me pone malo.

¿Lo del novio? ¿Qué está diciendo? Y de pronto caigo: Estefanía mencionó algo sobre Jayr y yo... ¡Mierda! ¡Y Marcos lo ha escuchado!

—Es un malentendido... Jayr es mi amigo, no mi novio...

—¿Piensas que soy tonto? ¡Por favor, Clara! Y yo que no podía siquiera concentrarme en la reunión, sabiendo que estabas aquí... Lo he

escuchado todo. ¿O también me vas a negar que Estefanía Azcón no dijo nada sobre tu chico y la luna de miel en Marruecos?

—¡No! Mira, Marcos... Tienes razón con lo del gato. Comprende que tener un mono ilegal no es algo que se pueda gritar a los cuatro vientos...

Resopla furioso, y se acerca.

—No ¿verdad? ¿Y es por eso que quieres repetir la experiencia comprando otro en el mercado negro de Tánger?

—¡Tú no entiendes! Mi hermano está sufriendo... —le digo, indignada y a punto de llorar.

—Y tu forma de hacer que no siga sufriendo es repetir el error por el cual está como está. ¡No puedes comprar otro mono! ¿Es que no te das cuenta de que además de ser peligroso e ilegal, estás fomentando que se siga comercializando con esos pobres animales? ¡No están hechos para vivir en cautiverio! —me grita en la cara.

Muevo la cabeza, cierro los ojos. Me duele lo insensible que es. ¿Cómo se atreve a juzgarme? Alejandro ya ha sufrido demasiado, y si está en mí alegrarle el día o el minuto, lo voy a hacer.

—Tú no tienes idea de lo que es querer tanto a alguien que las reglas no cuenten —lo acuso.

—¿Qué sabes tú?

—¡Nada! Y tampoco quiero. Lo único que me importa en este momento es lograr que Alejandro sonría. ¿Puedes entenderlo?

Si yo estoy indignada, él está furioso.

—Pues busca otra forma que no sea viajar a Marruecos para traficar con animales.

Cada palabra suya es como un puñal en mi alma.

—No digas eso...

—Si quieres ir a revolcarte con tu “amigo” hazlo, pero lo del mono no te lo consiento.

No puedo contenerme y hago lo que nunca hice: abofetear a alguien. He estado llena de ira otras veces, y jamás he caído tan bajo. Odio la violencia, y aquí estoy, temblando de pies a cabeza, luego de darle una bofetada al hombre que... amo. Y descubrir eso me llena de alegría y de tristeza a la vez.

No es tan fuerte el golpe, porque ni siquiera vuelve un poco el rostro. No acusa para nada el arrebató que me llena de vergüenza, pero ya no puedo deshacer. Su expresión es dura, durísima, y por un instante tengo miedo.

—Marcos, lo siento...

No me deja terminar; me toma de los brazos con más fuerza de la que debería y me come la boca.

Por un momento permanezco inmóvil, como una muñeca rota.

Y luego mi cuerpo responde. Le entrego mis labios, mi lengua, y hasta mis lágrimas de arrepentimiento y de frustración. Cuando él siente que soy suya, hace su jugada.

Me aparta de golpe y luego se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Si una mujer me golpea, yo la beso. Pero no voy más allá con embusteras que no respetan nada con tal de lograr lo que quieren —me dice con desprecio.

Me quedo de una pieza. Y luego todo mi yo se subleva ante semejante acusación.

—Vete a la mierda, señor Santiago —le digo en el mismo tono.

Y de inmediato tomo mis cosas y salgo del despacho dando un portazo.

#DecisionesConfesionesPlanes

Son las once de la noche. Esperé pacientemente que Vivian se conectara y allí la veo. No le escribo en el grupo, sino de forma individual.

Clara

Hola, Viv. ¿Puedes hablar? Si quieres puedes enviar audios...

Vivian

Grabando audio...

Hola Clara. He querido conectarme antes pero es que recién lo he soltado, quiero decir, recién me ha soltado. Estoy en mi habitación, así que tú también puedes grabar. ¿Qué ha pasado? Esta tarde te saliste de la línea y ya no hemos sabido más de ti, manita. Nos tenías preocupados.

Clara

Grabando audio...

Estoy bien. Bueno, no tanto... Ahora te digo, pero antes quiero que seas sincera conmigo, Viv. ¿Estás pasando bien o estás pasando mal? Entiendo que te hayas comprometido a revelar nada, pero solo quiero asegurarme de que ese cabrón no te haga pasar un mal momento.

Vivian

Grabando audio...

Ni creas que me resulta fácil ocultarles la verdad. Clarita, estoy viviendo un momento único, algo que jamás he experimentado en la vida. Y podría decirse que no lo paso nada mal.

Clara

Grabando audio...

Me tranquilizas, pero no satisfaces para nada mi curiosidad. Dime solo una cosa: ese momento único... ¿incluye sexo?

Vivian

Grabando audio...

Digamos que no es lo principal. Ay, Clara no preguntes más. Mejor

cuéntame de ti... A ver, espérame tantito que me llaman.

Espero que Vivian regrese, pensando en lo que me acaba de decir. “Digamos que no es lo principal”... Eso significa que sí hay sexo. No será lo principal, pero algo hay...

Por suerte, mi amiga no tarda demasiado.

Vivian

Aquí estoy, manita. Pero prefiero seguir por escrito.... Hay moros en la costa, ya sabes. En qué habíamos quedado? Ah, sí. Tú me ibas a contar qué ha sucedido.

Clara

Pero antes tú me aclararás algo más. Dijiste que estabas en tu habitación... Cómo es eso? Hasta donde yo sé, tú dormías en un colchón en el suelo, junto a él.

Vivian

Las cosas han cambiado un poco por aquí. Ahora poseo una habitación y es todo lo que tengo para decir por ahora. Cuéntame tú, por favor...

Clara

Vale, vale. Viv, he decidido que iré a Tánger con Jayr. Lo haré más que nada por el asunto del mono... Alejandro está cada vez más triste, y estoy segura de que lo único que hará que vuelva a sonreír será traerle un nuevo “Jacinto”.

Vivian

Estás segura? Quisiera que lo pensaras un poco más, Clara. Si no sale bien puedes verte muy perjudicada...

Clara

Por supuesto que lo he pensado! Y es la única forma. Me ha costado mi relación con Marcos esta decisión, así que ya ves lo importante que es para mí el intentar compensar a Alejandro de su pérdida.

Vivian

Cómo? Te has peleado con Marcos?

Clara

Ha escuchado detrás de la puerta y se ha enterado de todo. Me odia. Me considera una delincuente, una mentirosa, y una traidora. Cree que Jayr es mi novio, y se ha puesto furioso por lo del mono. Me ha dicho de todo menos que era linda, porque pienso ir a Marruecos a buscar otro... He perdido el control y le di una bofetada. Y luego de eso, ya no lo he vuelto a ver... Terminé mi trabajo, regresé a casa, avisé a Jayr que iría y armé la maleta.

Vivian

No puedo creer que todo haya terminado tan mal... Tal vez cuando regreses todo cambie. Ten esperanza, por favor.

Clara

Son nulas las posibilidades de que algo cambie. Me ha llamado “traficante de animales” y no ha entendido que por Ale soy capaz de cualquier cosa. Un hombre que no comprende que por amor alguien es capaz de saltarse todas las reglas, es porque es incapaz de querer...

Vivian

Hasta hace unos días nadie hablaba de amor, Clara. Habías decidido disfrutar de su cuerpo pues sabías que no duraría. Como sea, ya te lo he dicho antes y ahora lo mantengo: sigue a tu corazón, manita. Él te mostrará el camino.

Tiene razón Vivian. Estoy muy sensible y seguro por eso redimensiono todo... Entre Marcos y yo hubo un único encuentro sexual, el mejor de mi vida, sí, pero fue solo eso. Claro que el hecho de haber echado un polvo conmigo no lo habilita a insultarme. ¿Acaso es tan grave sustituir un mono con un gato? Ni que le hubiese mentido sobre un hijo... ¡Y llamarme traficante de animales solo por intentar darle un poco de felicidad a mi hermano! Según él soy la culpable de que tantos animales sufran en cautiverio.

Estoy tan enojada... Sobre todo conmigo misma, porque por un minuto se me cruzó por la mente hacerle caso solo por no perderlo. Estuve a punto de dejarme manipular por un hombre que apenas conozco, solo porque estoy caliente con él.

Porque dado el escaso tiempo transcurrido y lo poco que lo conozco, es imposible que pueda ser algo más profundo, ¿no? Entonces, ¿por qué me duele tanto? Ya lo tuve, me sedujo, lo seduje, ¿qué más da? ¡No debería afectarme tanto!

Pero lo hace. Y mientras preparo mi bolso para esta noche e intento dejar de pensar en Marcos Santiago. Solo será mi jefe unos días más, así que lo

único que tendré que hacer es ignorarlo toda la semana que viene.

¿Puedes hacerlo, Clara Inés Mesi? Sí, si puedes. Tienes que poder.

Meto ropa que no sé si voy a usar. Seguramente no haré otra cosa que andar de vaqueros y botas. Ir a navegar a finales del invierno... Claro que cuanto más al sur, menos frío, pero si no fuera por la posibilidad de hacerme de un mono para Ale, hubiese dejado que Jayr lidiara solito con Estefanía. Y creo que eso mismo haré. ¡Que se lo trabaje, joder! Ese boludo cometió una infidencia que posiblemente tenga que agradecerle y eso me hace enojar bastante.

Es pensar en Jayr y aparece.

Jayr

Todo listo, “guapi”?

Clara

Vete a la mierda.

Jayr

Venga, vamos. Cambia un poco ese ánimo. Nos encontramos en dos horas en Sants, vale? El AVE parte a las dos, así que estaremos sobrados.

Clara

Espera. Cuánto crees que costará el mono? No sé cuánto sacar del cajero, ni qué otros gastos tendremos...

Jayr

De los otros gastos me ocuparé yo. Y sobre el mono... Clara, lo comprarás en el mercado negro, así que podrás regatear. No creo que te cueste más de doscientos pavos...

Clara

Vale. Sacaré trescientos, por las dudas. ¿Nos estarán esperando en Málaga, verdad?

Jayr

Así es. Nos enviarán un coche que nos trasladará a Sotogrande. Deja de preocuparte y comienza a disfrutar, que la vida es corta.

Clara

Disfrutar? No sé si esto no me costará el empleo y tú quieres que lo

disfrute...

Jayr

A ti lo que menos te importa es la pega. A ti te tiene mal el haber discutido con tu jefe *superpolla*.

Clara

Vete a la mierda.

Jayr

Hasta luego, "guapi"

Bueno, no hay vuelta atrás. La suerte está echada. En el mejor de los casos volveré con un gemelo de Jacinto y no perderé el trabajo. En el peor, terminaré en prisión y me perderé el vivir la experiencia erótico/afectiva más intensa de mi vida.

Se me rompe el corazón cuando veo que no tengo mensajes de Marcos, pero nada puedo hacer. La discusión fue tan fuerte y tan violenta que dudo me perdone alguna vez, y tal vez sea lo mejor... Tengo que pensar en mi vida tal como estaba antes de caer des-pa-cito entre sus brazos. Tengo que resignarme a no tenerlo. Tengo que concentrarme en la felicidad de Alejandro.

Y cuando estoy a punto de poner el móvil a cargar, recibo una notificación. Es un mail... ¡Es un correo de Marcos!

Es tan fuerte la impresión que mis rodillas no lo soportan y me deslizo hasta el suelo antes de ponerme a leer. Con mano temblorosa toco la pantalla y lo abro...

Inspiro profundo y me pongo a leer.

#TodaSuVerdad

De: Marcos Santiago <marcossantiago@gmail.com>

Para: Clara Mesi <mesiconunasolaese@gmail.com>

Asunto: Yo sí voy con la verdad

No te escribo porque crea que te lo merezcas, sino porque yo sí lo hago. Me merezco una explicación y una disculpa, no una bofetada. Pero si a esta hora no ha llegado, me parece que ya no lo hará. Claro que no me quedaré con las ganas de decirte lo que pienso.

¿Sabes qué me irrita más? El haber confiado en ti. Hacía mucho tiempo que no lo hacía porque ya otras mujeres me han demostrado lo falsas que sois, lo mentirosas que podéis ser.

Una fue mi madre, y por eso me he sentido tan identificado contigo cuando me has contado lo de la tuya. Mi madre no se marchó tras un hombre sino tras una profesión, y poco he sabido de ella desde entonces. Claro que mentir puede formar parte de la personalidad de una actriz, más nunca pensé que también podía serlo de una médica eminente como lo fue Daniela.

Daniela nos mintió a mi hermano y a mí. Jugó con nosotros, nos enfrentó, y luego huyó con tal mala fortuna que terminó muriendo en Atocha, lugar en el que jamás debió estar aquel once de marzo. Y no lo estaría si se hubiese quedado a explicar por qué se empeñó en enfrentarnos.

Sigo lamentando su muerte, así como la de tantos, pero lo que más he lamentado fue esta especie de desconfianza hacia el género femenino que nos dejó como legado a Mateo y a mí. Y esta horrible enemistad que nos ha mantenido a distancia como si fuésemos enemigos, no hermanos.

El encontrarme con una tercera mentirosa (aunque se tratase de algo tan nimio como el tomarme el pelo haciéndome buscar un gato inexistente) me hizo replantearme las cosas. El descubrir que jugabas a dos puntas, me sorprendió, pero el haber bajado las defensas ante una desconocida, me hizo desconocerme. Haberlo hecho tan pronto, me terminó avergonzando. El que me hayas provocado sentimientos tan fuertes no deja de confundirme.

Pero tengo una certeza: ya no me volverán a pillar. Ni tú, ni ninguna.

Me has acusado de no haberme sentido tan desesperado como para renunciar a mis principios pero ya ves que no has acertado. Has sido la regla que no debí saltar jamás.

He bajado las defensas, he perdido la perspectiva. Eres como tantas, Clara. Embustera, lianta, y capaz de cualquier cosa para salirte con la tuya. No me debías fidelidad, pero tal vez se la debías a él.

¿Le habrás mentido igual que a mí? ¿Habrás usado el cuento del “amigo gay” para mentirle a él también? ¿O es que el tío que te llevó a casa es tu chico y lo del “amigo gay” fue solo una mentira destinada a mí? Tal vez para él, el “gay” soy yo... ¿verdad?

Te creo capaz de todo, y más también.

Y me desespera el no poder dejar de pensar en ti. Eres como una enfermedad, pero no estoy desahuciado, claro que no. Solo deberé soportar una semana más de mentiras para quedar libre como un pájaro.

Ya mi hermano sabrá hacer que tu vida vuelva a su cauce. Quizá disfrutas de eso también... Puede que lo hayas intentado con él y haya sido más listo. ¿O no? Ya no sé ni qué pensar... El alcohol no ayuda, ¿sabes? Te lo digo porque te has embriagado en más de una ocasión en estos últimos diez días, y cada vez que lo has hecho me arrastras hacia alguna locura.

Así pues, hoy me toca a mí. Bebo, pero al contrario de ti, yo no me vuelvo mentiroso. Por eso estoy aquí, en un bar, juntando coraje para subir a arreglar las cosas con mi hermano.

Puedes anotarte eso y es lo único que te concedo: el haberme hecho reflexionar sobre que no vale la pena enemistarse con alguien por tanto tiempo, y menos por una mujer.

Bueno, también te concedo algo más: el haber conseguido hacerme perder la cabeza en tiempo récord, y el mérito de tener el coño más delicioso del mundo. Made in Argentina...

Pues no más de eso para mí. Fuera de mi vida, Mesi.

Vete a traficar con animales, porque las cosas deben amoldarse a tu conveniencia y no al revés, ¿cierto? Logra tus objetivos sin importar a quien dañes en el camino, sean personas o animales. Tú crees que hay una única forma de hacer las cosas y que además es la mejor: la tuya. Pues ve y hazlo...

Vete al demonio, joder.

Ni siquiera la firma. Leo dos veces la terrible carta, y el dolor va *in crescendo*.

Una acusación detrás de la otra... Pero por alguna razón lo que me duele más son las revelaciones sobre las otras mujeres que le han hecho daño: su madre y la desafortunada Daniela.

Y de pronto me encuentro pensando en qué no sé demasiado de Marcos. ¿Cómo sería antes de lo de Atocha? ¿Y qué pasó después? Sé que dejó Madrid

en ese momento, pero no tengo claro si ese fue el comienzo de su derrotero por el mundo como fotógrafo de la naturaleza y cronista de guerra. ¿La enemistad con su hermano sería la causa de su destierro? ¿Dará resultado este intento de acercamiento?

Muchas preguntas, ninguna respuesta. Y lo que es peor: lo he perdido para siempre. Eso contando con haberlo tenido aunque sea un rato... Me cree la peor de todas, y lo único que hago es luchar por la felicidad de mi hermano. ¿Es tan difícil de entender?

He intentado explicarle que Jayr es mi amigo, no mi novio, pero no me ha creído. ¡Mi única falta ha sido haberle hecho pasar gato por mono! ¿Tan grave es? Estoy furiosa.

Él soluciona su vida como consecuencia de una súbita revelación, pero yo sigo siendo la mala de la película sin merecerlo. Admito que lo de la bofetada fue excesivo, pero le he pedido perdón... ¡Qué hijo de puta! Ha sufrido en el pasado, sí, pero, ¿quién no? ¡Yo también lo he hecho y no por eso he dejado de confiar en la gente! Es un inmaduro, un egoísta de los cojones.

¿Quién se cree que es? ¿Y tengo que aguantármelo solo porque es mi jefe provisorio? No, señor. No estoy ebria esta vez, así que en pleno uso de mis facultades es que le respondo.

De: Clara Mesi <mesiconunasolaese@gmail.com>

Para: Marcos Santiago <marcossantiago@gmail.com>

Asunto: La inmadurez de algunos...

¿Me acusas de qué, concretamente? Te he ocultado lo del mono, es cierto, pero comprenderás que algo así no es conveniente gritarlo a los cuatro vientos. Y luego se me ha ido un poco de las manos debido a tu insistencia en ayudarme.

Me acusas de jugar a dos puntas, a pesar de que te he dicho que no es así y supongo que no me creerás cuando te aseguro que han confundido a Jayr, mi amigo gay, con un novio que definitivamente ya no tengo. Y no lo tengo en parte gracias a ti, que me lo has espantado en aquella cena, y te juro que esto no es un reproche sino lo que he dicho antes: un agradecimiento.

Me has dicho embustera, y me has acusado de delincuente. No me has dado tiempo a explicarte que mi hermano ya no come, que tienen que sedarlo, que cada vez que habla lo hace para decir que quiere a Jacinto, o que desea regresar a casa... Nuestra casa está a miles de kilómetros, está tan lejos como tú y yo en este momento.

Puedes maldecirme, y seguir pensando que las mujeres somos todas unas mentirosas. Puede que las haya, pero yo no estoy en ese grupo. Lamento tus

experiencias, de verdad. Lo de tu madre, lo de Daniela... Y creo que si sale algo bueno de todo esto será el que te reconcilies con tu hermano.

Por lo demás tienes razón. Será cuestión de soportarnos la semana que viene, y luego todo habrá terminado. Y no creas que has sido el único que se ha permitido sentir cosas que no debía, solo que yo sé lidiar con eso y no ando salpicando mierda como tú.

No me arrepiento de nada ¿sabes? Ni de lo que pasó entre nosotros, ni de lo que estoy a punto de hacer. Porque le guste o no a tu veta naturalista, iré a buscar un capuchino para Alejandro. Lo rescataré de quienes quizá lo maltraten, y le daré una buena vida... Y si este acto me califica como una delincuente, pues debo serlo.

Pero seguramente no soy la única responsable del tráfico ilegal de animales, ni éste desaparecerá si yo no voy a por ese simio a Tánger. Si ser capaz de cualquier cosa para lograr mis objetivos es arriesgarme por la felicidad de mi hermano, pues tienes razón, lo soy. Soy capaz de todo por lograr una sonrisa de alguien a quien la vida ha golpeado una y otra vez. Tú no lo conoces ni lo quieres, yo sí.

Sé qué es lo que puede hacer el milagro e iré tras él.

Podría enviarte a la mierda, pero te diré algo que te gustará más: me iré yo. A la mierda, en yate, y con mi "chico" que lamentablemente es gay. Pero nunca se sabe... Todo puede cambiar en un instante, y a ti te consta.

Que la pasen bien, tú y tu simpático hermano.

Clara

Se la envió sin siquiera revisarla. Es que temo que si la releyera no me atrevería a enviarla.

¿Por qué tuvo que terminar todo tan mal? El único hombre con el que realmente tuve piel y algo más, se ha convertido en mi enemigo, y todo por un malentendido con un mono.

Maldito Jacinto, que en paz descanse donde quiera que esté. La escapada por la ventana le ha costado cara, pobre bicho.

Y la de la escapada a Tánger me puede costar muy cara a mí, y en más de un sentido.

Pero estoy dispuesta a todo por Alejandro, aunque más tarde me toque llorar.

Y unas horas después, mi último pensamiento antes de sucumbir al sueño recostada en Jayr mientras viajamos a Málaga en el AVE, es cómo me hubiese gustado que Marcos se hubiese presentado en la puerta de mi edificio, luego del último mail.

Con qué gusto le hubiese dado otra bofetada.

#RumboATánger

Dormí toda la noche recostada en el brazo de mi amigo.

—Te has babeado y hasta has roncado —fue lo primero que me dijo el muy malvado. Le hice una mueca burlona, pero por si las moscas me pasé un dedo por las comisuras... Todo en orden, gracias a Dios.

Igual fui al baño, a ponerme presentable, cosa bastante difícil porque ese rictus de amargura no se arreglaba con maquillaje. De todas formas, intenté componerme un poco. Como cada mañana lavé y enjuagué mi dentadura tres veces... Otra de mis inofensivas manías que no me abandonan ni cuando estoy bien, que este no era el caso. La discusión por mail con Marcos me había sacado de mi eje, e imaginé que no tardaría en volver a tener “síntomas” como le gustaba decir a Joaquín. Una forma científica de llamarle a los rituales que practico cuando me siento nerviosa. Son inofensivos, la mayoría al menos, y no perturban más que a mí así que seguro no me darían problemas en la travesía que estaba a punto de iniciar.

Até mi cabello en una cola de caballo, y me puse corrector de ojeras y brillo labial. Cuando estuve lista, también habíamos llegado a destino: la estación María Zambrano, de Málaga.

Ni bien salimos nos llamó la atención un hombre bien vestido que portaba un papel que rezaba: “Clara Jayr”, así, sin guion ni nada.

Nos acercamos, y mi amigo nos presentó:

—Hola, yo soy Jayr y ella es Clara Mesi...

El tipo abrió los ojos y la boca, y yo ya me la vi venir así que como siempre, me anticipé al interrogatorio.

—No, no somos nada.

—¿Pero al menos lo conoces?

—Tanto como cualquiera.

—¿Seguro que no sois parientes lejanos?

—Si así fuera sería tan pero tan lejano que por el camino se perdió una “ese”—dije, agria y me llevé un codazo de Jayr.

—Tío, perdónala. Es una argentina atípica... No es simpática y tal. Cosas que pasan...

—Bueno, Messi tampoco es un castañuelas —dijo el hombre encogiéndose de hombros y eso a mí me molestó un tanto.

—Tiene Asperger ¿sabes? —lo defendí sin que viniera a cuento y me

ligué otro codazo de Jayr.

Por suerte el intercambio no pasó a mayores, así que nos subimos al coche y cuarenta y cinco minutos después llegábamos al impresionante puerto de Sotogrande.

Madre mía.

Había estado en Algeciras y Gibraltar, pero nunca en Sotogrande. ¡Cuánto lujo! Me sentí una cucaracha con mis jeans rotos en las rodillas, y el jersey blanco algo estirado en las mangas.

Marzo en el sur de España no es tan fresco como en el norte, pero estando cerca del mar nunca se sabe, así que mis *outfits* de viaje eran más de frío que de calor. Esperaba haberle atinado pero no estaba segura. Lo que sí estaba claro era que nada de lo que me pudiera poner estaría a tono con...

Joder. El yate... Era enorme el “Estefanía del Mar”. Jayr y yo nos lo quedamos mirando con la boca abierta porque en las fotos de Facebook no se veía tan lujoso.

—Tía... Esto es la leche —murmuró mi amigo pasándome un brazo por los hombros. Pero antes de que yo pudiera decir algo, a nuestras espaldas una conocida voz nos hizo dar vuelta.

—Bienvenidos.

Era Ian, que vestido informalmente y con el pelo húmedo parecía salido de una revista de modas. Tenía un pantalón beige y una camisa blanca por fuera. Y un gorro de capitán en la mano.

Esa vez me tocó a mí darle un codazo a Jayr, que se quedó como hipnotizado mirándolo. Luego de hacerlo reaccionar, vi cómo le tendió la mano haciendo gala de una frialdad que seguro no sentía.

—¿Cómo estás?

Ian alzó una ceja, pero le estrechó la mano y de inmediato tiró de ella y le dio un abrazo. Fue un contacto brevísimo, y también hizo lo mismo conmigo, pero dejó bien en claro que de homofóbico no tenía nada. Respiré tranquila, porque eso le hubiese hecho mucho daño a Jayr... Dadas las circunstancias no sería lo que él hubiese deseado, pero peor era nada.

—Debemos esperar a Estefanía... Ha ido al salón de belleza.

Vaya, y yo con estos pelos. Pero pensándolo bien ¿Quién va a la peluquería antes de subirse a un barco? Alguien tan snob como Estefanía Azcón, seguro. Yo no lo soy, pero al pensar en mi simple cola de caballo, se me ocurrió que tal vez sería bueno imitarla.

—¿Queda por aquí?

—¿”Romain Dominique”? Queda en un centro comercial no muy lejos de aquí... Estefanía no deja que nadie que no sea Patricia toque su cabello —

murmuró Ian con cara de resignación.

Y yo no dije más nada, porque con ese nombre seguro me costaría un ojo de la cara cualquier cosa que quisiera hacerme, y yo tenía que conservar mis trescientos euros para comprar el mono.

Y así estamos desde hace una hora: esperando a Estefanía en el Yatch Club de Sotogrande. La conversación entre Jayr, Ian y yo es amena; muy distinta a cuando está Estefanía presente. Con esa mujer siempre hay una especie de incómoda tirantez.

Es pensar en ella y aparece.

—¡Queridos! Mil disculpas por el retraso pero... ¿no me veo divina? — grita sentándose junto a Ian quien al instante cambia de actitud. Ya no se lo ve distendido y feliz como hace un rato, ahora su semblante es sombrío y también su estado de ánimo.

—Has quedado muy bien —admito muy a mi pesar. La boluda esta se ve radiante... Se ha peinado y también maquillado. Su manicura es perfecta.

Me siento más cucaracha que nunca. Tengo que asumirlo, soy pobre y jamás podré darme el lujo de ir a lugares como “Romain Dominique”, pero este fin de semana haré de cuenta que soy igual que estos... “pijos” (qué mal me suena, por Dios) y fingiré que estoy acostumbrada a esta vida.

—¿Y tú qué dices, querido? —pregunta Estefanía dirigiéndose a Ian.

—Que estás muy elegante y que deberíamos partir ya —dice él poniéndose de pie, pero ella lo detiene con un gesto.

—No tan rápido... Tengo una sorpresita.

Ah, caramba. No sé por qué, pero ese tonito no augura nada bueno. Todos nos la quedamos mirando, expectantes, pero ella no lo hace. Más bien observa por encima de mi hombro y luego sonrío y agita la mano.

—Allí está. Clarita, ¿recuerdas que temías que tu jefe se enfadara por no presentarte hoy? ¡Ya no tienes ese problema! —exclama juntando las manos, ilusionada.

La cara de Ian es un poema. Es evidente que tampoco esperaba... lo que fuera.

Lentamente me doy la vuelta, y mi corazón se transforma en un tambor descontrolado que amenaza por salirse por la boca.

En la puerta del club está Marcos Santiago.

Como en sueños, escucho la voz de Estefanía.

—Él mismo me ha pedido venir, para que tú no te perdieras el paseo y pudieran adelantar trabajo. ¿No es maravilloso? ¡Hola Marcos!

Pero él no hace ningún gesto. Solo me mira. Estefanía se inclina y susurra en mi oído: “No lo veía desde hace tiempo y no recordaba lo guapo que

era... Lástima que es complicadito el tío”.

El tiempo transcurre como en cámara lenta. Ya no soy dueña de mis actos así que me dejo arrastrar por Jayr, que me toma de la mano para obligarme a moverme.

Observo como todos se saludan y cuando llega mi turno no sé qué hacer.

¿Lo beso, le doy la mano? ¿Le doy una bofetada? ¿Qué hago, Dios mío? Él decide por mí, como es habitual últimamente.

—Buenos días, Clara —murmura, y luego toma mi pequeña maleta con ruedas—. Permíteme.

No tengo idea de lo que está pensando o de lo que siente. Su rostro permanece imperturbable, y no dice nada.

Ni falta que hace, porque Estefanía no para de hablar.

—... Así que todo ha cuadrado perfectamente. ¿No lo creéis así? Me ha parecido una magnífica idea el que hayas venido, querido Marcos, gracias por haberla sugerido —dice riendo mientras subimos al yate—. Eres afortunada, Clarita. Tienes a tu chico y a tu jefe a bordo. ¡Trabajo y placer! ¡Qué combinación!

Quiero matarla. Asesinarla y luego tirarla al mar... O no. Mejor la empujaré y haré que parezca un accidente. Si no se ahoga, los tiburones se ocuparán.

—Trabajo y placer... —susurra Marcos en mi oído. Se ha quedado un poco rezagado y luego lo ha aprovechado para caminar detrás de mí—. Eso me suena... Claro que creí que era el único.

Cierro los ojos y aprieto los puños.

—No debiste venir —replico mordiendo las palabras, y sin hacer siquiera un intento por desmentir las suyas.

Sonríe, cínico, y yo tengo que hacer grandes esfuerzos para no abofetearlo.

—¡Bienvenidos a Estefanía del Mar! —grita la susodicha alborozada— ¡Tánger allá vamos los cinco!

Sí Tánger. Allá vamos los cinco pero como siga así la cosa, solo llegaremos tres.

#AcusadaAcosadaEnamorada

—¿Qué crees que haces? ¡Esto es acoso!

—Deberías agradecerme. Estoy aquí por culpa de tu tendencia a hacer locuras. He venido a...

—¿Te pedí que vinieras? ¡No! ¡De hecho me hubiese venido muy bien estar sola!

—Sola no estás ¿no? ¿Tu amiguito “el guaperas” te ha arrastrado hasta aquí o tú lo has hecho con él?

—¡No es asunto tuyo!

—¡Bien! Entonces haz como si no me vieras.

—¿Cómo podría hacerlo? ¡Te has auto-invitado para joderme la vida!

—Tómalo de esta forma entonces: Alberto Azcón y mi padre son amigos. Este es su yate y me he cansado de declinar sus invitaciones. Tengo tanta mala suerte, que me he venido a encontrar con alguien de mi trabajo que anda por la vida destilando malhumor. Eso es estar jodido, que lo sepas.

Y luego de semejante acusación, se da media vuelta y me deja resoplando.

¿Cómo se atreve a perseguirme así y luego evitarme? Me costó mil malabarismos encontrar el momento a solas con él para poder reprocharle su presencia en el yate, y luego de treinta segundos me deja con la palabra en la boca y se va.

No, esto no puede quedar así. Voy tras él y lo encuentro hablando animadamente con Ian. Unos metros más allá, Jayr los mira receloso y Estefanía ríe a carcajadas al parecer por una ocurrencia del capitán.

Me quedo observándolo... Dios, qué guapo es. Todo a mi alrededor parece soso cuando él está presente. Incluso este magnífico yate de cuarenta metros de eslora, cinco camarotes y hasta piscina. ¡Qué bien viven los ricos! Pero el lujo del entorno se opaca cuando Marcos Santiago sonrío. Eso sí que es bonito...

Me reprendo a mí misma; no debo permitirme sentir estas cosas. Hoy en día ese hombre es el enemigo, el que querrá impedir que yo cumpla con lo que le prometí a María: volver con un mono capuchino para Alejandro.

Lo intentará, seguro que lo hará. Si no lo logra por las buenas querrá hacerlo por las malas. ¿Estaré en condiciones de emprender una lucha con él? ¡Si me derribo de solo mirarlo!

Ay Clarita. Qué mal estás...

Tengo que organizar mi defensa. Voy a construir un muro en torno a mi fuerza de voluntad, de manera que Marcos no pueda traspasarlo. No me va dobligar, claro que no.

Y pensando en ese propósito es que me acerco a Jayr y lo abrazo de atrás. Él vuelve la cabeza y sonrío. Está acostumbrado a mis cariños así que no lo encuentra inusual... Pero para mí sorpresa, sí lo es para otra persona. Y esa otra persona no es Marcos, sino Ian.

Su mirada es extraña. Mi amigo no se ha dado cuenta, pero yo sí. A Ian no le ha gustado mi demostración de afecto y eso me confunde. No le voy a decir nada a Jayr, por las dudas... Si está ilusionado sin motivos, no quiero pensar cómo se pondría si yo le dijera lo que acabo de percibir.

Parece que no soy la única que nota la mirada de Ian, porque Marcos se vuelve de pronto y nos pilla abrazados. Jayr me señala un punto en el horizonte donde se ve una nave de alto porte, pero yo estoy muy ocupada enfrentándome a mi jefe en un duelo imaginario.

Lo desafío, y él no puede disimular su descontento. Bien, muy bien... Y lo mejor de todo es que no puede corresponderme provocándome celos porque la única mujer a bordo además de mí, es la insoportable Estefanía.

Sonrío satisfecha y luego le plantifico un beso a mi amigo y me alejo.

“Que la chupe” como decimos en Argentina. Le dije que Jayr y yo no éramos nada, incluso le conté que era gay y no me creyó. Ahora voy a sembrar la semilla de la duda para que sufra un poco.

Y mientras camino por la cubierta, mi satisfacción se transforma en vergüenza. ¿Por qué hago esto? ¿Venganza? Yo no soy así... Me detengo y me aferro con ambas manos a la baranda. Dios mío, ya no me reconozco...

—Tiene que haber otra manera—escucho a mis espaldas.

Giro la cabeza y allí está, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y una expresión sombría.

—¿Perdón? —pregunto en un intento de parecer despreocupada.

—Que tiene que haber otra forma de contentar a tu hermano y que podamos pasar el fin de semana sin pelear.

Me desarma con eso. Pensé que vendría en pie de guerra pero lo hace en son de paz.

—¿Y tú? ¿Has logrado “contentar” al tuyo?

No sé de donde me sale esta actitud belicosa, pero no me puedo controlar.

—Podemos decir que sí. Mateo y yo hemos aclarado algunas cosas...

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Tengo que hablar con Vivian lo más

pronto posible. ¿Así que llegaron a un entendimiento con el Amargado? Eso es toda una sorpresa y espero que mi amiga haya sido testigo del momento y me lo cuente todo.

—Me alegra. La familia siempre debe ser lo primero...

—¿Es por ellos que haces lo que haces?

—¿Qué cosa?

—Mentir. Caer en la ilegalidad... No buscar alternativas.

Bueno, adiós tregua. Ya empezaron otra vez las acusaciones.

—¿Tú crees que a mí me gusta la idea de ir al mercado negro a por un mono capuchino? ¿Piensas que me hace feliz tener un simio en mi pequeño piso? ¡Tener a tu hermano en la oficina, y a un mono en la casa, joder! ¿Crees que la tengo fácil? ¡Para nada! Y te aseguro que si hubiese otra forma de hacer que Ale mejorase su calidad de vida y su estado de ánimo, lo haría sin dudar. ¡Pero resulta que es un puto mono lo que ha hecho la diferencia! —exclamo fastidiada—. No sé para qué te digo todo esto... Ni siquiera lo conoces y no vas a cambiar tu ecologista forma de ver la vida, señor National Geographic.

Ah, caramba. Me he convertido en un ser rencoroso y sarcástico. No me gusto para nada y creo que a Marcos tampoco pero no puedo asegurarlo, porque me mira con una mezcla de ternura y pena.

Por unos instantes no dice nada, pero luego sin venir a cuento pregunta:

—¿Qué tienes tú con Jayr, Clara? Dime la verdad por favor.

Y yo ya no tengo fuerzas para seguir adelante con mis planes. No quiero alejarlo de mí, sino todo lo contrario.

—Ya te lo he dicho. Somos amigos, y además es gay.

Él frunce el ceño.

—No parece gay...

—Eso es porque tú tienes la equivocada idea de que los homosexuales son todos mariquitas. Pues ya ves que no... Jayr es un atractivo chico gay tan viril como tú.

—Pero Estefanía cree que vosotros sois pareja.

—Ella cree lo que quiere creer.

—¿Incluso que su marido la quiere? Porque es evidente que Ian no está en esa sintonía.

—Así es el amor de ingrato. Sobre todo cuando no es correspondido...

Marcos esboza un principio de sonrisa, y eso a mí me vale. Oficialmente ha comenzado la reconciliación. ¡Lluvia de corazoncitos sobre mi cabeza!

—Dímelo a mí...

—¿Tienes penas de amor? —le pregunto, coqueta. Pero la respuesta es como un balde de agua fría.

—No, ya no. Las he tenido, pero ya no... Ayer he admitido lo que tanto me costaba: Daniela amaba a Mateo, no a mí.

—¿Qué?

—Que jugó con ambos pero cuando llegara el momento de definir, iba a ser Mateo el elegido, no yo —me dice situándose junto a mí de cara al mar—. Creo que siempre lo he sabido, y es por eso que ese once de marzo decidí poner blanco sobre negro... Claro que todo resultó más que mal.

Me cuesta digerir esa información. Primero porque me resulta difícil el imaginar que alguien prefiera al Amargado por encima de Marcos. Segundo, porque luego de trece años parece que sigue sufriendo. Tercero, cuarto y quinto, porque ese sufrimiento es por otra, no por mí.

—¿Cómo lo has sabido?—pregunto intentando disimular lo turbada que me siento.

—Solo he tenido que asumirlo de una vez. Y admitirlo delante de Mateo... En fin, ya lo hemos aclarado todo y eso es bueno.

Para él lo será y en ese sentido me alegra. Que no sufra por la duda o por la mala relación con el hermano, me da cierta tranquilidad. Pero yo sigo pensando en el balde de agua fría que me acaba de lanzar, en que sus penas de amor tenían otro nombre, en que el camino de la reconciliación está más lejos que nunca...

Una infinita tristeza se apodera de mi alma, y en ese instante me doy cuenta de que la que sufre de un amor no correspondido soy yo. Estoy enamorada de este hombre al punto de odiar su pasado y también su futuro, solo porque no será a mi lado.

Una lágrima rebelde se me escapa, pero a Marcos no.

La toma con el dedo y la observa.

—¿Por qué lloras?

—Es que... Es demasiado para mí —le respondo con sinceridad, abrumada por los sentimientos que me invaden.

Marcos me acaricia el rostro, y mi corazón se detiene.

—No lo hagas... No es necesario que sufras.

—¿No?—pregunto, confundida.

—Quiero aligerarte la carga, Clara, así que mañana iré contigo a buscar al capuchino al mercado negro. He intentado decírtelo antes pero no me lo has permitido: he venido para cuidarte. Como sea lo voy a hacer, aunque eso signifique faltar a mis principios. No intentaré impedirte nada; te acompañaré en todo—me dice suspirando.

Me quedo de una pieza. Tardo unos segundos en asimilarlo...

Y de pronto estalla sobre mi cabeza otra lluvia de corazones, esta vez

mezclados con purpurina. No me lo ha dicho, pero lo que hará por mí lo deja traslucir.

Yo sé muy bien lo que es saltarse las reglas, y faltar a los principios por algo tan maravilloso, mágico y sanador como el amor.

Nos miramos en silencio. No hacen falta palabras...

Pero igual alguien las dice. Y su voz es irritante.

—¡Hey, vosotros! ¡Venid que están listos los tragos! —grita Estefanía aunque no es necesario pues está a solo unos metros—. El trabajo puede esperar, digo yo.

Marcos me guiña el ojo, y yo me transformo en una sonrisa con patas.

Es oficial, la reconciliación ya está en marcha.

#NoEstáSolo

Por un problema con el turno de amarre es que no podemos desembarcar en tiempo y forma.

Hago lo imposible para estar a solas con Marcos pero no lo logro: Estefanía lo ha acaparado. Lo veo asentir con una forzada sonrisa mientras ella habla y habla sin parar.

Ian parece tener toda la intención de hacer lo mismo con Jayr. Se los ve muy entretenidos conversando...

En fin, que me he quedado sola así que aprovechando que la conexión ha mejorado (en alta mar era casi inexistente) es que me recluyo en el camarote que me han asignado para poder llamar a María.

Vaya, las cosas de Jayr también están aquí. Seguro que Estefanía fue quien dispuso que compartiéramos lecho. No es que me moleste dormir con Jayr, de hecho no sería la primera vez, pero me preocupa que esto pueda volver a estropear las cosas con Marcos.

Ya pensaré en eso más tarde, porque en este momento necesito saber de Alejandro.

Las noticias no son alentadoras... Ha comido muy poco y pregunta por Jacinto todo el tiempo. Le pedí a María que me pasara con él, pero ese negó a hablarme. Cierto que le cuesta hablar, y más si es por teléfono, pero jamás había pasado algo así. Generalmente escuchaba mis bromas y reía... Esto no me gusta nada.

Cuando corto, veo que Vivian está en línea y también que ha intentado entrar en contacto con Jayr y conmigo en más de una oportunidad. Maldita conexión.

Me apresuro a hablarle, antes de que se vuelva a cortar.

Clara

Hola, Viv. Estás ocupada?

Vivian

Clara! Me asustaron, manita. Por qué no respondían?

Clara

Falta de cobertura. Estamos en Tánger pero aún no hemos podido atracar.

Y además... Marcos Santiago está a bordo!

Vivian

Qué? Estás loca?

Clara

Sí, pero eso es aparte. Sé que ha estado en el piso del Amargado. Has estado presente en la conversación?

Vivian

No, mana. Me ha pedido que saliese a por unas tonterías pero al regresar he podido sonsacarle alguna cosa. A ti que te ha dicho?

Clara

Que se han reconciliado.

Vivian

Lo mismo me ha dicho a mí Mateo. Que había terminado el distanciamiento con su hermano, que había conseguido perdonar ciertas cosas, y comprender por qué se marchó de España.

Clara

O sea que esa mujer fue el detonante para que Marcos emprendiera esa vida de aventura... Es muy revelador, Viv.

Vivian

Cómo es que está allí? Se han reconciliado? Creí que ese bofetón los distanciaría para siempre.

Clara

No lo ha mencionado. Dice que ha venido para acompañarme en mi locura, a pesar de no estar de acuerdo.

Jayr

Os podéis dejar de cotillear, petardas? El tilín tilín me está volviendo loco.

Vivian

Jayr! Cómo estás, güey?

Jayr

Qué quieres que te diga. La vida de mar me sienta bien... Y quisiera que Ian hiciese lo mismo.

Clara

Mira que eres grosero.

Jayr

Tú déjate de ñoñeces y sube a cubierta, joder. En unos minutos bajaremos y tienes que ir con Estefanía. Quiere que la acompañes a un hotel pijo de aquí, para tomar un té con su diseñador preferido.

Clara

Yo por qué?

Jayr

Porque ella así lo ha dispuesto, hija. Bastante cruz tengo que aguantar, con tu jefe el *pollagrande* siempre presente.

Clara

No ha sido culpa mía!

Jayr

Como sea, despídete de Vivian y sube, coño.

Las caritas riendo de Vivian terminan haciéndome soltar la carcajada también. Qué autoritario es este chico... Y presiento que esa característica de Jayr fascina a Ian. Insisto, no le diré nada al loco de mi amigo, pero sospecho que las cosas están cambiando con respecto a lo que Ian siente por él. Tal vez sea solo curiosidad y se le pase... Quizá le haga bien a su autoestima el sentirse tan deseado. Lo que es seguro es que a Ian Farrell, Jayr no le es indiferente del todo.

La tarde transcurre demasiado cerca de Estefanía y demasiado lejos de Marcos. En efecto, me siento comprometida a acompañarla a ver a su modisto preferido, que la atiende en un hotel de lujo muy cerca del puerto.

Las telas que le muestra son increíbles, y de pronto se me ocurre una nueva nota para Cara Mía. La delineo en mi mente mientras tomo fotos... Qué maravilla de géneros. Si estuviese Marcos aquí, haría mejores fotos por cierto. Pero no está... Está en algún lugar de Tánger junto a Ian y Jayr.

Y mientras tanto, yo intento que el tiempo junto a Estefanía Azcón sea al

menos productivo. Por eso también le hago una entrevista al modisto, y mientras ellos dos conversan, yo comienzo a escribir la introducción al artículo en mi móvil.

“El tiempo entre costuras es ese lapso que transcurre en la mágica Tánger, cuando Pierre Boyer despliega una maravilla de colores y texturas sobre la mesa, antes de ponerse a cortar...”

Mis notas se interrumpen bruscamente por una inoportuna observación de Estefanía.

—Creo que Marcos te pretende pero tú no le hagas caso.

“Me pretende”. Hace mucho que no escuchaba esa expresión. Creo que es anticuada en cualquier sitio, así que tengo que hacer un esfuerzo para no reírme.

—¿Por qué lo dices?

—Te mira demasiado. Cuidado, Clarita. Es de los que no perdonan los compromisos... Él coge lo que desea.

Justo a mí me lo dice. Claro que “coge” lo que desea. Y mientras lo que desee sea yo, está todo perfecto.

—Trabajo con él, Estefanía. Es todo... —le digo sin mirarla, pues no quiero que sospeche que Jayr y yo no estamos juntos. Mi amigo no debe caer bajo sospechas en ningún momento.

—Te lo digo con conocimiento de causa. Él le robó la novia a su hermano. Salía con Mateo desde hacía tiempo, pero a Marcos eso no le importó. Pobrecita. Murió en Atocha, ¿sabes? Cuando se enfrentaron los dos por ella, Daniela huyó y encontró su destino allí, el fatídico 11 M. La culpa no lo ha dejado en paz, claro está, y es por eso que ha estado fuera de España durante muchos años... Ahora que ha vuelto, no sé qué pasará —me dice haciéndose la misteriosa. No sé cuánto de verdad hay en sus palabras, pero lo cierto es que no me importa. La tal Daniela fue la piedra de la discordia, y el asunto no es quién haya sido el dueño del amor de esa mujer, sino que ellos dos por fin se hayan reconciliado. Además, ya Marcos ha admitido que ella amaba a su hermano, no a él. Se lo ha reconocido al propio Mateo, así que...

Después de todo ella ya no está, y ellos deben seguir viviendo con traición o sin traición, con culpa o sin ella.

Opto por no continuar con esa extraña conversación. Esta mujer no es mi amiga y no me apetece entrar en plan de confidencias con ella. No me resulta difícil porque a los pocos minutos emprendemos el regreso al yate.

A la hora de la cena, vuelvo a ver a Marcos. Le toca sentarse frente a mí, y no me quita los ojos de encima. Come observándome, bebe observándome... Y yo no tengo ojos más que para él, debo confesarlo.

Pero no tenemos ni una sola oportunidad de hablar en toda la noche. Cuando el cansancio me vence, me retiro a mi camarote e intento hablar con Vivian antes de quedarme dormida... No está en línea.

“Ni modo, manita”. Me toca esperar a Jayr para tener una conversación decente antes de terminar el día, pero mi amigo se hace desear.

Estoy cansada, pero sé que no podré dormir hasta que él venga a acostarse. Estoy segura de que hará un montón de ruido, y si estoy dormida no le importará. Me despertará de una forma poco agradable para contarme que aún tiene esperanzas, que no está todo perdido... Y lo peor (o lo mejor) es que puede que sea cierto.

Basta.

Son las dos de la madrugada y yo sin pegar un ojo. ¿Marcos estará igual? ¿Y qué tal si lo averiguo metiéndome en su camarote? ¿Será que me atreva a tanto?

Me levanto y así como estoy, con mi recatado camisón verde agua, salgo del camarote y me dirijo a la cubierta. Está todo demasiado desierto, silencioso y poco iluminado. Camino descalza, sin hacer ruido y unos metros más allá veo que algo se mueve.

Mi corazón se detiene cuando lo veo... Allí, entre las sombras, en la ahora oscura piscina está él.

Y no está solo.

#MirarDesearHacer

Medio oculta tras un bote salvavidas, observo la escena que se desarrolla ante mis ojos, como si fuera parte de una ensoñación.

Una parte de mí quiere salir corriendo, y otra no puede ni siquiera moverse. Sé que no debería seguir aquí, pero no puedo evitarlo... Ni puedo dejar de mirarlo.

Flota en el medio de la piscina, y el reflejo de la luna en su cabello lo hace más atractivo que de costumbre. Sonríe, y es más que evidente que esa sonrisa está destinada a alguien más.

El rostro entre las sombras no se puede distinguir desde aquí, pero yo sé quién es esa persona. Lo que jamás imaginé que pudiese darse una situación de tal intimidad entre ellos dos...

Sin hacer ruido rodeo el bote y me pongo de puntillas. Siguen a una distancia considerable, pero ahora tengo un mejor panorama.

A Jayr lo veo de espaldas ahora, y puedo observar claramente los perfectos rasgos del rostro de Ian. Es una situación por demás hipnótica...

Cuando mi amigo se acerca al objeto de su deseo, contengo la respiración. Y casi me ahogo, porque lo hace lentamente.

A medida que avanza, el agua desciende sobre su cuerpo, y ya puedo ver su hermosa espalda mojada, amplia y musculosa. Solo espero que no esté desnudo... ¿En serio, Clara? Vamos, confiesa que cuando menos tienes curiosidad de ver lo bien que luce Jayr en todo su esplendor.

Pero el agua me deja con las ganas. Y la distancia no me deja saber qué le está diciendo... Solo puedo ver que Ian permanece con la espalda pegada a la pared de la piscina mientras mi amigo se acerca hasta quedar a centímetros de distancia.

Aguzo el oído pero nada... No escucho nada, pero sí veo. ¡Ah la mierda! Jayr inclina la cabeza y le mordisquea la nuez de Adán.

Ian sigue inmóvil, y desde mi escondite puedo apreciar la desesperación en su cara. ¿Le gusta o no le gusta? ¡Sí, le gusta! ¡Pero está aterrorizado!

No puedo creer que hayan avanzado tanto las cosas. ¿Cómo no me da cuenta? ¡Obvio! Si estuve todo el tiempo pendiente de Marcos. No tuve ojos más que para él...

Ah, caramba. La expresión de tortura de Ian cambia repentinamente ante un movimiento de Jayr. ¿Pero qué está haciendo ese loco? Ay, no. No, no, no.

No debería mirar, pero no puedo dejar de hacerlo... Y es así que observo como los brazos de mi amigo se mueven bajo el agua.

Es evidente lo que está haciendo, e Ian cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás mientras Jayr lo toca.

De esa forma expone más su cuello y el loco de mi amigo no desaprovecha la ocasión para recorrerlo con la lengua.

Qué calor, pero qué calor... Jo-der.

No puedo creer lo que estoy viendo. No puedo creer que Jayr esté ¿masturbando? a ese imponente ejemplar supuestamente heterosexual y casado, en la piscina del yate de su esposa.

No puedo creerlo pero debo asumir que eso es lo que está haciendo. Lo manosea con ambas manos y le mordisquea la barbilla.

Cuando llega a la boca, Ian de pronto ofrece algo de resistencia.

Se escucha claramente un “¡No!” y luego Jayr es tomado de los bíceps y apartado con cierta brusquedad.

De nuevo corro el riesgo de ahogarme. Es que no puedo respirar de tanta tensión acumulada... Dios mío.

Esto era de esperarse, y solo deseo que Jayr no salga dañado ante el evidente rechazo. Un momento.... ¿Dije rechazo? ¿En serio?

Porque no es lo que estoy contemplando en este momento. Más bien es otra cosa... ¡Joder!

Ian reacciona de la forma más inesperada. Sin soltar a Jayr, lo coloca de cara a la pared de la piscina y luego se sitúa detrás.

Veo los brazos de mi amigo agarrándose del borde, llego a ver hasta sus codos desde aquí. Lo que no veo son los brazos de Ian... Estos agitan el agua detrás de Jayr, y antes de que pueda reaccionar, sucede. Están cubiertos hasta el pecho, pero es evidente que no hay vuelta atrás. Los movimientos de Ian, me indican que ha sucumbido a las artes de seducción de Jayr, y lo ha hecho resistiéndose hasta el último minuto. Pero es tan intensa la atracción que le despierta, o tal vez la curiosidad o la excitación, que finalmente hace lo inimaginable para mí.

Nuevamente me avergüenzo de estar presenciándolo todo de esta manera tan solapada, pero no puedo apartar mi mirada de la escena.

Es algo tan hermoso, tan caliente...

Ian se mueve tras de Jayr con inusitada violencia. Noto que hay rabia en cada embestida y en un momento hasta siento empatía... Claudicar luego de resistirse tanto tiene su cuota de placer y de sufrimiento a la vez.

Sufrimiento que Jayr no parece experimentar. Más bien lo veo como en el más absoluto de los éxtasis. Se aferra al borde de la piscina con fuerza,

aguanta y lo goza. No puedo verle la cara a ninguno de los dos, pero estoy segura de que lo están disfrutando. Con furia uno, con deleite el otro, pero ambos están dominados por la pasión... Es tan intenso lo que proyectan que a mí me duele entre las piernas. Una punzada de deseo hace que mis rodillas flaqueen, y esa conocida humedad se desliza entre mis labios que ya siento hinchados y palpitantes. Sin poderme contener alzo el borde de mi camisón e introduzco mis dedos entre ellos... Tengo que calmar este ardor de alguna forma, porque si no voy a explotar.

Me froto despacio, mientras observo como Ian se aferra al borde y penetra a Jayr con más fuerza. Y no solo eso, sino que además le muerde el cuello, solo que esas mordidas no parecen nada gentiles... Voy a entrar en combustión en cualquier momento. Espero que haya un extintor cerca porque ya no puedo más.

Y de pronto siento a alguien a mis espaldas. Creo que ha llegado el extintor más grande del mundo, o al menos se siente así de enorme y de duro contra mí. Antes de que pueda reaccionar, algo me impide retirar la mano de mi sexo, y también me impide gritar.

—No te muevas. No digas nada...

Marcos.

Marcos detrás de mí, presionando su cuerpo con fuerza contra el mío, susurrándome al oído, cubriéndome la boca con su mano, inmovilizando la mía.

Un bulto prominente contra mis nalgas, y una orden emitida en un tono al que me es imposible resistirme:

—Sigue tocándote.

Trago saliva, y él parece notar que me estoy asfixiando por lo que retira la mano de mi boca, y me aproxima más a él, tomándome de la cintura.

—¿Estás disfrutando de tu papel de *voyeur*?—murmura en mi oído—. ¿Te calientas al mirarlos, pervertida? Y luego te tocas... Vas a terminar con mi cordura, Clara, te lo prometo.

Vuelvo un poco la cabeza y nuestros ojos se encuentran.

Dios santo, qué ojazos. Quiero morderle los labios pero él se aparta y dirige su mirada hacia la piscina.

—Mira...

Intento concentrarme en Ian cogiéndose a Jayr mientras el agua se mueve a su alrededor, pero Marcos frota su pene contra mí de una forma tan sensual que mis dedos cobran vida junto a los suyos.

—Eso... Mira, tócate, disfruta...—susurra, mientras me fuerza a penetrarme con mis propios dedos.

—No debemos estar aquí —me quejo débilmente.

—Estamos de acuerdo. Deberíamos estar a solas, desnudos, gimiendo... Tú deberías estar a cuatro patas y yo lamiéndote el culo. Deberías...

—Marcos, no sigas...

—Tendrías que estar corriéndote a los gritos, y no mordiendo esa boca hermosa para contenerte...

Estoy a punto de desmayarme. No nos movemos más que lo necesario. Él continúa enterrando su pelvis en mis nalgas, y sus dedos en mi vagina. Yo sigo mordiendo mi labio inferior mientras respiro entrecortadamente. Él sigue susurrando cosas prohibidas. Ambos continuamos mirando como hipnotizados lo que ocurre en la piscina.

Los movimientos de Ian se hacen frenéticos. Jayr jadea, se queja y hace el intento de zafarse, pero el hombre que tiene detrás no se lo permite, y lo embiste sin piedad una y otra vez.

No puedo soportarlo más... El insistente roce de mi mano, guiada por la de Marcos logra el efecto deseado. Un orgasmo sobrecogedor me hace estremecer de pies a cabeza mientras mis caderas se deslizan hacia atrás, buscando el complemento perfecto para este momento. Lo necesito adentro, lo necesito ya.

—¿Qué buscas? Pídemelo.

—Tú... ya... sabes... ¡Por favor!—gimo desesperada.

—¿Por favor, qué? ¿Qué quieres?

—Que me cojas. Que me folles. Que entres en mí y me destroces... Que me partas al medio, que me hagas llorar.

Y cuando digo todo eso, casi que lo vomito, al parecer logro el efecto contrario porque su mano se detiene abruptamente y yo me siento morir.

Pero solo un segundo dura esa desazón, porque él me hace darme la vuelta y me agarra la cara.

—Ven conmigo, boca hermosa, que haré lo que me pides. Te la meteré hasta el fondo y te haré llorar...

Eso es todo. Me olvido de Jayr, de mis problemas y del mundo en general. Voy con él porque mi cuerpo lo necesita y también mi corazón. Lo seguiría hasta el fondo del mar si me lo pidiese, pues no encuentro otro lugar donde quisiera estar en este instante que no sea junto a Marcos, con él entre mis brazos, entre mis piernas, dentro de mí.

Y cuatro horas después, cuando me duermo sobre su pecho completamente saciada, me reconcilio con la idea de amarlo hasta que duela, porque por Marcos Santiago vale la pena llorar.

#EntregaPasiónLocura

Cuando regreso al camarote que comparto con Jayr, me lo encuentro con una expresión sombría y el móvil en la mano.

—¿Qué sucede?

De inmediato intenta disimular su preocupación, pero para mí es evidente que lo está. Lo conozco como si lo hubiese parido.

—Estoy con Vivian. Necesitaba una amiga que no estuviese entretenida con una polla bien gorda, pero en este yate no la hay así que...

—Cállate. Tú qué sabes...

—Sé que no has venido a dormir y ahora apareces con la ropa arrugada.

—¿Y tú sí? —pregunto alzando una ceja. No quiero decirle que estuve espiando anoche. Me daría mucha vergüenza confesarle eso.

—Por supuesto. Ahora pon a cargar tu móvil que parece que tiene agotadas las baterías. Y por lo que veo tú también las tienes descargadas por completo.

Me ruborizo como una tonta. ¿De verdad será tan notorio que no he dormido casi nada?

—¿Para qué necesitabas una amiga? —le pregunto sentándome en la cama junto a él.

No dice nada. Continúa escribiendo en el móvil así que insisto.

—¿Qué es eso que hablas con Viv y yo no puedo saber?

—Estamos en el grupo hablándolo. Así que conecta el móvil y te enterarás.

Bueno, parece que está enfadado y no sé por qué. La curiosidad me puede así que pongo a cargar el teléfono y lo enciendo para leer la conversación desde el principio.

Jayr

#ClaraMesiConUnaSolaEse... Dónde estás?

Vivian

Cómo qué donde está? No estaba contigo en el yate?

Jayr

Seguramente. Pero en mi cama no la veo así que ante su falta de

respuesta solo puedo concluir que está en la de su jefe, el *superpolla*.

Vivian
Tú crees?

Jayr
Aquí no ha dormido. La he esperado hasta la madrugada y no se ha dignado a aparecer. Justo cuando necesitaba hablar con alguien ella dale que dale! A follar que se acaba el mundo!

Vivian
Noto cierto resentimiento en tus palabras. Qué sucede? No están saliendo las cosas cómo deseabas? Jayr, tú sabías que eso era difícil.

Jayr
Por el contrario, salvo en una oportunidad, siempre he creído que Ian tarde o temprano sería mío. Me he saltado reglas por él. He faltado a mi ética profesional, y estoy dispuesto a todo por tenerlo. Si no hubiese estado tan seguro de que esto podría darse, tal vez no lo hubiese hecho...

Vivian
Tonces, *güey*?

Jayr
Es que he alcanzado la meta. Pero ahora quiero más... No me conformo con su cuerpo, lo quiero todo, joder.

Vivian
Cómo? Te has acostado con Ian?

Jayr
Acostado? No exactamente. Fue de pie, y en la piscina. El mejor sexo de mi vida... Pero luego de que acabó, se me ha roto el corazón.

Clara
Por qué? Qué ha pasado?

Jayr
Esta está aquí ahora, y me habla por WhatsApp. A qué es tonta la tía...

Clara

Es para no dejar a Vivian afuera, boludito.

Jayr

Mira que eres grosera. Te perdono porque tu argumento es bueno. No dejemos a Vivian fuera.

Vivian

Hola, Clarita. Has visto, verdad? Ha sucedido lo que ni tú ni yo pensábamos que sucedería.

Jayr

Porque no me tenéis fe. Pero sí, ha habido contacto... íntimo. El asunto es que luego parece que Ian se ha arrepentido porque se ha marchado sin decirme una sola palabra. Prácticamente me ha dejado para correr a la cama de su mujer y eso me ha hecho sentir muy mal.

Vivian

Tienes que hablar con él, manito.

Clara

Yo opino igual. Viv, nos han venido a buscar para subir a desayunar. Hablamos esta noche? Hoy iré a por el mono al mercado.

Vivian

Suerte para ambos. Los quiero.

Intento componerme con rapidez. Me visto, me peino y me aplico algo de maquillaje. Ya me he duchado en el camarote de Marcos, así que en unos minutos me alisto, mientras escucho cómo ha terminado el asuntillo de la piscina anoche.

—... y eso es todo. Lo hemos hecho, y luego ha salido del agua, ha cogido una toalla y se ha marchado a su camarote sin siquiera echarme una sola mirada. ¿Puedes creerlo?

—Jayr, creo cada una de tus palabras y no tengo dudas de que van a tener que aclararlo, pero te pido por favor que no te precipites. ¿Sabes el esfuerzo que le habrá costado el claudicar ante ti? Ha sido infiel, ha tenido un encuentro

sexual con otro hombre. Todo eso puede resultar muy abrumador... Dale tiempo para digerirlo y ten en cuenta de que no debe ser nada fácil —lo aconsejo, y para mi sorpresa parece evaluar el seguirlo.

—Lo tendré en cuenta, pero no me conformaré con un polvo, eso seguro. ¿Quieres que te acompañe al mercado?

—No. Te lo agradezco, pero iré con Marcos...

—Ah, vaya. El poder de una *superpolla* desplaza la amistad...—me dice guiñándome el ojo.

—Tú conoces ese poder —replico a las risas, mientras salimos del camarote abrazados.

Es genial tener un amigo como él, pero tiene toda la razón... La polla de Marcos Santiago puede, además de desplazar todos mis órganos internos cuando me la mete, hacerme perder la cordura y lograr que me olvide de todo cuando la tengo dentro. Solo con tocarla me produce un efecto... No sé si abrir las piernas para que me la ponga o caer de rodillas para hacerle una mamada.

Nunca fui una mujer hedonista, pero desde que lo conocí soy una esclava de los placeres que esa pija me puede dar.

Y soy consciente de que es esa y no otra, por lo que sospecho que hay más... Estoy igual que Jayr con Ian, quiero su cuerpo pero también quiero su corazón. Quiero que me quiera como yo a él. Y sobre todo, quiero que se quede en España, junto a mí.

Si no lo hace, no podré soportar el perderlo.

Me estremezco de solo pensar en tener que vivir sin su mirada, sin su sonrisa, sin esas manos enormes recorriendo mi cuerpo, sin sus palabras a veces tiernas, a veces calientes. Sin mis propias carcajadas, sin esa furia que me domina de a ratos, sin esta forma de vivir lejos de las manías y las obsesiones, donde no me importa ser un poco cerda ni el desorden de ropa bajo la cama, siempre y cuando él y yo estemos desnudos sobre ella.

Como anoche...

Me quitó el camisón a zarpazos. Tuve que atar uno de los tirantes al volver a ponérmelo, porque se terminó rompiendo.

Luego se deshizo de mi ropa interior y me lanzó sobre la cama. Pensé que luego se lanzaría él encima, pero lo que hizo fue contemplarme. Me recorrió con la mirada desbordante de lujuria.

Nunca me había sentido tan bella. Sus ojos me lo decían todo, pero su boca me terminó de encender.

—Me moría por tenerte así... No he hecho otra cosa que fantasear con tu cuerpo desnudo en una cama —me dijo sentándose en ella junto a mí. No me tocaba, solo observaba, así que no pude resistirme a la tentación de preguntarle:

—Y ahora que me tienes ¿qué harás conmigo?

Se mordió el labio y luego sonrió.

—Abre las piernas —me pidió como aquel día en su despacho. ¿O más bien fue una orden? No me detuve a aclarar el punto, simplemente lo hice. No mucho, porque mi osadía menguó un poco una vez que separé los muslos ante él.

Claro que no contaba con que Marcos Santiago no sea de los que les gustan las cosas a medias.

Se corrió hacia los pies, tomó mis tobillos uno en cada mano y los elevó abriéndome las piernas dejándome expuesta de la forma más vergonzosa que se pueda imaginar.

—Hace poco he descubierto que te gustaba mirar. ¿También te gusta mostrar? Te veo algo incómoda —se burló, y fue lo último que me dijo mirándome a la cara.

Luego dijo e hizo muchas otras, pero en los sitios más recónditos de mi cuerpo.

Fue como si me hiciera un homenaje a fuerza de labios, dientes, lengua. Exploró mi desnudez con sus manos, con sus ojos, con su boca y con su rostro entero que deslizó por cada rincón.

Para cuando me la metió yo estaba que me trepaba por las paredes. De verdad no creo que alguna vez en la vida haya estado tan dispuesta, tan entregada y tan caliente.

Lo miraba moverse sobre mí con el rostro congestionado por el esfuerzo, y los dientes apretados, y no lo podía creer.

Cuando llegué al orgasmo, ya no vi nada más. El mundo estalló en mil pedazos y me encontré sobrevolando mi cuerpo y mi psiquis sin ningún control.

Lo que experimenté en ese momento fue por lejos, lo más demoledor que sentí en la vida. Fue como algo sobrenatural y un poco temí por mi cordura. Creí que estaba rozando un punto de no retorno, y por primera vez conocí lo que significa “éxtasis” total.

Creo que grité y convulsioné, pero no me importó. Así como tampoco reparé en el hecho de que cuando él se derramó dentro de mí, no llevaba condón. Las preocupaciones no llegaron en ese momento, sino mucho después.

Ya llevábamos varios orgasmos... Yo más que él, eso seguro.

Fue en la pequeña ducha del camarote que caí en la cuenta de lo llena que estaba de... Ay, Dios. Se deslizaba y caía a mis pies junto al jabón. Respiré profundo, y cuando salí envuelta en la toalla le planteé a Marcos mis temores.

Pero a él no pareció compartirlos.

—Tengo treinta y siete años. No me importaría ser padre, y menos contigo...

Me quedé helada y él rió a carcajadas.

—Vamos, Clara. Es tarde para preocuparse... O tal vez demasiado pronto. Espera a que tengas un retraso, mujer.

Y de pronto recordé que ya tenía que haberme bajado. Bueno, de seguro no estaría embarazada porque en el último mes solo había estado con Marcos y no había terminado dentro de mí. Había pocas chances de que quedara, entonces, y el hecho de sentirme decepcionada por eso me perturbó. ¡Yo no quería tener hijos!

Además estaba todo ese asunto de las enfermedades de transmisión sexual. Siempre les había tenido pánico y por eso nunca tuve sexo sin protección. Pero en este caso ni siquiera se me cruzó por la mente que su conducta sexual no fuese igualmente cuidadosa. Claro que con lo “coladita” que estaba, esas desprolijidades mías tenían cierto justificativo.

La falta de reparos de Marcos me dejó muy sorprendida. No se supone que debería estar tan tranquilo ¿no? Sobre todo cuando el contratiempo significaría un corte en su vida de aventuras.

Esa fue la primera vez que pensé que tal vez hubiese alguna oportunidad de que lo nuestro no tuviese fecha de caducidad.

Y ahora lo vuelvo a pensar, al notar cómo me mira...

Ya no hay reparos ni reproches en esos ojos, al observar a mi amigo abrazándome. Le ha quedado más que claro anoche, que lo nuestro no va por ahí. Lo que sí hay es mucha ternura. No, es deseo. No... es ternura. Vamos, que hay de todo en esa mirada y en esa sonrisa.

Se adelanta y me agarra la mano.

—Oye, no hay tiempo de darse un banquete. Coge fruta que ya nos vamos.

El verlo tan de buen humor me encanta. Sobre todo cuando sé que lo que vamos a hacer no es del todo de su agrado... Ha llegado el momento de ir a buscar al mono capuchino para mi hermano, y el hecho de que Marcos me acompañe me hace sentir segura y protegida pero no puedo olvidar que lo que secundará va en contra de sus principios. Eso me hace amarlo más si es posible...

Y justo antes de bajar del yate con una manzana en la mano, ya Marcos en la otra, lo último que mis ojos registran es la mirada cargada de furia de Estefanía Azcón.

#ConociendoAFatmagul

Salimos del puerto de Tánger en taxi y nos dirigimos a un sitio, llamado “Gran Zoco”. Según me dijo el capitán del yate ayer, puede que no veamos capuchinos expuestos, pero que preguntando por aquí y por allí nos llegarán ofertas enseguida.

El mercado es inmenso. Es la puerta de entrada a la medina, y está precedido por una plaza que une a dicha medina con la ciudad nueva. Hay una preciosa mezquita que me hubiese encantado visitar si no tuviésemos tanta prisa... Los ojos se me van tras los azulejos policromos que tanto me fascinan.

En la plaza, nos acosan hombres, mujeres, niños. Nos ofrecen de todo, menos un mono, creo. Es un hervidero de gente por todos lados y un poco me asustan. Marcos me ve la cara y me abraza.

—Son inofensivos, te lo digo yo —susurra.

Lo miro de reajo... Más bien lo admiro. Es tan atractivo. Viste de forma sencilla, igual que yo. Vaqueros, camiseta. Ambos con camperas de cuero. Chupas, que le dicen en España.

Lo que me dice me tranquiliza. Sé que es un hombre muy viajado y está acostumbrado a tratar con distintos tipos de personas en todo el mundo. Me relajo... Es mi primera vez en Marruecos, pero mi guía es de lujo.

—Esta plaza se llama “9 de abril”. Su nombre indica la fecha de la independencia de Marruecos.

Mientras me explica, no dejan de abordarnos nativos ofreciéndonos productos y servicios, lo que resulta por demás cansador. Y al entrar al mercado, todo se pone peor en ese sentido.

A medida que avanzamos, Marcos tiene que declinar de forma amable primero y luego un poco tajante lo que surte efecto y dejan de insistir.

Hay de todo en este mercado. Joyas, artesanía en cerámica, telas, alimentos. Los olores y los colores son de lo más variados y pronto me encuentro sumergida por completo en el encanto de Tánger.

Los aromas a especias no me molestan, me deleitan. Siento que estoy en medio de una película y que soy la protagonista de una aventura que jamás soñé con vivir.

Se ve que estoy sonriendo, porque de pronto Marcos me pregunta:

—¿De qué te ríes, boca hermosa?

—¿Me preguntas a mí o mi boca?

—Esa boca es mía —afirma, y yo por dentro le grito que sí. “Es tuya, mi

amor. La boca y todo lo demás...”

—Al principio tenía algo de miedo, pero la verdad es que estoy fascinada con este lugar. Al final con mono o sin él, esto va a terminar siendo una aventura inolvidable.

Marcos asiente.

—Así es. Cuando le coges gusto a cosas que antes te resultaban atemorizantes, luego no te detienes. El mundo es enorme, Clara. Quedarse en un solo sitio no tiene sentido... Salir de tu zona de confort al principio no es fácil y más cuando te ves obligado por las circunstancias, pero después... Después conocer diferentes lugares y formas de vivir, se convierte en una especie de adicción y ya no puedes parar —me dice, y eso me pone repentinamente triste.

La ilusión de que podría conservarlo a mi lado se hace trizas junto con mi sonrisa, pero vuelvo el rostro para que no lo note.

—Mira... —Señalo una artesanía en cerámica y de esa forma lo distraigo para lograr componerme. De alguna forma lo logro, y cuando vuelvo a mirarlo, noto que está hablando con alguien en francés.

Un hombre pequeño, y con babuchas chapurrea una mezcla de francés y español, y gesticula de forma exagerada.

Marcos me hace una seña y yo me acerco.

—Aquí no conseguiremos lo que quieres, pero mi nuevo amigo nos llevará a un sitio donde tal vez podamos.

Asiento. Me siento segura cuando estoy con él, y no sé cómo lo hubiese hecho sola o con el loco de Jayr.

Entramos de la mano siguiendo al hombrecillo por unas callejuelas estrechas hasta que llegamos a un sitio donde un auto viejo parece esperarnos. Le oprimo los dedos a Marcos, más bien se los retuerzo, temerosa.

—¡Au! Clara, me haces daño...

—Perdón. Es que... Tengo miedo.

—¿Pero tú no eras la que venía decidida a todo?

Bajo la cabeza, avergonzada, pero él me pone un dedo bajo la barbilla y la eleva para mirarme a los ojos.

—Yo te cuidaré. No temas...

Y luego me entrego por completo a él, igual que lo hice anoche, pero esta vez no es para que haga maravillas en mi cuerpo sino para que me proteja y me ayude. El darme cuenta del alcance de esa ayuda, de que lo hace solo por verme feliz, me hace amarlo más si es posible.

Todo sucede muy rápido. Llegamos a una especie de mercado paralelo más pequeño, en las afueras de Tánger. Aquí no parecen tan amigables, y no nos abordan con ninguna oferta. Seguimos al hombrecillo hasta una vivienda a la

cual se accede por un corredor tan angosto que tenemos que pasar de lado.

Bajamos unas escaleras. Marcos sigue hablando en francés con el hombre, y yo no pesco nada. Se lo ve relajado y yo no sé cómo hace... Esto es más que aire de “hombre de mundo”. Marcos sabe hasta dónde debe arriesgarse, y eso me tranquiliza.

De pronto un desagradable olor invade mis narinas tan bruscamente que siento la necesidad de contener el aliento. Es orina y heces... Es horrible.

Finalmente llegamos a un sitio oscuro y pestilente, donde hay jaulas con diversos animales. El hombre que nos llevó allí nos señala a un mono capuchino más pequeño que Jacinto pero tan parecido que podría ser su gemelo.

Hemos encontrado lo que buscábamos pero no estoy para nada feliz. Marcos tenía razón... Las condiciones en que tienen a estos animales indigna.

Y muy dentro de mí reconozco que al comprar seguimos fomentando el tráfico de estos pobres bichos. Por un momento siento mucho asco de mí misma y quiero huir... Yo no sé si Marcos me lee el pensamiento, pero me oprime la mano con fuerza y luego susurra:

—A veces hay que saltarse reglas por amor, Clara. Incluso faltar a nuestros principios y hacer cosas como esta...

Hay otro hombre en la habitación, que parece que es el dueño de los animales. Marcos se dirige a él, y mientras negocian y yo los miro. Parece que están regateando... En un momento me agarra de la mano y hace un amague de irse pero el hombrecito lo detiene y finalmente arreglan el precio.

Marcos mete la mano en el bolsillo y saca de su cartera unos cuantos billetes en moneda local.

—¿Qué haces?

—Pago lo que arreglamos.

—¡Pero yo he traído mi dinero!

—¿Has cambiado a dirhams? Porque esta transacción es en esa moneda y no aceptan otra.

Ay, no. Claro que no...

—No pensé en eso. Qué boluda...

—¿*Boluda*? —pregunta nuestro improvisado guía.

Marcos sonrío y mueve la cabeza.

—Argentina, explícale tú porque a mí no se me ocurre traducción posible —me dice.

—Mejor vámonos... Te pagaré luego.

Él me acaricia el rostro y por un segundo nos olvidamos de lo que hemos venido a hacer, y del nauseabundo olor del recinto.

Nuestro anfitrión es el que rompe el encanto poniendo al monito entre

mis brazos. Ah, caramba... No lleva pañales. Tendremos que comprar...

Es un encanto de animal, aunque huele muy mal. De inmediato me enamoro de él, y muy a mi pesar.

—Hola, Jacinto —susurro y sin poder contenerme le beso la cabeza. Es la primera vez que tengo una iniciativa de estas. ¡Besar a un animal exótico y sin vacunar! Marcos me está cambiando...

Y mientras nos subimos al viejo coche que nos trajo hasta aquí, él me dice:

—Ese nombre no funcionará...

—¿Jacinto? ¿Por qué? Es un hermoso nombre y el mono es igual al otro... No creo que Alejandro note la diferencia.

—Sí la notará.

—No lo hará...

—Es una hembra, Clara. Y se llamará Fatmagul.

Me quedo con la boca abierta. ¿Una hembra? Bueno, no era exactamente lo que necesitaba, pero esta cosita hermosa hará feliz a mi hermano. Algo inventaré para contentarlo pero si Fatmagul me conquistó a mí, entonces... Un momento ¿Fatmagul?

—¿Por qué Fatmagul?

—¿Y por qué no? No me digas que no has oído hablar de la serie...

—Sí, claro. Y hasta publicamos un artículo sobre el éxito de: “¿Qué culpa tiene Fatmagul?”—recuerdo en voz alta.

—Bueno, ese nombre le va. Es un ser inocente que ha sido víctima de gente sin escrúpulos a los cuales nosotros financiamos...

Me siento muy culpable al escucharlo. Y también triste porque lo he arrastrado a hacer algo poco ético y que va en contra de sus convicciones.

—Lo siento —le digo, sincera.

Él acaricia la cabeza de Fatmagul y luego murmura:

—Al menos para ella, esto marcará la diferencia.

Es verdad. Era horrible cómo la tenían.

—Gracias, Marcos. Dime cuanto te ha costado... Parecía mucho dinero.

—Parecía, pero no lo era. Es por el tipo de cambio.

—Pero dime cuánto te debo.

—Tómalo como un regalo, Clara. Cuídalo bien...

Su tono no admite que siga con el tema al menos en ese momento.

—Lo haré, pero ya arreglaremos cuentas luego.

Él ríe de forma seductora.

—Si insistes... Ya me cobraré en especies, entonces.

Desvió la mirada ante esa declaración, porque tengo miedo que se me

note que me muero por quitarme las bragas.

Luego todo transcurre sobre rieles. Conseguimos pañales, cosa que yo creía complicada en este lugar, pero no es así. Aquí se consigue lo que sea, solo hay que saber preguntar.

Comemos en la calle, intentando mantener oculta a Fatmagul dentro de la chupa de Marcos. Hace calor, pero tenemos que aguantarnos... Y finalmente volvemos al puerto, con nuestro tesoro bien guardado. Solo intercambiamos dos palabras antes de que Jayr nos asalte a puras preguntas.

—Te amo —murmuro tomando a la monita de dentro de su chupa. Se me escapan las palabras, no lo puedo evitar...

La respuesta es simple, sencilla, intensamente esperada, y hace que mi corazón rebose de dicha.

—Yo también.

#UnEstallidoInesperado

Fatmagul es el centro de atención en el yate. Todos estamos en torno a ella, incluso el capitán, y el camarero/cocinero/grumete que nos acompaña en la travesía.

La única que permanece apartada es Estefanía... No sé qué es lo que la tiene tan disgustada, pero no voy a preguntarle, eso seguro.

Y no hace falta.

De pronto se pone de pie y se acerca con cara de pocos amigos.

—¿Ya tenéis lo que buscabais? Entonces zarpemos, Capitán.

Bueno, esto sí que es raro. Se suponía que estaríamos hasta mañana aquí... El capitán parece estar listo porque inicia las maniobras, pero parece que Ian tampoco se lo esperaba porque la mira con extrañeza y luego le pregunta.

—¿Cómo? ¿Ya nos vamos?

La mirada que ella le dirige es como un puñal.

—¿Eres sordo además de estúpido?

Ian se pone de todos colores. Es evidente que la agresión lo toma por sorpresa, y lo descoloca.

—Estefi... Bajemos. Hablemos por un segundo a solas... —balbucea.

Ella lo observa con desprecio.

—¿Para qué? No me seguirás tomando por tonta, Ian Farrell. Ni tú ni tu amiguita...

Eso nos cae a todos como un baldazo de agua fría. No tardo nada en darme cuenta de que está hablando de mí, sobre todo porque dirige su mirada hasta donde yo estoy.

—¿Qué dices? —pregunta Ian con un hilo de voz.

—Eres un capullo... ¿Creías que no me daría cuenta? Has traído a tu amante a bordo, una golfa de lo más cutre. Pensaba que tenías buen gusto, pero te conformas con esta...

Ian no atina más que a abrir y cerrar la boca, pero Marcos da un paso al frente y la increpa.

—Oye, te estás pasando. Lo que sugieres no es cierto, te lo aseguro yo...

—¿Tú? Tu palabra no vale nada. Has traicionado a tu propia sangre, así que hacerlo con tu anfitriona no debe suponer mayor esfuerzo para ti. Ahora me explico tu interés en venir...

—No sé de qué hablas, pero más vale que regresemos a puerto porque

dejaremos este yate de inmediato...

—¡Ya hemos partido y no regresaremos! Descenderéis en Sotogrande y luego no os quiero ver nunca más. Sois una pandilla de mentirosos empezando por ti, Clara Mesi.

Por primera vez me habla directamente, y la verdad que era lo que estaba esperando.

—No sé de dónde has sacado semejante disparate, Estefanía. Yo no soy la amante de Ian...

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué eres? ¿La chica de Jayr y amante de Marcos? ¿Sabes qué? ¡No soy tonta! Ambos son pantallas que te has traído para robarme a mi marido. Este gilipollas cree que me puede engañar tan fácilmente... ¿Crees que no he notado que anoche Ian se ha acostado tarde? ¡He visto tu camisón! Parece que contigo ha sido más apasionado que conmigo...

Me quedo de una pieza. No sé cómo esta mujer ha llegado a esas conclusiones tan forzadas.

—Estás equivocada.

—¡Cállate, zorra! Todo lo habéis planeado muy bien. La excusa del mono para tu hermano... Tu jefe para que no te atrasaras en el trabajo... Primero me has hecho creer que estabas con Jayr. Luego te he visto cogida de la mano de Marcos. ¡La coartada perfecta! Tu chico que se lleva a mi marido toda la tarde a “recorrer Tángel”. Tu jefe que te lleva a ti a comprar el mono... ¡Vosotros no sois más listos que yo! Me he dado cuenta que toda esta farsa la habéis montado para encontraros fuera de aquí, Ian y tú. No os ha alcanzado con follar bajo mi propio techo, que habéis tenido que continuar en...

—Basta, Estefanía —interviene de pronto Jayr—. Estás diciendo un disparate tras otro... Clara no es amante de Ian.

—¿Ah, no? ¿Vas a seguir manteniendo que es tu chica? ¡No os habéis besado ni una sola vez, ni ahora ni antes!

—Esa conclusión la has sacado tú. Clara es mi amiga...

—¡Vosotros jamás lo habéis negado! ¡Os he puesto juntos en el camarote y no os habéis quejado! Queríais seguir engañándome, confundiéndome... Pero lo he visto todo claro: la meta era salir de aquí para encontraros fuera.

Dios santo... Estefanía está fuera de control y creo que todos nos damos cuenta de que nada de lo que hagamos o digamos podrá hacerla desistir de sus locas ideas de conspiración.

—Os habéis asegurado bien ¿eh? Me resultaba difícil ver en qué encajaba Marcos en todo esto, hasta que he notado que ha sido él y no Jayr quien te acompañaría al mercado. El tío es ecologista y va a salir a comprar un mono... Lo he visto claro en ese momento: la estrategia era que tu jefe te sacara del yate,

y que tu amigo sacara a mi marido. ¡Listo! Era la forma de deshacerse de mí y poder divertiros...

Marcos me toma de la mano y luego susurra:

—Pensé que estaba mejor, pero...

Estefanía lo caza al vuelo.

—¿Qué dices, hijo de puta? Porque eso es lo que eres. Tu madre es igual a esta... Engatusó a don Tomás y luego os abandonó a todos. ¿Te ha pagado Ian para que lo ayudes? ¡Pues si lo ha hecho debes saber que se trata de mi dinero, porque él no tiene nada! ¡No ha hecho nada en toda su puta vida así que sin mí no le queda ni lo que lleva puesto!

Marcos da un paso al frente y la enfrenta con serenidad.

—Estefanía, bien sabes que a mí no me hace falta ni tu dinero ni el de nadie. Estás haciendo una lectura incorrecta de hechos objetivos que nada tienen que ver contigo... Clara y yo estamos juntos desde antes de subir, y solo he venido para acompañarla a buscar un mono para su hermano discapacitado. Jayr es su amigo, y tú misma lo has invitado a venir junto a ella...

—¡Hermano discapacitado y mono perdido! No os creo nada...

No me puedo contener y cojo mi móvil. Busco una foto de Alejandro con Jacinto sobre sus piernas y me acerco a mostrársela, pero ella está fuera de sí, me arranca el móvil y lo arroja al mar.

—¡Joder! —grita Ian—. ¡Estás peor de lo que creía!

—¡Y tú eres peor de lo que creía! ¡No me extrañaría que estéis enrollándoos los tres! Después de todo a Marcos le encantan los triángulos de dos hombres con una mujer, ¿por qué no pasar a los tríos si lo que tenéis en medio es un zorrón como este? ¡O tal vez los tres os estéis follando a esta cualquiera!

La tensión es tan grande que el aire se torna denso. Y eso que estamos en cubierta...

De alguna forma todos nos damos cuenta de que Estefanía no está bien, pero es tan hiriente todo lo que dice... Y también todos sabemos que a pesar de que sus conjeturas son erradas, hay algo turbio en este lugar. Ian le ha fallado como marido, Jayr la ha burlado bajo su propio techo. Yo le he dejado creer cosas que no eran...

Si alguien puede salir de esto sin una salpicadura es Marcos, y se ha llevado los peores insultos que he escuchado en la vida.

Ian está pálido, pero de alguna forma logra reaccionar y se hace cargo de su mujer. La toma de un brazo y la obliga a bajar las escaleras.

Ella grita, se resiste... Está trastornada por completo.

No me importa lo que haga, con tal de que se la lleve y le impida seguir

vomitando veneno.

A Jayr se lo ve bastante descompuesto, con Fatmagul en brazos. Me siento junto a él y le acaricio la mano.

—Perdóname—me dice, triste—. Por mi culpa has tenido que pasar por esto... Y perdóname tú también, Marcos. Esto es toda responsabilidad mía. Yo convencí a Clara de que viniera y más que nada fue para favorecer mis planes...

Marcos se acerca.

—No es tu culpa. Estefanía Azcón ha tenido altibajos en su... salud mental. Lo que carga Farrell es una pesada cruz desde hace años y sé que no lo hace por dinero sino por piedad.

—¿Entonces es cierto? ¿Tú lo sabías? —pregunto incrédula—. ¿Sabías que estaba loca?

—Es un secreto a voces que tiene problemas, Clara. Pero últimamente estaba compensada... Todos acabamos de comprobar que ya no. Por lo que sé ha padecido de esquizofrenia paranoide desde hace mucho. Es esa que hace ver conspiraciones, confabulaciones... Parecía completamente funcional y hasta me había olvidado de eso hasta ahora, en que la vi tan mal. No soy psiquiatra, pero esto me ha parecido un brote...

No debería afectarme lo que ha dicho una enferma en su fase aguda, pero lo cierto es que sí lo hace. Me siento mal, pero creo que el que la está pasando peor es Jayr.

Ahora toma conciencia de que el juego con Ian puede resultar peligroso, no tanto para él sino para Ian. Estoy segura de que Estefanía sospecha que Ian le ha sido infiel, y al ser yo la única mujer a bordo, me he llevado toda la culpa. Esas sospechas sumadas a sus problemas mentales, han logrado este desastre.

Y es así que el resto de la travesía hacia Sotogrande transcurre en silencio. Ya no se escuchan llantos desde la parte inferior del yate. Se ha puesto a llover pero ninguno de los tres ha hecho nada para cubrirse. La única que parece tener ánimos es Fatmagul, que se aleja todo lo que la correa se lo permite, y se guarece bajo una silla.

Estamos tristes todos, pero Jayr se ve realmente desolado. Y por primera vez lo veo como un hombre.

Ya no es un duendecillo travieso e inmaduro. No se lo ve despreocupado, egoísta y joven como es habitual en él.

Por fin se ha corrido el velo, y creo que esto lo ayudará a madurar y dejar de seguir impulsos.

Sin duda resultará beneficioso a la larga, pero no puedo dejar de lamentar el hecho de que la sonrisa más cálida y auténtica del mundo, hoy ya no esté adornando su cara.

#VivianEnPeligro

El viaje desde Sotogrande a Barcelona fue algo incómodo. Un taciturno Jayr nos mantuvo tensos durante todo el trayecto.

No tomamos el AVE, sino que regresamos en el coche de Marcos. Fueron las diez horas más largas de mi vida... Entre el mono que no paraba quieto, y mi amigo que no hablaba, esa travesía fue cuando menos incómoda.

Marcos también condujo en silencio la mayoría del tiempo. Se turnaron con Jayr en un momento, pero a mí no me dejaron. Esa desconfianza me ofendió un poco así que me hice la dormida y les di la espalda. Bueno, eso al principio, porque luego de verdad me dormí.

Cuando dejamos el yate nadie nos despidió. Ian y Estefanía nunca salieron del camarote, pero al menos ya no se escuchaban ni gritos ni llantos.

Nos cambiamos de ropa, agarramos nuestras cosas, saludamos al capitán y eso fue todo.

Ese fin de semana hubiese quedado para el olvido si no fuese por lo que pasó la noche anterior, y por lo de Fatmagul... Bueno, no sé de qué puedo quejarme. Salvo por la agresión de Estefanía, yo logré mis objetivos y más aún... Obtuve lo que jamás hubiese imaginado, una noche de sexo salvaje, y una mutua declaración de amor.

Todavía me estremezco al recordarlo...

Hace un rato dejamos a Jayr en el metro porque no quiso que lo alcanzáramos hasta su casa, y ahora acabamos de llegar a la mía.

—¿Quieres pasar? —le digo a Marcos ni bien bajamos del coche.

—¿Tú crees que sería conveniente? Son las seis de la mañana, y es domingo.

—Vale, tienes razón.

—¿Qué harás más tarde?

—Lo mismo que tú: descansar.

—¿Y luego?

—Luego le dedicaré tiempo a Alejandro y a esta pequeñaja que necesita que le cambie el pañal con urgencia...

—¿Quieres hacerte desear? Porque debo aclararte que ya te deseo.

Yo queriéndome hacer la superada, y él me desarma con una sola frase. Pensándolo bien, eso de hacerme desear no es mala idea. Ya me he mostrado demasiado dispuesta últimamente.

—Marcos, ¿podemos seguir esta conversación el lunes, en la oficina?
Me mira de una forma... Entre pícaro y tierno. Creo que ya me ha pillado el truco.

—Venga, vale. El lunes en la oficina. Y será algo más... “vinculante” que una simple conversación.

Dios santo. Casi me desparramo en la acera. Marcos ríe, divertido y luego me acerca tomándome de la cintura, y me da un beso muy dulce.

Lo único malo fue que no solo yo me ligué un beso; Fatmagul también fue favorecida. Por suerte me tocó primero a mí.

Subo la escalera con un estado de ánimo distinto y eso se debe a la alegría que estoy a punto de darle a Alejandro.

No sé qué le voy a decir. Creo que primero veré su expresión...

Abro la puerta despacio. El silencio me recibe.

Bueno, yo no me aguanto esta sorpresa. Se la tengo que dar ya mismo así que me dirijo a la habitación de Ale con Fatmagul en brazos.

Y casi me muero de un infarto cuando me encuentro a María en el pasillo.

—¡Nena! ¡Qué susto!

—Hola, Mery. Yo también me asusté...

—Te esperaba más tar... ¿Y eso?—se interrumpe y señala a Fatmagul perpleja—. ¡Clarita! ¿No escuchaste mi mensaje?

—Es que... Perdí el móvil.

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa? Sabías que iba a buscar un capuchino para Ale. Bueno, es “una” capuchino y se llama Fatmagul —le digo tendiéndole a la monita.

La agarra con reservas primero y al verle la carita termina estrechándola contra su pecho.

—Nena... tenemos un problema.

—¿Cómo que tenemos un problema?

—Rectifico: tenemos dos. Jacinto apareció anoche. Como no respondías te dejé un mensaje en la contestadora, pero si perdiste el móvil...

Casi me caigo de culo.

—¿Cómo? ¿Dónde mierda estaba ese hijo de puta?

—Calmate, Clarita. No fue culpa de él... El hijo de don Enrique lo tenía escondido en su cuarto.

—¡Qué pibe boludo, por Dios! Debí imaginarlo... La pataleta que hizo cuando don Enrique lo trajo para Ale. ¡Lo quería para él! —exclamo furiosa.

—Así es. Cuando su madre lo descubrió, confesó que le había enseñado a Jacinto a destrabar la ventana para que pudiese escaparse. Mañana vienen a

poner una malla electrosoldada para que no pueda volver a hacerlo...

—Hiciste bien en contratar eso, Mery —le digo suspirando—. Pero ahora ¿qué vamos a hacer con dos monitos?

Ella se ríe, olfatea el pañal de Fatmagul y pone los ojos en blanco.

—En principio cambiarle el pañal a esta cochina.

—¿Y después?

—Amarlos —me responde guiñándome el ojo.

“Amarlos...”

Tiene razón.

Cuando la vida te da este tipo de sorpresas inesperadas, no hay que hacer demasiadas preguntas ni demasiados planes.

Y eso es precisamente lo que pienso hacer con el regalo inmenso y maravilloso llamado Marcos Santiago.

Amarlo.

Al otro día me levanto y me pongo un vestido gris que siempre me salva porque me calza como un guante hasta la altura de los muslos, y luego ondula alegremente hasta los tobillos. Unas botinetas completan mi atuendo. Pelo suelto, poco maquillaje y a trabajar.

Pero antes de salir me detengo y observo a mi hermano reír, lleno de dicha. Eso hace que mi corazón se dispare en mi pecho.

No hay nada más lindo que esa risa.

—¿Así que ahora tienes dos amigos, Ale?

—D-Dos...

—Y se van a portar bien ¿verdad? ¡Lejos de las ventanas!

—Sssí... Lejossss...

Le doy un beso en la frente y me voy cantando.

Cuando llego a la oficina, veo a Marcos tras el cristal de la sala de reuniones. Ni bien me ve, me hace un gesto para que entre.

—Imagino que ya la habéis visto por aquí. Ella ha estudiado periodismo y creo que no estamos apreciando su talento...

Un hombre algo mayor interviene.

—Creí que era la asistente de Mateo... A propósito ¿no viene hoy a la reunión?

—Debería, pero quién sabe. Igual aún le duele la pierna. Como os decía, Clara Mesi...

—¿Mesi? —pregunta otro tipo de traje azul y camisa roja. Otro fanático del Barca...

Don Tomás, que encabeza la mesa oval, intenta explicarle.

—Ella dice que no, pero...

—Se lo aseguro, don Tomás —le repito por enésima vez—. No somos nada...

—Pero... ¿lo conoces? ¿Al menos has hablado con él alguna vez?— insiste el del traje azul.

—No.

—¡Pero si ambos sois de Argentina, joder! ¡Y lleváis el mismo apellido!

—Señor... Argentina es enorme. Jamás lo he visto más que en la tele. Además, mi apellido es con una sola “ese”.

Don Tomás suspira y hace un gesto con la mano.

—Ella es así... No quiere hablar del asunto porque protege a su primo de fanáticos como nosotros. Continuemos con la reunión por favor.

Marcos se pone la mano sobre la boca para evitar soltar la carcajada y yo lo reprendo con la mirada. Estoy acostumbrada a que su padre fabule y fantasee sobre el tema, pero que estos accionistas participen de esta farsa me pone muy nerviosa.

Por suerte no se extiende demasiado. Tengo muchas cosas que hacer, mucho trabajo acumulado... Ayer domingo me la pasé durmiendo y luego jugando con Ale y sus dos simios. Estuve todo el día “con fiaca” como le decimos en Argentina, y creo que el hecho de que me haya bajado la regla tiene mucho que ver. Un problema menos a la vista dado lo descuidados que fuimos, pero por un momento me he sentido un pelín decepcionada. Quise hablarlo con Vivian, pero sin móvil estaba prácticamente incomunicada. Y al recordar el detalle, me hago el firme propósito de no terminar el día sin adquirir uno.

Extraño a mis amigos, necesito que estemos los tres *online*.

Pero eso será más tarde, porque ahora tengo que admitir que más que por asuntos de trabajo, quiero que esto termine para estar a solas con el hombre que amo.

Sí, así es. Me lo digo y me lo repito: Marcos Santiago es el hombre que amo. Y creo que él siente algo parecido por mí.

Y cuando salimos de la sala de reuniones y camina junto a mí con su mano en mi cintura, me siento en la gloria. Claro que la gloria no dura demasiado porque antes de entrar a su despacho, Adela, la rubia plástica sale a nuestro encuentro. A su encuentro, en realidad.

—Marcos, cariño. Tengo diagramada una campaña que no fallará. Entremos y te contaré los detalles...

Y así nomás, lo toma del brazo y se lo lleva. Más bien lo arrastra consigo y no puedo reprimir una carcajada cuando veo que con la mirada me pide que lo rescate. Definitivamente los celos a causa de Adela, son cosa del pasado.

No los sigo, porque me divierte un poco verlo sufrir así. Además, Tere

me llama.

—¡Clara! Qué oportuna eres, hija mía. Justamente tengo aquí a un tal Jayr que dice que le urge hablarte.

Frunzo el ceño y agarro el teléfono. Por más que sepa que no tengo móvil, es muy inusual que me llame a la oficina.

—¿Jayr?

—Clara, menos mal.

—¿Qué sucede?

—Vivian. Acaba de ingresar a Emergencias.

—¿Cómo? ¿Qué tiene?

—El hijo de puta la ha golpeado...

El hijo de puta la ha golpeado.

Esas palabras también son para mí como un golpe, pero en la boca del estómago. Voy a matar al infeliz, lo voy a despedazar, lo juro.

Con el rostro descompuesto, me vuelvo y sin decir una palabra a nadie, salgo de la oficina y me voy al hospital.

#LaIncreíbleVerdad

Lo veo apenas entro a la emergencia. Lo veo a él, y también lo veo todo rojo... Allí está la basura más inmundada, el tipo más malvado del universo. Tiene una bolsa de hielo en sus nudillos maltratados y sangrantes.

Cuando tomo conciencia de que con esa mano ha hecho lo que ha hecho, me olvido de todo. De que es mi jefe, de que es más alto y más fuerte, de que está sangrando.

Me acerco hecha una furia y lo agarro de las solapas.

—¿Qué le hiciste, forro hijo de mil putas?

Me sale la argentina, el barrio, y el odio, todo junto.

—Señorita Mesi, por favor guarde la calma...

—¡La concha de tu madre! ¡Una mierda voy a guardar la calma! ¡Te voy a matar!

—No es lo que usted pien...

—¿Por qué le pegaste, infeliz? ¿Por qué?

Se lo ve asustado, abre y cierra la boca como un pez fuera del agua. Quiero que se ahogue, quiero que se muera.

Representa todo lo que odio en ese momento.

—Señori...

Paf. Le doy una bofetada en plena cara. Y como no me quedo a gusto, levanto la mano para darle otra. Claro que no puedo, porque alguien me la detiene. Es Jayr.

—¡Clara! ¿Qué haces?

—¡Suéltame!

Mi amigo me aparta inmovilizándome los brazos contra el cuerpo.

—¡Basta!

—¡Le ha hecho daño a Vivian! ¿Cómo puedes tenerlo enfrente y no querer matarlo?

Y lo que me dice me deja fuera de combate al instante.

—¡No ha sido él!

Dios santo... ¿qué es lo que está diciendo? ¿Cómo que no ha sido él?

—Clara, mírame a los ojos y respira profundo... Vivian está dentro y está bien. No ha sido el Amar... señor Santiago el que la ha golpeado—me dice Jayr tomando mi rostro entre sus manos.

Intento recuperar el aliento, y de a poco lo logro. Puedo respirar, pero

hasta que no vea a Vivian no podré calmarme.

Ni me molesto en pedir disculpas al Amargado. Me arreglo la ropa y le exijo a Jayr:

—Quiero entrar. Quiero verla.

Él asiente y me toma de la mano. Yo camino como en trance. No sé qué está pasando. No entiendo nada... Solo sé que le han hecho daño a Vivian y eso no puedo soportarlo.

Ni bien entro veo el labio partido, la mejilla morada... Tiene sangre en la blusa, en el cuello, en las manos.

Corro hacia ella y me arrodillo a sus pies.

Vivian me abraza... Me consuela. Parece que fui yo la que ha sufrido el ataque.

—Ya, manita... Estoy bien. No llores, Clara...

No puedo contenerme y sollozo al tiempo que beso la mano que acaricia mi rostro. Sus bellas uñas están destruidas. Sé que lo primero que debe importarme es saber cómo se encuentra y juro que así es, pero la pregunta que me surge es:

—¿Quién fue, Viv? ¿Quién te hizo esto?

Ella inspira profundo.

—No ha sido Mateo. He escuchado tus gritos...

—¿Seguro que no estás encubriéndolo?

La veo sonreír y luego hacer un gesto de dolor.

—Eso es propio de Jayr, no de mí —dice—. No, no estoy encubriéndolo.

—¿Entonces quien?

Viv traga saliva y luego me lo dice.

—El padre de mis hijos.

¿Cómo? ¿Pedro, el mexicano?

—¿Qué dices? ¿Está aquí?

Ella asiente y baja la vista.

Me paro y comienzo a caminar por la habitación. Está todo muy desordenado, especialmente esa bandeja con gasas y otros enseres para efectuar curaciones. En este momento me muero de ganas de ponerme a ordenar ese caos, pero me contengo e intento concentrarme.

—Oye, Clara—interviene Jayr—. Vivian está bien... No hay fracturas. Le han puesto una aproximación en el corte del pómulo, y en unos días...

—¿Dónde está? —pregunto dirigiéndome a mi amiga. Estoy tan contrariada e iracunda que no pienso en otra cosa que lastimar al que le hizo esto.

—No lo sé —me cuenta Vivian, con calma—. Mateo llegó justo a tiempo

y lo golpeó, pero logró escapar...

Ella me cuenta los detalles como si le hubiese pasado a otra persona y yo me doy cuenta de que está acostumbrada. No es la primera vez que Vivian ha sido golpeada y eso me causa tal indignación que me hace temblar.

Parece que fueron a buscar ropa al piso de la tía de Vivian. El Amargado se quedó en el coche y Vivian subió.

El hijo de puta estaba adentro. La casera lo había dejado pasar y estaba revolviendo las cosas de mi amiga. Intentó violarla y ella se defendió. Terminó golpeándola y si no fuese porque entró Mateo, extrañado de que se tardara tanto, tal vez le hubiese hecho más daño.

—Él me salvó, manita. Si Mateo no hubiese entrado, Pedro lo hubiese conseguido...

“Y tampoco sería la primera vez” me dice una voz interior que no puedo acallar.

—Ay, Viv... Lo siento. ¡Lo siento tanto!

Ella sonríe y se nota que le duele.

—Ya ha pasado... Estoy segura de que se fue con la nariz rota. He puesto la denuncia y ojalá lo encuentren... Clara, ya no más. No voy a soportar que nadie se aproveche de mí de ninguna forma ¿sabes? Ya no.

Se la ve calma pero decidida, y yo la admiro más que nunca.

—¿Sabes que te quiero?

—Lo sé —me responde guiñándome el ojo.

—No me dejéis afuera —dice Jayr fingiendo estar celoso—. Yo también os quiero a ambas, pero ya basta ¿vale? No quiero entrar en un coma diabético con tanto dulce.

Todos reímos pero hay algo que me rechina y no sé lo que es. Bueno, sí sé. Necesito saber que mi amiga está en buenas manos. Mejor dicho, necesito apartarla del Amargado. A pesar de que Vivian me aseguró que fue el que la salvó, ese tipo me da mala espina. Hay algo raro en la relación que mantienen, y definitivamente no confío en él.

—Viv, cuando te dejen ir te vienes conmigo.

—Oye, que yo vivo más cerca y vosotros sois demasiados. Tres personas y dos monos, joder. Qué casa de locos... —interrumpe Jayr.

Vivan mueve la cabeza y nos toma de la mano.

—No hará falta. Mateo me cuidará.

—Viv, ese hombre no puede cuidarse a sí mismo. ¿Qué te hace pensar que lo hará contigo? Lo he visto huir despavorido cuando una de sus nenas vomitó en su despacho... Por favor, es un inútil.

Pero ella se mantiene en sus trece.

—Él se hará cargo.

—¿Cómo puedes estar segura? Si estando sana aguantarlo es un dolor de ovarios, imagínate con eso que tienes...

—Mateo hará lo que yo le indique —dice con ella con calma.

Se me hace rara tanta seguridad. Aquí hay gato encerrado y ya es hora de que salga.

—No puede valerse por sí mismo, Viv. Es un niño grande pero de los que se portan mal. Prefiero que vengas con...

—Clara...

—¿Qué?

—Lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

La respuesta de Vivian hace que a Jayr se le caiga la mandíbula a nivel del suelo, y a mí me deja patitiesa.

— Porque Mateo es mi sumiso.

#ElImpulsoDelator

La revelación de Vivian nos deja fríos. Jayr y yo no atinamos a otra cosa que mirarla con los ojos desorbitados.

En eso entra el médico de guardia para revisarla, y luego le firma el alta.

—Bueno, listo. Ya me voy.

¿Qué? ¡No nos puede dejar así!

—Espera, espera. No te vas a ir sin decirnos...

—Detalles, tía. Queremos detalles —insiste Jayr con desesperación.

—Ya saben lo que tienen que saber. Mateo se hará cargo de mí y mis necesidades. Ya han visto que solo usa su bastón y no necesita tantos cuidados... Nadie podrá hacerme daño.

—Vivian, por favor... ¿Cómo es que llegaron a tener ese... tipo de relación? Yo conozco a ese infeliz y no acepta órdenes de nadie. Es un déspota, machista y hasta xenófobo... —le digo esperando que muerda el anzuelo y cuente más.

Pero ella no suelta prenda. Se baja de la camilla con agilidad y se acomoda la falda.

—Nunca había conocido a alguien como yo. Y ahora, queridos míos, quiero que me hagan un favor.

—Sí, lo que quieras —dice Jayr, solícito.

—Quiero que vayan a un centro comercial y compren un móvil para Clara. Jayr me ha puesto al tanto de todo, pero estos dos días sin estar con ustedes *online*, han sido un calvario. Amigos, de verdad me gusta saber que están ahí, y que puedo ayudarlos si me necesitan. ¿Pueden hacerme ese favor?

Ambos asentimos. Los pescadores pescados somos...

Cuando salimos del cubículo, el Amargado se acerca. Me mira con reprobación, y también a Jayr. Pero cuando sus ojos rozan el rostro de Vivian, su expresión cambia. Hay como una mezcla de ira con admiración que jamás vi en él. De veras lo desconozco.

—Señor Santiago, quiero pedirle disculpas por haberme confundido —le digo carraspeando.

—Ya.

—Cualquier cosa que Vivian necesite...

—Yo me haré cargo.

Y eso es todo. Vivian me mira como diciéndome “te lo dije” y luego me

besa la frente. Se despidió de Jayr y echó a andar con el Amargado detrás, rengueando como el Dr. House.

Jayr y yo nos quedamos mirándonos.

—¿Soy yo, o tú también tienes la sensación de que hay una parte de Vivian que no conocemos?—me pregunta.

—También tengo esa sensación. No sé cómo él puede cumplir el rol de sumiso... ¡Si es un patán!

—A mí no me choca tanto el rol de él... A mí lo que me impresiona es pensar en Vivian como... ¿dominante? ¿Así le decís vosotras, las adoradoras de Grey?

—Oye, que eso es distinto. Pero coincido contigo: no me imagino a Vivian en ese rol. Ella ha sido la esclava de su marido durante dos décadas...

—Esto no se quedará así, ¿lo sabes verdad? Pero ahora espérame unos minutos que termine mi turno, me cambio, y luego vamos a por un nuevo móvil...

Cuando salimos del hospital, un coche se acerca al borde de la acera.

—¡Jayr!

Ambos nos volvemos y vemos a Ian bajar de él.

Mi amigo está como petrificado... No sé si ha logrado hablarle luego de la explosión de Estefanía porque al estar incomunicada no me he enterado de nada.

Ian se para frente a nosotros y luego se dirige a mí.

—Esto es para ti —me dice al tiempo que me entrega una bolsa con el logo de iPhone.

Y luego mira a Jayr.

—Y esto es para ti —murmura antes de partirle la boca de un beso.

Es tan inesperado el gesto, que ni siquiera atino a desviar la mirada. Más bien no hago otra cosa que contemplar a esas dos bellezas besarse. Hay ternura en el gesto, pero yo me siento en llamas...

El dulce momento se interrumpe de pronto al escucharse fuerte y claro, el grito de una mujer.

—¡Traidor!

Al otro lado de la calle, Estefanía aprieta los puños y nos mira con odio.

La expresión de Ian es de sorpresa y confusión. Es evidente que no se esperaba que lo siguieran, y queda como paralizado.

No hace falta que haga nada; Estefanía lo hace por él.

Da un paso al frente, y luego simplemente se desmaya. En medio de la calle...

Varias personas la asisten, incluido su marido, y una hora después

estamos los tres en la Emergencia, esperando que el médico nos dé un informe.

Nadie dice nada... Es que no es el momento para hablar del futuro, y de cómo encararán la situación. Ian parece preocupado, y Jayr muy tenso.

Me alejo unos metros y enchufo el cargador a la corriente. Vaya, tiene línea... Igual intentaré recuperar mi antiguo número, pero mientras tanto éste servirá.

Llamo a María y le digo que se me hará tarde. Y luego encaro mi prioridad... Aunque el día de hoy lo he descuidado demasiado.

Como no tengo su número, le escribo un mail pidiéndole que me llame a mi nuevo móvil.

Dos segundos. Eso tarda en sonar...

—¿Dónde mierda estás?

Vaya, qué maneras.

—Hola, corazón. Yo también te he extrañado —le digo, sarcástica.

—Clara, no me toques los cojones...

—Créeme que nada me gustaría más que eso, pero he tenido un contratiempo importante. No yo, sino Vivian, mi ami....

—Mira, ahora poco importa. Te has marchado sin decir nada a nadie, sin móvil. Me he vuelto loco pensando en qué coño te podía haber pasado... Hasta he llamado a tu casa y luego cortado, porque me he sentido un tonto. Eres una desconsiderada...

—Marcos, era una emergencia.

—¡Y una mierda! ¡No podía localizarte, joder! Si como persona no tienes la decencia de decir que tienes que salir, al menos hazlo como empleada de la revista. ¿Entiendes? ¡No pienso tolerarlo!

Bueno, creo que ya he aguantado bastante. Cometí un error, lo sé. Más bien fue una equivocación, pero totalmente justificada, y no es necesario tanto berrinche. Así que ya no me contengo. El veneno me sale con tanta facilidad cuando me irrito...

—¿Y yo sí deberé tolerar cuándo te marches a tu vida de aventura, y no contestes el móvil por estar fotografiando un león de bengala?

—Será un tigre, en todo caso.

—Hazle fotos a lo que quieras, no me importa.

—Lo que te puedo asegurar es que jamás seré tan egoísta y desconsiderado con nadie.

Vaya, ha llegado el momento de abrir los ojos. Lo ha admitido. De alguna forma ha dicho que se irá. Tal vez me atienda el móvil entre aventura y aventura, pero no se quedará.

Una inmensa desazón se apodera de mí. Creo que en el fondo esperaba

que así fuera, que así terminara todo, pero igual me siento morir.

La idea de perderlo me aterroriza, de verdad.

Son tantos los sentimientos que me unen a este hombre que siento que voy a explotar en una catarata de llanto imparable, así que solo atino a murmurar un “vete a la mierda” y luego corto.

Se me caen las lágrimas, y Jayr se acerca, preocupado.

—¿Qué sucede?

Niego con la cabeza.

—Demasiadas emociones en un día...

En eso suena un tilín y recibo un mensaje.

“Te he comprado un móvil esta mañana, pero veo que ya te las has arreglado. Harás lo mismo cuando me encuentre muy lejos, fotografiando leones de bengala. Sobrevivirás...”

Eso es como una patada en el hígado. Lo sufro, de verdad lo padezco, pero no atino a poner en palabras lo que siento. Y no hace falta porque la atención de todos se dirige al médico de Estefanía, que sale a comentar las novedades, y mi dolor sabe que tiene que esperar.

—Está sedada y la tendremos aquí toda la noche... Por la mañana vendrá su psiquiatra. ¿Ha llamado al padre de la paciente? Era lo único que pedía mientras la dormíamos...

Antes de que Ian pueda decir algo, un hombre mayor y con aire aristocrático pasa por delante de nosotros y encara al médico.

—Sí, aquí estoy. Al menos sirve para llamar por teléfono...

Es altanero, soberbio, igual que su hija. No me cae nada bien el señor Azcón.

Nos observa como si fuésemos tres cucarachas y luego hace un aparte con el médico. No podemos oír lo que hablan, y ninguno tiene ganas de decir nada.

Un minuto después, el padre de Estefanía se acerca a Ian y lo mira con desprecio.

—No sé qué le has hecho esta vez para que se haya puesto tan mal, pero como lo averigüe ya verás. Ahora márchate, que no te necesitamos para nada.

Ian baja la cabeza, avergonzado por completo.

Está rojo como un tomate, y tiene la frente perlada de sudor.

Entonces Jayr reacciona y le palmea el brazo.

—Vamos, Ian.

Éste se deja conducir como un autómatas, y recién cuando llegamos a la calle es que logra tomar el control de sus actos.

—Gracias por esperar conmigo. Ahora necesito estar solo —dice. Y

luego se da media vuelta y se pierde en la oscuridad de la noche.

#JayrSacrificioAmor

Cuando pensaba que por ahí se quedaría todo, Jayr mete la mano en el bolsillo y saca un billete de cincuenta euros.

—Vete a casa, Clara. Coge un taxi.

Es todo lo que me dice antes de besarme la mejilla e ir tras Ian.

Yo me quedo sin saber qué hacer. Una parte de mí me dice que debo impedirle que lo alcance, pero otra... Otra sigue creyendo en las segundas oportunidades.

Así que lo que hago es ir a un centro comercial a recuperar mi número y asociarlo a mi nuevo teléfono. Por fortuna es posible, así que me marchó a casa con una preocupación menos.

Y de verdad me viene bien, porque ya tengo bastantes. Lo que le pasó a Vivian, la pelea con Marcos, el asunto de Jayr e Ian.

Recién cerca de medianoche podemos encontrarnos los tres *online* para ponernos al día.

No es por WhatsApp esta vez. Hoy amerita Hangout.

Vivian se encuentra bien. Un poco tristonera pero sabe disimularlo tras esa sonrisa de comercial. Desde una cama de princesa escucha mis penas de amor y me aconseja con dulzura.

“—Mi reina, estaba preocupado por ti. Te marchaste sin decir nada a nadie por mi culpa... Entiende su punto, por favor.”

“—Puede ser, pero ya aproveché para deslizarse que se pensaba marchar cuanto antes.”

“—¿Dijo eso, Clarita? ¿O es tu interpretación?”

Le capturo el mensaje y se lo envío. Más claro, a echarle a agua.

“—Yo no estaría tan segura. Lo de los leones de bengala me hace suponer que no habla en serio”.

“—Me rompió el corazón, Viv. Aunque la tonta fui yo por haberme ilusionado...”

“—Ni modo, manita. Si realmente sucede así, él tiene razón: lo superarás”.

No estoy tan segura pero no digo nada.

“—¿Has sabido algo de tu ex?”

“—Nada. Pero en algún momento tendré que hablar con él para confirmarle lo que ya debe imaginarse: que no volveré y que en realidad puede

considerarse mi ex. Algo que debí hacer hace mucho tiempo...”

“—Viv, ¿te está cuidando el Amargado? No confío en él por más que hayas dicho que era tu...”

“—Estoy bien, y no quiero ni puedo hablar de ese asunto ¿de acuerdo?”

Mierda. No nos puede dejar con esa intriga... Necesitamos saber cómo es que ese idiota pasó de dominante a dominado. Un momento ¿necesitamos, dije? Jayr está en la teleconferencia pero no ha dicho prácticamente nada.

“—De acuerdo. ¿No es cierto, Jayr?”

Lo veo asentir, distraído.

“—Oye, ¿qué te sucede? Cuéntanos cómo ha ido con Ian, que para eso hemos convocado este aquelarre” pregunta Vivian preocupada.

Él suspira, y luego nos cuenta. Con lujo de detalles, como acostumbra, pero siempre con esa expresión desolada que no estamos habituadas a ver.

Lo dejamos hablar y luego no sabemos qué decir...

Parece que se subió al coche de Ian tomándolo por sorpresa. Éste se pegó un susto de muerte, pero luego de dudarlo unos segundos, arrancó y se detuvo en las afueras de la ciudad.

Una vez allí, miro a mi amigo y le pidió perdón.

>>—¿Por qué me pides perdón? —le preguntó Jayr.

—Porque he cometido un error. He seguido un impulso sin medir las consecuencias, y si con eso he alimentado alguna ilusión, quisiera que...

—No lo digas, Ian.

—Es que es cierto. Por un momento quise ser tú... Sentí que todo era posible, que el asunto era atreverse a vivir. Olvidé mis compromisos, mis responsabilidades... No he pensado en tus sentimientos.

—Oye, ya lo hemos hablado anoche por teléfono... Lo que sucedió entre nosotros no puede quedarse en una locura de tragos y piscina. Sabes bien que hay algo más...

—No sé nada, Jayr. Solo sé que no puedo darme el lujo de sentir, no puedo avanzar. Ni contigo, ni con nada.

—Rompe ese compromiso. Atrévete a sentir, a vivir como te plazca, joder.

—¡No puedo hacerlo!

—¿Por qué? ¿Es por la pasta? ¿Es el dinero lo que te tiene atado a Estefanía? Porque si es la piedad, déjame decirte que tú no tienes madera de mártir y ella de víctima no tiene nada. Estará enferma, pero no por tu culpa. Y enferma o no, igual es una arpía de cuidado...

—No es el dinero. Debo reconocer que tengo miedo, pues no tengo nada, no sirvo para...

—Eso te han hecho creer, Ian. Tú me has dicho de tu pasión por los coches de carrera...

—Esa pasión deberé enterrarla bien profundo. No tengo ni para cubrir mis necesidades básicas pero de alguna forma eso no importa. Estaría dispuesto a hacer cualquier tarea, por más ingrata que fuera, con tal de obtener mi libertad...

—¿Entonces es compasión?

—Ya ni siquiera eso. Creo que ella estaría mejor sin este despojo humano en el que me he convertido.

—¿Entonces qué es, Ian? Porque estoy seguro de que no se trata de amor.

—No. Estoy aprendiendo que el amor es otra cosa...

Nos cuenta Jayr que en ese momento se quedaron ambos en silencio, mirándose, mientras la tensión aumentaba segundo a segundo.

Y que no fue necesario preguntarle nada, porque fue el propio Ian quien confesó, con los ojos llenos de lágrimas:

—Es esto que experimento cada vez que te miro o pienso en ti. Es lo que me he permitido sentir, porque hasta hace poco vivía anestesiado... Es lo que estoy descubriendo de mí, a través de tu mirada. Es lo que jamás me hubiese atrevido a confesar, o a confesarme. Es esta necesidad inmensa que me atraviesa el cuerpo y el alma, y que no logra encontrar alivio en ninguna otra persona que no seas tú.

Jayr no pudo contenerse ante esas palabras, y le tomó el rostro con ambas manos antes de besarlo.

La cosa se puso cada vez más caliente... Mi amigo tocó a Ian y al ver que estaba tan excitado le preguntó:

—¿Quieres encontrar alivio?

No le respondió con palabras. Fue un gesto, solo un gesto. Lo tomó de la nuca y lo hizo descender.

No quisiera entrar en detalles, aunque Jayr no escatimó en ellos. Por el contrario, nos contó con pelos y señales lo que le había hecho, y cómo lo habían disfrutado ambos.

Según Jayr fue la mejor mamada de su vida. Puso el corazón al chupársela y se tragó hasta la última gota del alma de Ian.

Lo disfrutó tanto como él, pero luego comenzó el padecimiento.

—Ya ves que puedo darte lo que necesitas, Ian. Solo tienes que dar el paso que te acercará a tu libertad. Yo te ayudaré... Libérate de todos tus prejuicios y vive a tu aire... Vive conmigo, por favor. Yo te quiero... No sabes cuánto.

Entonces Ian comenzó a sollozar.

Parecía un niño y Jayr quería abrazarlo y besarlo, pero se obligó a mantenerse alejado. Necesitaba que reaccionara y que sintiera que no podía vivir a medias. Quería que definiera de una vez.

—¿No lo entiendes? No es un prejuicio... Lo dejaría todo por ti. ¡Pero no puedo!

—Dime por qué. Si no es el dinero, si no es por piedad, si no es por amor, si no son prejuicios...¿Por qué eliges estar con ella y no conmigo, Ian? ¿Qué coño te une a esa mujer?

Entonces él se lo dijo.

Y Jayr se quedó igual que en este instante Vivian y yo: con la boca abierta y sin poder creérselo.

Lo miró a los ojos, tragó saliva, y luego lo soltó:

—Hijos. Eso es lo que me une a Estefanía Azcón.

Nuestro amigo hace una pausa en el relato, esperando que nos repongamos, y luego sigue contando.

Parece que estuvo a punto de bajarse del coche, pero se contuvo. Y menos mal que no lo hizo, porque se hubiese perdido los detalles más increíbles de todo el asunto.

No, no se bajó. Más bien se quedó para increparlo de forma airada.

—¿Cómo? ¿Me has estado mintiendo?

—No lo he hecho. Te he ocultado algo que...

—¡Me has ocultado lo principal! ¡Tienes hijos con Estefanía!

—No es así como lo planteas, exactamente.

—¿Entonces como es?

La verdad es escalofriante. En serio, nunca me hubiese imaginado que algo así le pasara a gente común, por más ricos que sean.

Ian le contó que tenía cinco óvulos fecundados con su semen, congelados. Estaban en poder de Estefanía para que pudiese gestarlos, o poner a alguien que lo hiciera por ella.

Le explicó que ya una vez había intentado dejarla, pero que tuvo que desistir, pues ella había amenazado con traer a la vida a esos pequeños embriones. Y le había jurado que él jamás los vería ni nacer ni crecer.

—¿Te imaginas? ¿Cómo podría dejar a mis hijos en manos de una mujer demente como ella, sin tener injerencia alguna en su crianza?

Jayr movió la cabeza, incrédulo.

—Pero ni siquiera existen...

—Son vidas potenciales, Jayr. Hasta sé el sexo... Tres niños y dos niñas, que pueden nacer viables.

—¿Y es por eso que no la dejas?

—Sí.

—Pero ella te dejará a ti... Ahora que sabe lo que sabe...

—No, no lo hará. Soy su capricho, y seguirá disfrutando del control que ejerce sobre mí. Cuando se sienta mejor, lo que hará será recordarme que soy un maricón reprimido, y amenazará con contarles a mis futuros hijos, qué clase de padre los engendró. ¡Cometí un error y lo pagaré caro!

A esa altura, nuestro amigo flipaba. No sabía si reír o llorar. Se mantuvo ecuánime, pues se daba cuenta de que para Ian ese asunto de los embriones era de suma importancia, y que por el momento cualquier cosa que pudiese hacer, incluso seducirlo, le haría mucho mal.

Y él no quería hacerle daño... Su única opción, queriéndolo como lo quería, era hacerse a un lado. Al menos por un tiempo, hasta que las aguas se apaciguaran e Ian pudiese pensar con claridad. Y no solo por Ian debía hacerse a un lado, sino también por él mismo. Necesitaba proteger su corazón...

Así que se bajó del coche, y se marchó de allí corriendo.

“—¿Qué pensáis?” nos pregunta, preocupado.

Podría darle una enorme lista de todos los pensamientos que acuden a mi mente en este momento, pero elijo callarme y Vivian parece estar en la misma línea.

Así que para no hacerle más mal que bien, le digo que creo que hizo lo correcto. Vivian se muestra de acuerdo, pero eso no representa un motivo de alivio para Jayr.

“—No quiero perderlo, pero tampoco hacerlo sufrir ni sufrir yo. Sí que es verdad que si ella sigue adelante, el destino de esas criaturas no sería el mejor al lado de esa mujer. ¿Cómo pedirle que renuncie a proteger a sus hijos de semejante loca del coño? Renunciar a eso y a su vida de lujos por mí... No creo que lo haga jamás. Estoy destinado a ser su desahogo, nada más... ¿Por qué tenía que sucederme esto?” se lamenta.

“—Debes dejarlo pasar, Jayr. Ya lo has tentado, lo has seducido, has logrado que claudique. Tómallo como un triunfo y no le hagas daño” le dice Vivian con ternura.

“—Me parece una pelotudez lo de los embriones, pero si para él es importante... A ti te veo bien ubicado. Creo que es un signo de madurez el saber cuándo renunciar. No podrán ser felices sin tener ese punto resuelto” le digo yo.

Pero Jayr no dice nada... por unos segundos. Finalmente carraspea y luego habla.

“—¿Recordáis que mi amigo Pepe me había ofrecido ir a México a hacer una campaña publicitaria? Yo le había dicho que no, pues la pasta no era demasiada, pero me lo he pensado mejor y lo he llamado a ver si se mantenía en

pie...”

“—¿Y?”—preguntamos Vivian y yo, al unísono.

Jayr respira hondo y aprieta los labios. Y finalmente lo suelta:

“—Me voy, tías. En unos días...”

Y de esa forma es que se termina de arruinar uno de los días más jodidos de nuestras vidas

#EstásBienArmado

Camino al trabajo, no puedo dejar de pensar en Jayr y en los sacrificios que uno es capaz de hacer por amor propio y ajeno. Sacrificios y locuras, porque convengamos que ese impulso de sustituir con su sangre la de Ian no fue un acto muy cuerdo que digamos.

Y de pronto me encuentro pensando en Solange, mi madre. Ella es capaz de cualquier locura, pero de ningún sacrificio porque no la creo capaz de amar a nadie. Solange sigue impulsos pero estoy segura de que no es capaz de establecer compromisos con nada ni con nadie. Ni siquiera conmigo, su propia hija...

Jayr con solo veinticuatro años tiene más sentimiento, y más reflexión que esa mujer insensible de cincuenta y pico.

No sé por qué carajo pienso en ella ahora... No la extraño, eso seguro, pero de alguna forma el hecho de que Jayr se aleje de Ian para no perjudicarlo, trajo a mi cabeza a esa mujer. Mujer que hizo precisamente lo contrario... Se fue para jodernos a todos y vaya si lo logró.

Sé que llegará el día en que deberé arreglar cuentas con Solange, y me voy a cobrar cada una de mis lágrimas, de las de mi viejo, de las de Ale y María. Ella va a pagar, y también el imbécil de su marido, que traicionó a mi padre y lo llevó a la muerte.

Mis pensamientos se encadenan, y ahora aparece Marcos.

Quiero estar enojada, más bien necesito estarlo, más no lo logro. Me gustaría odiarlo de manera de que cuando se marche, me sienta aliviada y no experimente la sensación de vacío que ya estoy anticipando.

Porque se irá, eso seguro. Ya no habrá más “boca hermosa” “abre las piernas” “despacito”. Nunca volveré a ver esa sonrisa, no me cruzaré con su mirada. No disfrutaré de sus caricias, de su lengua, de su... ¡Basta, Clara! Ya sabías que eso pasaría así que si tejiste fantasías, si te ilusionaste con la idea de que te amara lo suficiente como para quedarte, es cosa tuya. A él nada tienes que reclamarle.

Cierto que una cosa es razonarlo y otra sentirlo. Porque sentir, lo que se dice sentir, me siento “para el orto” como se dice en mi tierra.

Una tonta discusión por mi repentina ausencia, terminó poniendo el punto final de forma anticipada, a algo que podíamos haber seguido disfrutando hasta que la vida lo dispusiera. Y yo dejé que sucediera...

Cuando llego a la oficina, sucede un encuentro inesperado en el ascensor. No es con Marcos, lamentablemente, sino con don Tomás, su padre.

—Buenos días, Mesi. Sí que se ha lucido tu primo en el entrenamiento esta mañana ¿eh?

Asiento educadamente y esbozo una media sonrisa.

—Si usted lo dice.

—Deberíais estrechar lazos vosotros dos. Después de todo sois familia...

—Don Tomás, ya le he dicho que...

—Si hasta mis dos hijos que no se podían ver, ahora lo han aclarado todo y hasta se han vuelto a hablar...

Vaya, la conversación ha dado un giro inesperado así que le sigo la corriente a este buen hombre. Loco, pero bueno.

—Qué bien, don Tomás. Tengo entendido que el señor Marcos le ha pedido disculpas a su hermano por un acto poco honorable de hace años, donde hubo una mujer en medio —aventuro con la esperanza de hacerle soltar la lengua.

Él me mira con extrañeza.

—Te veo empapada en el asunto, así que tienes que saber que no hace falta que disimules conmigo.

¡Chan! ¿Lo sabe? ¿Don Tomás Santiago sabe lo de su hijo y yo? Me pongo roja como una amapola y él ríe.

—Ay, Mesi. Eres tan transparente. Uno de mis hijos te cae muy mal, y el otro te mola demasiado. Y ese acto altruista de Marcos al reconocerle a su hermano el “sello de propiedad” sobre la difunta Daniela, ante tus ojos no le resta encanto sino que se lo suma ¿cierto?

¿Cómo? Entiendo que sabe de mi relación con Marcos y eso me avergüenza un poco, pero lo del gesto altruista y el sello de propiedad no lo entiendo.

—Don Tomás, ¿no cree que el reconocimiento de Marcos ha sido genuino? Y en todo caso, ¿no cree que ya no importa quién posea el sello de propiedad de alguien que ya no está?

Se abre la puerta, y yo camino junto al patriarca de los Santiago esperando su respuesta.

—Mesi, sé que jamás se lo dirías a Mateo y es por eso que te lo contaré: esa mujer se encaprichó con Marcos, y si se acercó a su hermano fue para provocarle celos. Mateo estaba como fascinado con ella desde siempre, y creo que eso fue lo que le impidió a Marcos concretar. Para mí estaba claro que la deseaba, pero durante meses la ignoró deliberadamente, hasta que ella, harta de no ver resultados, decidió que si no podía tener su amor, al menos tendría su

atención. Le dijo a Mateo que Marcos y ella tenían un amorío, los citó a ambos en un hotel de Madrid, los dejó destruyéndose a puñetazos en la habitación y luego se marchó. El destino quiso que encontrara la muerte en esa huida, al igual que tantos otros que en paz descansan todos —dice haciéndose disimuladamente la señal de la cruz.

—Dios mío...

—Mateo no le creyó a su hermano. Eligió pensar lo peor, lo acusó de traidor, de mentiroso. No me creyó a mí, cuando le dije que Marcos había sacrificado lo que sentía por ella para no hacerlo sentir mal. Esto se tornó un asunto muy complejo... Marcos empeñado en que su hermano le creyera que no había pasado nada con Daniela. Mateo, en que le reconociera que era un traidor y que la había seducido para hacerle daño. Quería que admitiera que la deseaba solo porque era suya. Una rivalidad fundamentada en la nada, una especie de competencia estúpida donde el premio era lo que te he dicho: el “sello de propiedad” sobre el amor de una mujer que ya no estaba en este mundo. Rompieron relaciones por eso, y Marcos se marchó durante todos estos años. Finalmente, el acercamiento se dio cuando Marcos fingió reconocer lo que jamás sucedió, solo para reconciliarse con su hermano... El pequeño siempre ha sido más maduro que el mayor, pero con defectos y virtudes yo quiero a mis dos muchachos por igual—declara sonriendo.

No sé qué es lo que hace que don Tomás se muestre tan abierto conmigo. Siempre que hemos hablado ha sido de trabajo o de mi falso parentesco con Messi. ¿A qué viene todo esto? Como si me leyera el pensamiento, antes de seguir hacia su despacho se detiene para satisfacer mi curiosidad.

—Mateo no siempre ha sido como lo conoces. Y creo que a partir de ahora tampoco volverá a ser el capullo que era, pues el amor, querida Mesi, es capaz de cambiarnos. A veces para bien, a veces no. Pero... ¿qué te digo a ti? Si ya lo sabes de sobra —me dice guiñándome el ojo.

—Don Tomás, yo no sé....

Me deja con la palabra en la boca y luego sigue su camino.

Yo me quedo perpleja, intentando descifrar qué me quiso decir, pero una voz a mis espaldas hace que me vuelva como si me hubiese alcanzado un rayo.

—Clara, a mi despacho.

Y allí, de pie, con la puerta entreabierta y haciéndome un gesto con la mano como para que entre, está el propio Marcos Santiago.

Claro que no es algo demasiado raro dado que él trabaja aquí, pero no me esperaba tener un contacto tan directo ni bien pisara la oficina. No me ha dado tiempo ni a prepararme psicológicamente, joder.

En ese par de segundos, en esos escasos cinco metros que nos separan, se

esfuman todos mis rencores, de evaporan todas mis reservas. Es puro amor lo que mueve mis pies, es un deseo inmenso lo que guía mis pasos. Es una necesidad tan grande de abarcar lo más que pueda, de retener lo que me sea posible. Es reconocer que frente a mí, está el hombre que amo y que me destrozará cuando se marche. Es enfrentar que aun sabiendo cuánto dolerá, quiero seguir adelante.

Cuando cierra la puerta tras de mí, el poder transformador del amor me envuelve. Sé que nunca volveré a ser la misma luego de atravesar esto, pero ni siquiera me gustaba. Era un manojito de “síntomas” como decía Joaquín, de miedos irracionales, de manías tontas. Y yo, que tanto miedo le tenía al caos ahora lo tengo frente a mí, en la forma de una avalancha de sentimientos que revolucionan todo mi ser.

Y sin pensarlo más, dejo que el corazón me guíe. Le echo los brazos al cuello y lo beso como si fuese la última vez.

Sé que lo tomo por sorpresa, pero se repone rápido y me corresponde de la manera más apasionada. Lo amo, lo amo, lo amo.

Amo su esencia, su sonrisa, su bondad. Adoro que sea tan temperamental, que sea tan infantil y maduro a la vez. Que sea temerario, aventurero, aunque sé que gracias a eso yo voy a sufrir.

Adoro que haya irrumpido en mi vida, y cuando se marche dejando un rastro de devastación y dolor a sus espaldas también lo voy a amar porque me sacó de la inercia e hizo que vibrara en una sintonía distinta. Su pasaje por mi vida ha sido como un tornado, pero de alguna forma ordenó mi caos y ahora sé que soy capaz de amar.

—Eres rara... —murmura sobre mis labios en una pausa para respirar—. Estaba armado hasta los dientes, y vienes en son de paz...

Yo sonrío y en un arranque de audacia le palpo la entrepierna, provocativa.

—Sí que estás bien armado...

—¡Joder!

—¿Quisieras deponer armas? Tengo un sitio ideal donde puedes “deponer” la tuya...

—Por favor, Clara...

—...Lo que no significa un “alto el fuego”, no, señor —continúo sin dejar de frotar su miembro a través de la fina tela del pantalón—. Más bien todo lo contrario... Quiero que dispaes, señor Santiago, pero bien dentro de mí.

Esas palabras parecen volverlo loco. Un ronco gemido y luego me eleva en el aire. Sé que mi destino es terminar empotrada contra la pared más cercana y por un momento me arrepiento de lo que acabo de provocar. ¡Tengo la regla,

joder! Lo había olvidado por completo...

Tengo que advertirle a Marcos, pero no alcanzo a hacerlo. La candente escena se interrumpe de golpe ante lo inesperado.

Se abre la puerta, y alguien irrumpe en el despacho como si fuese suyo. Es que lo es.

—Vaya... ¡mi hermanito beneficiándose a una empleada de la empresa en mi propia oficina! ¿Ahora quien es el patán, señorita?

Dios santo. Se acabó lo que se daba.

Ha regresado el Amargado.

#YoTeCuidaré

—¿Qué haces aquí? —pregunta Marcos con calma, al tiempo que me deja en el suelo.

—¿Que qué hago aquí? ¡Este es mi despacho!

—Me refiero a qué porque te presentas hoy, así, sin más. No viniste a la reunión de ayer, y...

—Lo hago porque puedo y porque quiero. Y te daré un consejo de hermano mayor: aprende a trabar las puertas. Es la segunda vez que te pillo *infraganti*, pero claro, esta vez no te estás tirando a mi novia así que haré como que no lo he visto.

Marcos tensa los músculos de su cuello a tal extremo que parecen cuerdas de acero. Me quedo como fascinada mirándolos.

—Ya te he dicho que no fue así. Creí que lo habíamos arreglado... Hasta te he pedido perdón y he admitido que quería a Daniela para mí, Mateo. No sé a qué viene todo esto...

El Amargado se pone ambas manos en los bolsillos y camina hacia Marcos. Parece que ya no necesita bastón aunque su pierna se ve ligeramente rígida.

—Nada personal, Marcos. Créeme, lo he superado —dice al tiempo que rodea el escritorio y se instala en el sillón—. Y como nada es para siempre, he regresado a por mi puesto. Ya te puedes marchar. El desierto y la selva claman por ti...

Jadeo por la sorpresa, y el Amargado me mira alzando las cejas.

—Y usted, señorita, puede retirarse. Mi hermano me pondrá al corriente de todo lo que necesite saber —me dice con su soberbio tono habitual—. Ah, déjeme decirle que no toleraré más insubordinaciones de su parte. Debe agradecerle a su amiga que no la haya despedido por la tontería de desafiarme con la portada del chico de la faldita.

Marcos va a decir algo, lo sé, pero yo me anticipo haciéndole un gesto.

—¿Se refiere a Vivian, señor? No sabía que Miss México *FulltimeVeinticuatsiete* tuviera tanta influencia sobre sus decisiones —le digo, sarcástica y de inmediato me arrepiento pues temo haber cometido una infidencia.

Los ojos del Amargado brillan con ira. Ha captado la ironía, pero creo que lo deja pasar porque Marcos no sabe exactamente de qué hablamos y al

parecer quiere que siga así.

—No abuse de mi buena voluntad, señorita Mesi. Y ahora continúe con sus labores...

Miro a Marcos preguntándole con la mirada, y él me indica de igual forma que salga. Se lo ve confuso y tenso.

No quiero dejarlo con esta bestia parda, pero no tengo opciones y me voy.

Claro que por si las moscas, de tanto en tanto me acerco a la puerta a ver si discuten. No se oye más que un calmado intercambio de ideas laborales y eso me tranquiliza, pero no puedo concentrarme en mis “labores” así que llamo a Jayr y arreglo una escapada para aprovechar la ausencia del Amargado y visitar a Vivian.

Cuando llegamos tarda en abrirnos.

—¿Tú no tenías una llave?—me pregunta Jayr.

—Aquí no...

—Vuelve a tocar.

Finalmente se escucha la voz de nuestra amiga.

—¿Sí? —suena rara, como si estuviese llorando.

—¿Viv? Somos nosotros. Abre, por favor.

Por un momento no dice nada y una señal de alarma se escucha en mi cabeza.

—No... No es buen momento, Clarita. Los veré mañana...

Ay, carajo. Eso suena mal. Suena muy mal, y Jayr piensa lo mismo, a juzgar por lo que hace.

—¡Vivian si no abres ya mismo llamo a los mossos! ¡Te lo prometo!— grita fuera de sí, contra el micro del portero eléctrico.

Mi amigo es muy convincente cuando quiere, pues la puerta se abre y subimos con el corazón en la mano.

—¿Tú crees que ese animal esté allí? —le pregunto mientras el ascensor llega a la planta donde tiene su piso el Amargado.

—No lo sé. Pero seguro que algo no anda bien...

Vivian nos abre con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto abrazándola.

Jayr se adentra en el piso al tiempo que pregunta:

—¿Hay alguien aquí?

No hace falta que Vivian responda. Otra persona lo hace por ella.

—Sí. Estoy yo.

No lo veo todavía, solo escucho su voz y de inmediato la de Jayr.

—¿Y tú quién coño eres?

Vivian me toma de la mano y nos pasamos a la sala. Allí, un joven de alrededor de veinte años nos mira asombrados.

—Jayr, Clara, les presento a mi hijo Elías. Elías, ellos son mis amigos.

No nos damos la mano, solo inclinamos las cabezas con cortesía. El hecho de que Vivian esté triste no amerita otra cosa que saber los motivos. Si su hijo ha venido a verla tendría que estar dichosa, digo yo.

—Bueno, mami. Yo ya me voy. Te enviaré el código al móvil ¿sí?

—Ándale, mijito.

Y eso es todo. El chico pasa por delante de nosotros y se marcha, así sin más.

—¿Estás bien? ¿Qué opina este chaval de lo que te ha hecho el capullo de su padre? ¿Tú sabías que vendría? —la bombardea a preguntas el ansioso de Jayr.

Vivian se sienta y nosotros hacemos otro tanto.

—Chicos, Elías está tan apesadumbrado como yo... Pero he retirado la denuncia en contra de Pedro.

—¿Qué?

—¿Pero serás tonta?—la increpa Jayr.

—Lo he hecho por mis hijos. No quiero que me juzguen ni por eso, ni por lo que les diré ahorita —se impone nuestra amiga con firmeza.

Jayr y yo la miramos, expectantes.

—Me regresaré a México con ellos.

—¿Cómo?—pregunto sin poder creer lo que escucho.

—Joder...—dice Jayr poniéndose de pie, visiblemente indignado.

—Tengo razones muy fuertes para hacerlo. Las mismas que han traído a Pedro y a Elías a España —nos explica con su calma habitual.

—¡Vivian, te ha golpeado! —le recuerdo, exaltada.

—Estaba desesperado y yo no sabía el por qué. Lo he desafiado sin tener idea de los motivos por los cuales estaba...

—¿De qué coño hablas? —pregunta mi amigo furioso.

—Mi otro hijo, Aarón está en problemas. Tengo que ir a México porque me necesita... No debí marcharme así, y dejar a mis chicos...

Jayr comienza a andar de un lado a otro de la habitación. Parece a punto de explotar.

Yo intento controlarme, pero esta no parece nuestra Viv.

—¿Qué clase de problemas? —le pregunto, tomándola de la mano.

—Drogas, Clarita. Aarón está atrapado por las drogas y yo tengo que regresar...

Y luego de confesarnos eso, se larga a llorar.

Es la primera vez que la vemos quebrarse así, y eso nos deja desolados a Jayr y a mí.

Y mientras ambos nos acercamos a abrazarla, ella nos cuenta de Aarón, el gemelo drogón.

—Siempre fueron tan distintos... Elías tan formal, prolijo, estudioso... En cambio Aarón era una especie de *millennial hippie*. Yo sabía que fumaba cannabis... Cuando Elías me ha contado lo de la heroína me he sentido tan culpable, tan mal... Pedro se ha disculpado por teléfono y me ha jurado por nuestros hijos que no volverá a perder la cabeza. Se ha comprometido a permitirme vivir en uno de sus departamentos a solas con Aarón, para que no le pierda pisada y me encargue de que nunca esté solo. Es la única forma... ¡No puedo dejar que mi hijo muera! —solloza, transida de dolor.

Nosotros la miramos asombrados, pues aunque sabemos lo que es querer, no dimensionamos la magnitud del amor de madre. Es más, nunca antes la había visto como “una mamá”, pero tampoco la veo en el rol de “dómina”. ¿Quién es Vivian? ¿Cómo es en realidad? Siento que hay una faceta de nuestra amiga que no conocemos. Una o varias... Siempre fue “maternal” con nosotros, pero nunca la vimos fuera de su eje, como ahora.

Y mientras Vivian llora entre mis brazos, su móvil hace tilín.

Luego de unos momentos ella mira el mensaje. Es un código “qr” y unas palabras que no alcanzo a leer.

—Es el boleto de avión, manitos. Me voy en tres días...

Jayr se para y golpea la pared de un puñetazo, pero luego hace el esfuerzo por serenarse y lo logra.

—Mira, Vivian. Yo también me marché así que no estoy en posición de decirte nada, pero quiero que sepas que no confío en “tu Pedro” y que no creo que estés segura con él. No sé qué opina Clara, pero creo que te lo debes pensar mejor...

—¿Pensar mejor? ¡Se trata de mi hijo, Jayr!

—Viv, él tiene razón. Ese forro de mierda te golpeó... ¡Intentó violarte!
—le digo no para lastimarla haciéndola recordar el mal momento, sino para que reaccione.

—Él quiso probar el punto... de que aún... era su esposa... —murmura Vivian con la vista baja—. Y cuando yo lo aparté fue que perdió el control...

—No lo justifiques.

—Solo explico cómo fueron las cosas. No teman por mí...

Jayr se acuclilla a sus pies y la toma de las manos.

—Oye, estoy seguro de que no es la primera vez que te hace algo así...
—dice suavemente—. No tienes por qué soportar eso, Vivian.

Ella no dice nada. Yo estoy a punto de llorar.

Estoy triste por lo que le pasa y estoy triste por mí. ¡Me quedaré sin mis dos amigos de un momento a otro! ¡Y sin Marcos! Oh, Dios. Qué mal me siento por sentirme mal por mí.

—¿Es en la capital que vives, cierto? —pregunta Jayr de pronto.

Vivian asiente, y nuestro amigo agarra su teléfono y se mete en el baño.

Yo me quedo abrazando a Vivian y rumiando mi propio dolor.

El grito de Jayr nos sobresalta.

—¡Vivian! Dime compañía y número de vuelo.

Ella mira el móvil y le informa.

—Aeroméxico, vuelo Am22 de las seis de la tarde.

Minutos después, Jayr entra a la sala y parece satisfecho.

—Listo. He hablado con mi amigo, y ya tengo boletos en el mismo vuelo. Nos vamos juntos, Viv. Yo te protegeré en el viaje y en tu tierra, y no permitiré que ese hijo de puta te haga daño otra vez.

Nuestro pequeño niño bonito ahora nos parece un Dios. Ha crecido una enormidad estos últimos días, y los tres sabemos por qué es: el poder transformador del amor.

#TableroDeAjedrez

De regreso en la oficina me desplomo en mi silla totalmente desolada.

Me enfrento a pérdidas para las que no estoy preparada en absoluto. Mis dos amigos, y el amor de mi vida.

Un torbellino de sensaciones displacenteras me invaden. ¿Cómo es que todo resultó tan mal?

Vivian, que estaba en el camino que la llevaría a su libertad, vuelve a estar presa. Yo creía que lo peor que podía haberle pasado era haber caído en manos del Amargado, pero resulta que eso era su salvación. Y ahora la vida la conduce adónde no debería, pues quedará a merced de un sádico de verdad. No uno que le dice “Miss México” y luego cae de rodillas a sus pies, sino un verdadero hijo de puta que la llevará de vuelta a su país, y la tendrá de rehén con lo más sagrado para una mujer: su hijo.

Y Jayr... Jamás hubiese apostado por él y sus objetivos. Conquistar a Ian, un millonario heterosexual y casado era casi una utopía. Sin embargo lo logró. Lo hizo suyo, lo enamoró, se enamoró, y le tocó aprender que a veces el amor significa renunciar. Que el amor propio también puede conservarse apartándose. Tiene las agallas para hacerlo. Tiene las pelotas bien puestas. Tiene boletos para irse a México y dejarme sola.

Intento consolarme diciéndome que todo se ha atado de la mejor forma, que así podrá proteger a Vivian, que le dará su apoyo, que la defenderá si es necesario, pero en este momento no encuentro ninguna razón para sentir alivio por eso.

Y luego está lo otro... El Amargado que decidió reincorporarse antes de lo previsto. Su presencia en la revista me aterra, pero más que por tener que volver a aguantarlo como jefe, lo hace por lo que representa: que Marcos ya no tiene un lugar aquí.

Intento tranquilizarme con el pensamiento de que él es tan hijo de don Tomás como el otro, y que la revista es también suya. Podría quedarse, si así lo quisiera. Podría dirigir otra de las publicaciones de la editorial... El asunto es ¿querrá hacerlo? ¿Querrá quedarse? Y si lo hace ¿será feliz?

Me siento confusa y muy desdichada. No dejo de mover mis útiles de escritorio, pero los ponga como los ponga no quedo conforme. Mi desasosiego aumenta de tal forma, que ya me es imposible ocultarlo. Froto mis sienes para intentar que los pensamientos negativos que amenazan con desestabilizarme, se

alejen de mí.

Mi extraña actitud no pasa desapercibida para alguien, que se aproxima y me pregunta con la voz cargada de preocupación:

—¿Qué te pasa, Clara?

Eso es el detonante. Exploto, así, sin más.

—Se van. Los dos. No, los tres. Me quedaré sola. No podré soportarlo... Mierda, mierda, mierda. ¡No podré vivir sin él! —sollozo sin poder contenerme.

Lucero me toma de la mano como si fuese una niña de cuatro años, y me conduce al baño. Yo no dejo de llorar entre una puteada y otra.

—¡Todo me sale mal, carajo! ¿Nunca algo bueno? ¿Nunca? ¡La vida es una puta mierda, Lucero! ¡Una puta mierda!

Ella me abraza, me envuelve con su cariño y con su inmensa sabiduría intenta consolarme.

—Deja de pensar en que todo lo que sucede va en contra de ti. Simplemente pasa... Es la vida que fluye, imparable. Se irán ellos, vendrán otros...

—¡No quiero otros! ¡Son mis amigos! ¡Es él!

—Sobrevivirás. Eres Piscis, Clara. Siempre sales adelante y además aprendes. A veces la ausencia no es una pérdida ¿sabes? En ocasiones solo es necesario encontrar otra vía de comunicación. Cuando hay afinidad en las almas, las redes se van tejiendo... Es como lo del hilo rojo: puede estirarse, pero jamás se rompe.

No sé si tiene sentido o no lo que dice, pero su voz llena de calma, logra el mismo efecto en mí. Poco a poco vuelvo a mi eje, y la crisis se va disipando.

Me lavo la cara y me miro al espejo. Tengo los ojos enrojecidos y también la nariz.

—Gracias, Lucero.

—De nada, guapa.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y compruebo lo que me temía y a la vez deseaba: es Marcos.

El mensaje tiene solo una palabra, y para qué más: “Ven”.

Es todo lo que necesito para salir corriendo en busca de sus brazos. El verdadero consuelo está en ellos, lo sé. En esos fuertes brazos y en las palabras que quiero escuchar: “no te dejaré jamás”.

No llego a entrar a su despacho; me está esperando fuera.

—¿Dónde estabas?

No hay enojo en la pregunta, sino que más bien parece cansado.

—En el baño...

—¿Has llorado, Clara?

Se me hace un nudo en la garganta. Otra vez la angustia, la desazón, la tristeza... Asiento con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Es tu hermano...?

Lo miro a los ojos. Qué bellos son.

Podría decirle. Podría contarle mis penas, enumerarlas una a una y confesarle que la que más me duele tiene que ver con él.

Podría llorar y pedirle que no me deje. Podría rogarle que se quede por mí. Podría prometerle cosas para convencerlo de que corte sus alas, de que no vuele más. Podría ofrecerle lo que el desierto y la selva no le darán. Podría mostrarle lo que si parte se perderá.

Podría jugar sucio, volverlo loco, tentarlo aún más. O apelar a su instinto de protección, a su sensibilidad. Una vez logré que hiciera a un lado sus principios para cuidarme... ¿por qué no intentarlo de nuevo?

Ya me dijo que me amaba. ¿Por qué no luchar por ese amor? ¡He perdido tanto ya! ¿Por qué no tratar de conservar lo que más quiero?

La respuesta me la da esa voz interior que odio tanto, porque cuando aparece lo estropea todo. Es la que me dice que amar a veces significa dejar partir. O marcharse uno... Es lo que hizo mi padre al facilitarle las cosas a Solange. Es lo que hace Jayr al cuidar su corazón y su dignidad renunciando a Ian. Es lo que Vivian dejará, por el amor que siente por Aarón.

Ser rebelde no siempre significa pelear para conservar lo que uno quiere. A veces esa pelea tiene que librarse en nuestro interior y no termina hasta que el ser le gana al tener.

“Que fluya, Clara. Que pase lo que tenga que pasar. No fuerces las cosas porque puede que algún día lo pagues muy caro”.

Marcos parece darse cuenta de que estoy a punto de volver a llorar, así que me toma de la mano y me conduce hasta mi propio escritorio:

—Coge tus cosas. Nos vamos de aquí...

Obedezco, claro está. ¿Cómo no hacerlo?

Nos vamos sin darle explicaciones a nadie, y nos subimos a su coche en silencio hasta que él lo pone en marcha y lo rompe.

—Dime por favor, ¿por qué estás así de mal?

Trago saliva, para que el nudo se corra y pueda hablar.

—Es por Jayr... Se va a México a trabajar, y no sé cuándo volverá.

No me atrevo a decirle lo de Vivian, pues nadie debe enterarse según su expreso pedido. Se irá sin decirle nada al Amargado... No le gustan las despedidas.

—Ah, es eso... —murmura, y parece algo decepcionado—. Ya sabes cómo es, boca hermosa. El mundo es muy grande... Un gran tablero de ajedrez

donde hay que moverse, de lo contrario te pueden “comer”.

Si hay algo que no necesito es que me recuerde que él también se va a “mover”. Lucho para controlar las lágrimas y de alguna forma lo logro.

—Lo sé... Es la Clara egoísta la que sufre. La altruista se alegra por él — le confieso, y es la pura verdad.

Marcos sonrío, triste. Y cuando llegamos al siguiente semáforo en rojo me mira y cuando habla me deja a mí sin palabras.

—Tengo unas dudas con respecto a “la Clara egoísta”... ¿Solo sufre? ¿Se resigna? ¿No se rebela? ¿No lucha?

¿Pero qué es esto? No me esperaba algo así, luego de haber tomado la determinación de dejarlo libre, de no coartar su libertad.

—Ella... no puede luchar contra lo inevitable. A veces el bien del otro es más importante que...

—¿Que qué, Clara? ¿Que el amor?

Joder, que ya no sé si hablamos de Jayr o no. ¿Me está preguntando lo que creo que me está preguntando? ¿Me está poniendo a prueba?

—Marcos... No juegues conmigo.

—No lo hago —me dice mientras vuelve la vista al frente y conduce—. Solo necesito ciertas certezas antes de tomar decisiones.

Dios mío... Ay, sí. Por favor... Sí. Que se quede, Diosito. Que se quede.

—¿Qué tipo de certezas? —pregunto con un hilo de voz.

Y él hace lo inesperado. Se sale del camino y aparca.

Entonces se vuelve hacia mí, y me pregunta:

—¿De verdad me amas, boca hermosa?

El corazón deja de latir unos segundos para luego reiniciarse de la forma más descontrolada. Tan fuerte me late que lo siento en la garganta, en las sienes, entre las piernas...

El nudo en la garganta vuelve, pero de forma diferente. Ahora es una emoción tan bella, que la dejo salir.

—Sí.

El rostro de Marcos se ilumina.

—Entonces hagámoslo.

—¿Qué cosa?—pregunto sonriendo, pues no entiendo a qué se refiere.

Y cuando me responde, se me viene el mundo abajo. Definitivamente no es lo que esperaba.

—Ven conmigo. Dejémoslo todo y recorramos este inmenso tablero de ajedrez tú y yo. Juntos... Movámonos por el mundo de la mano. Yo te “como” a ti, y tú a mí... No se me ocurre mejor plan, Clara...

Mi expresión cambia, y la suya también.

Creo que ya se ha dado cuenta que esta vez no habrá un “sí” como respuesta.

#CómoDueleQuerer

En medio de esa tensión suena un teléfono y no es el mío.

Marcos no hace un solo movimiento para contestar. Yo lo miro de reojo... Está en el soporte, dónde lo dejó al subir. En la pantalla se lee “Ian Farrell”.

—¿No vas a...?

Él niega con la cabeza.

Ay, carajo. Pensé que esa llamada podía darme un poco de margen para pensar, pero parece que no.

—¿Y bien? —pregunta con voz inexpresiva.

Trago saliva.

—Marcos... Eso que tú me planteas es...

No sé cómo decirlo para que no suene a rechazo.

—Anda, vamos. Dilo ya.

Entonces se lo digo, mientras por dentro me derrumbo.

—Imposible.

—Ya.

Silencio. Pasan los segundos tan despacio... Y a pesar del bullicio a nuestro alrededor, creo que puedo escuchar el tic tac del reloj y el latir de mi corazón.

—¿Sabes qué? —dice él de pronto—. Creo que en el fondo esperaba algo así. Claro que uno siempre tiene la ilusión de que el amor sea lo suficientemente fuerte como para cambiarlo...

—No tiene nada que ver con eso. ¡Yo te quiero! Pero tengo compromisos que hacen que lo que propones sea... ¡un disparate! No puedo dejar a María y a Ale y lo sabes. Ellos dependen de mí...

—Dependen de ti... Mira, si es por el dinero, tú no estarías sin hacer nada, que lo sepas. He pensado que podrías trabajar *freelance* para nuestras publicaciones, así que podrías seguir con el aporte que haces —me dice y creo entrever un dejo de esperanza en su voz.

—Marcos, no es solo el dinero. Ellos me necesitan aquí... Además no soy ese tipo de chica aventurera ¿sabes? No soy temeraria, y tengo mis manías... No me veo en ese plan.

—¿En cuál plan? ¿En el de ser mi compañera, mi amante, mi amiga? ¿En ese plan no te ves? —pregunta irónico.

No me gusta nada el cariz que está tomando la conversación.

Intento controlarme pero se me está complicando. Me paso la mano por la falda... Un arruga rebelde que no quiere alisarse. Vuelvo a pasar una mano y la otra para tratar de borrarla y no puedo.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

Suena bastante irritado y eso aumenta mi nerviosismo. Aprieto los puños e intento sosegarme, pero no puedo.

Lo que él plantea es inviable desde cualquier ángulo, y eso me desespera. Por un momento pensé que... No sé en qué pensé. Que se quedaría, tal vez, pero veo que no será así.

—Creo que lo mejor será que me baje. Podemos hablar en otro momen...

—Ni soñarlo. No te marcharás sin decirme cómo piensas que podemos continuar si no te atreves ni a considerar lo que te he dicho.

Mierda, mierda. Mi corazón desea gritarle “¡Quédate!” como si esa fuera la palabra mágica asociada a “continuar”, pero no puedo hacerlo.

¿Por qué carajo no puedo? Porque si me dice que no, ambos sabremos que es el fin. Y porque si me dice que sí, temo que las cosas no salgan bien y algún día me lo reproche. Es decir, no puedo pedirle que se quede porque tengo miedo.

Miedo no, pánico.

Pánico a asumir la responsabilidad de un fracaso. ¡Le tengo terror a fracasar y a tener la culpa de los fracasos de otro!

Esos son los padres de todos mis problemas: el miedo y la culpa. O mejor: el miedo a la culpa. Simplemente no puedo enfrentarlos...

—No sé cómo podemos... continuar. Tal vez debamos encontrar otras vías de comunicación a la distan... —comienzo a decir repitiendo lo que Lucero me dijo hace un rato, pero sin sentirlo en absoluto.

—¡Y una mierda, Clara!

Me sobresalto pues no esperaba que me gritara así. Su móvil vuelve a sonar y ambos lo miramos. Es Ian de nuevo.

Antes de que pueda decir nada, Marcos me aclara:

—No voy a contestar, así que deja de evadirte y dime qué es lo que quieres hacer.

¿Qué quiero hacer? ¡No es lo que yo quiera sino lo que se pueda hacer! No voy a pedirle que se ate a mí y a una vida de oficina, y yo no puedo seguirlo. ¡Esa es la verdad! Las lágrimas amenazan con saltármeme en cualquier momento.

—Na-Nada... No sé qué solución puede haber... —tartamudeo, nerviosa.

—¿No se te ocurre alguna alternativa, entonces? ¿Me dejarás partir así,

sin más?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué mierda quieres que haga, Marcos?
¡Las cosas son como son! ¿Crees que no las cambiaría si pudiese?

Él inspira profundo y luego mira al frente.

—Tú no me amas. O al menos no de la forma en que yo lo hago, y en la forma que necesito que me quieras...

—No es cierto.

—Baja, Clara. Coge el metro.

—Marcos...

—Vete.

Mi respiración se torna un jadeo. Estoy realmente desesperada, pero él no parece notarlo. Sigue con la vista al frente y su rostro parece de piedra.

Entonces la primera lágrima asoma, y con ella también aparece el orgullo. Está siendo deliberadamente hiriente, y no quiero darle el gusto de que me vea llorar.

Desciendo del coche despacio, siempre esperando que me detenga pero no lo hace. Cuando cierro la puerta me inclino y lo miro a través de la ventanilla abierta.

—Esto no termina porque yo lo quiera así —le digo con un hilo de voz.

Él vuelve la cabeza y mirándome directamente a los ojos repone:

—Es cierto. Esto termina porque no has hecho nada para evitarlo.

Y luego de eso arranca a toda prisa, dejándome en la acera sollozando.

¡Qué hijo de puta egoísta! ¿Cómo pudo presionarme de esa forma? La gente me mira con lástima, así que me seco las lágrimas con el dorso de la mano, y desciendo las escaleras del metro.

Cuando puedo sentarme saco el móvil y les cuento a mis amigos lo que acaba de suceder. Vivian no está en línea, pero sí lo está Jayr.

Jayr

Y por qué no le has dicho lo obvio?

Clara

Para ti qué es lo obvio?

Jayr

Lo mismo que para cualquiera, supongo. Que se quedara él.

Clara

No podía decirle! Eso es algo que tenía que salir de él...

Jayr

Joder, Clara. Eres tonta? No, lo que eres es cobarde.

Clara

Mira quién lo dice. Tú estás a punto de huir del país por Ian.

Jayr

Sí, es verdad. Me marchó porque sé que tarde o temprano intentaré tentarlo y es probable que logre lo que deseo. Pero eso sería un alivio momentáneo porque él no está dispuesto a renunciar a lo que lo retiene. No está dispuesto, no le conviene, no lo sé bien. Me marchó porque me quiero, y no estoy dispuesto a sufrir.

Clara

Pues yo estoy igual. Lo dejo ir por su propio bien...

Jayr

No, guapa. Tú lo dejas ir porque tienes miedo. Te has detenido en algún momento a pensar en tu propio bien?

Clara

Mi propio bien... No existirá eso pidiéndole que deje su vida de aventuras y se ate a mí y a mis problemas. Eso no es bueno para nadie, ni para él, ni para mí.

Jayr

Y si él quisiese, Clara? Si por ti él se encadenara gustoso a tus problemas?

Clara

Tarde o temprano me echará la culpa...

Jayr

No lo sabes!

Clara

Tú tampoco sabes si Ian no dejará a Estefanía cuando esté listo.

Jayr

Tienes razón. Por eso es que le daré tiempo para que lo esté, pero sin convertirme en su felpudo. Porque yo iba camino a eso, Clara. A clandestinidad, a que se quitara las ganas y me las quitara a mí, pero a costa de convertir lo nuestro en algo sórdido y a escondidas. Entiendes la diferencia? Lo de vosotros va por otros carriles. Pídele que se quede y tal vez te sorprendas...

Clara

No lo haré. No puedo.

Jayr

Pues prepárate a sufrir. Lo llevas claro, verdad? El amor duele mucho...

Clara

Lo sé, Jayr. Créeme que lo sé.

#EntreDosFuegos

Dos días que pasan volando. Días amargos, tristes.

No he vuelto ver a Marcos desde que lo dejé en su coche antes de ayer. No ha venido a la oficina y tampoco ha llamado.

Seguramente esté volando hacia vaya a saber dónde, muy lejos de aquí.

La rutina con el Amargado ha cambiado. Casi no sale de su despacho, así que no hay oportunidad para enojarse por sus exabruptos y maltratos.

Igual no me ilusiono, porque cuando Vivian se marche esta tarde, y luego él lo descubra, arderá Troya y ciudades aledañas. Seguro que todos los de la revista pagaremos el precio de su frustración los próximos días.

Me dispongo a comenzar mis labores, cuando me suena el móvil. Contesto sin siquiera mirar quien es.

—¿Hola?

—Clara, es Ian.

Vaya, qué sorpresa. Una sorpresa que me pone un poco nerviosa, porque ya imagino por dónde viene. Jayr me ha dicho que estos días lo ha llamado en varias ocasiones, y él no ha respondido para no tentarse. Claro, ahora intentará lograr tener contacto con mi amigo pidiéndome que interceda.

—Hola... Ian, antes de que me digas nada, quiero pedirte que no me pongas en un compromiso por favor...

—Sí, lo haré. Lo haré, Clara, porque por primera vez en mi vida sé lo que quiero y haré lo que sea para conseguirlo.

Bueno, ya quisiera yo tener esa misma fuerza, esa claridad. Se merece al menos que lo escuche, ¿no? A mí no logrará engatusarme como lo haría con Jayr.

—¿Qué quieres?

—Tú sabes lo que quiero. Y también sabes qué estoy a punto de perderlo. Se marchará para alejarse y no pienso permitirlo...

¿Cómo? ¿Cómo mierda sabe?

—No sé cómo sabes que...

—Marcos me lo ha dicho. Lo he llamado hace un par de días para disculparme por lo de Estefanía en el yate, y me ha dicho que sabía sobre mi relación con Jayr... Lo noté extraño. Como sea, me preguntó si lo dejaría marchar... Si no haría nada por impedirlo, si no le pediría que se quedase o si me iría con él.

Nunca imaginé que Marcos le contaría lo del viaje de Jayr. Lo juro, jamás. Pero ahora que lo pienso, tiene sentido que lo haya hecho pues seguro Ian lo llamó en el momento justo.

—Ian, no sé qué pretendes con...

—Saber que se marchará lo ha cambiado todo, Clara. Incluso a mí... Estos dos días he hecho lo que debía hacer hace mucho. Primero, hablar con mis padres. Les he contado mis problemas, les he dicho lo que siento por Jayr... Les he dicho que lo quiero y lo han comprendido. Ellos me ayudarán.

—¿A qué?

—A establecerme. Clara, he dejado a Estefanía. He puesto un abogado para divorciarme y para luchar por la custodia de... Bueno, te parecerá raro lo que te voy a decir, pero le he metido un pleito para que me entreguen unos embriones que también son míos.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Clara? ¿Sigues ahí?

Inspiro, espiro. Me pongo de pie, y comienzo a caminar por el pasillo desierto, pues es temprano y nadie ha llegado todavía.

—Sí, aquí estoy —le confirmo—. Ian, ya sabía lo de tus... embriones. Pero supongo que tendrás más que claro que eso será una larga y complicada lucha... Y que estando con Jayr tal vez la tengas más difícil.

—Lo sé. Pero mi madre es abogada y junto a su colega pondrán todo de su parte para lograrlo. No me hará feliz tener que alegar que la donante del óvulo no está en uso de sus facultades mentales a pleno, pero lo haré sin dudarle llegado el caso —me dice con una firmeza que viniendo de Ian suena hasta extraña.

Me había hecho a la idea de que era un tanto débil, pero parece que no.

—Ian, me ha quedado claro que estás enamorado de Jayr, pero... ¿qué quieres de mí?

—Que me digas a qué hora se marcha, en qué vuelo...

—¿Irás tras él?

—Le pediré que se quede.

Le pedirá que se quede... ¿Cómo es que este hombre que hasta hace poco era casi un pelele de su mujer, se atreverá a pedirle a mi amigo que se quede? ¿Cómo es que yo no hice lo mismo con el hombre que amo? Una rabia inmensa se apodera de mí. Tengo ganas de darme una buena bofetada, carajo.

Y como no puedo hacerlo, me las tomo contra Ian.

—No te diré nada. Y aunque te lo dijera, sería inútil porque Jayr no solo se marcha para alejarse de ti, también protegerá a Vivian...

—¿Cómo? No comprendo.

—¿No te ha hablado de Vivian?

—Sí, claro que lo ha hecho, pero no por qué dices que la protegerá...

Resoplo. No quiero decirle, pero ha sido tan conmovedor lo que me ha dicho, que se merece una explicación.

—Vivian se marcha a México esta tarde. Tiene que hacerlo, pues uno de sus hijos no está bien, pero resulta que su ex esposo es un hijo de puta golpeador, y Jayr no la dejará marchar sin él. Estará muy cerca para que...

De pronto siento un ruido a mis espaldas y vuelvo la cabeza, sobresaltada.

A mis espaldas, y con la furia reflejada en el rostro, está el Amargado.

—¿Clara? —pregunta Ian al otro lado de la línea.

Trago saliva.

—Mira, tengo que cortar...

—No, por favor. Dime cómo puedo hallar a Jayr... He ido al hospital y ya lo ha dejado. Lo llamo al móvil y no me lo coge. Estoy desesperado... Necesito saber a qué hora se marcha, y en qué compañía porque haré lo que sea para impedirlo. Lo siento por Vivian, pero yo lo amo, Clara. Soy capaz de cualquier cosa por estar con él... He dejado a Estefanía, he renunciado a todo por Jayr. No hagas que lo pierda por favor...

El Amargado da un paso al frente. Es tal la fuerza de su ira que aun sin decir nada me hace temblar.

—Ian, te llamaré en un rato —musito. Y sin esperar respuesta corto la comunicación.

Cierro los ojos por un segundo, mientras me preparo mentalmente para enfrentar al Amargado. ¿Qué habrá escuchado? ¿Qué le diré? No tengo mucho tiempo para hacerme más preguntas, porque él arremete con todo. Me dice solo una palabra, pero es como si me amenazara de muerte.

—Hable.

—Señor Santiago, creo que...

—Señorita Mesi, ahórrese cualquier burdo intento de disfrazar la verdad. No me subestime y hable.

Vacilo. Una cosa es que este hombre me de órdenes como mi jefe, y otra muy distinta que lo haga en asuntos extra oficina.

—Esto es algo que le concierne a Vivian y a su familia, no a usted. Si ella no ha querido...

Él da otro paso al frente y me observa con los ojos entrecerrados. Es tan atemorizante esa mirada, que me deja muda.

Entonces el que habla es él.

—Cuando vi que tardaba demasiado subí. Sabía qué piso era porque ya la

había acompañado en otra ocasión. La tenía sobre el sofá, inmovilizada con una mano y ¿sabe que hacía con la otra? Hurgaba bajo su falda, entre sus piernas, haciendo oídos sordos a sus sollozos y sus ruegos. Ella pedía que la soltara, que no diría a nadie que la había vuelto a golpear, pero él seguía manoseándola. Lo vi todo rojo... Me convertí en un toro. Lo cogí con ambas manos y lo lancé al otro lado de la habitación. Ella tenía el rostro bañado en sangre.... Por un momento me quedé paralizado observándola, y él aprovechó para embestirme. Caímos al suelo pero me repuse y lo golpeé...—hace un alto y me muestra sus nudillos machucados—. Lo golpeé una y otra vez, hasta que ella me detuvo. Lo hubiese matado ahí mismo, con mis propias manos y si no lo hice fue porque ella me ordenó que lo soltara... Ese cobarde huyó como la rata que es, pero así como supe que ya lo había hecho antes, también supe que podría volver a hacerlo si tuviese la oportunidad. Me juré que jamás se la daría... Y usted, señorita Mesi, pretende que yo permanezca indiferente cuando me acabo de enterar que se irá con ese animal y que su única protección será ese niño con faldas que tenéis por amigo...

Su alegato es tan increíblemente convincente que me deja sin aire y por un momento sin réplica alguna. Pero es sólo un momento, porque me repongo rápido.

¿Qué le puedo decir? Lo único que jamás podrá rebatirme.

—Usted tiene razón. Su ex es un hijo de puta y puede que vuelva a intentarlo. Jayr hará todo lo posible por protegerla, pero ese hombre es rico y poderoso en su tierra, y es cierto, no sé si podrá hacerlo. Pero es lo único que tenemos ¿sabe? Porque nada ni nadie hará que Vivian desista de marcharse pues es la salud de su hijo lo que la reclama allí. Ni usted ni yo podremos entender la real dimensión del amor de una madre, ni los riesgos que es capaz de asumir... Seremos simples espectadores, esperando lo mejor pero preparados para lo peor —le digo.

Lo veo apretar los dientes, y también los puños. Sé lo que es sentirse impotente, lo que es ver cómo el amor se va y uno no puede retenerlo. Y por primera vez siento empatía por ese patán.

—Se equivoca—replica luego de un momento—. Yo no seré un simple espectador...

—¿Ah, no? ¿Y qué hará? —le pregunto, pero en realidad no espero que me dé la respuesta porque ambos sabemos que no podrá impedir que Vivian vaya a cuidar a su hijo. Pero el cabrón no deja de sorprenderme... Una y otra vez.

—Iré con ella.

—¿Qué?

—Lo que acaba de escuchar. Y usted me dirá de inmediato en qué vuelo tiene boletos...

—¿Cómo? ¿Irá en el mismo vuelo e intentará hacerla regresar?

—Tal vez. Pero si no quiere, me quedaré con ella todo lo que sea necesario.

¡Dios santo! ¿Es capaz de hacer algo así? ¿Es capaz de amarla tanto?

—¿Por qué? —le pregunto como una tonta, mientras una inmensa vergüenza se apodera de mí. Me siento tan pero tan cobarde...

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué haría algo así? ¿Dejar la revista, su vida, todo?

Me sé la respuesta. Me la sé, lo juro, pero necesito escucharla de la boca de este hijo de su madre para terminar de entender que lo que siento es real, está bien, es normal. Si este individuo es capaz de sentirlo, yo también me lo puedo permitir. La pregunta se la estoy haciendo a él, pero también me la hago a mí misma, se la hago a Marcos, a Jayr, a Ian y a la propia Vivian.

El Amargado mueve la cabeza y luego murmura:

—Usted sabe la respuesta ¿no es cierto, señorita Mesi? La sabe muy bien, la ha sabido siempre. Pero prefiere importunarme organizando obsesivamente su escritorio, mi bandeja de comida, y la perfecta edición de una revista dedicada a “cosillas de chicas”. Prefiere eso antes de reconocer que nada vale una mierda si no se vive junto a determinada persona —me dice—. Así pues, allá usted. Haga lo que quiera, pero a mí me dice ahora mismo en qué vuelo partirá Miss México. Nuestro acuerdo *fulltimeveinticuatsiete* aún no ha terminado...

No sé qué me pasa. No debería hacerlo pero lo hago.

Le digo el vuelo, la hora, todo.

—No le diga a su amiga que sé lo que sé, y que subiré a ese avión. ¿De acuerdo?

—¡Pero ni siquiera sabe si conseguirá un boleto!

—Oh, claro que lo tendré. Su amigo, el de la falda, se quedará. Y yo tomaré el suyo. Tengo contactos que me lo facilitarán.

—¡Pero señor Santiago! Jayr querrá ir también... Lo espera un trabajo allí.

—Y aquí lo espera el delincuente que me arrolló. Joder, ya decía yo que estaban confabulados para arruinarme la vida...—dice con el ceño fruncido—. Pero si todo sale como espero, tal vez hasta termine perdonándolos. Y a usted también, señorita, siempre y cuando haga lo que le indique. Ya le he dicho que no toleraré más insubordinaciones de su parte así que hágame el favor de llamar a Farrell y me lo pasa.

Asiento con la cabeza. Parece tan seguro de sí... Y a mí me deja con la tranquilidad de saber que tanto Jayr como Vivian, tendrán a su lado a dos personas que son capaces de cambiar sus vidas por ellos.

Mi insidiosa voz interior me dice que yo podía haber hecho otro tanto por el hombre que amo, o al menos pedirle que lo hiciera por mí, pero trato de no escucharla.

Yo no soy tan valiente, no soy nada osada. Y es por eso que el amor no es para mí...

—¿Ha escuchado lo que le ordené?

—Sí, señor Santiago.

—Entonces hágalo ya. Y no se quede escuchando tras la puerta —me advierte al tiempo que se mete en su despacho y la avienta con todas sus fuerzas.

Qué ironía. Yo que no quería ser la responsable ni siquiera de mi propia felicidad, me encuentro orquestando con el Amargado la felicidad de mis amigos.

Y mientras marco el número de Ian, por increíble que parezca, siento una inmensa satisfacción aun siendo traidora.

#AhoraTocaEsperar

Son las tres y veinte.

Plaza Catalunya a esta hora es un hervidero de gente con prisa. Estiro el cuello y logro divisarlos... Allí están.

Vivian odia las despedidas, y más si son en aeropuertos, así que quedamos en hacerlo aquí, desde donde partirá el bus que los llevará a El Prat.

Mientras camino hacia ellos trato de calmarme pisando baldosas de dos en dos. No puedo permitir que mis nervios delaten el plan urdido por el Amargado, que nos involucra a Ian y a mí.

Estoy convencida de que esto será para bien pero no puedo dejar de sentirme muy culpable.

Los abrazo y los beso una y otra vez. Parece que no los fuera a ver más, pero lo cierto es que tengo la esperanza de que Vivian regrese pronto y que Jayr no se marche.

—Cuídate mucho, Viv.

—Lo haré, manita. Y también tendré a este *güey* que no me dejará descuidarme demasiado...

—Podéis apostar, chatas.

“Ay... Si supieras. Si supieran lo que va a pasar una vez que lleguen al aeropuerto” pienso, y tengo que desviar la mirada porque temo que mi boca traicionera lo cuente todo.

—Dame un abrazo, pibito —le digo a Jayr, y él no se hace rogar. Me da uno bien fuerte, de esos de oso.

“Ojalá no esté haciéndote más mal que bien... Sé que ese trabajo te importa muy poco, y estoy segura de que Ian te importa mucho, pero aún así no tengo la certeza de que haber abierto la boca haya sido la mejor idea...”

—¿Te pasa algo, Clarita? —me pregunta Vivian con el ceño fruncido.

—Es que ya los estoy extrañando.

—Anda... Qué exagerada —dice Jayr riendo

—En serio...

—Pero manita, si continuaremos los tres *online*, como hasta ahora... — intenta consolarme Vivian, pero ella misma se ve absolutamente desolada, así que poco puede hacer por mí—. Y además regresaremos... Algún día.

Creo que eso más que una afirmación es una expresión de deseo envuelta en melancolía. La vuelvo a abrazar... ¡Si supiera lo que le estoy escondiendo!

El Amargado me ha dicho que se comportaría. Lo hizo luego de que el temor de que se armara lío en el aeropuerto entre él y el ex de Vivian, logró que saliera como impelida por un resorte y se lo manifestara.

—No protagonizaré ningún tipo de riña. ¿Qué cree que soy?

“Uno que se tomó a golpes con su propio hermano una vez” pensé, pero no dije nada.

—Señor Santiago, usted ya ha golpeado a ese hombre... No creo que él se atreva a enfrentarlo, pero...

—Señorita Mesi, de este asunto nos encargaremos el delincuente de Farrell y yo ¿está claro? Usted límitese a ir a Plaza Catalunya y despedirlos; nosotros haremos el resto.

—¿Pero ha logrado obtener un boleto en ese vuelo?

—Lo dicho: olvídense del tema y haga lo que tiene que hacer.

Dios santo... Se lo veía tan seguro, tan decidido... Llamé a Ian, pero me dijo que no podía hablarme en ese momento, que ya me contactarían él o Jayr si todo salía como esperaba.

Así que no sé cuál es el plan exactamente. Lo único que sé son los objetivos: que Jayr se quede con un Ian decidido a todo por él, y que el Amargado suba a ese vuelo en su lugar, para cuidar a Vivian.

Los detalles no están en mis manos, pero este hombre es poderoso y puede mover hilos que yo no alcanzo ni a ver.

¿Qué es lo que está en mis manos? Nada, absolutamente. Y caigo en la cuenta de ello cuando suben al bus y los veo partir.

No tengo ningún control sobre lo que pasará y eso me aterra. Tener la responsabilidad de haberlo propiciado y no saber si saldrá bien, hace que me desestabilice por completo.

¿Qué pasa si se arma lío? O si no se arma, pero Jayr no quiere quedarse con Ian, o no quiere dejar a Vivian. ¿Y si el Amargado no logra subir a ese avión?

No quiero pensar para no terminar enloqueciendo, así que hago lo que mi actual jefe me ordenó: me voy a mi casa a esperar novedades.

Pero las horas pasan y estas no llegan.

No suelto el móvil ni para bañarme. La única que está en línea soy yo... Para cuando se hace la hora de la partida del vuelo, ya estoy que me trepo por las paredes de la ansiedad.

Camino de un lado a otro con Fatmagul pisándome los talones, y los nervios a flor de piel.

Miro la hora... Carajo, ya son las ocho y nadie me dice nada. No sé de quién vendrán las novedades, pero de alguien tienen que hacerlo. Y si no es así,

voy a empezar a hacer llamadas yo... La verdad es que no sé por qué aún no las hago.

Podría llamar a Ian, o al propio Jayr... Pero no me atrevo y no es sólo por el temor a que algo haya salido mal.

Hay otra cosa que me impide dar el paso que le ponga un punto final a estas incógnitas que no me dejan vivir. Es que con estas preocupaciones casi no he podido pensar en Marcos, y creo que es lo único bueno de toda esta extraña situación.

No obstante, sé que Marcos no desaparecerá solo porque me concentre en los problemas de otros. Marcos no desaparecerá cuando el trabajo se acumule en mi escritorio. Marcos no desaparecerá por más que acomode todos estos tupperes de acuerdo a su tamaño en mi pequeña alacena.

Los muevo de un lado a otro, y Fatmagul me observa con la cabeza ladeada como preguntando qué hago.

¿Qué voy a hacer? Conjuros, rituales, tonterías. Algo que lo borre de pronto, como dice la canción. Que lo haga desvanecerse como un mal sueño, o un fantasma. Como la niebla, como un... orgasmo. Que se marche y se lleve este dolor y este miedo.

Y es así como pasan las horas. Sin novedades sobre mis amigos, y con Marcos en mi cabeza y en mi corazón. En mis recuerdos, en mis fantasías, pero en la realidad no.

“Porque no supiste retenerlo” me dice mi insidiosa voz interior. “O porque no quisiste, cobarde...”

¿Será así de veras? Si mi hubiese atrevido a pedirle que se quedase ¿lo hubiese hecho? Y si finalmente no hubiese resultado ¿cómo hubiese podido sobrellevar la culpa?

La culpa. La maldita culpa. Y el miedo...

¿Y si por cobarde dejé ir a lo que más quiero?

Esa pregunta es lo que termina de desestabilizarme. El llanto se torna incontrolable y yo también. Todos los tupperes terminan en el suelo, igual que yo, sollozando en brazos de María que intenta consolarme sin saber por qué estoy tan mal.

Lloro como una niña... Lloro por mí, por él, por lo que pudo ser y ya no será. Y cuando creo que ya no me quedan lágrimas, solo un oscuro dolor, es que suena el teléfono.

Me lo quedo mirando....

—¿No vas a atender, Clarita?

Lo escucho. Lo veo vibrar e iluminarse a unos metros de mí, pero no me atrevo ni a ver quién es, ni a agarrarlo.

Entonces María se para, lo agarra y me lo trae.

Yo me la quedo mirando a ella, pero al móvil no me atrevo.

—Atendé, nena. Cuando el jefe llama hay que atenderlo, no importa la hora...

¿Qué? ¿No es Jayr o Ian sino el Amargado el que llama? ¡Entonces todo salió mal! ¡No puede estar volando y llamando!

Le arranco el teléfono de las manos a María.

—¿Qué pasó, señor Santiago? ¿Qué fue lo que falló?

Aferro el móvil con fuerza, pero no se escucha nada al otro lado de la línea más que una agitada respiración.

—¿Señor Santiago? —pregunto, ansiosa.

La respuesta me deja totalmente paralizada.

—Qué formal, Clara. Después de toda la intimidad que ha habido entre nosotros, puedes llamarme Marcos... Y si tengo que decirte qué fue lo que falló, es que estos días de reflexión no han servido de nada.

Muda por completo, ahora soy yo la que no hace otra cosa que respirar.

—Tienes una bella boca, pero si no hablas de qué te sirve...

No sé qué demonio se apodera de mi bella boca, pero de pronto comienza a funcionar y le responde, atrevida.

—Me sirve para besar a quien se lo merece. Desde luego, tú, no.

“En tu cara, señor Santiago. Ahí tienes...”

—Vaya, habla. La muñeca habla... Pero eso no la hace menos hueca.

Resoplo, furiosa.

María nota que algo no anda como debería y pone pies en polvorosa, así que ahora tengo absoluta libertad para dar rienda suelta a todos mis sentimientos. ¿Quién se ha creído que es? “¡Días de reflexión!” No soy una niñita que hay que poner en penitencia, carajo.

Este hombre saca lo mejor y lo peor de mí. Quiero golpearlo, quiero besarlo. Quiero gritarle cosas y gemir su nombre al acabar.

Quiero tantas cosas de él, tantas cosas con él...

Marcos Santiago me hace olvidarme de todo, me hace sentir viva, y es por eso que tiene un poder sobre mí que nadie tiene. Eso me llena de temores y de ira también.

—Si lo que quieres es insultarme, hazlo por escrito porque necesito esta línea libre. Estoy esperando una llamada...

Escucho una risa al otro lado de la línea.

—¿Estás esperando novedades con respecto al asunto del aeropuerto? Pues os ha salido de maravillas. Mi hermano y tu amiga viajan rumbo a México. Ian y Jayr deben estar metidos en alguna piscina... conversando. Solo quedamos

tú y yo, Clara...

Tendría que sentir alivio, pero lo cierto es que siento una gran tensión que crece con cada segundo que pasa. Son las noticias que esperaba, pero tengo un mal presentimiento que hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Marcos...

—Qué buena eres para organizar vidas ajenas... Linda jugada la vuestra. Me habéis puesto en una situación que no deseaba, y ahora tendré que quedarme a cargo de la jodida revista...

—¿Cómo?—pregunto, confundida. No creerá que todo esto fue una trampa para no perderlo... ¿verdad?

—Y lo curioso es que si me hubieses pedido que me quedara, no lo hubiese pensado dos veces. Quise que me acompañaras y te negaste. Te di la oportunidad de plantear una alternativa, y no lo hiciste. ¿Sabes que con tal de estar a tu lado, yo sí lo hubiese dejado todo? Pero en estas circunstancias, solo me resta una cosa por hacer...

Me cuesta procesar el significado de sus palabras. ¿Si se lo hubiese pedido, no se hubiese marchado? Ay, Dios. Qué cobarde fui... ¡espero estar a tiempo de arreglarlo! Buscaré la forma de compensarlo, y que todo sea como antes.

Pero en este momento, no puedo hacer otra cosa que centrarme en lo último que ha dicho. Le queda una cosa por hacer... Temo preguntar, pero la curiosidad puede más.

—¿Qué cosa?

Primero hace una pausa, lo que le agrega más tensión al momento.

Y cuando me dice lo que me dice, se me cae el teléfono de las manos, y ya no quiero saber más.

—Despedirte de la revista, Clara. A partir de este momento quedas fuera de Cara Mía y de mi vida, para siempre.

#LosTresOnline

Vivian

Así que luego del shock inicial, parece que ahora toca darle las gracias a Clarita por lo que ha hecho por nosotros. Cierto, Jayr?

Jayr

Sí, pero qué jodida es... Cuando vi a Ian casi me da un telele.

Vivian

Un qué?

Jayr

Que casi me muero, hija. Y luego, cuando me dijo que había dejado a Estefanía y que me quería...

Vivian

Yo solo sé que primero te apartaste a hablar con él, y luego lo abrazaste.

Jayr

Esa fue la parte buena. La complicada fue decirte a ti que no sería yo quien te acompañaría, sino el Amargado...

Vivian

Has sido muy discreto, y él también. Estuvo casi todo el vuelo a una prudente distancia... Ya cuando íbamos de llegada fue que Pedro lo vio. Casi le da el "telele" a él, pero no se atrevió a decir nada...

Jayr

Ojalá le hubiese dado, joder. Qué tío más repugnante ese Pedro...

Vivian

Tranquilo. El señor Santiago lo mantiene bien lejos... Ya les contaré detalles, pero ahora que Clara diga algo que está muy calladita...

Que diga algo. Si abro la boca, seguro salen las peores *argentopalabrotas*

que alguien pueda imaginar. Pero por suerte solo tengo que escribir. Evito que la atención se concentre en mí, preguntando por Aarón.

Vivian

Ayer cuando llegué, hablé largamente con él. Es un arduo camino el que hemos de recorrer, pero lo vi bien dispuesto y no tan mal cómo me habían dicho... De todas formas no me arrepiento de haber venido a comprobar con mis propios ojos el estado de la situación.

Clara

Seguro te alarmaron en vano. Ahora podrás evaluar sin intermediarios la situación, y tomar medidas. Además, estás acompañada... Todo saldrá bien, Viv.

Vivian

Espero que así sea, manita. Ahora cuéntenos de ti...

Que les cuente de mí. Sí, claro. Como si fuese tan fácil decirles que estoy sola, en paro, y sumida en una gran depresión. Mejor no... Hago un comentario neutro: "todo en orden", lo que en realidad es una gran mentira porque no lo está ni lo estará. Y luego desvío la atención hacia Jayr e Ian.

Jayr

Jo, estos dos días han sido fenomenales, de verdad. He vuelto al hospital, pero por poco tiempo. Tenemos planes de ir a Italia, donde Ian tiene la chance de probarse escudería pequeña pero con grandes metas. No renunciará a su sueño de correr carreras de coches....

Vivian

Cuánto me alegro, *güey*. Todo se va ordenando para los tres ¿verdad?

Ay, Vivian. Si supieras... Nada volverá a estar donde debería. No hay forma de organizar este gran caos en que se ha convertido mi vida.

Jayr

Para mí sí. Y creo que para ti también... Tengo una duda: allí en México... sigues siendo *fulltime veinticuatroiete*, Viv?

Vivian

Qué indiscreto eres. Digamos que el *fulltime veinticuatroiete* ahora es

él... No insistan, no diré más. Solo falta que Clarita y Marcos se amiguen. Mateo me ha dicho que su hermano ha quedado a cargo de la revista...

Jayr

Sí, algo me ha comentado Ian. Entonces... ¿cómo va eso, tía? Como si os estuviese viendo, comiéndooos a besos por todos los rincones... Joder, qué morbo.

Esto último ha sido demasiado. ¡Se me saltan las lágrimas! Lloro sin poder contenerme, y no tengo el valor para desahogarme con ellos.

Con la mano temblorosa escribo que tengo mucho qué hacer y que luego les contaré, y me salgo de la línea.

Va a pasar mucho tiempo antes que vuelva a estarlo. No puedo enfrentar a mis amigos, no puedo enfrentar la verdad.

A lo lejos, algún dispositivo reproduce “Despacito”. ¡Cómo si mi herida no tuviese suficiente sal!

Lo peor no es vivir, lo peor es recordar. Sus manos, su boca, su voz... Su cuerpo, su aroma, su piel.

Cómo le hice daño. Y cómo me lo hizo a mí.

Estoy hecha pedazos y lo peor es que yo me lo busqué. Lo he perdido todo por no atreverme a apostar.

Me acerco a la ventana y dejo caer el móvil, que se hace trizas igual que mi alma.

Va a pasar mucho tiempo antes de que volvamos a estar los tres *online*.

¿FIN?

#TengoBuenasNoticias

Me están odiando, ya lo sé.

Hubiesen deseado avanzar hacia un final feliz, soy consciente de ello, pero ya lo dijo el gran Mario Benedetti: “No hay ni una historia de amor real que tenga un final feliz. Si es amor, no tendrá final. Y si lo tiene, no será feliz”.

Si el amor de Clara y Marcos fuese real, entonces todo terminaría así. La vida no siempre es fácil, no siempre es justa; a veces el punto final se pone solo y nada podemos hacer al respecto.

Y es aquí donde me maravillo del poder que tiene la ficción, de lograr que parezcan reales los amores de novela. Que se sientan y se vivan como si fuesen de verdad. Y que aun cuando ese final feliz se muestre esquivo, consiga que los astros y las palabras se alineen de tal forma que igual puedan tenerlo.

Esas palabras se están alineando dentro de mí, así que podemos decir que todavía no he puesto el punto final.

¿Quieren saber más de la reconciliación de Ian y Jayr? ¿Quieren saber cómo se fue gestando la extraña relación entre Vivian y Mateo? ¿Necesitan saber si Clara y Marcos volverán a estar juntos? Bueno, entonces vamos a dejar puntos suspensivos para retomar la historia en un *spin off*.

El mismo tendrá otro cierre, el que estaban esperando, el que seguro amarán. Serán más de 140 páginas y podrán adquirirlo en breve a través de Amazon.

No las dejaré sin saber todo lo que quieren saber, sin el final que desean, sin el que ellos se merecen.

Gracias por acompañarme siempre.

Mariel

Nota: La versión papel es un solo volumen, tiene 470 páginas, e incluye el *spin off*.



Foto: Pablo Rivara

Mariel Ruggieri ha irrumpido en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, "Crónicas ováricas", una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, "Por esa boca", nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Editorial Planeta, "Entrégate", su proyecto más amado.

Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, trabaja en un banco y estudia para obtener una licenciatura en Psicología. Encontrarás más información sobre Mariel y su obra en: www.facebook.com/MarielRuggieri.

Otros títulos de la autora disponibles en Amazon: "Morir por esa boca", "Todo por esa boca", "La Fiera", "Cuidarte el alma", "Tatuada en mi alma", "Paulina, cuerpo y alma", "Corazones en la arena", "Atrévete", "La Tentación" "Nada Prohibido" "El Granizo" "Descalzos en la nada", y "Tres Online"

Si te gustó esta última, por favor deja tu comentario en: <http://milibro.link/B075J2ZZQ6> y no te pierdas la segunda parte.

Table of Contents

[Mis socias](#)

[Mis musas](#)

[#JusticiaDivinaAmargado](#)

[#JayrLíosGordos](#)

[#FulltimeVeinticuatroSiete](#)

[#BuscandoClarasInstrucciones](#)

[#MesiEstáHarta](#)

[#TresPutísimosDías](#)

[#MonoFaldaProblemas](#)

[#SinNingúnApuro](#)

[#DespacitoBocaHermosa](#)

[#ÉlDeseaVerte](#)

[#AhoraTocaEsperar](#)

[#LosTresOnline](#)

[#TengoBuenasNoticias](#)